

JOSÉ LUIS CORRAL

TRAFALGAR



Lectulandia

José Luis Corral toma la derrota de Trafalgar como símbolo del inicio de la decadencia de la monarquía borbónica en España, y de la política española en un momento clave, por lo que su novela no se centra únicamente en los antecedentes y el relato de la batalla, sino que se convierte en una panorámica del momento histórico en la que se atiende tanto a aspectos políticos y militares, como a aspectos sociales y culturales.

El protagonista de la novela, Francisco de Faria tiene acceso a los entresijos de la corte gracias a su parentesco con Godoy, actúa como observador en la batalla y su amistad con Moratín y Goya le permiten mostrar el momento en el que se encontraban las artes y las letras españolas de principios del siglo XIX. Trafalgar, es mucho más que la batalla, es la descripción de un momento clave en la historia de España, al hilo de la apasionante carrera de un joven guardia de corps.

Lectulandia

José Luis Corral

Trafalgar

Francisco de Faria, 1

ePub r1.0

Samarcanda 23.04.14

Título original: *Trafalgar*
José Luis Corral, 2001

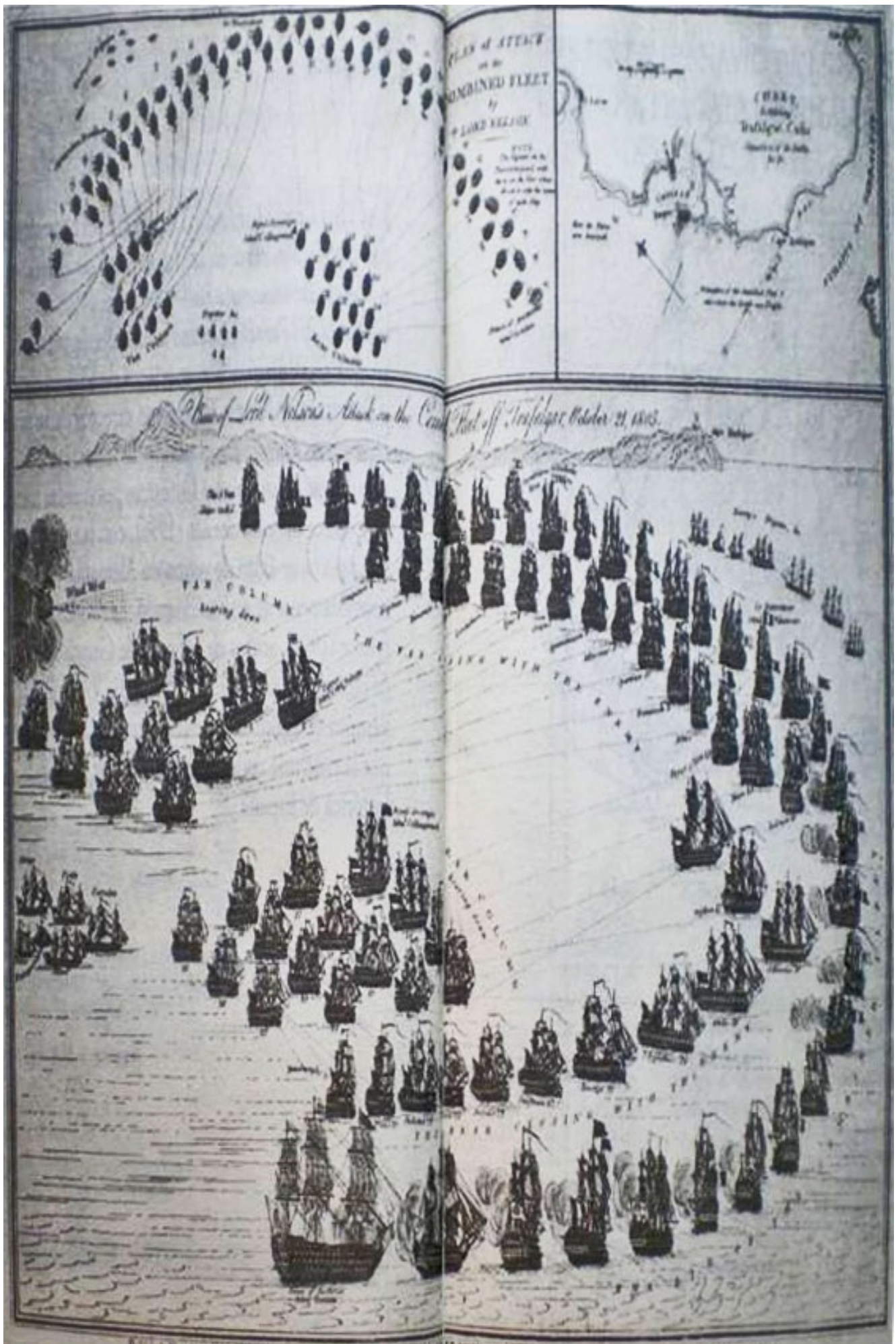
Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1^{er} ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

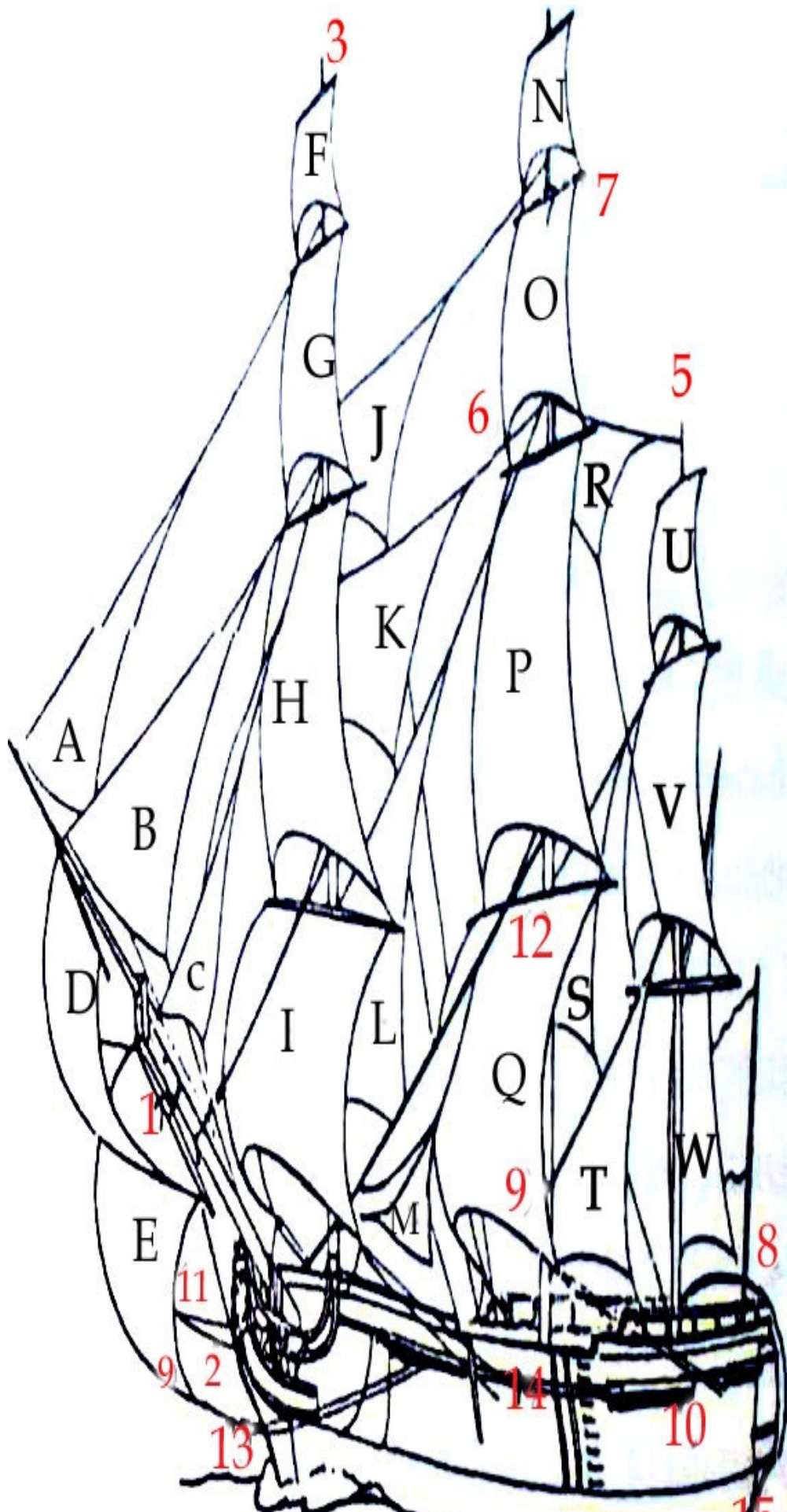




Partes de un navío de línea o de una fragata de finales del siglo XVIII

1. Foque
2. Bauprés
3. Palo del trinquete
4. Palo mayor
5. Palo de mesana
6. Mastelero
7. Juanete
8. Popa
9. Escotas
10. Casco
11. Figura
12. Verga
13. Proa
14. Combés y gavia
15. Timón

- *
- A. Foque volante
 - B. Foque
 - C. Contrafoque
 - D. Sobrecebadera
 - E. Sobrejuanete
 - F. Sobrejuanete
 - G. Vela de juanete
 - H. Vela de velacho
 - I. Vela de trinquete
 - J. Vela de juanete mayor
 - K. Estay mayor
 - L. Vela de estay y gavia
 - M. Vela de estay mayor
 - N. Sobrejuanete mayor
 - O. Vela penguito
 - P. Gavia
 - Q. Vela mayor
 - R. Vela penguito
 - S. Vela de estay de mastelero de mesana
 - T. Estay de mesana
 - U. juanete de sobremesana
 - V. Sobremesana
 - W. Cangreja





Capítulo I

1

Sobre la calle ensoñada flotaba una espesa neblina de etéreo polvo amarillento que los postreros rayos del sol al atardecer tamizaban con matices rojos y anaranjados, como si los difusos edificios se hubieran sumergido entre doradas gasas transparentes.

El joven se detuvo un momento junto a un portal arrumbado y se apoyó cansino en una de las destartaladas jambas. Le dolían los pies y sentía un molesto cosquilleo en las pantorrillas, a las que dio un masaje con cierto alivio. De alguna calle cercana fluían rumores de una seguidilla tal vez bailada al son de una gemidora guitarra. Madrid era poco más que un gran poblachón, con horrible caserío y bastante sucio, aunque Carlos III lo había aseado un tanto. Pese a los esfuerzos de ese rey, muchas fachadas estaban mugrientas, con las puertas y ventanas mal pintadas, las rejas oxidadas y herrumbrosas, con pequeños cristales azulados rotos; el empedrado era pésimo aunque algunas calles tenían aceras, y en eso decían los madrileños que su ciudad era mejor que París.

Atento a las desvaídas casas, sin perder de vista los chirriantes carros que circulaban por la calle y preocupado por no pisar los excrementos de los animales de tiro y la basura, el joven no la vio acercarse, y cuando se giró al sentir inmediata su presencia, la mano delicada de la muchacha ya estaba jugueteando por su entrepierna y los dedos femeninos acariciaban con habilidad sus muslos en una especie de lento vaivén suave y acompasado. Sorprendido al sentir el primer contacto, había hecho ademán de proteger sus genitales, pero cuando se fijó en la figura de la muchacha y escuchó su voz entrecortada y jadeante optó por dejarla hacer.

La joven lo acarició por encima del pantalón y lo fue empujando suavemente hacia el interior del portal, hasta que ambos quedaron dentro, justo tras la puerta. Allí, excitado y rendido, se dejó llevar por las caricias y los susurros en la cálida penumbra. Una ardiente sensación desconocida lo fue invadiendo de arriba abajo, descendiendo desde su cabeza y cuello al pecho, y luego hasta sus genitales. Sintió cómo su miembro comenzaba a crecer, en una erección irrefrenable, y oyó una voz suave que lo invitaba a cerrar los ojos. Sus párpados cayeron lentamente en tanto su cabeza se erguía y sus labios exhalaban sordos jadeos de placer.

La ardiente mano femenina comenzó entonces a deslizarse con extrema lentitud por el interior de la ropa, y él sintió la proximidad y el contacto carnal de las yemas de los dedos que avanzaban hacia su destino pubiano jugueteando con el vello rizado, entreteniéndose en cada porción de su vientre, retardando el momento de éxtasis.

—Aguarda un instante, y ante todo no abras los ojos —oyó que le ordenaba la voz femenina al oído.

Y eso es lo que él hizo. Notó que le desabrochaba la hebilla del cinturón y que le bajaba los pantalones hasta dejárselos por debajo de las rodillas, justo donde comenzaban sus altas y ajustadas botas de cuero. Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral como si se la atravesara una dulce aguja de plata. Abrió un momento los ojos, pero sólo pudo ver un delicado y abundante cabello negro sujeto en un moño con un alfiler de oro y dos perlas grises engastadas. La muchacha colocó la mano sobre sus párpados y le obligó a cerrarlos.

—No seas impaciente, te he dicho que no abras los ojos. Levanta los brazos, mantén tus ojos cerrados y respira hondo, hondo, hondo...

Aquella voz era un susurro profundo.

Los brazos levantados, los pantalones por debajo de las rodillas y los párpados cerrados, y el corazón latiéndole como el de un caballo desbocado tras varias millas al galope, el calor fluyendo desde su entrepierna hacia su estómago y la sangre palpitando en todas sus venas, hinchadas como las velas de una fragata con fuerte viento de popa.

Durante unos instantes que le parecieron eternos mantuvo esa ridícula posición en espera de que ocurriera algo maravilloso. Por fin, abrió los ojos y miró hacia abajo. Sus pantalones pendían colgados sobre los cordones de sus botas de cuero, y entre sus muslos, justo por debajo de la abertura delantera de la levita, brillaba su pene erecto, casi a punto de reventar de tan hinchado. Bajó los pesados brazos y miró a su alrededor: sólo estaba el patio lúgubre y sucio. La muchacha de las manos cálidas había desaparecido. Por un momento, aquello le pareció un sueño.

Se subió de prisa el pantalón y se ajustó como pudo el cinto. Al abrocharse la hebilla echó en falta la bolsa de cuero donde guardaba sus monedas; buscó apresurado por el suelo y entre sus ropas desbaratadas y se palpó nervioso el cuerpo todavía estremecido. Tampoco estaba el lujoso reloj de oro que su padre le había entregado poco antes de salir de casa y que había guardado celosamente en uno de los bolsillos interiores de la levita. Se aliñó lo mejor que pudo y salió corriendo a la calle, donde ya estaba oscureciendo. Intentó localizar a la muchacha entre la muchedumbre, pero para su desesperación cayó en la cuenta de que no recordaba su rostro. Sólo retenía en su mente el brillo de aquel alfiler dorado con dos perlas grises engastadas que sujetaba una espesa mata de cabello rizado y negro.

Corrió desorientado y confuso calle arriba, entre la bruma amarillenta, y volvió sobre sus pasos para regresar al portal. Aquella muchacha parecía haberse esfumado entre el polvo y el atardecer.

—¡Me ha robado, esa maldita zorra me ha robado! —exclamó aturdido y avergonzado ante el asombro de la gente que lo miraba extrañada.

El criado de Francisco de Faria había terminado de deshacer el equipaje de su joven señor. El viaje desde sus tierras de Castuera, en Extremadura, a Madrid había sido pesado y largo a causa del calor sofocante que aquellos días de mediados del verano asolaba la meseta castellana.

—¡Maldita mujer, maldita sea mil veces! La bolsa y el reloj, me ha robado la bolsa y el reloj.

—¿Qué ocurre, señor? —le preguntó el criado.

—Una mujer, o tal vez el mismísimo demonio con su forma..., ha sido aquí al lado, en un sucio portal..., me ha sorprendido por detrás, me ha tocado mis partes... y me ha susurrado cosas deliciosas al oído, muy bajito..., y cuando me he dado cuenta de lo que pasaba, ella ya había desaparecido entre la multitud con mi bolsa y mi reloj.

—¿La bolsa dice usted, señor... y el reloj? ¿Cuánto dinero llevaba encima, don Francisco?

—Todo, maldita sea, todo; todo lo que me dio mi padre antes de salir de Castuera. No tenemos ni para pagar una hogaza de pan. ¡Condenado demonio con pechos!

Francisco de Faria, hijo del noble extremeño don Fernando de Faria, tenía diecinueve años. Había salido unos días antes de su casa solariega de Castuera, una aldea cercana a Mérida, camino de la corte de Madrid con tres de los criados de su padre, dos baúles de equipaje, una buena bolsa llena de dinero, un reloj nuevo de oro y una carta de recomendación para presentarse ante su pariente don Manuel Godoy y Álvarez de Faria, príncipe de la Paz y de Basano, duque de Alcudia, generalísimo de los ejércitos y jefe del gobierno de su majestad don Carlos IV, rey de España.

Francisco era el único hijo de don Fernando, conde de Castuera. Su madre había muerto en el momento de su nacimiento, por lo que había sido amamantado por amas de cría. Desde muy pequeño había sentido una gran atracción por la milicia. En su casa de Castuera había devorado varios libros que trataban de las glorias de los heroicos guerreros extremeños que habían conquistado imperios y continentes para el rey de España. Conocía de memoria las biografías de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro y sus hazañas y conquistas al otro lado del mar, y no deseaba otra cosa que emular esas grandes gestas imperiales.

Claro que ahora, a comienzos del siglo XIX, España ya no era aquel gran imperio en expansión de la época de los conquistadores de América, aunque seguía conservando una potencia militar y territorial considerable, sobre todo porque poseía casi intactas las extensas tierras que se conquistaran allende los mares tres siglos atrás, y también porque el recordado rey Carlos III había dejado una marina en buen estado, con excelentes barcos y grandes navegantes, aunque con muchas deudas por pagar.

El niño Francisco de Faria, en los estrellados anocheceres de los plácidos veranos extremeños, había soñado, tumbado de espaldas en la tierra aún caliente, con protagonizar grandes nuevas gestas. Si Hernán Cortés había conquistado el imperio Azteca con la sola ayuda de su inteligencia y audacia y Francisco Pizarro había hecho lo propio con el Inca con tan sólo trece hombres, Francisco de Faria se sentía con fuerza suficiente como para conquistar para España nuevas tierras, bien en la misma América o bien en los mares del sur, o en las islas de las Especias.

Había oído una y otra vez en los círculos ilustrados de Badajoz y Salamanca, durante los tres años en los que acudió a esas ciudades a cursar estudios, que España había quedado ensombrecida por Francia desde hacía al menos un siglo en el continente europeo, y hacía varios decenios que Inglaterra había superado a España como gran potencia naval. El brillo y el poder de España se apagaban como los rescoldos que languidecen en el fogón de la cocina sin que nadie hiciera nada por alimentarlos con nueva leña o por avivarlos con el fuelle.

Desde muy pequeño, Francisco de Faria había recorrido los campos de la hacienda de su padre sintiéndose un nuevo Pizarro. Siempre que jugaba con los niños de su aldea se había erigido en capitán de las tropas, encabezando orgulloso a su cuadrilla, empuñando una espada de madera y cubierto con un casco hecho con la chapa abollada de un viejo farol. Cuando nadie lo veía, se colocaba la cimera de una vieja armadura que decoraba el pasillo principal de la casona familiar y blandía al aire alguna de las espadas que colgaban de la pared como mudas presencias de antiguos hidalgos.

Él quería ser soldado, pero al cumplir los dieciséis años su padre le obligó a ingresar en la antaño prestigiosa Universidad de Salamanca. Era ésta una de las pocas donde el grado de bachiller no se obtenía mediante el pago de una generosa cantidad de dinero, y, entre las veinticuatro que había en España, una de las dos o tres con merecimientos para denominarse tales, pues la mayoría no eran sino escuelas episcopales adscritas a los cabildos de las catedrales donde se expedían títulos universitarios con unos pocos conocimientos de teología y latín y algunas nociones de gramática; la mayoría eran mediocres centros de enseñanza muy alejados de las corrientes culturales europeas y en los que el progreso intelectual estaba cercenado por la censura que imponía el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, garante de la «pureza» mediante una lista de libros prohibidos que incluía a la mayor parte de las grandes obras literarias, científicas y filosóficas.

Pero ni siquiera la de Salamanca estaba al margen de las corruptelas que dominaban las universidades españolas. Debido a la secular relajación de la disciplina, al incumplimiento de las obligaciones docentes, a la frivolidad de los responsables, al abstencionismo de los profesores e incluso al amaño de los exámenes, don Fernando estimó que aquella no era la mejor educación para su único

hijo, y pronto ordenó a Francisco que regresara a casa. Hasta entonces el conde de Castuera se había mostrado reticente a que su primogénito ingresara en el ejército.

Era uno de esos miembros de la nobleza más rancia, enraizada en su tierra y celosa de sus privilegios, que creía que la milicia era tan sólo para los hidalgos de baja cuna o para los hijos segundones, en tanto que el heredero de un noble hacendado debía dedicar todos sus esfuerzos y toda su educación a aprender cuanto fuera necesario para mantener sus heredades en el seno del linaje. La sangre y la tierra eran lo más importante para don Fernando, así había sido siempre en su familia, desde que alcanzara el grado de nobleza, allá por finales del siglo xv, y así debería seguir siendo. En eso consistía el orgullo familiar, el mismo que obligaba a Fernando de Faria a conservar en el seno de su linaje la herencia de la tierra, pese a que muchas familias nobles eran tan poco prestas a la mejora de sus haciendas que las tenían mal cultivadas, cuando no casi abandonadas; todo negocio que no tuviera que ver con la tierra se despreciaba por inadecuado a la condición nobiliaria.

A principios del siglo xix ya no se ponían en práctica algunas viejas costumbres como la de dirimir cuestiones de honor mediante el duelo, pero la nobleza extremeña mantenía una extraordinaria rigidez en cuanto a las formas y creía que la mejor manera de no perder su compostura era no mezclarse con el populacho. De modo que los nobles constituían un núcleo tremendamente cerrado, ajeno a la mayoría de la población, incluso en la celebración de fiestas, que solían organizarse para conmemorar acontecimientos relacionados con la monarquía o con motivo de las bodas de sus hijos. Los nobles vivían tan al margen de lo real que parecía como si estuvieran seguros de que las cosas jamás cambiarían, de modo que actuaban como si todo fuera a ser eterno.

La experiencia de Salamanca no resultó nada convincente, y al fin don Fernando accedió a que su primogénito ingresara en la Real Escuela Militar de Badajoz, pese a que la profesión militar estaba ya bastante desprestigiada entre las clases nobles porque sólo acudían a ella aquéllos que no alcanzaban el nivel de rentas suficiente para mantener su nivel de vida con el lujo que requería la condición nobiliaria.

Para el hijo de un rico hacendado, y además emparentado con el todopoderoso don Manuel Godoy, no era nada difícil obtener en apenas un año el grado de cadete, y Francisco lo alcanzó gracias a su constancia en el estudio, pero también a las generosas donaciones que su padre prodigó a la Escuela Militar pacense.

—Es hora de que vayas a Madrid —le dijo un día en su casona de Castuera, durante el permiso que a Francisco le concedieron tras su graduación militar como cadete—. Hace unas semanas envié una carta a nuestro pariente Godoy, que es quien ahora manda en España, rogándole que te recibiera en la corte y que te recomendara para continuar tu carrera militar en la capital del reino. Me acaba de contestar pidiéndome que te traslades enseguida a Madrid.

»Le he vuelto a escribir para darle las gracias y le he pedido que te proteja, a la vez que le he ofrecido mis respetos. Aprende de él: hace unos pocos años que llegó a la corte sin más bagaje que su inteligencia y el honor de nuestro linaje, y ya es el primero de los españoles tras su majestad el rey don Carlos IV. Y procura hacer una buena boda, como nuestro pariente, que está casado con una nieta del mismísimo rey Luis XIV de Francia.

Francisco de Faria recibió de su padre una bolsa llena de monedas de oro y plata, un reloj de oro y un ajuar completo que los criados embalaron en dos baúles. Sólo le dio un consejo:

—En Madrid hay tres cosas que pueden acabar con la hacienda de un hombre: el afán de ostentación en el paseo del Prado, los juegos de naipes y las dádivas a ciertas mujeres; guárdate de las tres y todo te irá bien.

El hijo del conde de Castuera salió con tres criados camino de la corte madrileña una cálida mañana del verano de 1804. Él hubiera preferido viajar solo hasta la corte, era una forma de intentar demostrar a su padre que no tenía miedo a ese viaje, pero el camino de Badajoz a Madrid, aunque era más seguro que los que atravesaban Sierra Morena, solía estar recorrido a veces por delincuentes que asaltaban a los viajeros solitarios. Un hombre solo, incluso si iba bien armado, era una presa fácil para los salteadores. Por ello su padre puso a su servicio a tres criados para que lo acompañaran hasta Madrid. Uno de ellos se quedaría con Francisco en la corte, en tanto los otros dos regresarían a Castuera en cuanto lo hubieran dejado a las puertas de la capital del reino.

Habían realizado el trayecto sin más contratiempo que las penalidades provocadas por el intenso calor, y tras cinco días de viaje llegaron a Madrid cansados y polvorientos pero con ganas de contemplar aquella ciudad que ya se había convertido en la más grande de España y de la que todos los que la habían visitado contaban maravillas.

El joven Faria y su criado se instalaron provisionalmente en una fonda aseada y limpia, frecuentada por personas de cierta categoría social, en la calle de la Platería, muy cerca de la plazuela de la Villa, en tanto buscaban una casa apropiada a su condición. El mismo día de su llegada a Madrid, justo después de despedir a los dos criados que lo habían acompañado desde Castuera, Francisco de Faria había dejado al tercer criado deshaciendo el equipaje en la fonda, y tras descansar un poco y comer algo ligero, había decidido dar una vuelta por las calles de los alrededores, impaciente como estaba por contemplar cómo era la ciudad en la que iba a pasar los próximos meses, tal vez años, de su vida.

Y había sido justo en ese primer paseo, apenas llevaba unas pocas horas en Madrid, cuando aquella muchacha del alfiler de oro con perlas grises lo había embaucado con caricias y susurros en el oscuro portal y lo había desvalijado de

cuanto de valor portaba encima.

—¡Maldita sea, maldita sea! ¡Todo, se ha llevado todo y me ha dejado un terrible dolor de testículos! Ni un mísero real para comprar algo que llevarnos a la boca —se lamentaba ante su criado.

—Mire, don Francisco —le indicó el criado, echándose mano a la faja de lana que rodeaba su cintura—, su padre me confió esta bolsa con mil reales. Me la entregó poco antes de salir. «Por si surge alguna emergencia», me dijo.

El joven Faria cogió la bolsa, volcó el contenido encima de la cama y extendió las monedas sobre la colcha.

—Bien —suspiró aliviado—, al menos no moriremos de hambre.

—En cuanto a la muchacha que le robó, señor, creo que debería ir usted a poner una denuncia, o si lo prefiere lo haré yo mismo, ya he acabado de ordenar su ropa.

—No, no, una denuncia no serviría de nada. Además, ni me he fijado en como era esa maldita pécora. No sabría decir si era alta o baja ni de qué color tenía los ojos, sólo recuerdo su pelo negro y rizado. Con esa descripción debe de haber miles de mujeres en Madrid.

—Tal vez, pero el dinero es vuestro, y si alguien...

—De acuerdo, de acuerdo, iré mañana a poner esa denuncia. Ahora es tiempo de descansar. Yo no tengo apetito, si tú lo deseas sal a cenar, come algo, estarás hambriento. Yo me voy a dormir, por hoy ya he tenido bastante.

Francisco de Faria se desnudó y se acostó en la cama principal de la habitación, que estaba en una alcoba al fondo de la sala. El criado dormiría en un catre cerca de la puerta. Intentó conciliar el sueño, pero no pudo; una y otra vez acudía a su cabeza aquella muchacha. Intentaba recordar algún rasgo de su rostro que le permitiera identificarla llegada la ocasión de reconocerla, pero en su mente sólo había lugar para un alfiler dorado con dos perlas grises y unas manos cálidas y suaves que por unos fugaces momentos lo habían transportado muy cerca del paraíso.

—Estamos tras su pista, señor. Ya han denunciado varios viajeros ese tipo de robo y sabemos que es una joven de pelo negro la que los perpetra, pero no hemos podido atraparla. Actúa siempre de la misma manera: engatusa con malas artes a los recién llegados a la ciudad, y en cuanto se descuidan los despluma antes de desaparecer como un fantasma. En los últimos meses ha realizado al menos cuatro atracos —le dijo el jefe de la policía encargada de la vigilancia de las calles de Madrid.

—Hagan lo que sea por atraparla, en esa bolsa había diez mil reales en monedas de oro y plata, además de un reloj de oro con su cadena y una carta para don Manuel Godoy —insistió Francisco de Faria.

—No tenemos una descripción precisa de cómo es; siempre actúa al atardecer, cuando hay poca luz en la calles, y pone sumo cuidado en evitar que sus víctimas le

vean el rostro.

Francisco regresó a la fonda y cogió papel, pluma y tintero. Tenía que escribir a su padre y contarle que le habían robado la bolsa y el reloj, y además pedirle más dinero y una nueva carta de presentación ante Godoy, pues aquella joven ladrona también la había sustraído del bolsillo de su chaleco. «Tal vez creyó que se trataba de un billete o de un pagaré», pensó el joven Faria.

Ocho días más tarde llegó una carta de Castuera. Don Fernando recriminaba a su hijo su poco cuidado y le instaba a mantenerse siempre precavido. Junto al pagaré por valor de diez mil sueldos a canjear por efectivo en el banco de San Carlos, venía otra nueva carta de presentación para Godoy. Francisco pagó al correo, pues las cartas se abonaban al recibirlas, y suspiró aliviado al leer el contenido. No aguardaba otra cosa de su padre, pero durante los días de espera llegó a pensar que tal vez le ordenara regresar de inmediato a Castuera como castigo a su descuido.

2

Faria acudió a primera hora de la tarde al palacio de Buenavista, la residencia que a Godoy le había regalado el ayuntamiento de Madrid, donde unos días antes había dejado la carta de presentación de su padre. El «Choricero», como era apodado el jefe del gobierno de Carlos IV, tenía treinta y cuatro años y era un hombre más temido que admirado. Había llegado a Madrid desde Badajoz apenas cumplidos los dieciséis años siguiendo a su hermano mayor, y gracias a su recomendación entró en la compañía de guardias de corps, donde sirvió durante un tiempo a cambio de una modesta pensión, hasta que sus artimañas y su capacidad de seducción lo convirtieron en el hombre más poderoso de España.

El joven cadete tuvo que esperar un buen rato, pues Godoy estaba despachando con el secretario de Hacienda sobre ciertos asuntos relativos a los deseos del jefe de gobierno de establecer contactos mercantiles con China y otros países de Asia para paliar el descenso del comercio con las colonias americanas.

Godoy estaba buscando desesperadamente nuevos mercados y nuevos centros de provisión de materias primas. Había llegado incluso a planear la conquista y colonización del norte de África, labor que Carlos IV no aprobaba, y pese a la oposición del rey envió a un espía catalán llamado Francisco Domingo Badía a recorrer el Magreb disfrazado de musulmán. El príncipe de la Paz ofrecía a Muley Sulaimán, rey de Marruecos, ayuda para sofocar la revuelta de las tribus bereberes rebeldes a su reinado, a cambio de que España obtuviera la concesión de dos puertos, uno en el estrecho de Gibraltar y otro en la costa del Atlántico.

El príncipe de la Paz recibió a Faria en una sala larga y estrecha. Godoy vestía una casaca azul con entorchados dorados, un fino pantalón ocre muy ajustado y unas altas y estrechas botas de cuero negro. Era un hombre alto y recio, de porte elegante a

pesar de estar algo cargado de espaldas. Tenía el pelo muy rubio, fino y lacio, peinado con raya en medio, corto por arriba, con el flequillo rapado sobre la frente, pero largo por detrás, con mechones dorados que caían por encima de sus anchos hombros y con amplias pero finas patillas que se alargaban hasta la robusta mandíbula, muy al gusto francés. La nariz era recta y bien proporcionada, la frente amplia y lisa, las cejas estrechas y bien perfiladas y los ojos no muy grandes y con un brillo acuoso. La boca parecía pequeña comparada con la cabeza, pero los labios eran delicados y sensuales, bien dibujados sobre una barbilla redonda con un pequeño hoyuelo en el centro.

Era uno de esos tipos galantes y atractivos a los que no se les suele resistir ninguna mujer, aduladores y a la vez dotados de un encanto personal que o enamora a primera vista o los hace detestables para siempre. Algunos decían que la mismísima reina había caído rendida ante sus encantos y que ése era el único mérito para su rápido ascenso desde su primer destino como simple guardia de corps hasta lo más alto del poder.

—¡Mi querido sobrino!, déjame que te abrace —dijo Godoy al atribulado Francisco de Faria, cuando éste entró en la sala acompañado por un ujier.

—Os presento los respetos de mi padre, señor..., excelencia —balbució el joven Faria.

—Vamos, vamos, déjate de cumplidos, somos familia. Me alegré mucho cuando recibí carta de tu padre, mi primo, pidiéndome que te recibiera en Madrid. Vaya, has decidido ser soldado, ¡bien hecho! En nuestra familia siempre ha habido grandes soldados; ¿sabes?, uno de nuestros antepasados peleó contra los moros en la guerra de Granada al lado de los Reyes Católicos y estuvo con el Gran Capitán en las guerras de Italia, y otro acompañó a Hernán Cortés en la conquista de México.

Manuel Godoy, hijo de don José de Godoy y de María Antonia Álvarez de Faria, era de estirpe noble, pero pertenecía a una rama de un linaje venido a menos, con una menguada hacienda y más deudas que ingresos. Su casa solariega, como la de los Faria, con quienes estaba emparentado, radicó en Castuera, pero esa rama de la familia había tenido que trasladarse a Badajoz, donde ante la falta de grandes heredades que administrar, su abuelo se había dedicado a vivir de las escasas rentas que poseía. Dilapidados sus recursos familiares, los hermanos Godoy habían tenido que buscar su sustento en el ejército, como tantos nobles e hidalgos desprovistos de rentas y fortuna.

—Yo sólo deseo ser un buen soldado, servir a España y a su majestad don Carlos —soltó de corrido Faria. La frase sonó demasiado falsa, como si, y así había sido, hubiera estado ensayándola durante toda la mañana.

—Excelente, excelente, así habla un soldado de España. Preséntate pasado mañana en el regimiento de guardias de corps, sus miembros forman mi escolta personal y a veces la de su majestad el rey. Yo mismo te recomendaré al brigadier que

lo manda. Si eres valiente, como te corresponde por tu apellido, y cumples bien las órdenes, no tardarás en ascender. Y ahora acompáñanos; este salón es el más famoso de Madrid, lo que no veas y oigas aquí no lo sentirás en ninguna otra parte.

Y en efecto, así era.

A las salas principales del palacio se accedía por una gran escalera. A Francisco le extrañaron los escasos requisitos que los relajados guardias de la puerta exigían para entrar en donde se celebraban las tertulias vespertinas de Buenavista. Aquellos salones siempre estaban atestados de todo tipo de gentes. Aquel día había incluso un grupo de varias prostitutas del más caro y lujoso burdel de Madrid, que junto a un balcón reían a mandíbula batiente mientras batían sus abanicos escuchando los chistes que contaban dos oficiales del ejército que se pavoneaban ufanos con sus immaculados uniformes tachonados de decenas de brillantes botones dorados. En uno de los rincones, junto a una chimenea de mármol sobre la que lucía un magnífico jarrón de porcelana de Sevrés, tres mujeres de la alta sociedad madrileña cuchicheaban sobre la mejor manera de conseguir las prebendas que para ellas y sus maridos habían ido a solicitar a Godoy. Y un poco más allá, un clérigo con aspecto de rufián de taberna sentaba doctrina sobre los vicios que aquejaban a Europa a causa de las ideas liberales que llegaban de Francia y de los Estados Unidos de América, y lamentaba que algunos de ellos ya se hubieran asentado entre muchos españoles; y lo hacía mientras devoraba con avidez unos bizcochos de canela mojados en un tazón de chocolate caliente.

El regimiento de guardias de corps se había constituido como la unidad de elite del ejército, pero su única función era proteger a Godoy y vigilar los palacios reales y reforzar la escolta de la guardia real cuando el monarca salía de caza. La preparación militar de los guardias y la de sus mandos no era muy adecuada, pero su prestigio se debía a que el regimiento estaba compuesto por soldados y oficiales pertenecientes a las más nobles y poderosas familias del reino, y sus miembros solían ascender en el escalafón antes que el resto de los militares.

Francisco de Faria se presentó en el cuartel a primera hora de la mañana, vestido con su uniforme de cadete de la Escuela Militar de Badajoz. Lo recibió un brigadier de pelo cano y amplios bigotes que no dejaba de atusar con su mano izquierda.

—Viene usted recomendado desde muy arriba, cadete —le dijo—; espero que sea merecedor de esa confianza.

—Ésa es mi intención, señor.

—Le presentaré al sargento Morales, es el encargado de instruir a los aspirantes a oficiales en sus funciones en el cuartel.

El brigadier hizo llamar a Isidro Morales, quien se presentó en seguida en el despacho.

—Sargento, este cadete es don Francisco de Faria, pariente de nuestro muy querido don Manuel Godoy. Durante todo este año va a estar sirviendo en esta unidad. Hágame saber cuáles son sus obligaciones e infórmele sobre la vida y los horarios en el cuartel. Bien —continuó dirigiéndose a Faria—, ahora puede retirarse. ¡Ah!, y bienvenido al servicio de guardias de corps. Deseo que sea digno de vestir nuestro uniforme.

Isidro Morales, el sargento de los guardias de corps, era un tipo altivo. De estatura elevada, lo que era preceptivo para llegar a sargento de batallón, tenía las espaldas más anchas que Faria había visto en hombre alguno y un cuello tan grueso que hubieran hecho falta tres manos para abarcarlo. Caminaba con pasos firmes, asentando cada pie con fuerza antes de levantar el otro, como si hubiera aprendido a andar entre una manada de osos. Había nacido en una familia de artesanos del cuero en el arrabal de Toledo y desde niño había destacado por una enorme fuerza y un tremendo descaro. Se había enrolado en el ejército a los dieciséis años, abandonado su oficio de curtidor, y había logrado ascender hasta el grado de sargento tras muchos años de permanencia en los cuarteles.

No era uno de esos tipos que creían que el ejército era la mejor de las instituciones posibles, ni mucho menos, pero se sentía orgulloso de su origen toledano y de su grado de sargento. «Nací en la ciudad imperial», solía comentar a menudo. No se distinguía precisamente por ser un hombre culto, pero le apasionaba el teatro y no dejaba de asistir a los estrenos de las obras que se representaban en Madrid. Frecuentaba algunos burdeles, sobre todo uno muy discreto cerca de la plaza de la Cebada donde coincidían los militares de baja graduación y los comerciantes que acudían a la villa desde las comarcas cercanas. Procuraba no perderse ninguna corrida de toros y, siempre que su servicio se lo permitía, se acercaba hasta la pradera de San Isidro para pasear entre la multitud que por las tardes, sobre todo los domingos, se arremolinaba en torno a cestas de merienda y botas de vino. Allí acudían las gentes del pueblo y era uno de los pocos lugares donde podían verse mezclados los pobres con los ricos, quienes, disfrazados de majos y majas con lujosos trajes, jugaban a la gallina ciega. Por su condición de sargento no podía asistir a las suntuosas fiestas que se celebraban en los jardines del Buen Retiro, donde se representaban fastuosos espectáculos de ópera y se organizaban concurridos bailes de máscaras reservados sólo para las clases altas que se vestían a la moda francesa para estas ocasiones.

—Los oficiales de la guardia de corps son los mejores soldados de España. Todos pertenecen a familias nobles, como usted, y todos comparten los mismos ideales. Ojalá el resto del ejército fuera igual; ¡ay, si ocurriera así!, no tardarían en reverdecen aquellas glorias imperiales de los tiempos del emperador don Carlos y de su hijo el rey Felipe II, nuestra época más gloriosa —comentó Morales mientras enseñaba el

cuartel a Faria.

—Me alegro de que piense así, sargento; yo opino lo mismo.

—Si tuviéramos ahora generales como el Gran Capitán, Pizarro, Hernán Cortés o don Juan de Austria, y soldados como los de los tercios de Flandes y los que conquistaron el imperio de Moctezuma... Bueno, no estaríamos como estamos. ¿Conoce usted a alguien en Madrid?

—Pues no, sargento, lo cierto es que sólo a mi tío, el príncipe don Manuel Godoy.

—En ese caso..., no está bien que un sargento congenie con quien pronto será un oficial, pero alguien tiene que enseñarle Madrid. ¿Le gusta a usted el teatro?

—No sé..., no he ido nunca.

—Pues se ha perdido algo grande. Hace dos meses don Leandro Fernández de Moratín estrenó su nueva comedia, *La mojigata*, en el Teatro de la Cruz. ¡Vaya éxito!, ¡once días seguidos se mantuvo en cartel esa obra! Le hubiera gustado.

Aquel tipo era muy raro, o así se lo pareció a Faria, que dudaba si aceptar la propuesta de Morales para enseñarle Madrid. Al fin y al cabo, Isidro Morales sólo era un sargento, y él era un noble, pariente del hombre más poderoso de España y futuro oficial del ejército. «Pero ¡qué diablos! —pensó—, tal vez este hombre pueda enseñarme más sobre la vida en Madrid que todos los cortesanos juntos». Además, ya había pasado un tarde en los salones del palacio de Buenavista, y lo que allí había visto y oído no le había parecido demasiado interesante.

Como guardia de corps podría haberse hospedado en el cuartel, junto a algunos de sus compañeros, pero la nueva remesa de dinero que su padre le envió desde Castuera le permitió alquilar un piso en una bocacalle de la puerta del Sol, donde se concentraban los ociosos de Madrid, en un edificio nuevo de cuatro plantas. No era una vivienda demasiado grande, pero tenía una amplia sala, dos dormitorios, uno de ellos con alcoba, y una amplia cocina con fogones nuevos, suficiente para recibir a sus futuras amistades. Su criado se encargaría de hacer la comida y de mantenerlo limpio.

Un elegante lacayo del palacio de Buenavista se presentó a primeras horas de la mañana en el piso de Faria. Portaba una invitación de don Manuel Godoy para una cena de gala que se iba a celebrar en palacio. Al poco de instalarse en el piso, Faria había enviado un mensaje a su tío ofreciéndole sus respetos y dándole a conocer su nueva dirección, y para su satisfacción, el jefe del gobierno no había tardado ni una semana en acordarse de él.

Vistió su nuevo traje de gala de cadete de la guardia de corps, ordenó a su criado que sacara brillo a sus botas, a su cinturón de cuero y a sus botones dorados y se dirigió, mediada la tarde, hacia Buenavista. El murmullo de las conversaciones se podía oír desde la entrada, iluminada por dos grandes faroles y protegida por cuatro

alabarderos del regimiento de los guardias de corps.

Después de mostrar su invitación al oficial de la puerta, que la cotejó con su listado, Faria subió por la escalera principal hacia los salones, atestados de generales, damas y caballeros de la alta sociedad madrileña y de lacayos que portaban bandejas de plata con pastas y copas de moscatel.

El joven Faria recorrió con la mirada aquellos rostros intentando identificar a alguien conocido, pero todos le eran extraños. Uno de los criados le ofreció una copa de moscatel y Faria la tomó distraído.

—Es usted nuevo en Madrid, ¿me equivoco? ¡Ah!, perdone, me presentaré, mi nombre es Leandro Fernández de Moratín.

Faria recordó que aquel nombre era el mismo que el del autor de teatro que el sargento Morales había citado con cierta devoción el día que se presentó en el cuartel.

—Me alegro de conocerlo, señor. He oído hablar de usted y de su éxito en el teatro. Yo soy Francisco de Faria, guardia de corps de su majestad Carlos IV e hijo de don Fernando de Faria, conde de Castuera, en Extremadura.

—Lo vengo observando desde que entró y lo he visto demasiado solo y un tanto despistado.

—Es que todavía no conozco a nadie. Soy pariente de don Manuel Godoy y hace muy poco que vivo en Madrid. Su excelencia me ha invitado a esta cena.

—Su excelencia don Manuel es un gran anfitrión. Le gusta rodearse de mucha gente, amigos, allegados, parientes...; su palacio siempre está abierto a sus amistades.

Moratín tenía un rostro severo y marcado por la viruela, enfermedad que causaba estragos. Vestía con elegancia levita de paño azul y pantalones grises. Parecía un hombre honesto aunque una sombra extraña atormentaba sus ojos.

—Me han dicho que es usted el mejor autor de teatro de Madrid —comentó Faria.

—Eso dicen algunos, aunque también hay críticos que opinan todo lo contrario. Intento escribir un teatro de calidad, a pesar de las censuras eclesiástica y gubernativa. No me gusta en absoluto el tipo de obras chabacanas que en estos tiempos dominan los escenarios de nuestros teatros con la excusa de acercar lo aristocrático y lo castizo. Permítame que sea franco: el teatro atraviesa en España una mala época. Empresarios sin escrúpulos han copado el negocio y llevan camino de acabar con él. Hace cinco años subieron escandalosamente el precio de las entradas para que sólo los ricos pudieran ir a ver las funciones. No tenían bastante con separar a la gente según su condición social que incluso han intentado echar a las personas sencillas de los teatros, y eso no es lo peor. Ponen en escena obras de una calidad ínfima, destinadas a un público embrutecido que sólo aspira a ver sobre el escenario a actores histriónicos rodeados de extrañas maquinarias, ruidos infernales, humo asfixiante, músicas estridentes, figuras monstruosas, héroes de pacotilla que vuelan y grupos corales chillones y gesticulantes. Creen que gastando seis mil reales en un

mediocre decorado ya están dadas las condiciones para una exitosa función. ¡A eso llaman ahora teatro! Están consiguiendo que sólo acuda a las salas gente que no cesa de hablar o ladrones de relojes.

Moratín parecía muy enfadado. Conforme iba hablando de la situación que atravesaba el arte de la comedia, el tono de su voz se iba elevando, aunque no lo suficiente para que repararan en él los que alrededor reían y chillaban mientras bebían moscatel y comían pastas azucaradas.

—En verdad que está usted indignado —dijo Faria.

—No, mi joven amigo, ¿me permite que lo considere así?

—Por supuesto, será un honor para mí.

—No, no estoy indignado. Fíjese, hace ya algunos meses que me ronda por la cabeza la idea de fundar una sociedad en la que se lean tan sólo las obras literarias más horripilantes y se comenten como es debido. Creo que la llamaré la Sociedad de los Acalófilos, es decir, de los amantes de lo feo. Tendrá una acogida extraordinaria, pues aquí en Madrid son legión. Le invito a que forme parte de esta insólita sociedad, se divertirá.

Moratín y Faria siguieron conversando durante un buen rato hasta que un ujier, con un golpe seco en el suelo y un vozarrón de mozo de taberna arrabalera, anunció la entrada de su excelencia don Manuel Godoy y Álvarez de Faria, y después enumeró una larga retahíla de títulos, honores y condecoraciones.

Godoy apareció vestido de capitán general, aunque la faja roja tradicional en el generalato la había sustituido por una azul. Junto a él había un hombre recio y fornido, de cabeza poderosa y pelo ensortijado, cuyos ojos agudos parecían los de un halcón.

—Es Goya, Francisco de Goya, el pintor de la corte —bisbisó Moratín a oídos de Faria—; dicen que el mejor de Europa.

3

La vida en el cuartel era demasiado rutinaria, y la monotonía del servicio de los guardias de corps sólo se alteraba los días que les tocaba el turno de escoltar a Carlos IV en sus salidas a cazar en las dehesas de El Prado o en los montes de El Escorial, o en las largas tardes que pasaban en las tertulias del café de San Luis, donde acudían los guardias de corps y los guardias del rey. Las conversaciones de aquellos días de principios del otoño giraban casi siempre en torno a la nueva guerra que se preparaba en Europa, a la menguada hacienda del Estado y a los chismorreos sobre la corte.

En el cuartel se comentaba que Napoleón, que se había autoproclamado emperador de los franceses en el mes de mayo, tras disolver el Triunvirato que él mismo había creado después de derrocar al Directorio mediante un golpe de Estado,

proyectaba la invasión de Inglaterra. A fines de agosto el ejército francés había realizado una formidable manifestación de fuerza en Boulogne en homenaje a su nuevo emperador, conocida con el nombre de «la marcha de las Águilas». España estaba en paz con todo el mundo desde hacía más de dos años, pero el embajador de Napoleón presionaba a Carlos IV y a Godoy para que se pusieran de su lado contra los ingleses.

El joven Faria asistía a aquella situación excitado. Ardía en deseos de entrar en combate, tal como había imaginado en los libros que leía en su casa de Castuera, y eso no sería posible sin una guerra en la que luchar Soñaba con ganar batallas, ascender deprisa en el escalafón militar y alcanzar el reconocimiento de héroe peleando al servicio del rey de España. En el cuartel de los guardias de corps no había muchos libros, pero se podían encontrar algunos que glosaban las glorias del ejército español, y Faria los devoraba con fruición en sus períodos de descanso.

La situación de España a principios del siglo XIX no era nada boyante. Hacía ya veinte años que el país había pasado su mejor momento desde hacía un siglo, justo al final del reinado de Carlos IV, cuando se construyeron numerosos navíos de guerra y se dotó a la Armada de más medios y de hombres mejor preparados. Pero, desde el ascenso al trono de Carlos IV, las cosas habían cambiado mucho. Tras el triunfo de Napoleón, España vivía a remolque de los intereses de Francia, a la que se temía tanto por su creciente poder militar, auspiciado por su ambicioso y enérgico emperador, como por el hecho de que las ideas liberales y revolucionarias pudieran extenderse al sur de los Pirineos y acabar de un plumazo con los seculares privilegios de la indolente nobleza, del inane clero y de la fútil monarquía.

Para colmo de males, Carlos IV era un hombre de espíritu pusilánime, bondadoso y tímido, sin capacidad para tomar decisiones y falto de fortaleza de ánimo y de carácter; de él se decía que estaba sometido a la voluntad de su esposa la reina María Luisa de Parma, una mujer tan intrigante como astuta.

Carlos IV se despreocupaba de los asuntos de Estado. Su vida se asemejaba a la de un verdadero parásito, y no faltaban quienes lo comparaban con los zánganos de las colmenas, siempre chupando la miel que otros libaban. Aunque se levantaba a las cinco de la mañana, lo hacía para oír dos misas, leer libros piadosos y desayunar leche de cabra recién ordeñada y chocolate caliente, que sorbía con gula. Después se dirigía a los talleres de palacio, donde se dedicaba a ayudar al maestro armero a limpiar fusiles o a poner a punto pistolas y trabucos, pero sobre todo pasaba muchas horas en el taller de carpintería, donde trabajaba puliendo sillas, alisando tablas y dorando muebles.

Casi todos los días en que el tiempo lo permitía, salía de caza, una pasión heredada de su padre, el rey Carlos III, y lo hacía montado en la carroza real escoltado por un destacamento de la guardia real y dos docenas de guardias de corps,

y tras ellos una numerosísima comitiva de nobles, soldados, lacayos y criados. En cada jornada de caza se movilizaba una partida de no menos de setecientos hombres y quinientos caballos. En esas ocasiones, el rey comía y bebía como un leñador tras varios días de ayuno. Durante una de las jornadas de caza que Faria cumplía servicio de escolta, el joven cadete observó asombrado cómo el monarca engullía de una sentada para merendar dos enormes ristras de chorizo con una hogaza de pan y se bebía media bota de vino, para luego caer dormido sobre la mesa y roncar durante toda la tarde.

Carlos IV casi nunca acudía al despacho para dirimir los graves asuntos de Estado; cuando no estaba cazando o tomando chocolate y bizcochos con los nobles de la corte, lijando muebles o engrasando fusiles, dedicaba las tardes otoñales a dormir al calor de la chimenea o a jugar interminables partidas de naipes, durante las cuales solía quedarse dormido sobre la mesa.

Le gustaba la música y tocaba, bastante mal pero con mucho entusiasmo, el violín. Las comidas y las cenas solían estar amenizadas por un cuarteto de cuerda que interpretaba piezas de Bach, Brunetti, Mozart y sobre todo Haydn, el compositor favorito del monarca, por cuya música sentía verdadera pasión. Cuando sonaba alguna pieza de Haydn el propio monarca dejaba de comer de inmediato y se incorporaba al cuarteto como segundo violín. Por el contrario, la reina prefería la seguidilla y la guitarra, y solía invitar a parejas de cantantes para que, vestidos de majo y maja, entonaran tonadillas.

Siempre que podía, Godoy acudía a cenar a los palacios reales, bien al de Madrid, bien al de Aranjuez o al de La Granja, donde Carlos IV y su esposa pasaban la mayor parte del tiempo. Mientras el rey dormitaba recostado en un sillón o apoyado sobre la mesa de juego, la reina y Godoy departían acerca de los asuntos de Estado, hacían y deshacían nombramientos y concedían mercedes y privilegios.

La intimidad y el aprecio que la reina María Luisa demostraba hacia Godoy eran tales que en la corte y en todo Madrid se rumoreaba que eran amantes. Había incluso quien decía que los infantes Francisco de Paula e Isabel se parecían tanto al príncipe de la Paz como su vivo retrato, y que ésa constituía la prueba irrefutable de que eran hijos del favorito de la reina, y no del rey.

Godoy estaba en el cénit de su poder. A los veinticinco años, en 1792, ya había sido nombrado jefe de gobierno, tras una meteórica carrera que lo había llevado en apenas seis años desde el grado de guardia de corps al de capitán general de los reales ejércitos. Arriesgado y seguro de sí mismo, había criticado a los anteriores jefes de gobierno, tildando a Floridablanca de perplejo, tímido e indeciso y al aragonés Aranda de anciano, confiado y confuso. En 1798 perdió el favor del rey y fue destituido, pero gracias a la mediación de la reina María Luisa, su gran valedora, y a las presiones de Francia, cuyos gobernantes veían en Godoy el mejor aliado para

llevar a cabo los planes que habían diseñado para España, sólo dos años después recuperó el cargo.

En 1802 Godoy había sido el principal artífice de la paz de Amiens con Inglaterra, y por ello había ganado su título principesco. Se mostraba muy ufano y orgulloso por los logros alcanzados en esa ocasión, pues había conseguido la devolución de la isla de Menorca, que los ingleses habían ocupado en una espectacular acción cuatro años antes, pero a cambio de entregarles la isla de Trinidad, la perla de las Antillas menores.

—Suenan tambores de guerra.

—¿Qué dice, sargento? —preguntó Faria a Morales. Tras haber pasado la tarde en el burdel de la plaza de la Cebada, ambos compartían una botella de aguardiente en la taberna de la posada de San Sebastián, muy cerca de las ruinas del teatro del Príncipe, que hacía poco había ardidido por completo para desesperación de Morales, quien sostenía que era el único local de comedias, de los tres que había en Madrid, digno de llamarse teatro.

—Que esta época de paz se está acabando. Napoleón es un hombre tremendamente ambicioso y sabe que necesita los barcos españoles para llevar a cabo su plan de invadir Inglaterra. Me temo que está haciendo todo lo posible para que España entre en guerra como aliada de Francia contra los ingleses.

»Además, la guerra es muy beneficiosa para el desarrollo de las naciones; con la guerra se construyen carreteras y puentes, depósitos y fábricas de municiones, aumenta la intendencia, se desarrolla la industria textil y la metalúrgica, hay más empleos. La guerra ha hecho ricos a muchos, a las compañías coloniales inglesas y holandesas, por ejemplo, o a los banqueros. ¿Sabe usted que los barcos franceses se aseguran en caso de guerra en Londres? ¿Quién satisface la demanda de esclavos y de manufacturas de los colonos españoles en América?, pues los contrabandistas ingleses de Jamaica. La guerra aporta grandes beneficios a mucha gente.

—Salvo a los muertos —dijo Faria.

—Ninguna guerra ha logrado acabar con todo el género humano; en las guerras los muertos no importan. Los cadáveres anónimos no significan nada y los héroes fallecidos sirven para ilusionar a los pueblos, que les construyen mausoleos, les erigen monumentos y les dedican grandes poemas épicos. Como puede ver, cadete, también los muertos son útiles incluso para el arte y la literatura.

Morales no dejaba de sorprender a Faria. Era un hombre de aspecto bruto y hosco, pero cuando hablaba de política internacional parecía un experto de primera fila. El propio Faria había llegado a pensar si no sería uno de esos espías que Inglaterra, o tal vez Francia, tenían ocultos entre los españoles.

—¿Qué sabe usted de eso, sargento?

—Lo que oigo por ahí: que Napoleón maneja a su antojo al gobierno español, que el rey no ejerce como tal, que el gobierno está rendido a intereses extranjeros... ¡Ay, si hubiera entre nosotros un nuevo Gran Capitán!

—Ojo con lo que dice, sargento, dentro de poco seré su oficial superior y no me gusta que se hable así de nuestro gobierno ni de nuestro rey. Somos soldados de España y debemos actuar, pensar y hablar como tales.

—Escuche, jovencito engréido. Usted todavía no es oficial, sino un simple cadete, y yo soy sargento, «su» sargento. Hace veintidós años que sirvo en el ejército, y en todo ese tiempo he visto pasar ante mis ojos a muchos soldaditos que se creían predestinados por la Providencia para salvar a España, alguno incluso se sentía un nuevo Rodrigo de Vivar. ¿Y sabe qué ha sido de ellos? La mayoría cumple servicio en cuarteles infectos sin medios y sin otro aliciente que sobrevivir día a día, mandando a jóvenes reclutas que no desean otra cosa que regresar cuanto antes a sus casas, a labrar los campos o a trabajar en los talleres..., si es que pueden encontrar trabajo.

»Y entre tanto, ¿qué hace nuestro gobierno? Achantarse ante Napoleón, temblar frente a Inglaterra y esquilmar cuanto puede las riquezas de los españoles.

—Basta ya, sargento, está usted borracho.

—Es probable, «señorito» Faria, es probable, pero no dejo de tener razón. Un nuevo Gran Capitán, eso es lo que nos falta. Y orgullo, raza, sangre...

Morales apuró de un trago el último vaso de aguardiente, carraspeó, dejó unas monedas en la mesa y salió de la taberna como alma que lleva el diablo.

Faria cogió la botella y se sirvió otro vaso, pero cuando lo llevó a sus labios no pudo tragar un solo sorbo; las palabras de Morales lo habían dejado inquieto, como si se sintiera culpable de algo, tal vez porque sabía que el sargento tenía razón.

Ese mismo año de 1804, en mayo, había sido elegido primer ministro británico el taimado Pitt William, quien de inmediato envió a Madrid a su más hábil embajador, míster Hookham Frere, para enterarse de las intenciones de Godoy y tratar de evitar el peligroso acercamiento de España y Francia, aunque en realidad al gobierno inglés sólo le obsesionaba la idea de convertirse en la primera potencia del mundo y deseaba ese puesto a cualquier precio. El príncipe de la Paz había celebrado varias entrevistas con el embajador inglés durante los últimos días de agosto en los jardines y palacio de San Ildefonso. Para demostrar la buena voluntad del gobierno británico, al cual representaba en Madrid, míster Frere se había comprometido a enviar tropas a España en caso de que Napoleón invadiera la Península, y siempre que el rey Carlos IV decidiera romper sus relaciones con los franceses y firmar una alianza con Inglaterra.

Algunas de las entrevistas habían sido muy tensas; una tarde de fines de agosto míster Frere planteó un ultimátum a Godoy.

—Rompa usted cualquier relación con Francia, aléjese de Napoleón y apóyese en Inglaterra. Mi gobierno estaría dispuesto a ser muy generoso con España.

—Francia es muy poderosa. Su ejército de tierra es el más fuerte de Europa, y algunas de sus unidades están acantonadas apenas a dos días de marcha de la frontera de los Pirineos. Si decidieran invadimos, no podríamos resistir su ataque —lamentó Godoy.

—Nosotros les apoyaríamos, don Manuel, ya sabe cuánto apreciamos a los españoles en nuestro país; nuestros mejores escritores son apasionados admiradores de Cervantes y de su obra *Don Quijote* —ironizó el embajador—. Podríamos desembarcar un cuerpo de ejército en apenas una semana en Santander y en Bilbao y desde allí acudir hasta Vitoria y Pamplona, y destacar varios regimientos más en Barcelona para defender la frontera en Cataluña. Yo le puedo asegurar, excelencia, que Inglaterra jamás depondrá las armas sin antes haber vencido. Disponemos de una enorme cantidad de recursos con los que podríamos socorrer a España, si lo necesitara. Si usted quisiera...

—Es inútil, míster Frere, mi país jamás entendería una alianza con Inglaterra. El pueblo español contempla a los ingleses como a sus verdaderos enemigos. No perdonan los actos de piratería de sus corsarios durante siglos, sus alevosos ataques a nuestros puertos, su acoso y pillaje a nuestros mercantes de la ruta de América, sus asedios traidores a La Coruña, Cádiz y Menorca, y además aún retienen ustedes la plaza de Gibraltar. Todo eso no se olvida de un plumazo —asentó Godoy.

—No es hora de recordar viejas reyertas, señor, sino de tratar de buscar caminos de encuentro entre nuestras naciones. Inglaterra sólo desea defender sus legítimos intereses y evitar que toda Europa caiga en manos de ese autoproclamado emperador que han fabricado los revolucionarios franceses. Bonaparte no tiene otra ambición que dominar toda Europa, pero Inglaterra, con la ayuda de España o sin ella, no lo va a consentir. ¿Qué beneficios espera usted de una alianza con Napoleón? Creo que usted intuye cuáles son sus verdaderas intenciones y sabe muy bien que Bonaparte utilizará el poderío naval de España en su beneficio, pero en cuanto no le sirva...; bien, en ese caso España pasará a ser una provincia más del imperio continental francés, o a lo sumo un reino títere en sus manos. Piénselo bien, excelencia, creo que lo que más le interesa a su país es una sólida alianza con Inglaterra. De usted depende que España sea en el futuro una nación soberana en una Europa libre o una provincia dependiente del imperio continental francés.

Las palabras del embajador inglés sonaban rotundas y firmes. Godoy, en el fondo de su corazón, admiraba la resolución de los británicos. «En España todo es lento», solía decir en numerosas ocasiones, quejándose del carácter y de la manera de obrar de sus compatriotas. Pero temía la ira de Napoleón más que cualquier otra cosa, y estaba convencido de que si firmaba un tratado con Inglaterra, al día siguiente los

ejércitos imperiales se pondrían en marcha hacia los Pirineos y nadie podría detenerlos para impedir que llegaran hasta el corazón mismo de Madrid.

4

El otoño llegó despacio. Faria acudía todas las mañanas al cuartel de los guardias de corps, donde sus superiores lo trataban con una extraordinaria atención. Todos sabían que Faria era sobrino de Godoy, y era éste quien firmaba los ascensos y promovía los empleos de todos los militares. Había corrido el rumor de que el nuevo cadete era un agente de Godoy, y le tenían tanto temor que los oficiales hacían lo posible por agradar a Faria, pues nadie deseaba ver frustradas sus esperanzas ante un buen destino por perder el favor del príncipe de la Paz.

El joven Faria asistía al menos una vez a la semana a las tertulias vespertinas en el palacio de Buenavista. Para un cadete, sin posesión todavía del despacho de oficial, codearse con ministros, con generales del ejército, con los grandes nobles del reino y con los mejores artistas y literatos era un verdadero triunfo. Jamás hubiera imaginado que su estancia en la corte sería así, a pesar de sus orígenes nobles.

—Se avecinan momentos difíciles —le dijo un día don Manuel Godoy—. No sé durante cuánto tiempo podremos sostener esta situación de paz tensa, pero creo que no será mucho. Desde que perdiera las trece colonias de América del Norte, Inglaterra ansia ganar nuevas tierras en América a nuestra costa y a la de los franceses, y el emperador Napoleón está maquinando invadir Gran Bretaña en un ataque a gran escala. Pero para eso es preciso cruzar el Canal, y ahí necesita de nuestros barcos. Mal asunto, sobrino, mal asunto... Además está la situación aquí, en la corte. Estoy rodeado de conspiradores, necesito apoyos leales, como el tuyo, sobrino. Te necesitaré para elevadas misiones.

—Pero, excelencia, no sé si estoy preparado...

—Ya lo estarás. Preciso de gente fiel a mi lado. Esta corte es un nido de víboras al acecho, aguardando la menor oportunidad para inocularte su veneno. Todo el mundo conspira, Madrid es un conciliábulo permanente. No me puedo fiar sino de unos pocos, y tú, como mi pariente, eres uno de esos pocos. Tu padre me ha escrito de nuevo y me dice que eres un muchacho valiente y decidido; creo que puedo confiar en ti.

—Se lo agradezco mucho, excelencia. Intentaré no defraudarlo.

—Sé que no lo harás.

Godoy se mostraba muy preocupado conforme se acercaba el invierno. Durante los dos años anteriores, y a pesar de su inclinación hacia los franceses, había logrado mantener a España neutral, pero la presión del embajador francés, sobre todo tras enterarse de que el inglés se había entrevistado varias veces a fines de verano con Godoy, era agobiante. No había día en que el delegado imperial de Napoleón en

Madrid no se acercara al palacio de Buenavista o a Aranjuez para intentar convencer a Godoy y a los reyes de la necesidad de que España firmara un pacto con Francia y ambas hicieran juntas la guerra a Inglaterra. Aseguraba el embajador francés que, unidas las dos naciones, Inglaterra sucumbiría. España podía aportar una aceptable y experta Armada y un legendario ejército, en tanto Francia disponía de los mayores efectivos de tierra de Europa y de los generales más preparados, además de la capacidad para diseñar tácticas militares de su emperador, del cual el embajador decía que era la mente más privilegiada de Europa.

Un día tras otro agobiaba con sus reiteradas peticiones a Godoy, asegurándole que la alianza de las dos naciones sería insuperable para Inglaterra, pero que si no se producía esa unión, Inglaterra acabaría pactando con Rusia y Austria la destrucción de Francia, y aun la de la propia España. «España se convertirá en una colonia de Inglaterra, como está ocurriendo con Portugal», solía repetir.

El príncipe de la Paz no le daba al embajador francés ninguna respuesta concisa y dilataba su respuesta en espera de que se produjera algún acontecimiento que hiciera variar aquella situación. España no estaba en condiciones de sostener una guerra de desgaste con Inglaterra, ni siquiera con la ayuda de Francia, y Godoy lo sabía muy bien. Una espada de doble filo pendía sobre la cabeza del jefe del gobierno, y no había nada que pudiera impedir que un destino trágico estuviera a punto de cumplirse.

Fue el brigadier de los guardias de corps quien se lo comunicó:

—Síntese, teniente Faria —le dijo al recibirlo en su oficina.

—Señor..., ejem, ¿su excelencia ha dicho teniente? —preguntó incrédulo el joven Francisco.

—Así es. Esta mañana he recibido su nombramiento. Está firmado por el mismísimo príncipe de la Paz. Aquí tiene usted el despacho. Enhorabuena.

El joven tendió la mano como un autómatas y cogió el papel que le ofrecía el brigadier. Lo desplegó y, en efecto, allí estaba la real cédula de su majestad el rey Carlos IV, escrita sobre un papel oficial impreso con el sello real, en la que don Manuel Godoy, generalísimo de los ejércitos y jefe del gobierno, promovía al cadete don Francisco de Faria al empleo de teniente, con destino en el batallón de la guardia de corps en el servicio de custodia del palacio de Buenavista.

—Ya es usted un oficial del ejército español; permítame que estreche su mano —añadió el brigadier ante los ojos extraviados del sorprendido nuevo teniente.

—Yo..., no sé... Gracias, brigadier, gracias.

—Es usted de noble cuna, joven, su linaje bien merece este ascenso. Y, por cierto, el nombramiento ha llegado acompañado de un pagaré de su padre dirigido a los guardias de corps. Ha donado al regimiento cien mil reales; unos pocos miles de

reales más y el ascenso hubiera sido directamente a capitán. Bien, tiene usted derecho a un suboficial ayudante, ¿ha pensado ya en alguien?

—No..., bueno, sí, sí, el sargento Morales; sí, el sargento Isidro Morales.

—Lo imaginaba. Me deja usted sin el mejor de mis suboficiales, pero si ésa es su elección ordenaré que preparen su traslado, el de los dos, claro, a palacio, a Buenavista. Puede retirarse, teniente.

Faria salió de la oficina del brigadier como flotando entre nubes. No comprendía que su padre hubiera entregado tan elevada suma como regalo a los guardias de corps, pero enseguida olvidó ese asunto. Tuvo que frotarse los ojos un par de veces y darse unas palmaditas en el rostro para demostrarse que no estaba soñando. «Teniente, teniente», bisbisaba una y otra vez mientras caminaba por los pasillos del cuartel y se imaginaba vestido con el uniforme nuevo y los galones en su bocamanga.

El sargento Isidro Morales se cuadró ante Faria.

—A sus órdenes, teniente. Se presenta el sargento...

—Está bien, Morales, está bien, descanse y relájese. He solicitado al brigadier y me ha concedido que usted sea mi ayudante. Mi nuevo destino es el servicio de guardia y custodia del palacio de Buenavista; usted vendrá conmigo.

—Yo creía que estaba enojado; en la taberna no estuve demasiado...

—Ese incidente lo he olvidado, pero espero que no se repita. Desde ahora soy su superior, y eso debe recordarlo siempre.

¡Teniente con diecinueve años! Si sabía aprovechar aquella oportunidad, su carrera en el ejército sería extraordinaria. Pocos días después de su nombramiento, a vuelta de correo, Faria recibió una carta de su padre. Le daba la enhorabuena por su ascenso, que Francisco le había comunicado el mismo día en que sucedió, y le enviaba diez mil reales para que hiriera frente a los nuevos gastos que su empleo de teniente le causarían en las semanas venideras.

Las guardias en el palacio de Buenavista eran relajadas, demasiado relajadas. La residencia de Godoy en Madrid se convertía todas las tardes en un ir y venir de gentes de todo tipo. Francisco de Faria asistía a aquellas tertulias en su condición de oficial de la guardia, pero sobre todo por su parentesco con el príncipe de la Paz. Él todavía no había querido enterarse, a pesar de que todo el mundo era sabedor de la situación, de que un ascenso tan vertiginoso se debía a ser pariente de don Manuel, pero sobre todo a los cien mil reales que su padre había desembolsado para que ascendieran a su hijo.

Pero aquella tarde era diferente. Se había ordenado suprimir la tertulia porque Godoy había citado a las cuatro al embajador de Francia. Faria, responsable de la guardia a esas horas, acompañó al diplomático francés hasta una de las salas, donde esperaba el príncipe de la Paz.

Los dos políticos se saludaron amablemente y Faria sólo pudo ver, cuando la

puerta de la sala se cerraba ante sus ojos, el rostro abatido de su pariente con la mirada perdida en la vacía chimenea de mármol.

—¿A qué se debe tanta urgencia, embajador? He suspendido todas las visitas de esta tarde y ya sabe usted que estas tertulias son uno de los mayores incentivos de Madrid; espero que la causa lo justifique.

—Por supuesto, excelencia, por supuesto. Esta misma mañana he recibido una información confidencial de uno de nuestros agentes secretos aquí en Madrid. Como entenderá su excelencia, no puedo desvelar su identidad, pero sí su información.

—Dígame.

—El príncipe heredero don Fernando encabeza una conspiración contra su excelencia y contra Francia.

—¿Está usted seguro?; eso que afirma es muy grave.

—No tengo ninguna duda. La conspiración está instigada por los consejeros del príncipe de Asturias. El principal conspirador es ese clérigo preceptor de su alteza, ese taimado Escoiquiz. Ha tejido una trama para derrocar a don Carlos y sentar en el trono a don Fernando. Hace ya varias semanas que elaboran sus planes en connivencia con agentes británicos. Desean la ruina de Francia y para ello utilizan a España en su beneficio. Obvio indicarle que su excelencia es uno de los obstáculos que deben superar para alcanzar sus objetivos.

A continuación, el embajador de Napoleón sacó un informe que entregó a Godoy en el que se detallaban lugares, nombres y fechas, todas las pruebas irrefutables sobre la conspiración.

Godoy también había sabido que el príncipe de Asturias, a quien aborrecía, estaba impaciente por ocupar el trono, pero sus agentes no habían logrado una información tan precisa como la que ahora tenía ante sus ojos.

—¿Quién más sabe esto? —preguntó apesadumbrado.

—Mi agente en Madrid, nosotros dos y el correo de su majestad imperial que he enviado a París para informar al emperador. Por parte de mi gobierno, le reitero nuestra oferta, excelencia, y la concreto. Quiero serle sincero: necesitamos los barcos españoles para invadir Inglaterra. Debe usted declarar inmediatamente la guerra a los ingleses y firmar una alianza con Francia. Y ahora, excelencia, ya no es sólo una cuestión a decidir sobre a cuál de las dos potencias enemigas apoyar; ahora se trata de su propia supervivencia política... y tal vez de salvar su propia vida.

Godoy sujetó el informe con mano temblorosa. Comprendió que, si triunfaba la conjura contra el rey don Carlos, él mismo se vería arrastrado, y, conociendo la inquina que le profesaban el príncipe de Asturias y su preceptor Escoiquiz, su vida corría un grave peligro.

Dio unos pasos dubitativos por la sala, se acercó a una de las ventanas y contempló la tarde sobre la puerta de Alcalá y los jardines del Prado Grande y del

Buen Retiro. Por el paseo del Prado de San Jerónimo los madrileños disfrutaban de los últimos días cálidos del otoño; paseaban elegantes damas con llamativos vestidos de encajes blancos, azules y rosas, chulapos con ajustados trajes marrones y grises bordados con cintas negras y plateadas, militares uniformados con sus mejores casacas y rancios aristócratas de levitas abotonadas y altos sombreros.

Unos golpes sonaron. Godoy desvió sus ojos del balcón y los dirigió hacia la puerta de la sala. El secretario de la cancillería se asomó azorado y tembloroso.

—Perdone, excelencia, pero este despacho no admite demora.

El príncipe de la Paz desplegó el papel, se acercó a la luz natural que entraba por los balcones y leyó.

—¿Qué ocurre?, ¿qué cojones ocurre aquí? —gritó Faria, quien tras despedir al embajador francés en el carruaje que le había esperado en el patio de Buenavista había regresado a la entrada del palacio, al ver a dos guardias de corps que bajaban corriendo por las escaleras.

—Los ingleses, teniente, los ingleses han atacado a cuatro de nuestras fragatas. Han capturado a tres de ellas, la *Medea*, fletada hace apenas cinco años en el Ferrol, la *Fama* y la *Clara*, y las llevan a Inglaterra, y han hundido a la *Mercedes*, que ha estallado arrastrando al fondo del mar toda su carga y su tripulación. Ha sido a la altura del cabo de Santa María —informó uno de los soldados.

—Y los nuestros, ¿se han entregado sin luchar?

—No han tenido otra salida, a bordo iban mujeres y niños; no se han atrevido a disparar contra los ingleses y poner en peligro de muerte tantas vidas inocentes.

—¿Quién lo ha dicho?

—El secretario de la real cancillería, hace unos minutos. Se lo ha comunicado a su excelencia cuando éste despachaba con el embajador francés. Creo que habrá guerra.

—Bonaparte estará muy contento —sonó una voz a espaldas de Faria.

—Vaya, Moratín, usted por aquí. Hoy se han suspendido todas las visitas.

—Ya lo sé, y entiendo el motivo. No todos los días se prepara una guerra contra los ingleses.

—¿Cómo lo sabe?

—Acabo de oírlo, como usted mismo, de boca de uno de sus guardias, teniente. Por cierto, enhorabuena por su ascenso. Si entramos en guerra y tiene suerte de no morir en alguna batalla, no tardará en lucir los entorchados de brigadier. Eso es lo que quería, ¿no?

Francisco de Faria sintió un escalofrío por la columna vertebral y un sudor gélido en la espalda. Siempre había imaginado participar en grandes batallas y vencer en nombre de España; bien, ahora aquellos sueños adolescentes se podían convertir en

realidad, y no estaba seguro de poder afrontar con valor esa terrible situación. La guerra ya no era una aventura etérea que sólo existía en los libros de historia, en los cuadros de los salones palaciegos o en su imaginación infantil; ahora se mostraba como algo inmediato y horrible, una macabra sombra que anunciaba muerte, destrucción y miedo.

La confirmación del cobarde ataque del día cinco de octubre a las cuatro fragatas españolas por otras cuatro inglesas, sin que mediara declaración de guerra entre ambas naciones y sin que existiera provocación alguna, causó entre los madrileños una profunda indignación, que se incrementó cuando llegó la noticia de que la fragata *Extremeña* también había sido atacada el día treinta de septiembre en las costas de Chile por un bergantín inglés. Durante los dos años de paz se habían producido algunos altercados en el mar entre barcos ingleses y españoles, pero se habían saldado sin mayores problemas. Este caso era mucho más grave.

El embajador francés estaba muy contento con la noticia. No le cabía ninguna duda; tras el ataque inglés a las fragatas españolas, Godoy no tendría más remedio que proponer al rey don Carlos que España declarara la guerra a Inglaterra. Un informe de los servicios secretos franceses demostraba que el gobierno inglés había ordenado a sus barcos atacar indiscriminadamente a todas las naves españolas inferiores a cien toneladas, a fin de forzar una respuesta de España y declarar una guerra abierta. Las verdaderas intenciones de Inglaterra eran bien distintas a las que el embajador británico había revelado a Godoy; los ingleses pretendían acabar con el poder naval de España para quedar como únicos dueños de los mares y monopolizar el comercio intercontinental, y de paso evitar una posible invasión de su isla por las tropas de Napoleón. España estaba tan empobrecida, agotada y rendida que no constituía para Inglaterra o para Francia un enemigo a temer, sino una pieza a ganar.

Varios grupos de gente se arremolinaron en los alrededores del palacio de Buenavista los días siguientes en demanda de noticias. Había algunos que aseguraban que Godoy ya había firmado la declaración de guerra, en tanto otros se preguntaban cómo había sido posible que cuatro fragatas británicas, la *Indefatigable*, la *Amphion*, la *Liverly* y la *Medusa*, capturan a tres españolas y hundieran a una cuarta sin sufrir daño alguno. Un exaltado acusó a los marinos españoles de cobardes y de haberse rendido sin plantar cara a sus agresores; otro dijo que esa acción había sido una trampa tendida por Francia para atraer a España a su causa, y un tercero intentó justificar el desastre resaltando que él había servido mucho tiempo en la marina de guerra y que, desde hacía siete u ocho años, la decadencia de la Armada era notoria debido a que no se construían nuevos barcos, no se mantenían en buenas condiciones a los que ya se poseía y a que los planes de mejora y reforma de la flota que iniciaran algunos ministros de Carlos III no habían sido continuados por los de Carlos IV, y acusaba al «Choricero» de olvidarse de los soldados y de los marineros de España y

de gastar el erario público en fiestas cortesanas, palacios suntuosos y lujos superfluos. Alguien trató de justificar la rendición de las cuatro fragatas sin disparar un solo cañonazo a causa de las mujeres y niños que viajaban a bordo, defendiendo la versión oficial del suceso. Otra voz aseguró que la culpa de todos los males que estaban aquejando a España era de Godoy, quien tenía a los reyes como encerrados en Aranjuez, mientras hacía y deshacía a su antojo la política nacional. «Nos ha vendido a los franceses —gritaba como un poseso—; el “Choricero” es un traidor».

Francisco de Faria ordenó formar a los guardias de corps que protegían el palacio de Buenavista y permanecer atentos a los movimientos de aquel gentío del que salían las voces más exaltadas.

—Si se acercan a la puerta con intención de entrar, no preguntéis, disparad al aire; y si persisten en su avance, tirad a las piernas.

Dio la orden sin alterar un solo rasgo de su rostro, pero en cuanto se quedó solo en una de las habitaciones del cuerpo de guardia rompió a gemir como un niño.

Sólo el sargento Morales lo vio llorar.

—Es su deber, teniente —le dijo.

—¡Sargento! —se sorprendió avergonzado al ver a Morales.

—Sus órdenes, teniente, son proteger este palacio y a quien lo habita, no debe pensar en otra cosa. Un soldado obedece órdenes, simplemente.

—Esos hombres tendrán esposa e hijos, y si hubieran decidido avanzar hacia palacio y mis hombres hubieran matado a alguno de ellos, yo hubiera sido el culpable.

—Ante todo es usted un soldado, teniente, y ha cumplido con su deber.

—Mi deber es defender a mi patria, no asesinar a civiles indefensos.

—Usted no sabe nada de esa chusma. Entre ellos hay algunos que no dudarían en hacerse un cinturón con sus tripas si se les presentara la ocasión. Salga afuera y mírelos bien. Son fieras, teniente, fieras ávidas de sangre. Yo los he visto; son alimañas que atacan a traición, por la espalda, te clavan un puñal en las entrañas y se esfuman como ratas en la noche. Son chusma, teniente, sólo chusma. Con gente como ésa, España nunca hubiera sido un gran imperio.

—Ordene a la guardia y al retén que cierren las puertas de palacio y que todos presten la máxima atención. No, espere, lo haré yo mismo.

Por primera vez en su vida estaba sorprendido por su sentimiento de compasión hacia los más débiles. Había sido educado para ser un miembro de la clase superior, de la alta nobleza, y para ello, desde niño le habían enseñado que los nobles eran diferentes a las demás personas, que su capacidad era superior, que su sangre era distinta, que pertenecer a la nobleza confería una condición tal que colocaba a sus miembros por encima, muy por encima del resto de los mortales. Y así había actuado él durante toda su corta vida, como le había enseñado Su padre. Jamás se había

parado a pensar en qué ideas albergarían las mentes de sus criados, simplemente los consideraba seres inferiores cuya obligación era la de obedecer y servir a su señor natural. Él, Francisco de Faria, del ilustre y muy antiguo linaje de los condes de Castuera, era un noble, un miembro del estamento elegido, una clase que tenía derechos y privilegios seculares debidos a su sangre heredada, a su nobleza transmitida y a su ascendencia casi sagrada.

No podía volver a mostrar un signo de debilidad semejante, y menos todavía permitir que lo observara un subordinado. La condición nobiliaria era superior a cualquier otra condición humana, y él tenía que aparecer siempre como lo que era, un elegido, un miembro de la casta predestinada por Dios para regir la tierra y para gobernar sobre todas sus gentes.

Faria se lavó la cara, se dirigió presto al puesto de guardia y ordenó a todos los hombres de servicio que se mantuvieran alerta y que dispararan a discreción y sin dudar en caso de peligro inminente.

5

Carlos IV, ajeno a cuanto pasaba en las calles de Madrid, había salido a cazar por los sotos de El Escorial, de San Ildefonso y en los bosques de las laderas del Guadarrama, que en aquellos días de mediados de otoño rebosaban de piezas. Godoy se había dirigido al encuentro del rey, quien, servido por dos de sus lacayos, comía ávidamente en un pabellón de caza en el real sitio de San Ildefonso.

—Mi buen Manuel, ¡qué alegría verte de nuevo! Siéntate aquí y come una de esas perdices, las cacé yo mismo ayer por la tarde, en el soto del Moral.

—Gracias, señor, pero he comido de camino. Os traigo noticias importantes y graves. Los ingleses han vuelto a atacar a uno de nuestros barcos. Nuestra fragata *Matilde* ha sido apresada por el navío británico *Donegal*, de ochenta cañones, y por la fragata *Medusa*. El pueblo demanda una respuesta, señor; no podemos continuar cruzados de brazos mientras la Armada inglesa captura uno a uno nuestros buques. Majestad, las fragatas que los ingleses apresaron en el cabo de Santa María portaban un millón de libras en plata procedente de nuestras posesiones en América, y ahora todo ese dinero está en manos de Inglaterra.

Carlos IV se levantó de la mesa, se limpió la grasa de los labios y adoptó una postura regia, ridícula de tan fingida.

—¿De qué fuerzas navales disponemos?

—Tenemos ciento noventa y tres barcos operativos, de ellos unos cincuenta son navíos de línea, pero la mayoría son viejos y están muy mal equipados; el último fue construido en 1798, se trata del *Argonauta*, de ochenta cañones. Nuestros oficiales son los mejores del mundo y sin duda los más valerosos, pero no tenemos marinería preparada, ni tropas auxiliares, ni artilleros adecuados. Los británicos nos superan en

todo, señor, en todo. Una guerra naval contra Inglaterra sería un auténtico desastre, salvo que contáramos con el auxilio de otras naciones.

—¿Y qué propones, Manuel?

—Considero que nuestra única salida es una alianza con Francia; sólo con la ayuda de Napoleón podremos derrotar a Inglaterra y evitar que siga capturando nuestras naves.

—Napoleón... Todavía recuerdo cuando ese corso impetuoso deseaba extender la funesta Revolución a todas las naciones de Europa; esos estúpidos deseos de igualdad, fraternidad y libertad, como si todos hubiéramos nacido merecedores de disfrutar de los mismos derechos.

—Ahora es nuestra esperanza, Napoleón es nuestra única esperanza.

—Mi padre legó una gran Armada, ¿qué hemos hecho, Manuel, qué hemos hecho?

Don Carlos parecía cariacontecido, pero se limitó a sentarse de nuevo a la mesa, coger una perdiz de la bandeja e hincarle el diente con avidez.

Lo que se había hecho y se seguía haciendo era pagar las enormes deudas que se habían generado durante el reinado de Carlos III. La situación era una triste paradoja: el padre se llevaba la gloria por las obras realizadas, pero era el hijo quien debía pagarlas a costa de no hacer otra cosa que cubrir créditos y amortizar deudas.

Godoy regresó a Madrid de inmediato y solicitó información detallada al ministerio de Marina. Desde 1803, y a imitación del sistema inglés, la marina era gobernada por un consejo del Almirantazgo, formado por los generales Álava, Escaño y varios más. Ambos acudieron a Buenavista con un extenso informe. España había dispuesto a la muerte de Carlos III en 1788 de setenta y seis navíos de línea de entre ciento doce y cincuenta y cuatro cañones, cincuenta y una fragatas de cuarenta a veinte cañones y varias corbetas, urcas, jabeques, balandras, bergantines y otros barcos menores hasta un total de doscientas noventa y cuatro embarcaciones. Ahora, en 1804, se habían reducido a ciento noventa y tres, cien barcos menos y mucho más viejos. Inglaterra superaba a España en al menos tres a uno.

Pero, tras las frías cifras, la valoración que presentaban los expertos de la Armada era terrible: afirmaban que en España no se sabía construir buques según las técnicas más modernas, que faltaban miles de marineros para completar las tripulaciones y que los que había a bordo no estaban lo suficientemente preparados, pues carecían de instrucción, de entrenamiento adecuado y de conocimientos mínimos de navegación. Y los artilleros todavía estaban peor, pues apenas ejercitaban el disparo, no tenían formación técnica y carecían de conocimientos de artillería moderna.

En el informe se decía que Inglaterra poseía hasta ciento cincuenta navíos de línea y decenas de fragatas mejor equipados y más armados que los españoles, y sobre todo

dotados de unas tripulaciones más preparadas y mejor entrenadas, no tanto los oficiales como sobre todo la marinería. Se aseguraba que nadie superaba a los franceses en hidrografía y náutica y que también disponían de los mejores científicos en óptica, trigonometría, cálculo y física, pero Francia tenía sólo cuarenta navíos de línea, aunque todos ellos bien armados. Los astilleros franceses eran probablemente los mejores, pero los ingleses habían aprendido a construir buenos barcos gracias a copiar los modelos de los barcos franceses capturados, en los que habían introducido algunas mejoras contrachapando el fondo con láminas de cobre, que los hacía más rápidos y maniobrables, y ganando estabilidad al bajar el centro de gravedad sin hacerlo a la vez con el centro de flotación, de modo que los ingenieros navales británicos habían logrado construir unos barcos más estables con viento fuerte, idóneos en caso de batalla en mar abierto.

El informe del Consejo del Almirantazgo concluía con una afirmación desalentadora: la Armada británica era muy superior a la francesa y a la española, e incluso a la suma de ambas. Esta superioridad se atribuía a las reformas introducidas por el almirante Anson, quien las aplicó tras las experiencias aprendidas al realizar un viaje alrededor del mundo en 1744. La clave del dominio británico en el mar radicaba en la organización y en la rapidez y autonomía en la toma de decisiones por los comandantes de los navíos de la Armada. Los capitanes de los barcos ingleses tenían una cierta amplitud y libertad de criterio a la hora de interpretar las órdenes del Almirantazgo, en tanto los mandos franceses y españoles debían de atenerse a unas normas muy estrictas y férreas, sin posibilidad de alterar las órdenes recibidas, lo que en ocasiones límite impedía adoptar la decisión más adecuada a cada momento...

—El primer ministro británico desea la guerra y la está preparando —constató Godoy—. Nosotros debemos afrontar esta crisis con calma pero con energía. Durante varias semanas he negociado con el embajador inglés las condiciones para mantener la paz, pero me exigía que rompiera cualquier relación con Francia y que me alineara con Inglaterra contra Napoleón. Bien sabe Dios que he intentado mantener la neutralidad a pesar de las agresiones británicas, pero son ellos quienes no desean la paz.

»Señores —continuó—, ordenen a los astilleros de El Ferrol que armen seis navíos de línea. Vamos a necesitarlos, pues creo que la guerra va a ser inevitable.

—Excelencia, los ingleses entenderán esa orden como una acción hostil, tal vez como una encubierta declaración de guerra —señaló el general Álava.

—No nos han dejado otra opción. Tenemos que estar preparados para defendernos. Dispongan ustedes lo necesario y que esos navíos estén pertrechados para la próxima primavera.

»De inmediato ordenaré al secretario de Hacienda que disponga una serie de medidas extraordinarias para financiar esta operación; habrá que establecer créditos

extraordinarios y algunos impuestos especiales; no soy partidario de hacerlo, pero creo que no queda más remedio.

En cuanto se retiraron los dos consejeros del Almirantazgo, Godoy llamó a Francisco de Faria.

—¿Da su permiso, excelencia?

—Pasa, sobrino, pasa y siéntate. Vamos a entrar en guerra con los ingleses, aunque no estamos en condiciones de combatir con ellos en igualdad de condiciones. Nos superan ampliamente en el mar en número de barcos y en dotaciones, pero no podemos dejar que sigan capturando impunemente nuestras naves.

»Pero para lo que te he llamado es para pedirte ayuda, sobrino.

—¿A mí, excelencia? —se sorprendió Faria.

—Madrid es un nido de espías. Hay tantos que ya no sé en quién confiar. Tú y yo somos parientes, eres un buen soldado y creo que no me traicionarás. ¿Me equivoco?

—No, excelencia, no, nunca lo haré.

—Pues escucha: el gobierno inglés se entera de inmediato de cuantos planes se diseñan en Madrid. Y sé quién les pasa la información. Júrame que mantendrás el secreto.

—Lo juro, excelencia.

—Se trata de la princesa doña María Antonia, la esposa del príncipe de Asturias. ¡Claro, qué otra princesa María Antonia podría ser! Esa ambiciosa mujer odia a Francia y a Napoleón, y es la instigadora ante don Fernando de una conspiración que trama derrocar a nuestro buen rey don Carlos. Los conjurados tienen agentes por todas partes y saben en cada momento qué es lo que vamos a hacer. En el curso de las conversaciones que he mantenido en los últimos meses con el embajador inglés, he notado que nuestras posiciones eran conocidas previamente por él y que ya tenía decidida de antemano una réplica a mis propuestas. Estamos ante una de las encrucijadas más decisivas de nuestra historia, Francisco, y todo pasa por no equivocarnos en la elección de nuestros aliados. Si apostamos por un pacto con los ingleses, tal vez nuestros barcos naveguen con libertad por los mares, pero Napoleón lanzará sus poderosos ejércitos contra nosotros y tendremos que luchar en nuestra tierra. Hemos evaluado el poder militar de los ejércitos de Bonaparte y nos superan en cinco o seis a uno. Aunque dispusiéramos de la ayuda que nos ofrece Inglaterra, de lo que por otra parte no estoy seguro, nuestro Estado Mayor ha calculado que los franceses entrarían victoriosos en Madrid en apenas dos meses. Y si por el contrario apostamos por Francia, Inglaterra seguirá, ahora con una guerra declarada, atacando a nuestros barcos y cortando nuestros suministros de las colonias americanas con graves consecuencias para nuestra economía.

Godoy se expresaba con lucidez, como si la difícil situación le hubiera abierto los ojos.

—Malos tiempos, excelencia.

—Sí, parece que soplan malos vientos para España —continuó el príncipe de la Paz—. No sé qué hemos hecho para merecer tal cúmulo de calamidades. Me dicen que hay una epidemia de fiebre amarilla en las costas de Huelva, otra de fiebres tercianas en Castilla y terremotos en Granada, y hemos tenido que sofocar una revuelta que ha estallado en Bilbao en protesta por la insoportable subida de los precios, y no tenemos recursos en las arcas del Estado para construir nuevos barcos y armar más regimientos. Parece que los elementos y todos los demonios se han conjurado contra nosotros. Los conspiradores querrán aprovechar esta mala racha para desprestigiar al gobierno y tratar de ganar adeptos a su causa; por eso quiero que tú, mi querido sobrino, te enteres de qué es lo que está tramando el grupo de traidores que encabezan el clérigo Escoiquiz y la princesa María Antonia. Introdúctete en sus círculos, soborna confidentes y procura informarme de cuanto pase. Confío en ti.

—Haré cuanto pueda, excelencia.

—En privado, cuando estemos tú y yo solos, puedes llamarme tío.

Como era habitual, el embajador inglés no tardó en enterarse de que Godoy había optado por una alianza con Napoleón. Míster Frere se presentó en Buenavista con un postizo además de hombre despechado.

—Me ha engañado, excelencia. Yo había confiado en usted y en la cordura de su gobierno. Mi oferta de colaboración y de ayuda era sincera, pero he sabido que ha ordenado armar varios navíos de línea en los astilleros de El Ferrol. Esa decisión sólo se explica si España está preparando una guerra contra Inglaterra.

—Con esa decisión, señor embajador, pretendo defender a nuestros barcos de los ataques injustificados de la Armada inglesa. Sus últimas acciones han sido propias de piratas, señor Frere. Sabemos que el Almirantazgo británico ha ordenado a sus navíos que actúen como viles corsarios y acosen y capturen a nuestras naves en cualquier mar del mundo; no parece ésa una política propia de un país que quiere ser aliado de España.

—Inglaterra tiene derecho a defenderse. España, pese a su estatuto de país neutral, no ha dejado de colaborar militarmente con Francia desde que en 1802 firmamos la paz en Amiens. Los barcos españoles han estado en todo momento bajo las órdenes de Napoleón y su excelencia firmó un tratado el año pasado en el que se comprometía a apoyar financieramente las empresas de Bonaparte. Verá que yo también puedo reprocharle muchas cosas.

—¿Reproches? Señor embajador, ningún barco español estará seguro en el mar mientras el gobierno inglés los considere objetivo de caza. No me diga usted ahora que ha sido sincero conmigo. Inglaterra nunca ha deseado la paz con España, todas sus acciones han ido destinadas a provocarnos para conducirnos a la guerra.

—Inglaterra anhela la paz, pero nunca a costa de nuestra dignidad nacional.

—Eso no es cierto, señor embajador. No sé qué tipo de dignidad nacional es la que se sostiene con actos de piratería.

—¿Me llama mentiroso, excelencia?

—Tómelo usted como le parezca.

—En ese caso, señor, le comunico que el gobierno de su graciosa majestad el rey Jorge III rompe sus conversaciones con el gobierno de su majestad don Carlos IV. Abandonaré Madrid de inmediato.

—Que tenga usted buen viaje, señor Frere.

El embajador británico salió raudo del palacio de Buenavista, y dos días después, el tres de noviembre, se marchó precipitadamente de Madrid. Parecía contento, pues había cumplido con las instrucciones de su gobierno.

Inglaterra, en efecto, deseaba la confrontación bélica con España. Hacía tiempo que la guerra era un buen negocio para los grandes propietarios rurales que dominaban la economía, el parlamento y el gobierno ingleses. La guerra constituía para esas clases nobiliarias la mejor manera de mantener su modo de vida en sus lujosas residencias de campo, con sus extensísimos cotos de caza y sus exclusivos privilegios aristocráticos. La oligarquía inglesa tenía sometido a su país a un dominio asfixiante; podían aplicar graves penas a los que cazaran o pescaran en sus enormes cotos, controlaban el alistamiento en el ejército, que se realizaba mediante una prima de enganche, una promesa de salario que a veces se incumplía o incluso mediante el alistamiento a la fuerza si fuera necesario; y sólo sus hijos podían acudir a las escuelas, que aunque se llamaban públicas estaban reservadas a los más ricos.

Tras superar la gravísima crisis que sucedió a la derrota inglesa en la guerra de la independencia de las trece colonias de América del Norte, un momento que ni Francia ni España supieron aprovechar en su beneficio, el poder de Inglaterra había crecido año tras año. El hundimiento colonial de Francia le había dejado vía libre para actuar en las colonias de América del Norte y del Caribe. Napoleón había apostado por un modelo de imperio continental, en tanto que Inglaterra basaba toda su estrategia de fuerza en las colonias y en su poderosísima Armada. Es cierto que había fracasado en algún caso y que la independencia de las trece colonias que habían formado los Estados Unidos de América había supuesto un golpe muy duro a los intereses coloniales británicos, pero aquellos años difíciles habían sido superados con creces.

Inglaterra había estado al borde del desastre cuando franceses y españoles se unieron a los norteamericanos en su guerra por la independencia. Pero las convulsiones que siguieron a la Revolución en Francia y la decadencia política, militar y económica de España, donde había gran temor a que se extendieran por sus colonias americanas las ideas de independencia y libertad de los estadounidenses,

salvaron la crítica situación y, gracias a ello, los británicos se rehicieron pronto.

Pero además, había un factor mucho más profundo que hacía de Inglaterra un país temible. En tanto los campesinos y las clases populares francesas no habían soportado la secular situación de abuso a que estaban sometidos por los nobles y se rebelaron en un gran estallido revolucionario que derrocó a la monarquía de los Borbones en Francia, y condujo a la guillotina a Luis XVI, a María Antonieta y a miles de nobles y señores, por el contrario, las clases populares inglesas, tan sometidas y humilladas como las francesas y condenadas a las mismas o incluso peores condiciones de vida, aguantaron mucho más, tal vez porque los menos favorecidos de Inglaterra también se consideraban parte integrante y decisiva de su nación. En Francia hubo muchos intelectuales revolucionarios que no entendieron por qué no se producía un estallido revolucionario semejante en el país del otro lado del Canal, pese a que los campesinos y las clases marginales de las ciudades británicas también atravesaron por tremendas escaseces, hambrunas y pésimas condiciones de vida.

La única explicación que encontraban era que los ingleses constituían una raza de hombres más sufridos, capaces de aguantar situaciones extremas que para un francés hubieran sido insoportables. Ante los motines producidos en Inglaterra en 1795 por las hambrunas producto de las malas cosechas, en 1797 por las deplorables condiciones de trabajo en los barcos y en 1798 por el levantamiento de los patriotas independentistas irlandeses, el gobierno británico no sólo no había cedido una pulgada, sino que había endurecido aún más sus posturas como contundente respuesta a los rebeldes. El levantamiento irlandés, que buscaba la independencia, fue aplastado sin misericordia, y por todo el país hubo una gran campaña política y de propaganda para evitar que las ideas revolucionarias se extendieran por Inglaterra, Gales y Escocia y, aunque las formas de vida de las tripulaciones de los barcos mejoraron un poco tras tantas protestas por las malas condiciones a bordo, las penas por indisciplina o por incumplimiento del deber fueron incrementadas, logrando alcanzar un grado de disciplina insuperable.

El gobierno inglés estaba empeñado en convertir a su país en la primera potencia mundial a cualquier precio, aun a costa de someter a su propio pueblo a todo tipo de privaciones y estrecheces, y para ello necesitaba alcanzar dos objetivos: alzarse al primer puesto entre las potencias coloniales, y por eso estaba planeando la conquista de la India y el control del comercio con América, y derrotar a Napoleón y a sus aliados en Europa.

En cuanto se enteró de la salida precipitada de Madrid de míster Frere, el embajador francés acudió a | Buenavista. Estaba contento, pues ya no quedaba ningún escollo que superar para firmar un tratado que vinculara a España a la suerte de Francia en su pugna con Inglaterra.

—Excelencia —saludó el embajador francés a Godoy con una teatral reverencia.

—Señor embajador.

—Creo que es hora de estrechar nuestros lazos de amistad, Francia y España unidas serán invencibles.

—Ojalá no os equivoquéis —asentó Godoy.

—Nos necesitamos mutuamente, excelencia. Francia es autosuficiente y no requiere de colonias, pero Inglaterra no lo es, depende de su aprovisionamiento por mar. Por eso nos hacemos mutua falta. Con la suma de nuestras dos Armadas, Inglaterra puede ser conquistada. Nosotros disponemos de cuarenta navíos de línea y ustedes de algunos más; juntos casi igualamos a Inglaterra, y si actuamos bajo un mando unificado la podemos superar. El emperador planea invadir Inglaterra y para ello son imprescindibles los barcos de España, y España necesita que Inglaterra sea débil para que no interfiera en su política colonial en América y en el Pacífico. ¿Me equivoco, excelencia?

—No. Acertáis como casi siempre, embajador.

—En ese caso, nada impide que acordemos una alianza. Claro que antes España debe declarar la guerra a los ingleses, hay motivos suficientes para ello, Godoy se dejó caer apesadumbrado en un sillón. Durante su mandato ya había firmado otras declaraciones de guerra: contra la propia Francia entre 1793 y 1795, contra Inglaterra entre 1797 y 1801 y contra Portugal en 1801. Ninguna de las guerras anteriores había sido propicia a los intereses de España. Aunque se presentó como un éxito, y por ello Godoy recibió el título de príncipe de la Paz, la guerra contra Francia supuso la pérdida de la mitad de la isla de Santo Domingo; contra Inglaterra se recuperó Menorca, pero a costa de entregar la isla de Trinidad y de perder varios barcos en combate, y sólo ganó la plaza de Olivenza en la guerra llamada «de las Naranjas» contra Portugal. No tenía Godoy buena experiencia con las guerras, pero ahora no le quedaba más remedio que firmar esta declaración contra Inglaterra.

El príncipe de la Paz llamó a su secretario y le dictó la declaración de guerra:

—«El gobierno de su majestad católica don Carlos IV, rey de España, de las Indias, etcétera, ante las constantes agresiones de la Armada inglesa y en defensa de su honor y de su independencia nacional, declara la guerra a Inglaterra, etcétera. Dada en Madrid, a doce de diciembre de 1804». Prepare usted una real cédula, mañana iré a Aranjuez para que la firme don Carlos.

»Bien, ya está hecho, señor embajador.

—Ha sido una decisión muy acertada. España y usted, excelencia, no se arrepentirán de ella.

El embajador francés saludó a Godoy y salió de palacio tan contento como unas castañuelas. Godoy ordenó que no lo molestara nadie; en aquellos momentos deseaba estar solo.

Una anciana ciega sentada en una sillita de anea voceaba junto a un portal de la calle de Alcalá los precios de los periódicos que vendía. Francisco de Faria se acercó hasta la anciana, cogió un ejemplar del *Mercurio* y lo pagó. En primera página se destacaba con grandes letras que España había declarado la guerra a Inglaterra y se exhortaba a todos los españoles a apoyar al gobierno de la nación en tan difíciles momentos. En otra página se daba la noticia de que Napoleón, ratificado emperador de los franceses por el Senado, se había coronado él mismo y a su esposa Josefina el dos de diciembre en Nôtre-Dame en presencia del papa Pío VII.

El joven Faria había estado paseando aquella tarde de mediados de diciembre por El Prado con Moratín, aprovechando los tímidos rayos del último sol otoñal; ambos, tras haber tomado un reconfortante café con leche y unos pasteles de crema en La Fontana de Oro, el mayor café de Madrid, se dirigían a sus casas en ese momento.

—¡Lo que nos faltaba! —clamó Moratín al leer la noticia de la inminente guerra—. Por si no era suficiente con el éxito de esas malísimas comedias de héroes metesillas con sus estólicas batallas, fallidas ejecuciones y encopetados desfiles sobre Alejandro Magno, Tito, Catalina la Grande o Solimán el Magnífico, ahora la guerra las hará todavía más demandadas. Nuestros escenarios volverán a llenarse de estridentes fuegos de artificio, de falsos cañones y de su insoportable humo asfixiante. Y cuando las listas reales de bajas rebosen de cadáveres, regresarán esas insulsas comedias sentimentales de ñoñas novias pobres que ocultan su inferior categoría social al novio bobo y las insoportables óperas de los italianos a castigar nuestros oídos con sus lerdas adaptaciones a la zarzuela.

—¿Eso es lo que le preocupa de la guerra?

—¡Le parece poco! Claro, mi joven amigo, que usted no ha visto la insufrible representación del *Carlos XII de Suecia* del insigne —Moratín pronunció «insigne» con toda su ironía— Zavala y Zamora.

—Pero se trata de una guerra, don Leandro, de una guerra.

—Una más, Francisco, una más, pero el teatro, ¿quién salvará a nuestro teatro?

—No me diga que le importa más el futuro del teatro que el de España. ¿Imagina usted qué ocurrirá si Inglaterra nos vence?

—Tal vez sea lo mejor para nosotros. Si nos invaden y nos conquistan los ejércitos de Jorge III, seremos súbditos ingleses y podremos disfrutar con las tragedias de Shakespeare, o seremos franceses que gozaremos con las obras de Moliere y Racine si quienes lo hacen son los soldados de Napoleón. ¿Sabe cómo define la Enciclopedia a los distintos pueblos europeos? A los franceses los llama «ligeros», a los italianos «celosos», a los ingleses «malvados», a los escoceses «orgullosos», a los alemanes «borrachos», a los irlandeses «perezosos», a los griegos «tramposos» y a los españoles..., a los españoles nos define como «graves», ¡fíjese!, «graves». Claro que somos «graves», por eso cualquiera de los dos supuestos, ser

franceses o ingleses, sería mejor que continuar manteniendo al clero y a la nobleza de nuestro país, a esa banda de parásitos que está conduciendo a España al desastre y a la ruina.

—Somos amigos, don Leandro, pero recuerde que soy oficial del ejército y miembro de una familia noble.

—Y yo espero no haberme equivocado con usted, y que ante todo sea un hombre con criterio propio. Abra los ojos y mire, Francisco, a su alrededor. ¿Qué ve en su patria? Miseria y enfermedades, miedo y rencor, muerte y más muerte. Desengañese, amigo, las glorias son efímeras, pasado consumido, lo único que permanece en nuestra nación es la muerte.

Faria seguía creyendo que su vida estaba predestinada a lograr grandes hazañas, y mantenía su afición a la lectura de los grandes libros de aventuras y de las crónicas históricas, pero aquellas palabras de Moratín, un hombre conservador, aunque ilustrado, y muy próximo al gobierno y a quien el joven oficial apreciaba y admiraba, le confundieron el ánimo.

Francisco de Faria pasó las Navidades en Castuera aprovechando un permiso militar, junto a su padre, que estaba orgulloso y ufano al ver a su hijo convertido en teniente de la guardia de corps. Hacía seis meses que había salido de su casa camino de Madrid siendo un cadete y ya lucía sobre sus hombreras y en las bocamangas los galones de oficial. De regreso en la corte, en los primeros días de enero de 1805 se conoció la noticia de que Inglaterra, como se esperaba, había declarado a su vez la guerra a España. No tardó en enterarse de que durante las Navidades los gobiernos español y francés habían estado negociando en secreto un amplio acuerdo de colaboración militar.

—Napoleón necesita nuestra flota —oyó decir a Godoy en una de las tertulias vespertinas en el palacio de Buenavista— para que su ambicioso plan de invadir las islas Británicas tenga éxito, y nosotros precisamos de su ejército para enfrentarnos a Inglaterra. Si vencemos en esta guerra, los ingleses deberán devolvernos Gibraltar y dejarán de atacar a nuestros barcos en el océano, y tal vez así vuelvan los prósperos tiempos en los que el comercio con América reportó tantos beneficios a nuestra patria.

Godoy trataba de justificar ante varios generales las condiciones acordadas por el teniente general Federico Carlos Gravina, embajador en París y uno de los marinos más prestigiosos de la Armada española. España se había comprometido a acudir con ocho navíos de línea y cuatro fragatas antes del veinte de mayo en ayuda de Francia, además de mantener en estado de combate quince navíos de línea en Cádiz y seis en Cartagena. Gravina regresó a España el uno de febrero de 1805. Al día siguiente se entrevistó con Carlos IV en Aranjuez, y un día más tarde Godoy lo recibió en Buenavista.

Gravina, nacido en la ciudad siciliana de Palermo hacía cuarenta y ocho años, había realizado toda su carrera en la Armada, pasando por todos los puestos del escalafón hasta alcanzar el grado de teniente general. Cuando llegó en su calesa a la puerta del palacio de Godoy, la guardia de honor estaba formada a las órdenes de Francisco de Faria, que dos días antes acababa de ser ascendido a capitán. Subió la escalera principal del palacio a grandes zancadas, seguido por Faria. Tenía el pelo rubio, casi tanto como Godoy, y lo recogía en una larga coleta que hacía resaltar todavía más su afilada y larga nariz, su frente amplia y despejada, sus ojos de mirada noble y serena y su mentón recio y rotundo.

—No le había visto antes por aquí, capitán, ¿es usted nuevo en este servicio? —le preguntó Gravina a Francisco mientras esperaba ser recibido por Godoy.

—Hace pocos meses que estoy destinado en palacio, general.

—Es usted muy joven para lucir los galones de capitán.

—Fui ascendido anteayer. Pronto cumpliré veinte años.

—Me impresiona usted; a su edad Nelson era teniente. ¿Su excelencia está solo?

—Lo acompaña el general Bournouville, el embajador de Francia.

—Sé quién es Bournouville, capitán, he mantenido con él varias conversaciones en los últimos meses.

El embajador francés había llegado a palacio una hora antes que Gravina y se había reunido de inmediato con Godoy. Resultaba patente que eran los franceses quienes controlaban la situación y los que dirigían las operaciones militares.

La entrevista entre Godoy, Bournouville y Gravina se desarrolló en una salita del ala sur del palacio.

Mientras se celebraba, Francisco de Faria aguardó en el pasillo, por donde iban y venían secretarios y ujieres con carpetas rebosantes de papeles y documentos.

Tras dos horas de reunión salió Gravina. Tenía el semblante serio. Faria lo esperaba para acompañarlo hasta la salida.

—Los soldados ascendemos más deprisa en tiempos de guerra; si sobrevivimos, claro. Puede que ésta sea su oportunidad, capitán; si sigue ascendiendo de esta manera, es probable que alcance el grado de brigadier muy pronto, tal vez lo logre a una edad más temprana incluso de que lo consiguiera el mismísimo Napoleón.

—No entiendo, general.

—No importa.

En aquella reunión Godoy había comunicado a Gravina su designación como jefe de la escuadra de Cádiz con el grado de almirante y la orden de incorporarse inmediatamente a la misma. Además, se decidió sustituir al ministro de Marina Domingo Pérez de Grandallana por Francisco Gil de Lemos.

Godoy llamó a Francisco de Faria minutos después de que también saliera de la

sala de entrevistas el embajador francés.

—Siéntate, sobrino —le dijo.

—Gracias, tío.

—Hemos acordado con el embajador francés una gran alianza y un ambicioso plan. El almirante Gravina saldrá mañana para Cádiz para hacerse cargo de la escuadra allí destacada. A sus órdenes como segundo estará Antonio de Escaño, con el grado de mayor general de la flota. Son dos grandes marinos y muy valerosos soldados, y ambos tienen capacidad para dirigir a la flota combinada de Francia y de España, pero Napoleón exige que el mando único supremo lo ostente el almirante Villeneuve. He intentado persuadir a Bournouville de que aceptara a Gravina como máximo responsable de todas las operaciones navales, pero la decisión de Napoleón es inamovible.

»Villeneuve es valiente, pero mis informes sobre él señalan que es dubitativo en el combate y que no tiene capacidad como estratega. Su actuación fue un desastre el año pasado, cuando mandaba la escuadra francesa bloqueada en el puerto de Rochefort. El plan de Napoleón consistía en que Villeneuve lograra romper el bloqueo y así conseguir el apoyo necesario para atravesar el canal de la Mancha libre del asedio de los navíos ingleses. Me ha confesado el embajador francés que Napoleón afirmó: “Dominemos el estrecho durante seis horas y seremos señores del mundo”. Sólo le pedía seis horas, y Villeneuve le falló. Por eso me extraña que ahora vuelva a confiar en él para encabezar el mando de la flota combinada.

»Por el contrario, ya sabes que yo confío plenamente en ti.

Godoy había ascendido a Faria al empleo de capitán, pasando por encima del orden del escalafón de oficiales (lo que por otra parte no era infrecuente), y a cambio Faria le informaba de cuanto se enteraba en los cenáculos madrileños, a los que acudía muchas noches en busca de información. Faria había logrado obtenerla de varios oficiales, algunos de grado superior al suyo, que lo temían al considerarlo el gran protegido de Godoy, y mediante sobornos a confidentes próximos al círculo del príncipe de Asturias.

Carlos IV regresaba de una jornada de caza cuando Godoy, desplazado desde Madrid a Aranjuez escoltado por un escuadrón de guardias de corps, lo esperaba en una antecámara del palacio real.

—Mi querido Manuel, ¡cuánto me alegra verte de nuevo! Pasa y come conmigo. ¿Cómo van los asuntos de gobierno? Muy bien imagino; estando en tus manos, todo está siempre bien.

—Acaba de llegar a Madrid un correo secreto de su majestad imperial Napoleón Bonaparte. Nos ofrece un ambicioso plan para derrotar a Inglaterra. Lo hemos estudiado en el consejo de gobierno, pero hace falta vuestra real sanción, majestad.

—¿De qué se trata?

—Si me permitís...

Godoy llamó a Francisco de Faria, que esperaba fuera con una gran carpeta repleta de documentos y mapas.

Por orden de Godoy, Faria, tras inclinarse ante el rey, desplegó en una mesa los mapas bajo la mirada anodina del soberano español. A Carlos IV aquellas tareas de Estado le aburrían. Era un hombre de gustos sencillos, no entendía casi nada de política y vivía al margen de la realidad, retirado entre palacios y jardines extraordinarios.

—El plan del año pasado para invadir Inglaterra fracasó, pero Napoleón ha decidido que es hora de volver a intentarlo. Nuestra flota será crucial en ese empeño.

»El nuevo plan es el siguiente: el vicealmirante Ganteaume, con veintiún navíos, saldrá del puerto de Brest rumbo a El Ferrol para romper el bloqueo que nuestro más importante puerto del Atlántico sufre. Levantado el bloqueo, se unirán los cuatro barcos del vicealmirante Gourdon y los nuestros que están fondeados en ese puerto y la flota navegará hasta las Antillas. Allí se le sumarán los once navíos fondeados en Tolón, al mando de Villeneuve, y los barcos del contraalmirante Missiessy y la escuadra de Cádiz con Gravina. Las cuatro escuadras formarán una agrupación de más de cuarenta navíos, tal vez la mayor reunida jamás. Si la maniobra de concentración se produce conforme a lo planeado, la poderosa flota se lanzará contra los ingleses; pero si Villeneuve no logra llegar a tiempo a las Antillas, se dirigirá a la altura de Canarias para atacar a los barcos ingleses que regresen de la India con provisiones para Inglaterra y cortar así el suministro vital para la isla.

Carlos IV atendía a las explicaciones de Godoy sobre un gran mapamundi sin apariencia siquiera de mostrar interés; Faria, a la vista de los ojos del rey don Carlos, se dio cuenta de que el monarca no se había enterado de nada y que más bien estaba ya cansado de aquellas disquisiciones estratégicas.

—¿Y tú, Manuel, qué opinas de todo esto? —preguntó el monarca.

—La pretensión de Napoleón con estas maniobras es engañar a los ingleses. Confía que yendo hasta las Antillas con una flota tan poderosa, los británicos creerán que ése es el nuevo campo de operaciones y que en consecuencia dirigirán hacia allí a la mayoría de los barcos que ahora tienen patrullando en las costas de Europa. Opina el emperador que en ese caso las costas inglesas quedarán desprotegidas. Entonces la combinada navegará de regreso a Europa para acabar con los barcos ingleses que se hayan quedado aquí, además de proteger a los barcos de transporte encargados de desembarcar las tropas al otro lado del canal. El ejército francés de tierra, la Grande Armée, invadirá Inglaterra y el poder inglés habrá dejado de existir. En cuanto a sus barcos, faltos de bases para recibir suministros, irán cayendo uno a uno en nuestras manos.

—Parece muy sencillo.

—En realidad es muy complejo. Este plan requiere de maniobras muy complicadas que deben realizarse con una perfecta coordinación y con una total compenetración entre todos los navíos. Y si tenemos en cuenta las enormes distancias a las que deben hacer frente los barcos y la complejidad del plan, en verdad que se me antoja muy difícil de ejecutar.

»Nuestra escuadra la manda el almirante Gravina, nuestro mejor marino, pero Francia ha exigido que todos los navíos aliados estén bajo las órdenes del almirante francés Villeneuve, que actuará como comandante supremo de la flota combinada. Gravina es mejor estratega y muy superior como marino, pero carece de los recursos materiales adecuados. Me ha informado de que sufre una gran escasez de medios; pone como ejemplo que ha debido dismantelar la fragata *Rufina* y la corbeta *Paloma* para equipar a la fragata *Magdalena*.

»Pero lo más grave, según el almirante, es que le faltan marineros y artilleros. Para tripular todos sus navíos necesita unos cuatro mil hombres más de los que ahora tiene, preparar mucho mejor a las tripulaciones ya formadas y equipar mejor los barcos. Le he contestado con un oficio en el que lo cito el día veintiséis de febrero en Madrid.

—Haz lo que estimes conveniente, Manuel. Y ahora acompáñanos a almorzar. La reina sabe que estás aquí y me ha pedido que no te deje regresar a Madrid sin antes comer con nosotros. Ya sabes cuánto te aprecia.

—Pero, señor..., aquí está la lista de nombramientos que propone el almirante Gravina para gobernar cada uno de los navíos. Yo estoy de acuerdo con ella, pero deberíais verla y...

Carlos IV cogió cansino la hoja de papel con la propuesta de Gravina que Godoy le tendía. Contenía un listado con el nombre de cada navío y la propuesta de primer y segundo comandante, todo ello ordenado en tres columnas.

—«*Santísima Trinidad*, Francisco de Uñarte y José Sartorio; *Santa Ana*, José Cardoqui y Francisco Millán; *Argonauta...*, *San Rafael*, *Terrible*, *Glorioso...*» —leyó en voz alta el monarca.

El rey, muy aburrido, dejó de leer los nombres de los brigadieres y capitanes de navío propuestos para mandar los buques y los nombres de los capitanes de fragata como segundos, y acabó leyendo tan sólo el nombre de los doce navíos que estaban siendo equipados en Cádiz.

—¿Estáis de acuerdo con la propuesta de nombramientos, señor? —le preguntó Godoy.

—Lo que estimes oportuno, Manuel; lo que tú decidas, bien hecho estará.

—Majestad, tenemos que tratar otros asuntos: cómo perseguir la mendicidad que atesta las calles de nuestras ciudades, estudiar el proyecto para establecer talleres en las cárceles, revisar las medidas que propone el ministro de salud para evitar las

epidemias, confirmar el decreto de abolición de las corridas de toros y los novillos de muerte...

—Lo que decidas tú, Manuel. Eso queda en tus manos, para eso eres el primer secretario del gobierno.

Francisco de Faria miró a Godoy, quien mediante un elocuente gesto con las manos le ordenó que recogiera el mapamundi sobre el que le había explicado a Carlos IV el complejo plan ideado por Napoleón. Mientras lo replegaba, oyó al monarca quejarse a su jefe de gobierno de la escasez de caza en aquellos días de invierno.

A Francisco de Faria le entraron ganas de agarrar por el cuello a aquel patán coronado y estrangularlo allí mismo, pero se limitó a ordenar los papeles y mapas con cuidado y colocarlos en su carpeta, mientras pensaba que cualquier tabernero borracho haría mejor papel como rey.

7

N—o nos han permitido el menor margen de maniobra, almirante Gravina. Yo propuse con insistencia al embajador de Francia que fuese usted el jefe supremo de la flota combinada y que se actuase conforme a sus instrucciones, pero Napoleón no ha cedido ni un ápice; el plan de combate se ejecutará tal cual salió de París y será el almirante Villeneuve el comandante supremo. Usted será su segundo.

Godoy, a quien acompañaba Gil de Lemos, el nuevo ministro de Marina, acababa de recibir a Gravina en su despacho del palacio de Buenavista; era el día veintiséis de febrero de 1805. Un frío viento racheado sacudía las filas de los árboles del paseo del Prado, agitando sus brotes tiernos, por donde sólo unos pocos ociosos paseaban desafiando al frío viento de la sierra de Guadarrama, cuyas cumbres nevadas se perfilaban nítidamente bajo un cielo azul luminoso y radiante.

—Ya hemos aparejado cuatro navíos y estamos acabando otros dos más, el *San Justo* y el *Rayo*. Todos los hombres del arsenal de Cádiz han trabajado muy duro durante este mes, pero nuestra escasez de hombres y de medios es angustiosa. Para obtener el máximo provecho de nuestros barcos harían falta al menos trescientos hombres más a bordo de cada uno de ellos; necesito mil seiscientos artilleros, mil fusileros y no menos de dos mil quinientos marineros. Y eso sólo para cubrir el mínimo de tripulaciones para hacernos a la mar con ciertas garantías —expuso Gravina.

—Almirante, tendrá usted que arreglarse con lo que hasta ahora el gobierno ha puesto bajo sus órdenes, nuestros recursos no permiten nada más; ahí es hasta donde podemos llegar.

—No es suficiente. Inglaterra nos supera en todo: más y mejores barcos, tripulaciones más numerosas y expertas, artilleros mejor preparados y entrenados... Cuando estuve en Inglaterra con Valdés en 1799 pude comprobar por mí mismo el

grado de preparación de los ingleses. La organización de su Armada es envidiable, debimos de copiarla a tiempo, excelencia.

—No es momento de lamentaciones sino de acción. Dígame, almirante, ¿con cuántos barcos en disposición de navegar podría salir al mar dentro de cuarenta y cinco días?

—Con cinco, a lo sumo seis navíos de línea y una fragata.

—El almirante Villeneuve zarpará de Tolón rumbo a Cádiz con su escuadra de once navíos, seis fragatas y dos bergantines en un mes y medio. Para entonces deberá estar usted listo para unirse a él con lo que sea.

—¿Cuál será nuestro destino?

—Las Antillas. Napoleón ha ideado un plan para desviar la atención de los navíos ingleses y dirigirlos hacia América, de modo que sus costas queden desguarnecidas y así poder invadir su isla sin que la protejan sus barcos.

Godoy detalló todos los aspectos del plan de Napoleón con la máxima meticulosidad.

—Excelencia, creo que ese plan es un error. Tiene una enorme complejidad y no disponemos de los recursos necesarios para poder ejecutarlo. Las distancias desde las que se tienen que coordinar las distintas escuadras son enormes, y no hay modo de mantener una comunicación que asegure que cada barco va a estar en su sitio en el momento adecuado.

—Pues es lo que hemos acordado. Esta carpeta —el ministro de Marina, que permanecía callado, por indicación de Godoy extendió a Gravina un cartapacio de piel— contiene las órdenes escritas y selladas. Cumpla con su deber y obedezca las órdenes del gobierno y las del almirante Villeneuve, y que Dios lo acompañe y lo ampare.

—Haré lo que mi gobierno ordene, excelencia, pero le repito que este plan no puede salir bien —comentó el almirante al despedirse.

Godoy hizo llamar a Francisco de Faria.

—Sobrino, prepárate para ir a Cádiz. Allí te embarcarás con la escuadra del almirante Gravina rumbo al Caribe. El gobierno te ha nombrado su delegado en esta expedición.

El ministro de Marina le extendió la credencial y le dio la enhorabuena.

—Pero yo jamás he navegado, excelencia; si ni siquiera he visto el mar... —protestó Faria.

—No importa. No vas a enrolarte como marinero, sino como delegado del gobierno. Tu trabajo consistirá en comprobar que se cumplen las órdenes tal cual se han dictado. Toma, aquí tienes una copia de las instrucciones que he entregado hace un momento al almirante Gravina. Léelas detenidamente, apréndelas de memoria y destrúyelas.

—No sé nada sobre navegación, nada —se angustió Faria.

—Pues aprende rápido, porque embarcas en poco más de un mes.

Faria salió del despacho de Godoy atolondrado, con su credencial de delegado del gobierno en la mano. En el cuerpo de guardia de Buenavista estaba el sargento Morales, que se levantó como un resorte cuando vio acercarse al joven capitán.

—Sargento, recoja sus cosas. Hemos sido relevados de la guardia de palacio.

—¿Cómo dice, capitán?

—Lo que ha oído, sargento, que dejamos este servicio.

—¿Dejamos?, ¿los dos?

—Sí, usted y yo. Nos han dado un nuevo destino: Cádiz.

—¿Cádiz?

—¿Está sordo, sargento? Sí, Cádiz, he dicho Cádiz.

El capitán Faria caminó hacia su casa por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol. Se volvió varias veces porque sintió una sensación extraña a su espalda, como si alguien lo estuviera siguiendo. Cuando llegó a su domicilio, su criado no estaba, y Faria se sentó en un sillón junto al balcón. Por la calle transitaban decenas de recuas de mulas y borricos cargados de leña, cal, arena y carbón, carros de bueyes con sacos de harina y cántaros de aceite. Madrid tenía cerca de doscientos mil habitantes, y cada día un ejército de centenares de repartidores se encargaba de hacer llegar a todos los rincones de la villa todo tipo de suministros.

Aquella tarde actuaba Rita Luna en el Teatro de la Cruz. Era la más famosa actriz de Madrid desde que dos años atrás muriera Rosario Fernández, a la que ya había eclipsado, y se convirtiera en la primera dama de la escena de la compañía de los Reales Sitios. Era una actriz que no vocalizaba bien, a la que algunas frases no se le entendían, que se ponía a menudo de espaldas al público, corta de conocimientos literarios y no muy bella, pero poseía una gran intuición, unos ojos muy hermosos y expresivos y una voz de un timbre exquisito.

Faria había comprado una entrada para la función, pero no quería ir solo. En cuanto regresó su criado, le ordenó que fuera a casa del sargento Morales y le dijera que lo invitaba al teatro, y que si aceptaba, se dirigiera de inmediato a comprar otra entrada. Sabía que Morales no rechazaría esa propuesta, pues Rita Luna era su actriz favorita.

Morales se presentó en casa de Faria una hora después.

—Capitán, gracias por la invitación. Pero yo creía que...

—Usted me invitó al teatro cuando vine a Madrid, es justo que yo le corresponda ahora.

—Pero usted es un oficial, no sé si debo aceptar.

—Claro que debe, sargento. Además, deseo hablar con usted.

—¿Por lo de Cádiz...?

—Sí, entre otras cosas. Su excelencia me ha ordenado que vaya a Cádiz para informar sobre la situación de la Armada en ese puerto, donde está instalada parte de nuestra flota de guerra. Usted es mi ayudante, y le pido que siga siéndolo en mi nuevo destino.

—No me gustaría salir de Madrid, capitán, pero mi deber es obedecer sus órdenes.

—No se lo he ordenado, sargento, se lo he pedido.

—En ese caso... iré con usted, capitán.

—Bien, gracias, Morales. Y ahora, al teatro; Rita Luna no espera.

Se colocaron en la puerta del Teatro de la Cruz para ver llegar a Rita Luna en su carro de caballos, entre un grupo de curiosos que gritaban piropos a la que se consideraba la mejor actriz de la villa. Faria seguía teniendo la misma sensación que experimentara unas horas antes, calle de Alcalá arriba, de que alguien lo estaba observando.

—Cómo cambian los tiempos. Hace unos años las actrices venían al teatro en silla de manos que cargaban cuatro fornidos porteadores. Desde que salían de su casa hasta que llegaban al teatro, eran seguidas por una cohorte de admiradores que les lanzaban piropos y les pedían relaciones. Pero aquello se acabó —pareció lamentar Morales.

—¿Por qué motivo? —demandó Faria.

—Bueno, quizás hubo ocasiones en las que los ánimos de los admiradores se desbordaron con demasiada pasión. Recuerdo una ocasión en la que la Tirana, así llamábamos a Rosario Fernández, fue abordada por un grupo de jóvenes que la piropearon de tal modo y la abordaron con tanta efusión que estuvieron a punto de hacerla caer de su silla de mano. Los ánimos fueron creciendo hasta tal punto que cuando descendió de la silla para entrar en el Teatro del Príncipe algunos comenzaron a realizar gestos obscenos. Una docena de los más exaltados se bajó los pantalones y mostró sus partes a la actriz.

»Se montó una gran trifulca. Hubo algunos contusionados y heridos cuando los seguidores de la Tirana se enfrentaron con los jóvenes que se habían bajado las calzas. El corregidor de Madrid, que como juez protector de los teatros sigue encargado de velar por nuestras buenas costumbres —ironizó Morales—, ordenó que para evitar semejantes altercados las actrices fueran al teatro en coche de caballos. Desde entonces hay menos incidentes, pero se ha perdido la mejor parte del espectáculo.

Los dos militares entraron en la sala y Faria se volvió inquieto al sentirse vigilado. El Teatro de la Cruz estaba tan sucio y destartado como siempre, tanto que la gente que acudía a presenciar una obra lo hacía con su ropa más vieja, porque solía

acabar perdida de polvo, humo y grasa. Vestidos con sus peores ropajes, los espectadores parecían una turbamulta de pordioseros recién sacados de un cenagal.

—He conseguido dos entradas de primera fila de sillas de luneta; creo que son las mejores localidades, aunque yo tal vez hubiera preferido un palco —dijo Faria.

Morales asintió con la cabeza; esas entradas costaban doce reales cada una y quedaban reservadas, como los palcos, a las personas más relevantes y acaudaladas. Al teatro acudían personas de toda condición, pero cada clase social sabía muy bien dónde tenía que colocarse.

La obra de teatro era horrible, y los espectadores que aguantaban de pie en el patio, tras las localidades de *sillas* de luneta, comenzaron a impacientarse y a lanzar algunos silbidos. La cazuela, el palco grande reservado exclusivamente para las mujeres al fondo de la sala y donde se apiñaban más de trescientas, parecía un gallinero en el que acabara de entrar un zorro hambriento. Las risotadas, silbidos y pataleos crecían conforme los actores intentaban apañar a base de esfuerzos interpretativos una obra realmente deplorable, aunque solo lograban hacer más ridículo e inverosímil su papel. El griterío fue aumentando de tono y de volumen hasta un punto en el que incluso desde las primeras filas de sillas de luneta se hacía imposible escuchar los diálogos de los desesperados actores, que agitaban los brazos y forzaban las voces en un intento vano de sobreponerse al tumulto que se les venía encima.

Faria se volvió hacia el patio y pudo observar tras las filas de sillas a un grupo de cinco o seis hombres que desde el patio incitaban con gestos y gritos a los demás. Presintió algo extraño y se lo hizo saber a Morales, que seguía la representación ajeno a cuanto pasaba tras ellos.

—Fíjese en esos hombres, Morales; parecen organizados, como si estuvieran entrenados para reventar esta representación.

—No me extrañaría; ocurre a veces, capitán. Hay autores que matarían por ver triunfar sus obras, pero otros lo harían para que no lo hiciera la de un colega. Hace años que en el teatro español pasan estas cosas, autores y actores no soportan otro éxito que no sea el suyo, la envidia corroe a actores y autores.

Los provocadores, insistiendo en su empeño, habían logrado arrastrar a la multitud con sus protestas y el público era ya un verdadero galimatías de bullas y gritos. Los más osados hacían gestos obscenos hacia el escenario, y las mujeres de la cazuela, unas trescientas, aunque gritaban tanto que parecían millares, reían a carcajadas, se palmeaban los muslos y gritaban enardecidas a los espectadores del patio, que agitaban pañuelos, pateaban el entablado del suelo y chillaban como pollos a los que estuvieran socarrando vivos. En los palcos y en las sillas de luneta las clases más elevadas parecían más tranquilas, pero incluso los espectadores de algunos palcos mostraban su disgusto moviéndose inquietos, increpando a los actores y

agitando brazos y pañuelos protestando unos por el deplorable espectáculo y otros por no poder seguir la representación en silencio.

El tumulto se hizo insoportable, y los actores decidieron retirarse cuando comenzaron a llover sobre el escenario algunas frutas y verduras. En ese momento cayó el telón y estalló la ira de los espectadores. Una avalancha de gente avanzó desde el patio, donde habían seguido la obra en pie, hacia el escenario, arrollando a los que estaban sentados en las sillas de luneta. Varios hombres cayeron al suelo y fueron pisoteados por los que empujaban desde atrás.

—Cuidado, capitán. Nunca había visto nada igual.

Faria se hizo a un lado. Por un instante vio acercarse a dos hombres que avanzaban hacia él muy decididos. Le llamó la atención que ambos llevaran sus manos derechas dentro del gabán, como escondiendo algo. Tal vez fuera el instinto, o el brillo asesino de los ojos de aquellos hombres, o el rictus de sus labios apretados y nerviosos, pero Morales intuyó que iban a por ellos.

—¡Ojo con esos hombres!, creo que vienen a por nosotros, o a por usted, capitán —le advirtió Morales.

El sargento avanzó unos pasos y se encaró con los dos individuos, que de inmediato sacaron sendas navajas que portaban ocultas en sus amplios gabanes. Faria observó un destello metálico en las hojas de acero e intuyó la muerte dibujada en los rostros de los dos sicarios.

—¡Cuidado, Morales, atrás, sargento, atrás! —gritó.

Los dos sicarios habían vacilado por un instante ante la presencia de Morales, alto y fuerte como el pino que les daba apodo a los sargentos de batallón, y esos instantes fueron suficientes para que Morales agarrara a Faria por un brazo y tirara de él hacia el escenario.

—Arriba, capitán, arriba, a la vista de todos —le apremió.

Faria comprendió enseguida lo que el sargento tramaba y subió de un brinco al escenario; le siguió Morales, que ganó las tablas con una agilidad extraordinaria.

Los dos sicarios quedaron sorprendidos. No podían alcanzarlos fácilmente, pues desde la posición elevada que ocupaban los dos militares les sería muy fácil empujarlos de nuevo al patio antes de que pudieran ganar el escenario, y optaron por escabullirse entre la multitud, que seguía gritando alteradísima en medio de un vocerío ensordecedor.

—Vamos por ellos. Tengo que descubrir quién hay detrás de esos dos pájaros —dijo Faria.

Salieron por di escenario, atravesando la zona reservada a los actores, y ganaron la calle por una pequeña puerta trasera. La calleja estaba vacía y oscura y el suelo lleno de charcos de barro.

—A la puerta principal, habrán salido por ella —aventuró Faria.

Corrieron hasta la entrada, por donde comenzaban a salir algunos espectadores gritando indignados y clamando a voces que les devolvieran el dinero.

—¿Los ve, capitán, ve a algunos de ellos? —preguntó Morales.

—No, sargento, tal vez ya hayan salido.

—No creo, nos hemos adelantado; imposible que, con tanta gente agolpada en la puerta, hayan podido llegar aquí antes que nosotros.

—¡Allí están, allí! —gritó Morales, señalando a dos hombres que huían presurosos.

Los dos sicarios escapaban a empujones entre la gente que se arremolinaba junto a la puerta principal y ya corrían hacia la calle a la derecha del teatro.

—No los pierda de vista, sargento, no los pierda —le dijo Faria, intentando cruzar entre el tropel de personas que salían del teatro arracimadas como un rebaño de vacas desbocadas.

—¡Maldita sea, apártense, apártense! —exclamaba Morales, intentando en vano atravesar la corriente de gente que fluía como un río desbordado.

Cuando alcanzaron la bocacalle por la que se habían precipitado los dos sicarios, éstos ya habían desaparecido en el laberinto de callejuelas y plazas. Todavía corrieron unos pasos hasta que se dieron cuenta de que los dos pájaros se habían esfumado.

—¿Y ahora, capitán, qué hacemos?

—Regresemos a casa. No, mejor vayamos al cuartel de la guardia de corps. Si esos hombres venían a por mí, como creo, tal vez nos estén aguardando emboscados en algún oscuro portal camino de casa.

Faria y Morales se dirigieron hacia el cuartel de los guardias de corps vigilando con cuidado las esquinas que cruzaban, observando los portales oscuros y esquivando a los individuos que les parecieron sospechosos.

El teniente que mandaba el retén en el cuartel de los guardias de corps se sorprendió cuando vio aparecer a uno de los oficiales del regimiento acompañado por uno de los sargentos más veteranos.

—Capitán, ¿le ocurre algo? —preguntó el teniente de guardia.

—Hemos tenido un pequeño incidente con dos..., digamos dos asesinos a sueldo, en el Teatro de la Cruz. Vamos desarmados y ellos portaban grandes navajas; pasaremos la noche aquí.

—Por supuesto, capitán, pero si usted desea que lo escoltemos hasta su casa con una escuadra de guardias...

—Gracias, teniente, pero no tengo intención de poner en peligro la vida de ninguno de sus hombres. Será mejor que nos quedemos aquí hasta que amanezca.

—En ese caso, ordenaré que le preparen una cama en la alcoba de oficiales; el sargento puede descansar en el dormitorio de suboficiales.

—Muchas gracias, teniente.

—A sus órdenes, capitán.

A la mañana siguiente, Francisco de Faria le contó el incidente a Godoy.

—¿Hay algún marido celoso que tenga motivos para matarte? —le preguntó el príncipe de la Paz.

—No, tío, en absoluto.

—En ese caso, debe de haber un espía entre nosotros que se ha propuesto eliminarte. ¿Estás seguro de que no te has metido en un lío de faldas con una mujer casada? —insistió Godoy.

—Que no, tío, de ninguna manera, créame.

—Pues entonces, esto ha de ser obra de los conjurados. Saben cuáles son tus movimientos, pues te han seguido hasta el teatro, y ya conocen que eres uno de los míos. Van contra nosotros y harán cuanto esté en sus manos para que fracasemos.

—¿Que harán qué..., quién tiene que hacer algo contra «nosotros»?

—Media Europa, sobrino, media Europa, pero sobre todo los partidarios del príncipe don Fernando y de su esposa. En la conspiración que maquinan para derrocar a Carlos IV, saben que yo me interpongo en su camino. Alguien les ha debido de contar que tú eres una pieza importante en el ajedrez con el que yo juego, y han decidido darte jaque.

»De modo que necesitarás protección. Voy a asignarte una escolta permanente de cuatro guardias hasta que marches a Cádiz, y en cuanto a ti, no olvides nunca llevar una buena daga al cinto y una pistola cargada bajo la levita. Y extrema la atención; si lo han intentado una vez quizá vuelvan a hacerlo.

Capítulo II

1

A lo largo del mes de marzo de 1805, Faria acudió diariamente a las bibliotecas del palacio de Buenavista y del nuevo palacio real para estudiar cartas marítimas, estrategia militar naval y técnicas de navegación. En una maqueta aprendió a identificar las distintas partes del barco: las piezas del casco, los aparejos y velas, los mástiles y las jarcias. En su estancia en la Escuela Militar de Badajoz no le habían enseñado nada en absoluto sobre la marina, aunque supo enseguida que tampoco en las escuelas navales explicaban demasiado. Cualquier cadete de la Armada inglesa era capaz de fijar la posición de un buque en alta mar con la ayuda de un sextante o de un cuadrante, en tanto que eran muy pocos los guardiamarinas españoles que sabían establecer con precisión la ubicación de un navío. Y en cuanto a la medición del tiempo, los ingleses lo hacían con relojes muy precisos, en tanto en algunos barcos españoles se seguía midiendo con sistemas muy anticuados.

Tuvo acceso a unos informes sobre los combates librados entre navíos españoles, franceses y británicos en los últimos años, y pudo comprobar que la superioridad naval de los ingleses se debía a su mejor preparación técnica, a la mejor dotación de sus buques y a la mayor capacidad de mando de sus comandantes, que tenían mucha mayor libertad a la hora de tomar decisiones propias en el campo de batalla en función de cómo discurriera la pelea en cada momento.

Durante los reinados de Fernando VI y de Carlos III se habían realizado esfuerzos encomiables para mejorar la Armada; se fundó la escuela de guardiamarinas de Cádiz y más tarde sendas compañías en El Ferrol y en Cartagena, se creó un cuerpo de ingenieros navales de artillería en Barcelona y en Cartagena y se progresó en las técnicas de construcción de barcos. Se aumentó el tamaño de los buques, doblando su desplazamiento, y se construyeron navíos de línea de tres puentes y con más de cien cañones de porte en los astilleros de Cuba, El Ferrol y Cartagena. Pero cada uno de los nuevos buques se comportaba de manera dispar, pues no existía una normativa uniforme para la construcción de barcos, lo que limitaba las maniobras conjuntas a causa de la diferente maniobrabilidad de los buques.

El famoso marino Jorge Juan habían viajado hasta Inglaterra para, mediante el espionaje, copiar las técnicas inglesas de construcción de barcos, y de ese país se trajo a tres famosos ingenieros, los señores Turner, Howel y Mullan. Pero el gobierno decidió abandonar las técnicas recomendadas por Jorge Juan y optó por aplicar las técnicas de construcción naval francesa. No obstante, se construyeron buenos barcos, sobre todo en los astilleros de La Habana en Cuba, de los que salieron varios navíos

muy duraderos debido a la calidad de las maderas tropicales con las que se fabricaron. Los barcos se pintaban en negro y amarillo, salvo el *Santísima Trinidad*, el buque más legendario de la flota española, que tenía los flancos pintados en rojo, negro y blanco.

Durante el siglo XVIII se habían botado un centenar de navíos de línea armados con entre cincuenta y ochenta cañones; el primero de ellos fue el *Real Felipe*, que sirvió durante casi veinte años. Entre 1765 y 1770 se habían fabricado tres navíos de noventa y cuatro cañones, varios de setenta y cuatro y uno, el *Santísima Trinidad*, de ciento veinte, que llegó a ampliarse a principios del siglo XIX hasta ciento cuarenta bocas de fuego.

Semejante esfuerzo había dejado vacías las arcas del Estado. Así, desde 1786 y hasta aquella primavera de 1805 sólo habían salido dos nuevos navíos de ochenta y ochenta y seis cañones del astillero de El Ferrol: el *Neptuno* y el *Argonauta*. Pese a tantos esfuerzos, España carecía de ingenieros navales experimentados, a causa de la falta de escuelas superiores; los oficiales y la marinería apenas tenían entrenamiento, por lo costoso que los ejercicios navales resultaban, y desde que Carlos IV subiera al trono nada se había invertido en la construcción de nuevos barcos.

A principios de siglo se habían desmantelado las últimas galeras, esas magníficas naves que durante centurias habían sido la principal baza de la Corona de Aragón en el dominio de las aguas del Mediterráneo, y su servicio no había sido reemplazado por nuevas embarcaciones.

Parecía que no preocupaba otra cosa que las ordenanzas y los reglamentos, como si sólo mediante leyes y normas pudiera forjarse una gran Armada. Las nuevas ordenanzas de 1793, que Faria estudió a fondo, insistían en dar más relieve al carácter militar de la marinería, pero no aportaban otra cosa que inútiles disposiciones reglamentistas que no provocaban sino más contradicciones entre las muchas ya existentes entre la jurisdicción política y la militar.

Hacía veinte años, desde que Inglaterra perdiera en 1782 Menorca y Calcuta, y España ganara dos años después Florida por el tratado de Versalles, que Francia y España sufrían derrota tras derrota a manos de los navíos británicos. En algunos casos las victorias inglesas se habían producido a causa de la pericia de sus almirantes, aunque en no pocas ocasiones la suerte también había favorecido a Inglaterra.

Todavía se recordaba la amarga derrota en la batalla del cabo de San Vicente, en la que el catorce de febrero de 1797 el almirante José de Córdoba fue batido por el inglés Jervis; España perdió cuatro navíos, el *Mejicano*, el *San José*, el *San Nicolás* y el *San Isidro*, y dos más sufrieron graves averías, y por ello el almirante fue sometido a un consejo de guerra que lo condenó a inhabilitación perpetua para el mando, pérdida de empleo y de honores.

No habían sabido aprovecharse las expediciones que realizaran Malaspina,

repudiado y exiliado, o el propio Alcalá Galiano por el océano Pacífico, que bien rentabilizadas hubieran servido para mejorar las condiciones de navegación de la flota española.

Ciertos episodios parecían incomprensibles; por ejemplo, el sucedido en julio del año 1801, cuando el navío inglés *Royal Sovereign* se interpuso una noche a la altura de Algeciras entre los españoles *San Carlos* y *San Hermenegildo*; el comandante inglés, aprovechando la oscuridad de la noche, se deslizó entre los dos navíos españoles con todos los faroles apagados y ordenó disparar todas las baterías de sus dos costados contra cada uno de los dos barcos españoles, escapando enseguida. El capitán del *San Carlos* no se apercibió de lo que ocurría y respondió disparando toda su artillería contra el *San Hermenegildo*, creyendo que se trataba del navío inglés, que ya se había alejado. El *San Hermenegildo* contestó con una serie de andanadas, y ambos navíos se cruzaron un fuego terrible, uno contra otro, en tanto el *Royal Sovereign* huía ileso. Sólo fue al alba cuando se descubrió el desastre: los dos navíos españoles habían estado destrozándose uno al otro sin advertir que se trataba de barcos de la misma bandera. Aquella trágica noche España perdió dos de sus mejores navíos y murieron nada menos que mil ochocientos hombres. Los ingleses no sufrieron una sola baja y su navío ni un solo desperfecto.

Pero todavía fue más terrible la derrota sufrida por la Armada francesa en Abukir, en la desembocadura del Nilo, el dos de agosto de 1798. Francia perdió once navíos y dos fragatas y sólo salvó dos navíos de toda la escuadra, aunque en aquella batalla Nelson fue gravemente herido en la cabeza y a punto estuvo de perder la vida.

A fines de marzo el capitán Francisco de Faria y el sargento Isidro Morales salieron de Madrid camino de Cádiz. Las órdenes escritas que le transmitiera Godoy y que habían sido memorizadas por Faria habían causado en el joven oficial un enorme desasosiego. No había ningún plan coherente y quedaban muchos cabos sueltos; además, siguiendo la tradición militar hispana y francesa, a los comandantes de los buques de guerra no se les permitía margen para tomar decisiones propias, por lo que en casos imprevistos, que solían ser muy frecuentes en los combates en el mar, las dudas eran las peores consejeras, y en no pocas ocasiones causaban un efecto muy lesivo.

Viajaron a caballo, atravesando las extensas llanuras de Castilla la Nueva hasta alcanzar el paso de Despeñaperros, en Sierra Morena, que cruzaron de día y escoltados por unos guardias de hacienda armados con trabucos y espadas para evitar posibles asaltos de bandoleros, que solían ser frecuentes en esas montañas. En Sevilla entregaron un correo personal de Godoy al gobernador de la ciudad y de inmediato partieron hacia Cádiz.

La ciudad de la bahía tenía casi cien mil habitantes. Era ya una de las primeras ciudades de España desde que en los últimos veinte años le había ganado el primer

puesto a Sevilla en el tráfico comercial con las Indias. Las calles de Cádiz estaban limpias y bien pavimentadas; según algunos, ésa era la causa de que la gaditana se contonea al andar como ninguna otra mujer de Europa. Esa forma de moverse al caminar se había puesto de moda de tal manera que no había mujer en Cádiz que no anduviese moviendo de un lado a otro las caderas, en un bamboleo que podía marear a cualquiera si se empeñaba en seguirlo durante un buen rato con la vista.

Faria se presentó en el palacio de don Francisco Solano, gobernador de Cádiz y de Andalucía, y le mostró las cartas credenciales de Godoy en las que lo nombraba delegado y observador del gobierno en la flota que mandaba Gravina.

—Siéntese, capitán, siéntese. ¿Cómo sigue la corte? —le preguntó a Faria.

—Bien, bien, excelencia; dispuesta a afrontar la guerra contra Inglaterra con gran moral de victoria —mintió.

—¡Ah!, todos estamos esperanzados en ello, capitán, incluso los contrabandistas, que hacen sus mejores negocios en tiempos de guerra. ¿Le apetece un jerez?

—Gracias, excelencia.

El gobernador, un hombre grueso y alto, de presencia marcial, ávido de gloria, y de ademanes muy teatrales, hizo sonar una campanilla y al instante apareció un criado vestido de modo tan elegante que más parecía un noble cortesano que un lacayo. En verdad que el palacio del gobernador Solano, marqués de la Solana además, superaba con mucho a los que Faria había visto en Madrid. Los suelos estaban cubiertos de ricas alfombras, los muebles eran de caoba de la mejor calidad, las copas de cristal finísimo y las vajillas de la mejor loza inglesa, de la llamada de pedernal.

Desde que llegara a Cádiz, todo le había parecido más limpio, aseado y elegante que en Madrid: las casas recién encaladas con paredes blanquísimas, las rejas pintadas de verde, las puertas y ventanas bien cuidadas, las calles llanas y perfectamente empedradas; hasta las botellas de las cantinas eran de vidrio transparente para que los clientes pudieran ver la pureza del líquido que contenían.

Hombres y mujeres rivalizaban en el bien vestir. Los caballeros llevaban chaquetas cortas o casacas de corte redondo, de sedas de colores, a veces bordadas, y elegantes pantalones de paño o calzones cortos con medias de seda blanca; los zapatos eran de cuero con hebilla chapeada y la mayoría portaba un espadín corto cruzado en la faja o en el cinto. No desatendían el cuidado del cabello, que recogían en una coleta adornada con bellas cintas o se rizaban con elegantes tirabuzones o recogido bajo elegantes sombreros redondos y de copa. Las mujeres gustaban de destacar sus formas, a fin de que el inevitable bamboleo fuera más contundente, con unas basquiñas o sayas ajustadas, de vivos colores y elegantes brocados, ajustadísimos jubones y corpiños, y delicadas mantillas blancas y negras; algunas los llevaban tan apretados que Faria se preguntaba cómo eran capaces de respirar, y

calzaban zapatos cortos y bajos para resaltar el caminar airoso y sugerente.

Las hijas de las familias más acomodadas acudían a dos academias donde se enseñaban buenos modales, costura, música y francés. La más afamada era la de madame Bienvenue, regida por una señora francesa que había introducido en Cádiz las modas del elegante París, aunque no le andaba a la zaga la de doña Rita, en la que además de música las jovencitas de la alta sociedad gaditana aprendían algo de literatura y de matemáticas.

—¿Cómo se encuentra su excelencia don Manuel Godoy? —preguntó el gobernador tras saborear un largo trago de jerez.

—En plena forma, excelencia.

—Cuando la semana pasada recibí el despacho de Madrid anunciando su llegada, no imaginé que usted fuera tan joven. Mucho debe de confiar don Manuel en usted para encomendarle esta misión.

—Bueno, somos parientes y hace ya algunos meses que estoy destinado en el palacio de Buenavista. Su excelencia el príncipe de la Paz me honra con su confianza y yo intento no defraudarlo y cumplir con mi deber de soldado.

—Así debe ser. El viernes ofrezco una cena a los oficiales de la flota, está usted invitado, capitán.

El viernes, a las ocho de la tarde, Faria se presentó en el palacio del gobernador con su traje de gala de capitán de la guardia de corps, cuya casaca roja orlada con botones y galones dorados y su immaculado pantalón blanqueado con harina destacaba entre los nuevos trajes azules de los oficiales de marina. Morales lo acompañó hasta la puerta y le dijo que lo esperaba a la salida.

Faria saludó al almirante Gravina, a quien dos días antes ya había visitado para ponerse a sus órdenes y entregarle su credencial de delegado del gobierno.

—Me alegro de que venga con nosotros, capitán. Ya sé que no ha navegado nunca, de modo que comprobará enseguida que este servicio es muy distinto al de la guardia del palacio de Buenavista. Ésta será su primera acción de combate, supongo.

—Sí, excelencia, y ardo en deseos de luchar por nuestra patria. Y, por cierto, creo que también se la sirve protegiendo a nuestras autoridades, almirante.

—Por supuesto, su actitud le honra, capitán, pero hace falta más que valor para enfrentarse a Inglaterra.

—Nuestra alianza con Francia nos hace invencibles, ¿no es así, señor?

—En tierra es posible, pero en la mar no estoy tan seguro. Inglaterra posee una Armada extraordinaria y nos supera en número de barcos, incluso sumando nuestros navíos y los franceses. Su gobierno no ha descuidado la construcción de barcos de guerra y ha dedicado grandes sumas de dinero a ello y a lo que es tan importante o más: la dotación de equipos y la instrucción de sus tripulaciones. En cuanto a nosotros, hace varios años que en España no se construye un solo navío, y dedica

poco esfuerzo a formar a sus marinos. En nuestros barcos sobran ratas y faltan tripulantes.

^Mientras nosotros hemos estado pendientes de nuestro propio ombligo, Inglaterra se ha preparado a conciencia para una guerra definitiva. Ha dictado medidas exclusivas para los barcos extranjeros en el comercio costero y colonial, ha fomentado la construcción de grandes barcos adecuados para cruzar el Atlántico y para ser reconvertidos rápidamente en navíos de guerra, ha monopolizado el comercio del tabaco, el azúcar y el algodón, consiguiendo así unos beneficios extraordinarios que le han permitido construir su gran flota. En fin, que ha hecho justo lo que deberíamos haber hecho nosotros y no hemos llevado a cabo.

A Faria le pareció que Gravina hablaba más de lo conveniente para su cargo, pero el almirante hacía días, desde que regresara de Madrid, que no perdía oportunidad de mostrar su malestar por el estado de las cosas. Conocía como nadie la situación de las flotas española, inglesa y francesa, y sabía que sólo con la máxima prudencia y con un mando adecuado podía derrotarse a Inglaterra en el mar. Como buen militar, acataba las órdenes que llegaban de Madrid, pero estaba convencido de que Villeneuve, el almirante francés, no reunía los requisitos apropiados para el mando supremo, pues sabía de la actitud y decisión de Nelson y del coraje y experiencia de Collingwood, quien con once años de edad ya se había enrolado en un barco, los dos vicealmirantes británicos contra los que tarde o temprano deberían enfrentarse.

—Pero la Armada francesa es muy poderosa —señaló Faria.

—No lo crea, capitán. Los franceses sólo disponen de poco más de cuarenta navíos de línea. Napoleón ha apostado por un imperio continental y ha olvidado que las guerras, en estos tiempos, también se ganan en la mar. El emperador es un buen estratega en lo que se refiere a planificar batallas en tierra, pero carece de los conocimientos que requiere una campaña marítima.

Gravina parecía resignado. Ya le había advertido a Godoy que aquel plan tan descabellado estaba condenado al fracaso, pero el jefe del gobierno español estaba atado y no podía oponerse a las órdenes de Napoleón.

2

El treinta de marzo de 1805 el almirante Villeneuve, jefe supremo de la flota combinada hispano francesa, se hizo a la mar desde el puerto francés de Tolón con diez navíos, seis fragatas y dos bergantines. Puso rumbo al sur con la escuadra dividida en dos columnas. El propio Villeneuve, con su buque insignia el *Bucentaure*, de ochenta cañones, encabezaba la primera, formada por otros cuatro navíos más, *Plutón*, *Mont-blanc*, *Berwick* y *Atlas*, en tanto el almirante Dumanoir mandaba la segunda a bordo del *Formidable*, seguido por el *Indomptable*, el *Switsure*, el *Scipion* y el *Intrepide*. A bordo de estos barcos viajaban varios batallones de tropas de

desembarco integrados por más de tres mil hombres al mando del general Eauriston.

En las inmediaciones de Tolón patrullaba una fragata inglesa con la misión de espiar los movimientos de la escuadra de Villeneuve. En cuanto la vio salir del puerto, puso rumbo hacia Cerdeña, en cuyas costas aguardaba noticias Nelson, quien a lo largo de los primeros meses de 1805 se había movido por aguas del Tirreno desde Sicilia hasta el sur de Córcega. La escuadra francesa llegó a Cartagena el siete de abril. Allí la esperaba el brigadier español Salcedo, que encabezaba una escuadra de ocho navíos.

Entre tanto, y siguiendo los planes diseñados en París y acatados sin discusión en Madrid, España tenía listas otras dos escuadras: una en Cádiz, al mando de Gravina, y otra en Ferrol. Entre las tres escuadras españolas sumaban treinta navíos, que habían sido aparejados a toda prisa en apenas tres meses, y otros ocho más que patrullaban las aguas del Atlántico escoltando a los convoyes que venían de América.

Las órdenes de Villeneuve, quien en aquellos días parecía ansioso por enfrentarse a Nelson, consistían en recoger a ocho navíos españoles en Cartagena y conducir a la escuadra hasta Cádiz sin contratiempos, y desde allí, con los navíos de Gravina, iniciar el plan ideado meses atrás en París. El contraalmirante inglés Orde bloqueaba Cádiz con cuatro navíos y su buque insignia, el *Glory*, un extraordinario navío de noventa y ocho cañones. Villeneuve, que había pasado ante Gibraltar intercambiando algunos disparos de intimidación con la guarnición de la Roca, pudo atacar a la escuadra de Orde, pero optó por entrar en la bahía de Cádiz, permitiendo que los cinco navíos ingleses se retiraran indemnes hasta el cabo de San Vicente.

Enterado Gravina de la acción de Villeneuve, mostró su enfado ante el consejo de oficiales, entre los que estaba presente el capitán Faria.

—El almirante Villeneuve acaba de perder una extraordinaria oportunidad de infligir una contundente derrota a los ingleses. Tenía a su mando diez navíos y varias fragatas perfectamente equipados para el combate y no se ha atrevido a atacar a los cinco navíos ingleses de Orde. Nelson no hubiera dejado escapar una oportunidad así.

Faria observó el rostro circunspecto de Gravina. El almirante español estaba convencido de que los planes de combate eran un desastre; pero no obstante, cumplía las órdenes a rajatabla, pese a no estar de acuerdo con ellas.

Una fragata francesa acudió al puerto de Cádiz con un despacho de Villeneuve, quien, como jefe supremo de la flota combinada, ordenaba a Gravina que saliera con su escuadra del puerto y se sumara al resto de la flota.

Faria estaba a su lado cuando Gravina leyó la orden del almirante francés.

—Capitán Faria, mañana verá con sus propios ojos cómo se ejecuta una maniobra para salir de puerto.

La mañana del once de abril había amanecido despejada y con un ligero viento de

poniente. Poco después del alba, Gravina reunió a los capitanes de todos los navíos en la sala de oficiales del *Argonauta*.

—Caballeros, en estas carpetas están los pliegos de instrucciones y las órdenes selladas. El gobierno desea que se cumplan al pie de la letra. El almirante Villeneuve será quien asuma el mando supremo, y sus órdenes deben ser acatadas sin la menor discusión.

Un murmullo de desaprobación sonó en la sala del *Argonauta*.

—La Armada española jamás ha estado bajo las órdenes de un mando extranjero —intervino el brigadier Alcalá Galiano.

—Yo estoy tan molesto como ustedes, caballeros, pero nuestro deber es obedecer las órdenes de nuestro gobierno —asentó Gravina con contundencia—. Dentro de dos horas dejaremos la bahía para unirnos a Villeneuve. Nuestra salida tiene que ser una maniobra perfecta, que comprueben los franceses cómo navega la flota española.

Gravina, sobre una carta de navegación de la bahía de Cádiz, dio las instrucciones a los capitanes para ejecutar la maniobra de salida. La escuadra de Gravina estaba compuesta por los navíos *Argonauta*, el buque insignia de ochenta y seis cañones, *Terrible*, *San Rafael*, *Firme*, *España* y *América*, y la fragata *Magdalena*.

El almirante dio la orden de partida y un cañonazo de salva anunció el inicio de la maniobra. Los seis navíos españoles largaron velas y orzaron al tiempo, uno tras otro, y enfilaron la embocadura de la bahía ciñendo el viento, separados cada uno del precedente por una distancia igual a dos largos.

Los franceses presenciaron asombrados el perfecto movimiento de los navíos de Gravina, en tanto el propio almirante Villeneuve dijo a los oficiales que lo acompañaban en el puente del *Bucentaure*: «Esa maniobra vale más que una victoria».

Desde Cádiz, veintidós navíos, siete fragatas y dos bergantines pusieron rumbo a las Antillas aquella mañana del once de abril de 1805. Una gigantesca partida por el reinado sobre el océano acababa de comenzar.

El sargento Morales vomitaba por la borda de estribor del *Argonauta* cuanto había desayunado aquella mañana. Hacía ya cuatro días que habían zarpado de Cádiz y su estómago todavía no se había acostumbrado al cabeceo de los navíos.

—Vamos, sargento, usted es un hombre fuerte, no se deje vencer por un simple oleaje —le dijo Faria.

—Tengo el estómago lleno de duendes, capitán. Han debido introducirse mientras dormía. Fíjese ahí delante —Morales señaló con su brazo extendido el horizonte marino hacia el oeste—, toda esa agua, esas olas. Y me han dicho que todavía quedan varios días de viaje. No podré resistirlo, voy a morir, voy a morir...

Ni Faria ni Morales habían navegado hasta entonces en alta mar. Morales

intentaba evitar siquiera verlo, pues, cada vez que contemplaba el oleaje y el agua rodeándolos por todas partes, su estómago se revolvía y de inmediato le acudía el vómito. Por el contrario, Faria disfrutaba con el mar. Le gustaba acudir a la proa del navío, sentarse cara al frente en el palo del bauprés y sentir toda la fuerza del viento en su rostro, y el arfar y luego el cabecear del barco al atravesar poderoso la cresta de cada una de las infinitas olas que batían el tajamar. Las únicas molestias las había soportado las dos primeras noches, pues debido al constante crujir del maderamen del navío, que semejaba a un lastimoso quejido, había tenido algunas dificultades para conciliar el sueño.

Faria consolaba a Morales e intentaba animarlo.

—No se preocupe, sargento, mañana podrá comer un buen pedazo de carnero guisado con garbanzos y tocino.

Morales estaba a punto de vomitar de nuevo.

El almirante Gravina se acercó hasta los dos guardias de corps.

—Capitán Faria, ¿qué tal la singladura?

—Estupenda, excelencia; para mí, estupenda. Jamás había navegado, pero es una experiencia extraordinaria.

—Por lo que veo —Gravina miró al sargento—, su ayudante no parece ser de la misma opinión.

Morales se había cuadrado ante la presencia del almirante en jefe de la flota española, aunque, entre el mareo y el movimiento del barco, el sargento se mecía sobre sus temblorosas piernas como un tentetieso.

—Ha vomitado lo poco que ha comido desde que salimos de Cádiz, dice que morirá antes de que avistemos tierra.

—No lo creo. En dos o tres días más se acostumbrará al cabeceo de la navegación y recobrará el apetito —aseguró el almirante Gravina.

—¡Dos o tres días más, Dios mío! —exclamó aterrado Morales.

—O tal vez cuatro, sargento —bromeó Gravina, para mayor desesperación de Morales.

Gravina y Faria reían cuando se presentó el contramaestre.

—Excelencia, el almirante Villeneuve envía un mensaje desde el *Bucentaure*.

—¿De qué se trata?

—Dice que vamos demasiado deprisa; el *Formidable*, el *Intrepide* y sobre todo el *Atlas* no pueden seguirnos.

—Ya me había dado cuenta. Hace dos días que tienen muchas dificultades para mantener nuestra estela. Están retrasando la marcha. Ayer ordené recoger el sobrejuanete y el juanete para disminuir nuestra velocidad y no perderlos de vista. Debemos arribar juntos a las Antillas, pero si siguen a ese ritmo y nos demoran a todos, jamás llegaremos a tiempo para cumplir nuestros planes.

»Ordene que plieguen el velacho y la vela del trinquete. Vamos a orzar para colocarnos a la altura del *Formidable* y comprobemos qué le pasa.

El *Argonauta* giró magnífico, virando su proa de sotavento a barlovento hasta colocarse en paralelo al *Formidable*. Gravina le envió mediante señales de banderas un mensaje al capitán del navío francés, que respondió altivo que no tenía ningún problema y que podía seguir adelante. Eran las cuatro de la tarde y un viento racheado y fuerte sopló desde levante, impulsando a los navíos hacia el oeste.

El *Formidable* realizó una extraña maniobra y comenzó a acercarse al *Argonauta*.

—¡Almirante, almirante!

Quien gritaba como un poseso era el oficial de guardia en el puente de mando.

Gravina estaba en su cámara estudiando en las cartas de navegación la deriva desde Cádiz hasta la Antillas con otros oficiales del *Argonauta*.

—¿Qué ocurre ahora?

—Es el *Formidable*, señor, ha desplegado todo el velamen, incluso los juanetes y las rastreras, y viene derecho hacia nosotros navegando con todo el trapo al viento.

Gravina y el resto de los oficiales se levantaron raudos y subieron corriendo hacia el puente de mando.

El *Formidable* había largado todas sus velas y, empujado por un fuerte viento racheado del este, se aproximaba como un ciclón derecho hacia el *Argonauta*.

—¡Maldito imbécil! —gritó Gravina.

—¿Qué pasa? —preguntó Faria.

—El capitán del *Formidable* ha desplegado todo su velamen, pero no ha asegurado los juanetes, por lo que bien se podrían partir los mástiles. No ha calculado los cambios del viento y su fuerza, y ahora viene hacia nosotros sin posibilidad de variar su rumbo a tiempo. O mucho me equivoco, o nos va a abordar —le contestó el segundo oficial con tal tranquilidad que sorprendió a Faria.

—¡Todo el timón a babor, todo el timón a babor!, ¡virar por avante! —ordenó Gravina al contramaestre, quien lo transmitió al timonel.

El *Formidable* ya estaba casi encima del *Argonauta*, pero la maniobra ordenada por Gravina logró hacer girar a su navío lo suficiente para evitar un abordaje frontal; pero, pese a ello, la proa del *Formidable* envistió la amura de estribor del *Argonauta*.

Por primera vez desde que habían embarcado en Cádiz, Faria sintió miedo. Un terrible estrépito de maderas crujiendo restalló por toda la cubierta, en tanto que el *Argonauta* sufrió una tremenda sacudida que derribó por la cubierta a los hombres que no habían tenido tiempo de aferrarse a cualquier cosa que estuviera fija.

—¡Todo a babor, todo a babor! —volvió a ordenar Gravina, en tanto el *Formidable* y el *Argonauta* se separaban, llevándose cada uno parte del aparejo de la zona de proa del otro.

Morales, que había acudido corriendo ante su capitán, miró a Faria perplejo.

—Se suponía que los franceses eran nuestros aliados —dijo asombrado ante la vista del *Formidable*, que se alejaba por estribor con la bandera tricolor ondeando a popa y arrastrando sobre las olas parte del aparejo de proa del navío insignia español.

—Eso creía yo también, pero con maniobras como ésta comienzo a dudarlo.

Gravina ordenó hacer un recuento de los daños sufridos en el *Argonauta* con motivo del abordaje del navío francés.

—Está partido el botalón del foque, arrancada la verga de la cebadera, partido el pescante de la amura de estribor, quebrado el tajamar a la altura de las gruesas de los barbiquejos, arrancada la pieza del espaldar y rotas las dos batayolas y las gambotas de proa; además, hemos perdido la mitad de la figura rostral —informó el capitán de fragata José Vacaro, segundo en el mando.

—Disponga lo necesario para que se reparen todos los desperfectos de inmediato.

—No entiendo nada, ¿es grave, capitán? —preguntó Morales a Faria.

—Por lo que sé, no demasiado, pero tienen que arreglar casi todo el puntal de la proa del barco; eso puede llevar dos o tres días.

La dotación del *Argonauta* reparó los desperfectos en ocho horas; justo pasada la media noche, se colocaba la última cuerda de la verga de la cebadera. Los miembros de la tripulación, sudorosos y exhaustos a la luz de los faroles que iluminaban la cubierta del *Argonauta*, fueron felicitados por Gravina.

—¡Dios, qué tripulación sería ésta si tuviéramos medios y tiempo, y si pudiéramos ensayar maniobras, y practicar tiro, y tantas otras cosas...! —exclamó en voz baja.

Reparadas las averías del *Argonauta* y del *Formidable*, la travesía del Atlántico discurrió sin más problemas que la lentitud de los navíos franceses, especialmente el *Atlas*, que seguía demorándose y retardando a toda la flota.

—Los franceses no pueden mantener nuestro ritmo, señor —le dijo Faria a Gravina.

—Eso se debe a que los navíos franceses pierden velocidad con viento fuerte racheado, y se escoran demasiado en las viradas, hasta tal punto que a veces se les suele inundar la primera batería —repuso el almirante.

—¿Están mal contruidos?

—Los astilleros franceses fabrican navíos con una relación de uno a tres con ochenta y cuatro en la relación de la anchura con la longitud; ésa es la causa de su lentitud con viento fuerte. Yo creo que la mejor relación ancho por largo es de uno a tres con setenta y tres, pues ahí radica el equilibrio entre velocidad, manejabilidad y Habilidad en las viradas.

El catorce de mayo de 1805 los primeros navíos de la escuadra de Villeneuve y de Gravina avistaron Port France, en la isla de Martinica, y tres días después arribaron

los últimos, entre los que estaba el *Atlas*. Pocos días más tarde, Napoleón fue coronado en Milán rey de Italia con la legendaria corona de hierro de los lombardos.

Los dos almirantes se reunieron a bordo del *Bucentaure* a fin de evaluar la situación. Villeneuve era un hombre melancólico, muy elegante y de exquisitos modales, que gustaba rodearse de lujos y placeres; en su cabina no faltaban nunca los mejores vinos ni los más delicados licores. Gravina era serio y circunspecto, siempre atento a su trabajo, que no descuidaba ni un solo momento; hombre metódico y sobrio, sus oficiales decían de él que sus uniformes, que apuraba hasta el final, eran testigos de su propia historia.

—Almirante Gravina, bienvenido a bordo —lo saludó Villeneuve.

—Gracias, señor.

—No tenemos noticias ni de Ganteaume ni de Missiessy. Ya deberían estar aquí, o al menos en camino.

—Puede usted enviar una fragata en su busca —aconsejó Gravina.

—No sé cuál es la derrota que van a seguir hasta aquí, señor. Correríamos el riesgo de no encontrarlos. Creo que lo más atinado en estos momentos será cumplir el plan establecido. Ya sabe usted que tenemos órdenes expresas del emperador de esperar en las Antillas a las escuadras de los vicealmirantes Ganteaume y Missiessy.

»Y si a los cuarenta días no aparecen..., en ese caso —continuó Villeneuve—, dejaremos las Antillas y pondremos rumbo a las islas Canarias, donde aguardaremos otros treinta días antes de regresar a Cádiz para recibir nuevas órdenes.

Pero por mucho que esperaran, Ganteaume no iba a llegar; seguía fondeado en Brest con sus veintiún navíos, que eran imprescindibles para que tuviera éxito el plan ideado por Napoleón. El veinticuatro de marzo el vicealmirante Ganteaume había considerado con su consejo de oficiales que la flota no tenía ninguna oportunidad de salir de Brest si antes no libraba batalla con la escuadra inglesa que los bloqueaba. Las órdenes de Napoleón eran no ofrecer batalla para no perder ni uno solo de los navíos, que serían necesarios para llevar a cabo el proyectado desembarco en Inglaterra. Pero el vicealmirante desobedeció las instrucciones de Napoleón y ordenó a su escuadra salir del puerto de Brest rumbo sur y formar en orden de combate.

La flota inglesa que bloqueaba Brest estaba mandada por el vicealmirante Charles Cotton, que disponía de diecisiete navíos, entre ellos tres de tres puentes. Ganteaume, una vez formada la línea de batalla y sabedor de que contaba con cuatro navíos más, lo pensó mejor y decidió evitar el combate y regresar a Brest. Es probable que en su mente estuviera todavía fresco el recuerdo de la derrota de Abukir, y, pese a su superioridad numérica, la idea de un segundo desastre como aquél le hizo desistir de enfrentarse con los ingleses y optó por regresar a puerto sin cumplir su misión de ir hasta las Antillas al encuentro de la flota de Villeneuve y de Gravina. Esa decisión suponía el fin del plan y condenaba a toda la operación al fracaso.

Por su parte, la tercera flota, al mando del vicealmirante Missiessy, navegó desesperada por aguas del Caribe, pero al no encontrar a Ganteaume ni a Villeneuve regresó a Europa, con lo que la base en la que se fundamentaba todo el plan de Napoleón, la gran concentración de navíos en las costas americanas para despistar a Nelson y distraer su atención de las costas inglesas y europeas, había fracasado definitivamente.

La flota de Villeneuve y de Gravina navegó por las aguas del Caribe entre Port de France y la Martinica en un inútil intento de encontrarse con las escuadras de Missiessy y de Ganteaume, en tanto Nelson había salido del Mediterráneo en persecución de Villeneuve, a quien intentaba alcanzar desesperadamente.

El veintinueve de mayo los franceses y los españoles asaltaron una pequeña isla llamada la Roca de Diamante, situada al sur de Martinica, en la que se había atrincherado una guarnición inglesa que se había hecho fuerte con dos baterías artilleras. Aquella posición se había convertido en una trampa, pues en no pocas ocasiones los ingleses ondeaban banderas francesas desde lo alto del islote y lograban engañar a algunos barcos que se acercaban confiados a distancia de tiro. El navío *San Rafael* fue uno de los engañados y perdió una de la velas tras unos disparos.

Para acabar con aquellos molestos ingleses apostados en la Roca de Diamante, se decidió destacar a dos navíos franceses que cubrirían el desembarco de cuatro lanchas con soldados de asalto españoles. Esta incursión al islote fue la primera acción de fuego en la que participó Faria, quien pidió a Gravina que le permitiera hacerlo. Dos compañías de asalto desembarcaron en la única ensenada accesible desde el mar y, entre el fuego de fusilería y las ráfagas de piedra y metralla que les lanzaban los ingleses con sus dos baterías, se posicionaron en la pequeña playa, apenas un arenal en aquel farallón rocoso en medio del Caribe. Durante dos días los ingleses se defendieron con bravura del ataque de los soldados españoles, que poco a poco fueron ganando terreno por las escarpadas laderas de piedra del islote. Trepando con cuerdas, agarrándose a las rocas como lapas, disparando por tumos para cubrirse unos a otros, los granaderos españoles lograron al fin la rendición de la guarnición inglesa.

Una vez superado aquel escollo, Villeneuve ordenó poner rumbo a Barbados, adonde llegó el cuatro de junio, con la esperanza de encontrarse con alguna de las dos escuadras francesas. Pero allí sólo esperaban dos navíos franceses al mando del contraalmirante Magon, quien de manera sorprendente había llegado desde Rochefort. Magon comunicó a Villeneuve que Ganteaume estaba atrapado en Brest y que no iba a cruzar el Atlántico y que de Missiessy no sabía absolutamente nada. Traía además órdenes expresas del emperador de regresar a Europa y olvidar el plan de acudir a las islas Canarias. El ocho de junio, desde la isla de Antigua, Villeneuve desistió al fin de continuar con el plan de concentración de todas las escuadras en el Caribe; y, ante la evidencia del fracaso, ordenó a la flota combinada levar anclas y

poner rumbo a Europa.

3

Nelson había perseguido a Villeneuve y a Gravina desde las costas de Cerdeña. Cuando le comunicaron que Villeneuve salía de Tolón, se equivocó al suponer que los franceses irían hacia el Mediterráneo oriental y pasó todo el mes de abril aguardando su encuentro en las costas del norte de Cerdeña, esperando apostado el paso de la escuadra francesa, a la que creía rumbo a Egipto.

Como nada ocurriera, Nelson, que procuraba estar permanentemente informado gracias a las idas y venidas de dos de sus fragatas, se dirigió a Gibraltar y allí fue informado de que una gran flota franco española había puesto rumbo a América. La escuadra de Nelson estaba formada por once navíos y tres fragatas. El vicealmirante inglés, extrañado por semejante concentración de navíos y por su dirección hacia América, no se dejó engañar y ordenó que el grueso de la flota inglesa permaneciera atenta y en estado de alerta en las costas de Europa. Supuso, esta vez con acierto, que Napoleón había planeado que la flota combinada hispano francesa simulara un ataque a gran escala a las posiciones inglesas en las Antillas. El vicealmirante inglés confesó a sus oficiales que las maniobras de las escuadras españolas y francesas eran un verdadero desastre. No obstante, por si acaso había algo de cierto en el ataque a las Antillas, Nelson ordenó mantener las posiciones de las escuadras inglesas en las costas de Europa, y a la vez él mismo decidió salir en persecución de Villeneuve.

El vicealmirante inglés no desconocía que Napoleón estaba planeando el desembarco de su ejército en Inglaterra, y que para ello necesitaba tener franco el paso del canal de la Mancha en el paso de Calais y concentrar allí todo su poder naval para proteger a las tropas de desembarco. El mismo emperador había escrito a uno de sus generales que no era preciso ser un experto marino para atravesar en seis horas el Canal, que era el tiempo que necesitaba para tener libre el paso, y así Inglaterra dejaría de existir.

Encabezada por el buque insignia *Victory*, la escuadra de Nelson cruzó infructuosamente el Atlántico en busca de Villeneuve y llegó a Barbados a principios de junio, justo tres días después de que el almirante francés hubiera puesto de nuevo rumbo a Europa. Nelson confesó a sus oficiales a bordo del *Victory* que su único objetivo era la victoria, aunque maldijo en silencio no haber podido alcanzar a Villeneuve.

A bordo del *Argonauta*, Faria comenzó a dudar de la capacidad estratégica de Napoleón, al menos en el mar. En la escuela de Badajoz le habían enseñado que el entonces todavía general francés era un gran estratega, no en vano había sido ascendido a general a una edad muy temprana, tanto que era el más joven en ese empleo de toda Europa, pero aquellas extrañas maniobras de idas y venidas por el

Atlántico no las entendía, y estaba muy claro ahora que el plan de concentración de la flota hispano francesa en las Antillas para desviar la atención de la Armada inglesa y dejar sus costas desprotegidas había sido un rotundo fracaso desde su misma concepción.

El almirante Gravina no escondía su malestar por lo mal que estaba diseñado el plan y por la poca capacidad y diligencia de los mandos militares franceses, tan altivos como ineficaces, pero su sentido del deber y de la obediencia le impedían obrar de otra manera.

Una noche, mientras navegaba de regreso a Europa y se limitaba a cumplir órdenes, en mitad del Atlántico Gravina se sinceró con Faria.

—Creo que estamos abocados al desastre, capitán.

—¿Señor...? —se extrañó Faria.

—Esta campaña ha sido un sinsentido desde el principio. No podía resultar, era demasiado complicado coordinar a las tres escuadras para que convergiesen en el Caribe a un tiempo y regresaran juntas a Europa, y además, engañar de paso a toda la Armada inglesa para que nos siguiera y dejara sus costas desguarnecidas. No sé si habrá sido Napoleón en persona, pero quien ha diseñado este plan no conoce a los ingleses y nada sabe de estrategia naval.

»Hace un siglo que los ingleses realizan grandes exploraciones por todo el océano para aprovechar esas experiencias como nadie a fin de mejorar sus técnicas de navegación. El almirante Nelson ha sido el único que logró doblar el cabo de Hornos en invierno; esa hazaña parecía imposible, pero lo logró aun a costa de perder a la mitad de la tripulación. Ahora son los ingleses quienes hacen lo que nosotros hacíamos dos o tres siglos atrás. Así, mientras ellos han progresado, nosotros nos hemos relajado en demasía, y no sólo en la marina de guerra, también en el comercio y en la industria naval. Los ingleses obtienen la mayoría de sus beneficios gracias al comercio marítimo, y son esos mismos beneficios los que les permiten construir una flota de guerra tan numerosa, gracias a lo cual financian sus guerras, instruyen a sus marinos y mejoran, sus navíos. Eso es ser prácticos.

»¿Y nosotros?, aquí vamos, con ese almirante francés engreído y ufano al frente de toda esta flota, inseguro y vacilante. Pero estoy hablando demasiado, capitán Faria, olvide lo que le he dicho y recuerde que un militar ha de cumplir siempre las órdenes de sus superiores.

—No creo que pueda hacerlo, almirante.

—Olvídelo. Es una orden.

Frente al desconcierto y a las vacilaciones de la flota combinada hispano francesa, el Almirantazgo británico había elaborado un plan mucho más adecuado a las circunstancias de la campaña. Nelson, con sus navíos y fragatas, los más rápidos de todos cuantos disponía el Almirantazgo, acosaba a Villeneuve procurando impedir en

todo momento la concentración de navíos españoles y franceses. Entre tanto, el contraalmirante Cotton mantenía a raya a Ganteaume en Brest y el contraalmirante Calder bloqueaba a la escuadra española de El Ferrol a la altura del cabo de Finisterre. Varias fragatas inglesas patrullaban constantemente entre Lisboa y Cádiz evaluando los efectivos de los navíos españoles y franceses y sus maniobras.

Villeneuve estaba desorientado. Una fragata francesa le informó de que Nelson seguía su estela, y entonces puso rumbo hacia Finisterre, creyendo que desde allí podría cortar la comunicación entre las flotas inglesas del sur de Europa y del Mediterráneo con las del mar del Norte.

En pleno Atlántico un temporal causó daños de cierta consideración en algunos navíos, pero Villeneuve ordenó continuar sin pausa hacia el este. Las órdenes que Napoleón le transmitió a través de otra fragata fueron las de liberar el bloqueo de Brest y sumar a su flota los veintiún navíos de Ganteaume. Con cuarenta navíos bien situados en el canal de la Mancha se podía lograr la protección necesaria para las tropas de desembarco que Napoleón tenía dispuestas para invadir Inglaterra en Boulogne. Pero Villeneuve quería demostrar al emperador que podía obrar por su cuenta y ofrecerle una gran victoria; de ahí que optara primero en ir a por la escuadra de Calder, que patrullaba a la altura del cabo de Finisterre.

—Primero derrotaremos a Calder en Finisterre y después iremos a Brest a por Cotton. Cogido entre dos fuegos y sin posibilidad de ser auxiliado por Calder, Cotton no tendrá ninguna posibilidad de escapar; después, con cuarenta navíos agrupados, volveremos sobre nuestra estela y nos enfrentaremos a Nelson. Le superaremos en cuatro a uno y no tendremos dificultad para derrotarlo. Luego pondremos rumbo al estrecho de Gibraltar y liquidaremos a los navíos ingleses que al mando de Collingwood patrullan esa zona. Si todo sale bien, la Armada inglesa será derrotada y el desembarco de nuestras tropas en su isla será muy fácil —aseguró Villeneuve a Gravina a bordo del *Bucentaure*, donde ambos almirantes evaluaban la situación de la flota tras el temporal.

—No son ésas nuestras órdenes, almirante Villeneuve —observó Gravina.

—Las órdenes del emperador son las de regresar a Europa, pero en ningún caso nos prohíbe batirnos con el enemigo.

—Nelson nos sigue con diez navíos; ahora le superamos en dos a uno. Tal vez sería mejor esperar a que nos alcance preparados para librar batalla. Derrotado Nelson, las otras dos flotas inglesas estarán perdidas.

—No, almirante Gravina, primero iremos a levantar el bloqueo de Brest.

—Como usted ordene, excelencia —acató Gravina la orden de Villeneuve, tragándose su orgullo.

Gravina sabía que Villeneuve estaba equivocado, y algo le hizo intuir que el

almirante francés tenía muchas dudas y que, desde luego, no parecía dispuesto a plantar batalla a Nelson en medio del Atlántico. Las derrotas de los franceses en el Mediterráneo a manos del vicealmirante inglés seguían pesando demasiado en su recuerdo.

Durante más de dos meses Villeneuve había conducido la flota combinada por aguas del Caribe y del Atlántico, variando de rumbo de manera sorprendente, bien por sus propias dudas, bien por los cambios que sobre la marcha dictaba Napoleón, a quien parecía importarle muy poco la guerra en el mar. En cuanto a Villeneuve, daba la impresión de que no quería llegar a ninguna parte. Gravina estaba convencido de que si hubiera podido desaparecer, el almirante francés lo hubiera hecho en medio del océano. Las órdenes no eran nada precisas y, habiendo fracasado todas y cada una de las fases del plan establecido, Villeneuve era incapaz de tomar una decisión acertada. Si al salir del Caribe rumbo a Europa había planeado dirigirse a Brest para levantar el bloqueo británico, en seguida cambió de opinión y decidió variar el rumbo.

El día ocho de junio el vicealmirante Collingwood había llegado a Gibraltar con ocho navíos, siguiendo el plan del Almirantazgo de concentrar en el Estrecho un número suficiente de barcos como para librar una gran batalla. De regreso del Caribe y agotados sus suministros, Nelson también ancló en Gibraltar, despechado y enormemente dolido por haber atravesado todo el Atlántico sin haber podido dar caza a Villeneuve. Ambos vicealmirantes se habían equivocado, pues Collingwood le confesó a Nelson que hubiera jurado que Villeneuve se dirigía a Irlanda, pero el almirante francés había puesto rumbo a Finisterre.

Aquel veintidós de julio de 1805 amaneció cubierto por una densísima niebla. La tarde anterior había sido avistada una formación de navíos británicos que navegaban en línea hacia el este a varias millas al noroeste del cabo Finisterre. A las nueve de la mañana se aclaró un poco el horizonte y las dos flotas realizaron una serie de maniobras preparando la batalla. Gravina recibió la orden de Villeneuve de formar una línea de combate con seis navíos, lo que realizó con extraordinaria rapidez y precisión, consiguiendo una notable posición de ventaja; pero poco después de mediodía, cuando Gravina aguardaba impaciente la orden de Villeneuve para atacar a los ingleses, la niebla volvió a caer sobre el océano.

A bordo del *Argonauta* la espera era tensa. El mar estaba quieto, en una calma chicha apenas alterada por un suave oleaje que acariciaba el casco del navío como la mano del amante. Sin visibilidad más allá de un par de largos, Villeneuve, a instancias de Gravina, ubicó a toda la flota en una única línea. A las cinco de la tarde se disipó un poco la niebla y las dos escuadras se avistaron, ahora formadas en dos líneas casi paralelas, frente a frente. El *Bucentaure* fue quien primero abrió fuego y de inmediato le siguieron los demás navíos. La calma chicha y la densa niebla

impedían el movimiento de los barcos, y el enfrentamiento se limitó a un cruce indiscriminado de disparos, demasiado lejanos para causar grandes daños. Poco antes de las siete, cuando comenzaba a declinar el sol en el horizonte, volvió a caer la niebla, y pese a ello los navíos se siguieron cruzando cañonazos durante dos horas más hasta que la oscuridad completa provocó que cesara el fuego.

La flota inglesa que mandaba el contralmirante Calder estaba compuesta por quince navíos, frente a los diecinueve operativos de la combinada hispano francesa.

Durante la noche se repararon algunos desperfectos y los que pudieron durmieron un poco junto a sus puestos de combate. Faria no pudo conciliar el sueño y pasó la noche en cubierta, sentado sobre unas maromas, oyendo a Morales roncar a su lado. Justo al amanecer sirvieron un copioso desayuno a base de sopa de caldo, sardinas saladas y bacalao frito.

A la mañana siguiente las posiciones de las dos escuadras apenas habían variado. Los barcos que habían derivado un poco durante la noche y habían quedado fuera de la formación inicial maniobraron hasta colocarse en su puesto de combate, pero no hubo ningún nuevo intercambio de disparos ni ninguno de los dos bandos hizo nada por atacar al contrario. Y así se mantuvieron las posiciones al pareo por dos días más.

Ante la desesperación serena de Gravina, que estaba convencido de poder derrotar a los ingleses con un ataque al centro de su estática línea, y la sorpresa de los capitanes de todos los navíos por la pasividad de su almirante en jefe, Villeneuve, tras interminables dudas sobre qué hacer, ordenó al fin poner rumbo a Vigo y abandonar la caza. Faria tuvo la impresión de que el almirante francés se había dejado llevar por la desidia y la pereza.

—¡No ha sabido ganar la batalla! —oyó Faria a través de la puerta entreabierta de su camarote cómo Gravina se dirigía a los dos oficiales de mayor graduación del *Argonauta*—. Hemos tenido en nuestras manos una gran victoria, quién sabe si incluso el resultado final de la guerra, y Villeneuve no ha sido capaz de vencer. Le falta decisión, y sin duda capacidad de mando; no sé qué ocurrirá cuando a quien tengamos enfrente sea Nelson en vez de Calder, mas no es difícil intuirlo.

El veintisiete de julio la flota combinada fondeó en la ría de Vigo. De los diecinueve navíos que habían cruzado disparos con los ingleses, faltaban dos españoles, el *Firme* y el *San Rafael*. Pocos días después se supo que, tras perderse en la niebla, habían derivado hacia el norte y habían sido apresados por los ingleses y conducidos al puerto de Plymouth. En el cruce de disparos de Finisterre los aliados habían sufrido ciento cincuenta y cinco muertos y trescientos cuarenta y un heridos, frente a cuarenta y un muertos y ciento cincuenta y ocho heridos de los ingleses, y se habían perdido dos navíos; demasiadas bajas para una batalla tan poco oportuna.

Al día siguiente Gravina solicitó una reunión de los comandantes de los navíos, y Villeneuve aceptó celebrarla a bordo del *Bucentaure*.

—Hemos perdido la iniciativa, señores —comenzó a hablar Gravina—. La batalla de Finisterre estaba en nuestras manos, y dejamos que se nos escapara.

Villeneuve, pese a ser el comandante en jefe de la flota y el objetivo de las críticas de Gravina, guardaba silencio. Todos los allí reunidos eran conscientes de su incapacidad para el mando, pero, inexplicablemente, Napoleón seguía manteniéndolo al frente de la flota combinada y seguía depositando en él su confianza.

Por fin, habló:

—Y bien, almirante Gravina, ¿cuál es su propuesta?

—Dejar aquí a los heridos y a los enfermos, ir a los astilleros de El Ferrol para reparar las averías y daños, y en cuanto estén listos los barcos poner rumbo a Cádiz. Nuestra presencia en el estrecho es absolutamente necesaria, porque si los ingleses consiguen controlarlo, la victoria estará en sus manos.

Y así se hizo. En Vigo quedaron los heridos y enfermos y tres barcos, el *Atlas*, el *América* y el *España*, los tres con demasiadas carencias y averías para poder seguir la estela de los demás.

Villeneuve seguía desorientado. Había cumplido algunas órdenes de Napoleón y había obviado otras, había cruzado el Adán tico en un inútil viaje de ida y vuelta para nada y seguía sin conocer todos los puntos del plan diseñado por su emperador. En las reuniones celebradas con los oficiales de la flota se mostraba siempre taciturno, sin atreverse a dar órdenes precisas, provocando con su desidia que los acontecimientos corrieran a favor del enemigo.

Por el contrario, en tanto el comandante en jefe de la flota combinada dudaba sobre qué hacer, el Almirantazgo inglés preparaba un ambicioso plan en el que el Estrecho cobraba un extraordinario papel estratégico. La fortificación inglesa en la roca de Gibraltar era la pieza clave en el suministro de los navíos británicos que cruzaban el Estrecho, sin que Villeneuve planeara realizar el más mínimo amago de ataque.

Por fin, el trece de agosto Villeneuve decidió salir de El Ferrol y, por indicación de Gravina, concentrar la flota en Cádiz para diseñar desde allí una nueva estrategia; Napoleón aceptó el cambio de planes. La flota hispano francesa entró en el puerto de Cádiz el veintiuno de agosto, tras haberse cruzado con una flota inferior en efectivos que dirigía Collingwood y a la que, sin que nadie adivinara el motivo, Villeneuve decidió dejar pasar. Pocos días después atracaba en Gibraltar el contraalmirante inglés Robert Calder con dieciocho navíos de su escuadra.

Nadie lo decía, o al menos nadie lo manifestaba en voz alta, pero todo el mundo era consciente de que se estaba preparando un gran combate, una batalla en la que el vencedor se convertiría en el dueño de los mares por mucho tiempo.

Francisco de Faria desembarcó en el puerto de Cádiz en una falúa que lo había llevado hasta la orilla desde el *Argonauta*. Gravina había ordenado que se hicieran las reparaciones necesarias en todos los navíos, pues algunos habían sufrido pequeños daños en la travesía desde El Ferrol, y mandó izar su insignia de almirante a bordo del *Príncipe de Asturias*, un excelente navío de línea de tres puentes y ciento doce cañones, el cuarto en cuanto a potencia de fuego de toda la Armada española.

Faria presentó sus respetos al gobernador de Andalucía y de inmediato envió un informe a Godoy relatándole cuanto había visto y oído a bordo del *Argonauta* en los últimos meses. En la misma carta le solicitaba nuevas instrucciones y le decía que se quedaba en Cádiz aguardando nuevas órdenes. A vuelta de correo recibió un escrito de Godoy en el que le felicitaba por su informe y le ordenaba que permaneciera en Cádiz durante algún tiempo, a la vez que le comunicaba que en ese mismo correo salía una carta para Gravina en la que confirmaba al almirante el mando de la escuadra española. El príncipe de la Paz había designado a Gravina para que asumiera el mando supremo de la Armada española, pese a que por antigüedad le correspondía el cargo al teniente general Grandallana.

En los días siguientes fueron llegando nuevos navíos a Cádiz, hasta que la concentración fue de tal calibre que los ingleses, alarmados por el poderío naval hispano francés que se estaba reuniendo en la bahía gaditana, decidieron iniciar un bloqueo. La organización fue encomendada al vicealmirante Collingwood, quien el treinta de agosto colocó frente a Cádiz un navío de tres puentes y cuatro de dos, además de varias fragatas, y veinte navíos más a unas veinte millas del puerto.

Faria se había hospedado en una pensión, cerca de la nueva catedral gaditana que estaba en obras, y desde cuyas ventanas se podía ver la ensenada del puerto y a la flota hispano francesa fondeada. Hacía meses que no había disfrutado de unos días de asueto, y los aprovechó para visitar las tabernas de Cádiz acompañado por el sargento Morales.

Había una pequeña cantina junto a la muralla que cerraba la ciudad de Cádiz en el extremo de la isla de León, con una amplia terraza adoquinada que miraba a la bahía, y que, según le habían asegurado a Morales, era frecuentada por las más hermosas y atrevidas muchachas gaditanas. Tanto tiempo en el mar, sin una sola mujer a la que echar mano, era demasiado para el sargento, y animó a Faria a que lo acompañara. Los dos tenían la bolsa bien repleta, pues nada más desembarcar, el secretario de la flota les había abonado parte de sus haberes.

Faria y Morales se sentaron alrededor de una mesa, junto a una ventana pintada en azul celeste, y pidieron una botella de jerez, unas aceitunas, un plato de arroz con pollo a la valenciana y unos embutidos. En ello estaban cuando se acercó una muchacha de melena negra y rizada, de aspecto fresco y de ademanes desenvueltos.

—¿Puedo sentarme con vosotros, soldados? Porque sois soldados, ¿o me

equivoco? —preguntó con descaro, mientras se acomodaba entre ambos antes de que ninguno de los dos hombres pudiera siquiera abrir la boca.

—Por supuesto, jovencita, por supuesto. Siéntate con nosotros, hace meses que no disfrutamos de la compañía de una mujer como tú —dijo Morales sin perder de vista una sola de las curvas de la joven, que vestía con la elegancia de las gaditanas, pero cuyo acento no parecía andaluz.

Faria siguió mirando su vaso de vino, sin prestar atención a la muchacha.

—Nos habían dicho que a esta cantina acudían las más hermosas gaditanas, y por lo que veo no se habían equivocado; ¿no le parece, capitán? —comentó Morales.

Faria se levantó despacio, se puso en pie detrás de la joven y, sujetando con fuerza el respaldo de su silla, dijo:

—Se equivocan, sargento, sí, se han equivocado.

Y con un rápido movimiento con el brazo, Faria cogió a la muchacha por el cuello, la empujó hacia adelante y le apretó el rostro contra la mesa.

—¡Bruto, animal! ¡Suéltame, suéltame! —gritaba la joven inmovilizada por la presa de Faria.

—¡Capitán! ¿Qué demonios le pasa? Le está haciendo daño —intervino atónito Morales.

—Debería estrangular aquí mismo a esta maldita ladrona. Unos minutos más, y ella habría desaparecido con nuestras bolsas; ya lo hizo en una ocasión. Fue en Madrid, hace poco más de un año, ¿recuerdas? Me llevaste al interior de un portal, me tocaste los cojones, me dejaste sin dinero y sin reloj y desapareciste.

—No sé de qué me estás hablando, maldito bruto, me haces daño, ¡suéltame!; que alguien detenga a este salvaje, me va a estrangular.

—Eso ni lo dudes. Nadie te llorará, no creo que nadie eche de menos a una ratera como tú.

—Capitán... —quiso intervenir Morales.

—No se entrometa en esto, sargento, se trata de un asunto muy personal que sólo nos incumbe a esta zorra y a mí.

—Estás equivocado, ¡desgraciado piojoso, déjame, hijo de satanás y de una cabra borracha!

—¿Equivocado dices? —Faria cogió con la mano libre el alfiler que llevaba prendido en el pelo la muchacha. Era la misma aguja dorada con dos perlas grises que había visto en Madrid el día que aquella joven lo desvalijara nada más llegar a la capital del reino, antes de cerrar los ojos como ella le pidiera—. Debería clavarte esta aguja en el cuello y dejar que te desangraras aquí mismo. En aquella bolsa había diez mil reales en oro y plata y en el bolsillo un reloj de oro que me acababa de regalar mi padre. ¿Dónde están?, dime dónde están si quieres salvar tu maldito pellejo.

Morales se sorprendió al contemplar a Faria tan enojado.

—¿Conocía usted a esta muchacha, capitán? —Digamos que fue un encuentro breve, aunque bastante último. Utilizando sus argucias me robó la bolsa con todo el dinero y un reloj de oro el primer día que llegué a Madrid. Denuncié el robo a la policía y me dijeron que se trataba de una ladrona profesional que había perpetrado varios asaltos en Madrid, pero que era muy escurridiza y no habían logrado atraparla. Ahora sé por qué. Vas de ciudad en ciudad, ¿no es cierto? Llegas a un sitio, te instalas por una temporada, desvalijas a cuantos puedes y, antes de que te identifiquen y te atrapen, desapareces sin dejar rastro.

—¿Estás loco o estás borracho? No sé a qué te refieres. ¡Suéltame, palurdo, me haces daño! —protestó la muchacha—. Te denunciaré.

—Te lo preguntaré por última vez: ¿dónde están mi dinero y mi reloj?

Faria apretó un poco más la cara de la muchacha contra la mesa.

—Capitán, va usted a asfixiarla —dijo Morales.

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer, sargento.

—Está bien, está bien. ¡Basta, basta! —suplicó la joven.

Faria aflojó un poco la presión de su mano.

—¿Y bien? —demandó.

—Estaba desesperada, no tenía nada para comer, necesitaba dinero... tenía frío.

—Maldita perra, pero si era pleno verano y hacía un calor de mil demonios.

Faria volvió a apretar con fuerza.

—¡Ah, canalla!, pues yo tenía frío.

Morales comenzó a reír, y Faria, que hasta entonces parecía muy enojado, miró al sargento de soslayo, cambió el rictus, esbozó una sonrisa y soltó una carcajada. Por un instante la joven pensó que la iba a estrangular allí mismo, pero Francisco soltó su presa y se sentó de nuevo.

—Me la jugaste bien, pero por ese precio podrías haberme hecho un servicio... digamos, más completo.

—¡Cabrón malnacido!

—Vamos, vamos, tranquilízate. Y ahora cuéntanos todo, y que sea convincente o le diré a mi amigo el gobernador que te encierre por tanto tiempo que cuando salgas no recordarás ni cómo te llamabas.

La joven de pelo rizado y negro se llamaba Cayetana Miranda. Había nacido hacía veinte años en Santurce, en una familia de pescadores, y siendo muy niña habían muerto sus padres, quedando desde entonces al cuidado de unos tíos. Cuando murió su tía, la hermana de su madre, ella tuvo que hacer de ama de casa para su tío, un pequeño propietario agrícola de Bilbao, que le pegó varias palizas hasta que un día, cuando ella tenía sólo catorce años, intentó violarla. No lo consiguió porque estaba tan borracho que apenas se tenía en pie, y Cayetana logró escapar de aquella casa. Desde entonces había vagado por varias ciudades del norte, Pamplona,

Logroño, Zaragoza, Burgos, Madrid, frecuentando ambientes nada recomendables para una jovencita.

Aprendió a ganarse el pan peleando con mendigos, tullidos, vagabundos, golfillos, prostitutas y buhoneros, unas veces disputando un mendrugo de pan seco a la puerta de un hospital o de un convento, otras rebuscando entre la basura algo que llevarse a la boca. En no pocas ocasiones había estado a punto de ser violada, pero siempre había logrado escapar, a veces casi de milagro.

Por fin, un día conoció en Zaragoza a una señora de aspecto refinado que vivía muy bien utilizando su ingenio para desvalijar a incautos. Fue ella la que le enseñó numerosos trucos para llevar una vida ociosa y sin estrecheces usando todas las argucias que una joven bien parecida fuera capaz de emplear.

Desde entonces había vivido así.

Cuando acabó de relatar su historia, Cayetana parecía haber mudado de rostro; su perfil agudo y aristado de hacía unos momentos había tomado líneas curvas y delicadas, casi dibujando un óvalo perfecto. Sus ojos, poco antes inyectados de ira y recelo, semejaban ahora los de una cándida y delicada damisela de las que atestaban los salones de la alta sociedad gaditana en busca de un novio rico al que llevar al altar.

—Eres una maldita embustera —afirmó Faria cogiendo por la muñeca a Cayetana—. Todo eso que acabas de contar es una patraña de mentiras.

—No, no miento, es cierto, te lo juro, lo juro por mi madre.

—Dudo que sepas quién es tu madre.

Cayetana se soltó de la presa de Faria y le propinó un tremendo bofetón.

Faria alzó su brazo dispuesto a devolver el golpe y Cayetana se cubrió la cabeza con las manos, intentando protegerse, pero Francisco bajó su mano y la llevó a su rostro, justo donde Cayetana lo había golpeado.

—En aquel portal de Madrid dejamos sin terminar algo que empezó muy bien. Cádiz no es un mal sitio para que lo acabemos —dijo el capitán.

El sol brillaba limpio y radiante sobre Cádiz. Una ligera brisa de poniente rizaba las aguas de la bahía donde entre los navíos de guerra franceses y españoles volaban decenas de gaviotas.

Faria abrió la ventana de su habitación para que entrara el sol y la luz, y tuvo que cerrar los ojos y cubrirse el rostro con el antebrazo para protegerse de la luminosidad del mediodía. Se asomó a la ventana, estiró los brazos desperezándose y se dirigió a un rincón donde había una jarra con agua y un barreño. Se lavó despacio la cara, las orejas, el cuello, las axilas, el pecho y los brazos, se secó con una fina toalla de lino y se volvió hacia la cama.

Allí estaba ella, tumbada de espaldas, con un brazo bajo la almohada y el otro sobre la cara. Una larga melena de pelo negro y rizado caía sobre sus hombros

desnudos, blancos y brillantes; parecía como si la piel de Cayetana hubiera sido barnizada con polvo de nácar.

Francisco de Faria se acercó al lecho, se arrodilló junto al borde, apoyó su barbilla sobre la sábana y se quedó mirando a la muchacha. Los ojos de Cayetana se abrieron despacio, muy despacio, y sus pupilas quedaron presas en las del joven capitán.

—¿Qué hora es? —preguntó acariciando la mejilla de Faria.

—Creo que mediodía, pero no estoy muy seguro, hace tiempo que me robaron el reloj, en Madrid.

Cayetana se abrazó a Faria, lo besó intensamente y sintió de nuevo un temblor en las rodillas. Bastó poco más para que instantes después hicieran el amor, otra vez, una vez más.

—Me quedé sin dinero y tuve que empeñarlo a un orfebre que tenía una tienda cerca de la catedral, en Toledo. Algún día volveré a por a esa ciudad y te lo devolveré —le dijo Cayetana.

Cuando descendieron a la planta baja de la fonda, donde había un pequeño comedor para los clientes, el sargento Morales almorzaba un buen plato de olla podrida que acompañaba con una botella de montilla y una fuente de berenjenas fritas.

—Buenos días, capitán —saludó Morales a Faria, levantándose y haciendo una pequeña reverencia.

—Buenos días, Isidro —era la primera vez que Faria lo llamaba por su nombre propio—. Vaya, veo que tiene usted buen apetito.

—Me moría de hambre, capitán.

—Si no le importa, sargento, comeremos con usted.

—Buenos días, señorita Miranda —saludó también Morales a Cayetana, que asintió con la cabeza.

—Me comería un buey —asentó Faria.

—Pues apresúrese, capitán, porque sólo he dejado medio —rió Morales.

5

En los días que siguieron a aquella noche de fines de agosto, Francisco y Cayetana pasaron todo el tiempo juntos. Se levantaban tarde, casi siempre al mediodía, y después bajaban a almorzar hambrientos como lobos en invierno. Por la tarde paseaban por la calle Ancha, donde se concentraba la vida social y política de Cádiz, o por la calle Nueva, llena de comercios y tiendas en los que se vendían mercancías llegadas de todas partes del mundo, sobre todo de América, y tomaban café con leche y chocolate en alguno de la media docena de establecimientos abiertos. Antes de cenar se acercaban hasta el puerto y contemplaban los navíos

amarrados, los buques que se descargaban y las barcas de los pescadores que regresaban después de una dura jornada en el mar. Y ya de vuelta en la posada, hacían el amor una y otra vez hasta caer rendidos de sueño, agotamiento y deseo.

Algunos días Faria acudía poco después de almorzar hasta el palacio del gobernador de Andalucía y conversaba con el marqués de la Solana durante un buen rato, comentando las noticias que llegaban de la corte. Allí solía hojear las revistas que traían desde Madrid con el correo semanal.

Una mañana de principios de septiembre se recibió un despacho de Godoy dirigido a Francisco de Faria. El príncipe de la Paz le recriminaba haber pasado una semana sin recibir noticias suyas y le pedía explicaciones por ello. Faria parecía haber olvidado que era el delegado del jefe del gobierno en la flota combinada, y se puso de inmediato a escribir. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué había ocurrido en los últimos días y salió corriendo hacia el puerto.

Allí, entre marineros, pescadores y tripulaciones de los navíos fondeados, se enteró de que los ingleses seguían apostados frente a Cádiz y de que habían sido vistas varias fragatas británicas que iban y venían desde las aguas del Atlántico a la base de Gibraltar. Por unos pescadores supo que desde el puerto portugués de Laos fragatas inglesas estaban aprovisionando de verduras, pipas de agua dulce, bueyes y cameros a la flota de Collingwood y a Gibraltar, donde, según le decían, se estaba almacenando tal cantidad de víveres que serían suficientes para abastecer a toda la población de Cádiz durante un año. Puso todo cuanto pudo averiguar por escrito y lo envió por correo urgente a Madrid.

Esas informaciones coincidían con las que Godoy recibía de sus agentes secretos en Lisboa y en Campo Alange. Portugal estaba suministrando a Inglaterra todo tipo de víveres y pertrechos y los barcos británicos hacían escala en los puertos portugueses, donde cargaban agua y alimentos, pero también pólvora y balas de cañón, madera para reparaciones y lona para las velas, cabos para las jarcias y aceite para los faroles.

En la bahía de Cádiz Gravina se encargaba personalmente de revisar uno a uno todos los navíos de la flota y seguía los trabajos de reparación y de abastecimiento de cada uno de ellos. Faria habló con el almirante español a bordo del *Príncipe de Asturias*, el buque insignia de la flota.

—Hace días que no lo veía por aquí, capitán. Ha debido de estar muy ocupado —ironizó Gravina.

—Bueno, ejem..., señor, sí, he tenido que preparar varios informes...

—Las gaditanas son las mujeres más guapas de España y las de andares más donosos. ¿Ha visto usted en alguna ciudad de nuestro país mujeres más bellas y que mejor se contoneen?

—No, almirante, no señor. Son realmente muy hermosas.

—Y elegantes, capitán. ¿Está usted casado? —preguntó Gravina cambiando de tono.

—No señor, no lo estoy.

—El linaje de los Faria es de los más nobles de Extremadura, según tengo entendido.

—Así es, almirante.

—Pues debería ir pensando en buscar una esposa.

—No quisiera dejarla viuda antes de tiempo, almirante.

—¿Tan pronto piensa usted en morir?

—En manos de Villeneuve, es lo más probable.

—Contenga su lengua, capitán. Que usted sea el delegado del gobierno a bordo no le autoriza a criticar a un superior. Fíjese, Faria.

Gravina, cambiando de pronto de tema de conversación, señaló con su brazo extendido a un buque que estaba anclado en medio de la bahía, con atlantes, cariátides, orlas, grecas, volutas y acantos decorando su proa y su popa.

—Es un navío enorme —dijo Faria.

—El único de cuatro puentes completos, el más grande del mundo y el mejor armado: el *Santísima Trinidad*.

Anclado como un gigante dormido, el *Santísima Trinidad*, el mayor buque que jamás había surcado los mares, alzaba sus tres palos majestuosos hacia el cielo. Todos los buques de la Armada lucían sus cascos pintados en negro y amarillo, salvo precisamente el *Santísima Trinidad*, que, como excepción por su leyenda, estaba pintado a franjas rojas y negras, con las bordas en blanco.

—Con tanta potencia de fuego debe de ser invencible —dijo Faria.

—Fue construido en 1769 en nuestros astilleros de La Habana por el ingeniero inglés Mateo Mullan. Tiene el casco y la quilla de madera de roble y de teca y los pernos se fabricaron con el mejor hierro de Vizcaya. Para su arquitectura se emplearon robles y pinos del norte, que son menos pesados e igual de resistentes, con maderas curadas durante un año, alternándolas en agua salada y dulce.

»Sí, es el orgullo de nuestra Armada, pero ese gigante de doscientos pies de largo tiene muchos defectos. Fue artillado en Ferrol en 1770 con ciento dieciocho cañones, pero ya en su viaje desde La Habana acusó defectos graves, por lo que al año siguiente tuvieron que hacérsele algunas reformas: se redujo la altura de las baterías, que quedaban demasiado elevadas y por eso no eran efectivas en combate contra otro navío, y se rebajaron las cubiertas en un pie para mejorar la estabilidad. Pese a todo, sigue escorándose con viento fresco, por lo cual cuando se inclina demasiado o el mar anda muy picado, se suele inundar la batería inferior, que apenas queda a una vara de altura con respecto a la línea de flotación. Es por eso que Lángara, uno de nuestros mejores expertos en arquitectura naval, propuso reducirlo a noventa cañones,

eliminando esa batería, pero su propuesta, que yo creo era muy razonable, se desestimó. También se modificó el codaste y la pala del timón para facilitar las maniobras y darle una mayor capacidad de giro, y se alteró la inclinación del bauprés, que era excesiva y causaba problemas al navegar ciñendo el viento. Todas esas obras fueron costosísimas, pero no mejoraron casi en nada la capacidad marinera del buque, que sigue siendo muy deficiente.

»Eso sí, su armamento es temible, pero sólo si la batalla se libra en una situación de mar en calma o poco picado, o si navega con viento a favor y en línea recta. Hace algún tiempo sufrió muchos daños en la batalla de San Vicente, y algunos propusimos a la secretaría de Marina que fuera retirado del servicio o que se le diera uso como batería flotante a la entrada del puerto de Cádiz o de El Ferrol, pero para el gobierno, el *Santísima Trinidad* es un símbolo de nuestro poderío naval, y dijeron que su prestigio nos obligaba a repararlo y mantenerlo en buen estado, pese a su escasa maniobrabilidad.

»Tras cinco años en el dique de reparaciones, volvió a entrar en servicio hace dos. De nuevo se invirtieron importantes cantidades de dinero en su reforma: se embonó por completo todo el casco y se aumentó la manga para darle mayor estabilidad, se corrieron las baterías de cubierta y se sustituyeron hasta ciento treinta de sus cañones, se aumentó la guinda para montar un sobrejuanete en los palos trinquete y mayor y se reforzó el guarnimiento del palo del trinquete aumentando el número de obenques para que pudiera resistir el empuje de un fuerte viento de popa, y se apuntalaron las dos galerías bajas para soportar el sobrepeso de las cubiertas. Por fin, se aumentó el número de cañones de ciento treinta y seis a ciento cuarenta. Arma cañones, obuses y esmeriles desde ocho a treinta y seis libras. Es el barco más artillado del mundo, y si fuera fácilmente maniobrable y contara con la tripulación adecuada, sí, tal vez sería invencible.

»Antes de esta campaña ha hecho algunas maniobras para comprobar si las reformas realizadas lo han mejorado, pero su comportamiento sigue siendo muy deficiente, salvo cuando navega a un largo. En las viradas es muy poco manejable y eso merma mucho su utilidad para el combate.

El gigante de la Armada española estaba tripulado por más de mil hombres.

Gravina hablaba como si estuviera dictando una clase en una escuela de guardiamarinas y Faria intentaba recordar todos los conceptos y nombres que había aprendido en las bibliotecas sobre los barcos y que había puesto en práctica durante los meses de navegación por el Adán tico.

—Permítame, almirante, que le pregunte con toda confianza: ¿es fiable el *Santísima Trinidad*?

—Su comportamiento en alta mar es muy defectuoso, salvo cuando navega con viento en popa. Pero cuando tiene que virar..., entonces es muy poco manejable,

sobre todo en ausencia de viento o con viento de proa o lateral. Es tan grande y tan pesado que resulta majestuoso cuando navega viento en popa y rumbo fijo, pero es torpe y desobediente cuando tiene que virar o hacer maniobras delicadas. Si conseguimos que cruce la línea de batalla disparando toda su artillería con viento favorable y sin necesidad de hacer virajes bruscos, abatirá cuanto se le ponga por delante; pero, capitán Faria, esas condiciones sólo se presentan una vez entre cien.

»Claro que su sola presencia, además de intimidar por su nombre y por su leyenda, ya es de por sí importante. O mejor dicho, lo era, porque desde que los ingleses nos derrotaron en la batalla del cabo de San Vicente ya saben que el *Santísima Trinidad* presenta muchos defectos, por eso le tienen ahora menos miedo. No obstante, se ha convertido en la presa más codiciada para la Armada británica, y si logran capturarlo no dudo que lo exhibirían por medio mundo como su mejor trofeo de guerra; al menos, hasta que descubrieran que su valor marinero es mucho menor al que le suponen.

—¿Pueden hacerse barcos más grandes que ése? —Si existieran árboles más altos y gruesos y con maderas más resistentes creo que sí, pero... no, no se puede. A partir de una cierta medida la madera se dobla y pierde resistencia. No, no es posible construirlos mayores... al menos con estas maderas.

Faria apoyó sus manos en la borda de estribor y contempló de nuevo el *Santísima Trinidad*. Pese a los defectos que acababa de describir el almirante Gravina, a la vista imponente del gigante de los mares se sintió confortado. Con aquel navío en la flota combinada, los ingleses nada podrían hacer, supuso. Debería de estar loco cualquiera que osara enfrentarse a los ciento cuarenta cañones de porte de semejante navío que, pintado de forma distinta al resto, todavía destacaba aún más su extraordinario tamaño.

Con aquel buque España vencería a Inglaterra y volvería a ser la primera potencia del mundo, pensó. Faria cerró los ojos e intentó imaginar batallas victoriosas y conquistas extraordinarias, pero en su mente sólo había sitio ahora para una habitación con una cama en una posada de Cádiz y Cayetana esperándolo en ella, con su pelo negro y rizado suelto sobre los hombros, la risa fresca y aquellos ojos profundos deseosos de una noche más de amor.

La taza de chocolate caliente humeaba entre las manos de Faria. Sentado en la taberna de la fonda donde se hospedaba, leía atentamente el despacho que acababa de recibir de Madrid. Godoy lo felicitaba por su informe sobre el estado de la escuadra fondeada en Cádiz y le decía que Napoleón parecía dudar sobre la conveniencia de qué siguiera siendo el almirante Villeneuve el responsable de dirigir la flota combinada. Informes de los agentes del emperador destacados a bordo del *Bucentaure* también ponían de manifiesto la incompetencia e indecisión de

Villeneuve para dirigir una flota de esa magnitud. No cuestionaban en ningún momento el valor del almirante francés, sino su modo de gobernar la flota, su escasa aptitud en la guerra y su deficiente capacidad para tomar decisiones en el combate. Godoy le comunicaba a Faria que había enviado una carta a Napoleón en la que le aseguraba que «a Villeneuve le faltaba energía, prontitud de ánimo y arrojo militar, que era valiente y esforzado, pero tardo para el mando», lo que le hacía cometer muchos errores y sobre todo perder las ventajas conseguidas.

Le informaba que Bonaparte le había enviado una carta a Villeneuve a mediados de septiembre en la que le daba instrucciones para que la flota combinada saliera de Cádiz hacia Cartagena, se uniera allí a la escuadra de Salcedo y pusiera rumbo a Nápoles, para enfrentarse a los buques rusos y evitar una concentración de navíos rusos e ingleses, ambos aliados contra Francia.

Por lo que Faria había averiguado, Villeneuve estaba bloqueado. Temía más la ira del emperador que a los ingleses, y era tal su pánico a cometer errores, como ocurriera años atrás en la batalla del delta del Nilo, que quedaba absolutamente incapacitado para el mando.

Faria apuró el último sorbo de chocolate, denso y aromático como a él le gustaba, al tiempo que leía las últimas líneas del despacho de Godoy. El sargento Morales, que venía del puerto, se acercó hasta la mesa del capitán, lo saludó y le dijo:

—Capitán, acabo de enterarme de que las reparaciones en los navíos de la escuadra fondeada en la bahía han terminado. Ya está lista para combatir de nuevo.

—Gracias, sargento. Su excelencia el príncipe de la Paz se alegrará de ello.

Durante varios días una comisión encabezada por Gravina, en la que fue incluido Faria por orden expresa de Godoy, recorrió todos los navíos de línea españoles fondeados en la bahía de Cádiz. Los capitanes de cada uno de ellos recibían a la comisión sobre la cubierta, con la tripulación perfectamente formada para revista.

Los navíos se habían lastrado con ocho mil quintales de piedra y cuatro mil de hierro, se habían repasado velas y jarcias, calafateado los cascos, limpiado los fondos y aprovisionado las baterías con abundante munición. Los artilleros de los navíos solían usar cinco tipos de proyectiles. El más habitual era la «bala rasa», un proyectil esférico utilizado para dañar los cascos de los barcos enemigos, disparando contra los costados a ras de la línea de flotación con el fin de causar vías de agua. Para desarbolar el velamen se usaban las «balas de palanqueta», configuradas por dos piezas en forma de pirámide truncada unidas por la base más estrecha y que causaban terribles destrozos en las velas y las jarcias. Las «bala rojas» se empleaban para incendiar las naves enemigas; eran muy efectivas pero de muy delicado manejo, pues se preparaban en unos hornillos especiales, lo que suponía un peligro para los barcos propios, ya que en caso de accidente podían causar un incendio antes de dispararlas.

Las «balas enramadas» consistían en dos esferas unidas por una barra o palanca; se utilizaban para barrer las cubiertas enemigas y solían acompañarse con metralla, por lo que eran las que causaban más bajas humanas, sobre todo debido a que su doble composición destrozaba las maderas de la cubierta y tras el impacto lanzaba al aire decenas de astillas que se convertían en mortales proyectiles; también se empleaban para desarticular vergas y mástiles. Las «balas estrelladas» estaban formadas por cuatro conos de hierro unidos por el vértice con unas cadenas; acompañadas de metralla eran temibles cuando barrían las cubiertas. Claro que a veces, si no había nada mejor a mano, los cañones se cargaban con trozos de hierro e incluso de piedra. Un profesor de la escuela de guardiamarinas había inventado un obús con proyectil hueco y explosivo, de gran capacidad de penetración; había presentado su proyecto al ministerio de Marina, pero nunca se llegó a emplear.

Gravina dedicó especial atención a revisar los puestos artilleros; comprobó que las jarras de cobre en la que se envasaba la pólvora se mantuvieran limpias y secas y que estuvieran correctamente colocadas las planchas de plomo que se habían dispuesto para evitar que las chispas de los disparos prendieran en los depósitos de munición. El almirante comprobó uno a uno todos los cañones de los navíos, desde los más grandes de calibre de treinta y seis libras a los más pequeños de seis.

El veinticuatro de septiembre Gravina dio por concluidas las visitas de inspección y revista. Ese mismo día el ejército francés cruzó el Rin tras una encendida arenga de Napoleón a sus tropas para que las insignias con las águilas imperiales francesas fueran clavadas en tierra enemiga, y sólo diez días antes Nelson, que había ido hasta Inglaterra para recibir instrucciones del Almirantazgo, había zarpado de Portsmouth rumbo a Cádiz para ponerse al frente de la flota inglesa en el estrecho de Gibraltar.

En la bahía de Cádiz quince navíos de línea españoles estaban dispuestos para el combate, todos ellos mandados por brigadieres y capitanes de navío. Eran los siguientes: *Príncipe de Asturias*, *Santísima Trinidad*, *Santa Ana*, *Rayo*, *Argonauta*, *Neptuno*, *San Ildefonso*, *Bahama*, *Juan Nepomuceno*, *San Agustín*, *Monarca*, *San Francisco de Asís*, *San Justo*, *San Leandro* y *Montañés*.

Gravina, con semblante serio y aspecto preocupado, reunió a los generales, brigadieres y capitanes de navío en consejo de guerra.

—Caballeros: los navíos están en buen estado y reúnen las condiciones necesarias para pelear contra los ingleses, pese a que sus barcos son técnicamente superiores gracias a las láminas de cobre con las que han forrado los cascos, lo que al mantener limpios sus fondos los dota de mayor velocidad y capacidad de maniobra; hace veinticinco años que se dio la orden de hacer en nuestros navíos lo mismo, pero... — El almirante se quitó su sombrero de dos picos de fieltro azul ribeteado en plata, lo dejó sobre la mesa de la sala de oficiales del *Príncipe de Asturias*, donde estaba reunido el consejo de guerra, y continuó—:... todavía no se ha hecho. Señores, con

estas escasas e inadecuadas tripulaciones y con nuestra inferioridad técnica tenemos pocas posibilidades de victoria en un combate equilibrado en número de barcos.

»Nos falta personal, sobre todo en los puestos de artillero. Los ciento cuarenta cañones del *Santísima Trinidad*, los ciento veinte del *Santa Ana* o los ciento dieciocho del *Príncipe de Asturias* sirven de poco si detrás de sus cureñas no disponemos de los hombres cualificados para dispararlos. Según mis cálculos — Gravina consultó un cuaderno con notas—, serían necesarios al menos setecientos artilleros, ciento doce marineros, ciento setenta y cuatro grumetes y ochenta y siete pajes más de los que ahora disponemos. Puede que algunos cientos más, si tenemos en cuenta que muchos de los que forman parte de las tripulaciones deberían de ser relevados por carecer de la instrucción adecuada y de la experiencia necesaria para afrontar el reto que se nos «vecina.

»La mayor parte son pescadores reconvertidos en marineros de buques de guerra, gentes de la costa que nada saben de batallas o campesinos que han abandonado sus pobres cosechas a cambio de la promesa de una soldada fija y que sólo conocen el mar por verlo día a día desde tierra.

—Almirante —intervino Faria—, si me permite usted hablar...

—Adelante, capitán.

—Su excelencia el príncipe de la Paz está dispuesto a hacer un esfuerzo para dotar a los navíos con más y mejores tripulaciones. Como delegado suyo en esta empresa, voy a escribirle hoy mismo demandándole más medios para dotar de más hombres a esta escuadra.

—Le agradezco su mediación, capitán Faria, pero no tenemos ni tiempo ni hombres preparados para ello. Una tripulación no se improvisa en unas semanas; son necesarios varios años de trabajo, de experiencia, de esfuerzos continuados, de ejercicios periódicos.

»Deberíamos haber aprendido, cuando estábamos a tiempo, del Almirantazgo inglés. Ahora es demasiado tarde. No sé qué podremos hacer ante las tripulaciones experimentadas de Nelson y Collingwood, pero nuestro deber es defender a nuestro país, y morir por él al es preciso.

Gravina había expuesto sus argumentos con gravedad. Sabía que luchaba en inferioridad de condiciones con los ingleses y que, pese a la suma de navíos franceses y españoles, la superioridad británica en la preparación de la marinería era contundente. Y estaba convencido de que Villeneuve no era el comandante adecuado para dirigir una empresa de aquella magnitud. Pero Gravina era un soldado de honor que jamás había desobedecido una orden, y si le mandaban salir a mar abierto a enfrentarse contra toda la Armada británica él solo en un bote de remos, pues lo haría, y si le ordenaban salir de Cádiz con aquella escuadra poco experimentada y carente de los hombres necesarios, pues también, aunque estuviera seguro de que iba

directamente rumbo al desastre.

Gravina y Villeneuve se reunieron el día veintiocho de septiembre a bordo del *Bucentaure* y evaluaron la situación. Gravina manifestó al jefe de la flota combinada que las escuadras inglesas cruzaban impunemente el Estrecho de un lado a otro, protegiendo a sus transportes y a otros de Portugal y de Suecia que estaban suministrando a Gibraltar provisiones y municiones sin cuento. El almirante español le solicitó al francés permiso para salir con una columna de seis navíos y atacar a los ingleses antes de que se hicieran más fuertes, pero Villeneuve se lo negó. No lograron adoptar ningún acuerdo y fijaron una nueva reunión, en esta ocasión con todos los capitanes presentes, para el primero de octubre.

El almirante Villeneuve esperaba a la delegación española, encabezada por el almirante Gravina y el mayor general Antonio de Escaño, sobre la cubierta del *Bucentaure*. Era el día primero de octubre, el señalado para la reunión de los dos almirantes en jefe con todos los generales y comandantes de los navíos de la flota. Los dos jefes almirantes se saludaron marcialmente y se estrecharon las manos. Junto a Villeneuve estaban formados los comandantes franceses, pulcramente vestidos, con elegantes uniformes de brillantes botones, espléndidos sombreros de dos picos adornados con plumas y dorados corrajes cruzando el pecho y la cintura. Tras los saludos y la rendición de honores, se dirigieron a la sala de oficiales del *Bucentaure*. En una de las paredes, una enorme águila imperial de bronce rodeada de banderas tricolores rojas, azules y blancas parecía sostener con sus garras un retrato del emperador Napoleón, de pie sobre la cima de una colina, oteando con rostro orgulloso y serio un horizonte gris en el que dos ejércitos se enfrentaban en batalla.

Los oficiales se sentaron en torno a unas mesas que se habían colocado en forma de cuadro, con los dos almirantes frente a frente. Detrás de Gravina, en la segunda fila de sillas, estaba Francisco de Faria.

—Señores, bienvenidos a bordo del *Bucentaure*, buque insignia de la Armada imperial francesa.

Todos los allí reunidos sabían que ese navío era el *Bucentaure* y que enarbolaba la insignia de mando de la flota francesa, pero Villeneuve parecía más preocupado por las formas que por la propia guerra.

—Almirante —intervino Gravina hablando en francés—, nuestra situación es muy delicada. Hace tres días que nuestros espías en Portugal nos han hecho saber que Nelson ha llegado de Inglaterra con varios navíos, y también hemos recibido noticias desde Portugal de que los ingleses están siendo aprovisionados por barcos portugueses y suecos, además de los suyos propios. Mi opinión es que debemos de actuar con suma prudencia pero con decisión.

—Estoy de acuerdo con usted —señaló Villeneuve—, pero antes de tomar una

decisión espero recibir instrucciones de mi emperador.

—Tal vez no dispongamos del tiempo suficiente —añadió Gravina.

—No tengo otra alternativa. —Nelson ha doblado el cabo de San Vicente rumbo a Gibraltar con tres navíos más; si seguimos esperando aquí anclados, dentro de unos días la concentración de barcos ingleses será igual o superior incluso a la nuestra. Si hemos de salir a alta mar, hagámoslo ahora. Mis barcos y mis hombres están listos.

Villeneuve, como siempre, dudó. No quería parecer un cobarde, pero tampoco estaba dispuesto a abandonar la seguridad del puerto de Cádiz y enfrentarse a unas fuerzas de las que desconocía su número y su composición.

—Aguardaremos unos días más, pero mantenga usted a sus hombres y barcos en alerta, podemos zarpar en cualquier momento.

Faria salió muy defraudado de aquella reunión. Esperaba que se debatieran grandes planes estratégicos, que se planificara la batalla, que hubiera instrucciones sobre cómo enfrentarse a los ingleses, pero nada de eso ocurrió. Por el contrario, los manteles, la cubertería, la vajilla y la comida que se sirvió a continuación fue un dechado de perfección y un verdadero ejercicio de buenos modales y elegancia. Y desde luego, los vinos de Burdeos que se escanciaron fueron con mucho los mejores y más delicados que Faria había probado en toda su joven vida. Aquella reunión parecía más la de una sociedad gastronómica que un consejo de guerra en el que se estaba deliberando sobre cómo preparar una gran batalla.

6

Entre tanto, los ingleses seguían desarrollando su plan estratégico con una gran precisión. Maniobraban como una jauría de lobos hambrientos cerrando el cerco en torno a su presa: sus movimientos tácticos iban encaminados a bloquear a la flota combinada franco española en Cádiz y ganar tiempo para concentrar un número de navíos suficiente para enfrentarse en igualdad de condiciones a Villeneuve y Gravina.

El día veintinueve de septiembre, tras entrevistarse con el duque de Wellington en la oficina colonial londinense de Downing Street para evaluar qué era lo más conveniente para los intereses británicos, Nelson arribó a Gibraltar con tres navíos: el *Victory*, su legendario buque insignia de tres puentes y cien cañones con cuarenta y cinco años de servicio, el *Ajax* y el *Thunderer*, ambos de setenta y cuatro. El vicealmirante traía bajo su único brazo el nombramiento de jefe supremo de la flota británica, y de inmediato ordenó un cambio en el sistema de bloqueo. Estableció un plan mucho más rígido, pues no le convenía el bloqueo abierto que hasta entonces se había ejercido; dispuso el cuerpo principal de la flota inglesa a unas cincuenta millas de Cádiz y destacó al capitán Blackwood, uno de sus hombres de confianza, al mando de las cinco fragatas más rápidas, frente a la bahía. Finalmente, entre las cinco

fragatas y el cuerpo principal de la escuadra dispuso cuatro navíos de setenta y cuatro cañones bajo el mando del capitán Dreff. Estos cuatro navíos servían de enlace entre las cinco fragatas espías y el cuerpo principal de la escuadra inglesa, pero con la peculiaridad de quedar situados en una posición que no podía ser avistada desde tierra, de modo que, gracias a la información que le llegaba desde las cinco fragatas, Nelson siempre estaba al corriente de la ubicación y los efectivos de la flota franco española, en tanto que Villeneuve y Gravina desconocían cuáles eran los de la escuadra inglesa y cómo estaba dispuesta.

La previsión y la capacidad estratégica de Nelson no terminaba ahí. Sabía que la única posibilidad de que su plan se desbaratara sería la aparición de un grupo de navíos que llegara desde Cartagena atravesando el estrecho de Gibraltar y cogiera a la flota británica entre dos fuegos. Para evitar ese posible ataque sorpresa destacó en el Estrecho a cinco navíos al mando del contraalmirante Louis.

Las órdenes de Nelson fueron tajantes: de ninguna forma había que dejar escapar aquella oportunidad de derrotar a franceses y españoles de manera casi definitiva. En los últimos años nunca se había producido una concentración naval semejante, y Nelson no estaba dispuesto a que se le escapara indemne de sus manos, como le ocurriera a Calder el verano anterior en Finisterre. Ya había perseguido durante demasiado tiempo por todo el Atlántico a Villeneuve, y ahora nada le impediría obtener la victoria que tanto ansiaba. Calder había rehuido el combate, al igual que hizo Villeneuve, y el Almirantazgo estaba preparando la celebración de un consejo de guerra para juzgar su acción. Ahora, Nelson tenía en sus manos toda la responsabilidad y toda la autoridad de la Armada inglesa.

El secretario del Almirantazgo, lord William Marsden, había decidido encomendar a Nelson el mando supremo de la flota en la guerra contra Francia y España, sabedor de que el vicealmirante estaba obsesionado con la única idea de vencer al enemigo. Nelson escribió en su diario: «Estoy esperando a que la flota combinada salga al mar... Mi mente está en calma, sólo deseo destruir a nuestro eterno enemigo».

Nelson tenía cuarenta y ocho años y tras él toda una vida dedicada al mar y a Inglaterra. Era uno de los marinos más famosos del mundo, tanto por su capacidad de mando como por sus conocimientos tácticos, pero sobre todo porque era el primero en dar ejemplo de valor y de heroísmo a sus hombres. Sus amigos lo defendían a muerte y decían que nunca había habido un jefe de su capacidad y valor. Por el contrario, sus detractores, que también los tenía en la Armada inglesa, aseguraban que era un loco peligroso, un paranoico obsesionado con ganar batallas a cualquier precio y con destruir al enemigo con tal de prender en su pecho una medalla tras otra. Aseguraban que le importaba más su gloria, la fama personal y la victoria propia que la mismísima Inglaterra, y que era capaz de cualquier cosa para alcanzar sus

propósitos.

Desde que recibiera su primer destino como capitán a bordo de la fragata *Albermale*, su hoja de servicios era tan extensa como los partes de sus heridas. En 1794 había perdido el ojo derecho durante el sitio de Calví, en la isla de Córcega; en 1797, durante un ataque que dirigió contra Santa Cruz de Tenerife y en el que fue rechazado por las defensas españolas, se le amputó el brazo derecho, y en 1798, en la batalla del delta del Nilo, de tan excelente resultado para sus ambiciones, fue herido en la cabeza y a punto estuvo de perder la vida por ello.

Su vida íntima no había sido menos movida y peligrosa que la militar; constituían motivo de un gran escándalo sus relaciones con lady Emma, la esposa del influyente lord Hamilton.

Pero a aquel hombre impetuoso, ávido de victorias y de fama, todo se le perdonaba. Desde que derrotara a los franceses en la batalla del Nilo, con una acción tan brillante que ya había pasado a la leyenda de la guerra naval y a los libros de historia, Nelson era considerado el primer marino de Inglaterra y su militar más prestigioso. En todo el país se festejaban sus hazañas y se repetían sus frases a mitad de camino entre la bravuconería y la épica, como aquélla que pronunció ante lord Spencer, entonces lord del Almirantazgo, tras vencer a Francia en la desembocadura del Nilo: «Los seguiré hasta las Antípodas».

No pensaba en otra cosa que en aniquilar al enemigo, y se jactaba de no haber sido jamás derrotado en el mar. Cuando alguien le recordaba que tuvo que escapar de Santa Cruz de Tenerife con el brazo destrozado y el rabo entre las piernas, se defendía alegando que aquélla fue más una batalla en tierra que en el mar, que en aquella ocasión no disponía de las fuerzas necesarias para realizarla con garantía de éxito y que, pese a tantos inconvenientes, no había dejado de intentarlo. La altanería de Nelson era proverbial. Se decía de él que cuando le encomendaron en Londres el mando de la flota en la guerra contra Francia y España, los miembros del Almirantazgo le dieron algunos consejos y que, tras debatir con ellos, Nelson se dirigió a Alexander Davison, un banquero con el que mantenía una gran amistad, para decirle: «Cuando sigo mi propio criterio me equivoco menos que cuando atiendo el criterio de los demás».

No obstante, y pese a su fama, el Almirantazgo sabía que tenía que contrarrestar de alguna manera la creciente gloria de Nelson. Fue por ello que había nombrado a su más enconado enemigo, sir John Orde, quien lo acusaba con frecuencia de delirios de grandeza, de esquizofrénico, vanidoso y egoísta, como comandante del llamado «escuadrón español», un grupo de varios navíos y fragatas dedicado desde fines de 1804 a patrullar las aguas entre El Ferrol y Gibraltar, con la importante misión de mantener abierta aquella ruta, vital para los intereses estratégicos de Inglaterra.

La mañana del siete de octubre de 1805 el almirante Villeneuve envió un mensaje a Gravina. Le ordenaba que estuviera preparada la flota para salir a alta mar esa misma tarde. Todos se sorprendieron de las instrucciones del almirante francés y de la premura con que ordenaba la salida, y fue el brigadier español Cosme Damián Churruca quien aceptó el reto y puso su navío, el *San Juan Nepomuceno*, en línea con la bocana de la bahía, presto a zarpar. Pero la orden de Villeneuve había sido un farol; el almirante francés sólo pretendía coger de imprevisto a los españoles y ponerlos en evidencia. La acción de Churruca demostró que aquella decisión no era sino una bravata del francés. El almirante español escribió ese mismo día a Godoy: «Villeneuve no es el jefe adecuado; le falta energía de voluntad, prontitud de ánimo y arrojo militar. Está muy apegado a la teoría y es inaccesible a los consejos. Teme a Napoleón más que a los ingleses y no quiere arriesgarse a una derrota, por lo que está dejando pasar muchas oportunidades de victoria».

Gravina se mostraba día a día más preocupado. Las noticias que llegaban, tanto por tierra como de los pescadores que faenaban en las aguas cercanas a Cádiz, hablaban de un gran movimiento de navíos y fragatas ingleses en toda la zona. Unos pescadores que faenaban en una pequeña barca informaron que habían avistado a cuatro grandes buques navegando hacia el este, a unas treinta millas al sur de Cádiz, y por los agentes ubicados en Portugal se supo que otros tres navíos ingleses habían doblado el cabo de San Vicente rumbo al Estrecho.

Ya era tarde para salir de Cádiz, comentó Gravina a sus capitanes. Ahora lo más inteligente era aguardar en el puerto y esperar a ver si se agotaba la paciencia de Nelson y ordenaba un ataque precipitado a la ciudad. Si así ocurría, Gravina confiaba en que la fuerza unida de las baterías instaladas en las murallas de Cádiz y las de los cañones de la flota combinada derrotarían a los ingleses, pues en ese campo de batalla su superioridad técnica no sería tan decisiva como en mar abierto. Gravina sabía que Villeneuve estaba inseguro y que no tenía moral de victoria. El almirante francés no disponía de toda la información que necesitaba y recelaba de las intenciones del emperador, pues Napoleón nunca proporcionaba todos los datos a sus generales. Villeneuve supo además, por una carta de sus amigos en la corte parisina, que el emperador había decidido su sustitución al frente de la flota combinada y que el almirante Rosily estaba listo para salir desde París hacia Cádiz para sustituirlo.

El capitán Faria se dirigió todo lo deprisa que pudo hasta la posada. Allí lo esperaban Cayetana y el sargento Morales. Faria los saludó, besó a Cayetana en los labios y se sentó junto a ella.

—Sargento, mañana mismo debemos trasladarnos a bordo de uno de los navíos. El almirante Gravina ha ordenado que estemos listos para zarpar en cualquier momento. Sólo tendrán permiso para bajar a tierra los oficiales autorizados expresamente para ello. Prepare su petate.

—Sí, capitán, a la orden.

—Entonces, ¿no voy a volver a verte en los próximos días? —preguntó Cayetana.

—Afortunadamente, mi cargo de delegado del gobierno me permite venir a tierra cuantas veces lo necesite. No obstante, en cuanto Villeneuve lo ordene, zarparemos; si es que esos malditos ingleses no lo impiden.

Aquella noche Cayetana y Francisco hicieron el amor como si fuera la primera vez..., o tal vez la última.

—¿Qué va a ocurrir a partir de ahora? Me estoy acostumbrando a tu presencia, a no tener que huir, a no ocultarme. Si no te vuelvo a ver no podré resistirlo, no podré...

Cayetana se abrazó al pecho de Francisco, que le acarició el pelo y la besó en la frente. El joven Faria estaba ensimismado con aquella mujer. Le fascinaba su capacidad para ser una verdadera fiera, segura de sí misma como un águila cazando y salvaje como una leona herida, y a la vez tierna y melosa como una gata en celo, e incluso indefensa y frágil en ocasiones, como una cierva acosada por una manada de lobos.

—No te preocupes, ahí afuera están los mejores barcos del mundo. Sólo el *Santísima Trinidad* tiene tantos cañones como la suma de dos navíos ingleses.

—Temo por ti, ahora que te he conocido no quisiera...

Faria la apretó contra su cuerpo y la besó en los labios.

—Creo que lo mejor será que vayas a Madrid. Allí tengo un piso y un criado. Te daré una carta para que se la muestres y podrás esperarme hasta que yo acuda a tu encuentro.

—Ni hablar; he tardado demasiado tiempo en encontrarte y quiero ir contigo a donde tú vayas.

—No puedes embarcar, es muy peligroso, y además las ordenanzas no lo permiten.

—En ese caso te esperaré aquí en Cádiz hasta que regreses.

La noche era cálida y por la ventana entreabierta penetraban rumores de olas y aromas de jazmín y azahar.

Faria y Morales trasladaron sus pertrechos a bordo del *San Leandro*, un navío de sesenta y cuatro cañones y dos puentes mandado por el capitán José Quevedo. Gravina había destinado al joven capitán a ese navío, pese a que Faria le había mostrado sus deseos de embarcar en el *Santísima Trinidad*. El almirante no le había dado ninguna explicación, sólo le había dicho que en la formación que se había dispuesto el *San Leandro* ocuparía un lugar privilegiado en el centro, perfecto para seguir los movimientos de la flota y que, puesto que él era un observador del gobierno, aquél sería el mejor barco desde donde contemplar todas las maniobras.

Una nueva reunión de los jefes franceses y españoles se celebró el día ocho de octubre, también en la sala de oficiales del *Bucentaure*. Estaban presentes siete comandantes por cada uno de los dos países aliados: Gravina, Escaño, Álava, MacDonell, Hore, Alcalá Galiano y Cisneros por España, y Villeneuve, Dumanoir, Magon, Cosmao, Maistral, Lavillesgris y Prigny por Francia. Villeneuve comenzó quejándose de que los españoles tenían tripulaciones escasas y poco diestras, a lo que Churruca respondió que probablemente así fuera, pero que en el campo de batalla nadie les superaba en valor y en heroísmo. Gravina miró a Churruca y ordenó callar al brigadier, que obedeció de muy mala gana.

Villeneuve, escudándose en el desconocimiento de las aguas de la bahía, preguntó a Gravina cuándo era conveniente dejar el puerto y salir al mar. Gravina le informó que lo mejor sería permanecer fondeados en Cádiz, que ya era tarde para zarpar, pues las noticias que llegaban hablaban de muchos navíos ingleses concentrados entre Cádiz y Gibraltar. Los ingleses habían ganado la posición y su situación era muy ventajosa, por lo que no sería nada acertado ordenar a la flota salir de la bahía en esas condiciones.

El contraalmirante Magon, el segundo en el mando francés, comenzó a hablar un tanto alterado.

—El almirante Gravina está equivocado, o tiene miedo a Nelson.

—Los ingleses serán derrotados si permanecemos en la bahía, en el mar nos vencerán, pues sus barcos son mejores y sus tripulaciones están más preparadas. Y a usted, Magon, le pido que se retracte de sus palabras —replicó el brigadier español Alcalá Galiano.

—Jamás —asentó el altivo Magon, ajustándose las puntillas de encaje de los puños de su camisa.

Entonces los ánimos de españoles y franceses se acaloraron sobremanera.

—Los españoles sois incompetentes, porque no habéis sabido responder a tiempo a las necesidades que nos han sobrevenido; habéis actuado con tardanza a una situación que hace tiempo debería haber quedado resuelta —dijo Dumanoir antes de inhalar un poco de rapé.

Los oficiales franceses, ufanos como pavos reales con sus immaculados y elegantes uniformes, apoyaron a Dumanoir con gritos, y Magon, enardecido, añadió:

—Carecéis de valor para enfrentaros a Nelson; si no hubiera sido por la ayuda de Francia, España sería ahora una colonia inglesa y en Madrid ondearía la *Union Jack*.

—Napoleón no os ha dado todas las claves para esta campaña, y eso significa que no confía en vosotros. Ha trazado un plan demasiado rígido y os ha cortado cualquier capacidad de iniciativa propia —dijo Alcalá Galiano.

—En el centro de toda acción militar está la inteligencia, y sin ella no puede ejercerse ninguna acción —añadió Churruca, aludiendo irónicamente a la falta de

capacidad de Villeneuve.

—España nada tiene que ganar en esta guerra y sí mucho que perder —sentenció Alcalá Galiano.

La situación se encontró de tal modo que el melancólico Villeneuve se mostró incapaz de poner orden. Tuvo que ser Gravina quien, por encima de todas las voces discordantes y de los reproches generalizados de españoles y franceses, se hiciera con el control de la reunión.

—Caballeros, ¡señores!, les recuerdo que el enemigo común es el inglés. No perdamos fuerzas en discutir entre nosotros. Propongo una solución: votemos si salir al mar o continuar fondeados. Si usted, almirante Villeneuve, acepta el resultado, yo también lo haré, sea el que sea.

Villeneuve dudó por un momento, entre el silencio expectante de los oficiales y generales. Él no deseaba salir al mar a enfrentarse con Nelson, pero no quería ser tildado de cobarde por sus subordinados; sabía que Napoleón estaba enojado con él y que su cese parecía inminente. Gravina sólo trataba de ganar el tiempo preciso para que Villeneuve fuera sustituido antes de que los condujera a la catástrofe.

—De acuerdo. Votemos qué hacer —asintió el almirante francés.

Para evitar suspicacias, se decidió que el voto fuera secreto. Un ayudante de Villeneuve repartió a todos los presentes una bola negra y otra blanca. Cada oficial depositaría una de las dos bolas en una bandeja de plata cubierta por un paño de lino para salvaguardar el anonimato en la votación; la blanca significaba que se votaba por salir del puerto y la negra por seguir fondeados. La bola desechada se depositaría en un saquillo.

Ganaron las negras por nueve a cinco, es decir, se decidió seguir anclados en Cádiz en espera de mejores condiciones.

En los primeros días de octubre de 1805 habían continuado incorporándose nuevos navíos a la flota que Nelson mandaba frente a Cádiz. Inglaterra estaba dispuesta a vencer a toda costa; así, el contraalmirante Calder fue embarcado el día trece en el *Príncipe de Gales* rumbo a Londres, donde le aguardaba un consejo de guerra por su falta de acción y su pasividad en la batalla del cabo de Finisterre. El Almirantazgo daba con ello un serio aviso a todos sus oficiales de que no dudaría en castigar a quien rehuyera el combate con el enemigo, fueran cuales fueran las circunstancias y su grado militar.

El diecisiete de octubre llegó el *Royal Sovereign*, con lo que ya eran veintisiete los navíos de línea que tenía Nelson a sus órdenes. Este buque trajo la noticia de que en el continente europeo la guerra entre Francia contra Austria y Rusia era inminente. Los austríacos habían invadido Baviera, aliada de Francia, y Napoleón había puesto en marcha su ejército hacia el este. Nelson reunió a sus capitanes a bordo del *Victory*.

—Caballeros: Napoleón se dirige hacia Austria con un poderosísimo ejército. Nuestros agentes en París no han logrado averiguar cuáles son las instrucciones que ha enviado a Villeneuve, pero creo que el almirante francés ordenará a su flota zarpar de Cádiz y poner rumbo a Italia. Bonaparte necesita del apoyo de esa flota en las costas italianas para bloquear una posible contraofensiva austríaca o una eventual presencia de barcos rusos en el Adriático.

»En estos momentos gozamos de una posición de ventaja sobre la flota combinada franco española. Nosotros sabemos qué hacer y cómo hacerlo y cuántos son sus efectivos, en tanto ellos dudan de sus posibilidades y desconocen nuestra fuerza. Estoy convencido de que Villeneuve nos teme; ya ha probado el fuego de nuestros cañones y el amargo sabor de la derrota, aunque eso no lo hace menos peligroso. Me han informado de que Bonaparte está a punto de relevar a Villeneuve del mando supremo, pues los españoles no están en absoluto de acuerdo con su manera de dirigir esta campaña. Si Villeneuve actúa como yo creo que va a hacerlo, tomará la decisión de salir de Cádiz antes de recibir el despacho con su cese. Está avergonzado por sus anteriores fracasos y teme a su emperador más que a nosotros, por eso se precipitará y cometerá errores. Querrá buscar una gran victoria para resarcirse de tantos fracasos y reivindicarse así ante Napoleón; tenemos que aprovecharnos de ello.

Collingwood asintió ante las palabras de Nelson, antes de tomar la palabra.

—Sólo debemos pensar en la victoria, y para lograrla debemos convencer a nuestros hombres de nuestra superioridad. Hace dos días, seis de nuestros marineros desertaron de una corbeta fondeada en Gibraltar. Alguien, probablemente agentes españoles, hizo correr la voz de que dos poderosísimas escuadras, una francesa y otra española, estaban en camino hacia Cádiz desde Francia y desde Cuba. Nada de eso es cierto. El enemigo sólo dispone para esta batalla de los treinta y tres navíos fondeados en Cádiz, ni uno más. Nuestras fuerzas están equilibradas, pero somos muy superiores en capacidad logística, en armamento y en técnicas de navegación, y sobre todo, caballeros, somos ingleses y ellos no —arengó orgulloso Collingwood.

—Nada nos puede alarmar. No son más valientes que nosotros y no aman más a su país. Nos aguarda una jornada gloriosa y una nueva era para nuestra Armada.

»Y ahora, caballeros, acérquense, éste será nuestro plan de combate —apostilló Nelson.

Sobre una amplia mesa, el vicealmirante en jefe fue colocando varias maquetas de pequeños navíos y comenzó a explicar la táctica para la batalla, que fluía de su cabeza con enorme claridad.

—Nuestro ataque a su frente será en cuña, dirigido a su centro, en dos columnas paralelas. Recuerden que los franceses siguen prefiriendo la posición de sotavento para escapar en caso de apuro, por lo que tratarán de asegurar la retirada hacia Cádiz.

La prioridad del ataque será siempre sobre los buques almirantes de la flota combinada. Avanzaremos a favor del viento para ganar velocidad y sorprender al enemigo. Estimo que su frente se alargará al menos cuatro millas, por lo que su vanguardia y su retaguardia estarán muy alejadas del centro y, sea cual sea la dirección de donde sople el viento, una de las dos tardará bastante tiempo en virar para acudir en auxilio de la otra. Si actuamos con rapidez y coordinados, siempre gobernaremos sobre los navíos enemigos en condiciones de superioridad de al menos dos a uno. En las maniobras de combate y una vez iniciada la batalla, cada uno de ustedes tiene plena libertad de acción para actuar según estime más conveniente.

»Recuerden, los que allí estuvieron, cómo vencimos en la batalla del Nilo: atacamos directamente a su centro y lo destrozamos. Haremos lo mismo.

Desde que al 1782 el almirante Rodney venciera en la batalla de Los Santos, en las costas de Dominica, desechando la táctica tradicional de mantener la línea de combate ininterrumpida y compacta por la de atacar en cuña para cortar la línea del enemigo por el centro y envolver una de sus alas, ganando así superioridad numérica, Nelson era un apasionado de esa táctica, la misma que con tan excelentes resultados había empleado en la batalla de Abukir, en el delta del Nilo.

Sobre la amplia mesa, Nelson y Collingwood explicaron los movimientos que debían seguir y las tácticas de combate en la previsible batalla contra la flota combinada. Mediante pequeñas maquetas de barcos, pintados en azul los ingleses y en rojo los franceses y españoles, Nelson fue desgranando uno a uno todos los pasos de la batalla. De su cabeza bullían las maniobras, las viradas y los abordajes como un torrente desbocado. Movía una y otra maqueta, diseñaba ataques y contraataques y planificaba todos y cada uno de los más mínimos detalles.

—He incorporado una pequeña variante al plan que trazamos el día veintinueve de septiembre. Las dos columnas que encabezarán el *Victory* y el *Royal Sovereign* irán precedidas de una división avanzada que nos servirá como referencia y sobre todo como puesto privilegiado de observación; en cuanto nos lancemos a la caza, los navíos de la división avanzada se incorporarán a cada una de las dos columnas. Caballeros, si cumplen mis instrucciones, se mantienen firmes y confían en Dios, la victoria será nuestra.

Nelson pronunció esa frase con tal rotundidad al acabar sus explicaciones que a todos los reunidos a bordo del *Victory* les dio la impresión de que por nada del mundo podrían perder aquella batalla.

El quince de octubre, dos días después de que Villeneuve convocara un nueva reunión de oficiales en la que se mostró más indeciso y pesaroso que nunca, demasiado abrumado por la responsabilidad de dirigir la flota combinada, se recibieron dos cartas de Godoy, una para Gravina y otra para Francisco de Faria. En las dos, fechadas ambas el ocho de octubre en El Escorial, se decía lo mismo: el

príncipe de la Paz anunciaba que iba a ordenar a Salcedo, que aguardaba en Cartagena con sus seis navíos y dos fragatas, que se dirigiera hacia Cádiz y desviase la atención de los navíos ingleses en el Estrecho, navegando por el norte de África, para atrapar así al enemigo entre dos fuegos. La táctica parecía oportuna, pero, nadie supo nunca por qué, esa orden jamás se cursó y los barcos de Salcedo no salieron de Cartagena.

En cuanto leyó el despacho de Godoy, Gravina cogió pluma, tintero y papel y se puso a escribir una respuesta al jefe del gobierno español. Le comunicaba que, aunque los quince navíos españoles estaban preparados para salir al mar en cualquier momento, la situación no era la más propicia para hacerlo, no sólo porque desconocía cuántos navíos ingleses estaban dispuestos a atacarlos en cuanto abandonaran la seguridad de la bahía, sino porque, además, los vientos soplaban de levante, opuestos al destino fijado, que era el norte de África, frente a Gibraltar. Decía Gravina que, por el contrario, los vientos de poniente sólo permitían salir de Cádiz si se navegaba bordeando, lo cual suponía colocar a las naves frente a la costa y regalar una ventaja más a las muchas de que ya disponían los ingleses.

Con las condiciones adversas de viento, Gravina aseguraba que era muy difícil predecir el día de partida con la antelación suficiente para avisar de esa maniobra a Salcedo y poder coordinar con él todos los movimientos, creyendo que el comandante de la escuadra fondeada en Cartagena había recibido la orden de acudir a reforzar a la flota combinada a la altura del Estrecho.

Pero dos días después, Villeneuve se enteró por un correo remitido por uno de sus amigos en Madrid de que el almirante Rosily-Mesros, su sustituto al frente de la flota, había llegado a la capital de España con un despacho en el que Napoleón le otorgaba el mando supremo de la combinada y que estaba presto para salir hacia Cádiz para hacerse cargo del mando. Ese mismo día había leído en *Monitor*, una revista en la que nada se publicaba sin el visto bueno de Napoleón, que «a la marina francesa no le faltaba sino un hombre de carácter atrevido y de mucha sangre fría». Ante la inminencia de su cese y tras leer aquellas líneas, ordenó salir al mar a la flota combinada sin ningún plan previo, sin otras instrucciones que navegar en línea hacia el este. Cuando recibió la orden, Churruca se resistió a obedecerla, pero Gravina le obligó a hacerlo.

—Vamos directos al desastre, almirante, y usted lo sabe —le dijo Churruca a Gravina.

—Tal vez, pero no tenemos más remedio que cumplir esas órdenes —apostilló el almirante.

—De todos modos, creo que sería conveniente que Villeneuve supiera que nuestra opinión es contraria a su orden.

—Así se lo haré saber.

El mayor general Escaño fue el encargado de transmitir a Villeneuve la oposición de los españoles a salir de la bahía en aquellas condiciones, pero el desesperado almirante francés no atendió a sus consejos y dictó tajante la orden:

—Todos preparados para dejar la bahía.

7

El diecinueve de octubre amaneció despejado, con un ligero y caluroso viento del noroeste. La tarde del día anterior Villeneuve había comunicado a todos los capitanes de los navíos que estuvieran preparados para zarpar a la mañana siguiente. Hubo quien creyó que se trataba de un nuevo farol del almirante en jefe, pero Gravina ordenó a sus hombres y barcos que estuvieran prestos para zarpar a la primera señal.

Eran las seis y media de la mañana, con el alba clareando por levante, cuando Villeneuve dio la orden de salir de la bahía. El primero que levó anclas y largó velas fue el *San Leandro*, con Faria y Morales a bordo. El poderoso navío viró aprovechando las ráfagas del suave viento de levante, el más propicio para salir, y enfiló la bocana del puerto con decisión. Ese mismo día le siguieron otros cinco navíos y una fragata. La misión de esa avanzadilla era asegurar la posición frente a la entrada de la bahía y garantizar la seguridad de la salida de los demás, que lo harían a la mañana siguiente.

La fragata inglesa *Sirius*, que vigilaba la bahía, avisó del movimiento de la flota combinada. El mensaje pasó de barco a barco inglés hasta llegar al *Victory*, a cincuenta millas de Cádiz. Nelson recibió un escueto texto: «El enemigo sale de puerto». El vicealmirante inglés dio orden de zafarrancho de combate y puso a su flota rumbo al cabo de Trafalgar.

El día veinte amaneció claro por el este, aunque muy cargado de nubes por el sur y el oeste, con un viento fuerte de dirección sur sureste que enseguida se calmó. Eran las seis y media en punto cuando Villeneuve ordenó a todos los navíos largar velas. El viento cambió en pocos minutos y sopló del sur suroeste, de nuevo con rachas fuertes, lo que puso a algunos barcos en dificultades, dadas las malas condiciones que de pronto habían aparecido.

Faria oyó decir a uno de los más experimentados marineros que «el mar y el viento volvían a estar de parte de Inglaterra, como siempre»; y es que entre los marineros españoles, y también entre los franceses, corría la leyenda de que Inglaterra tenía un pacto con el diablo y que Satanás, atendiendo a ese pacto, disponía el viento y las tormentas de modo que fueran favorables a los barcos ingleses. Pero otro añadió que los ingleses siempre tenían a sus fragatas espías inspeccionando los movimientos del enemigo y que eso no era cuestión de suerte, sino de previsión.

Villeneuve subió al puente de mando en el castillo de popa del *Bucentaure*, contempló la embocadura de la bahía y a varios navíos que salían majestuosos hacia

el mar abierto y ordenó largar velas y navegar con los rizos tomados a las gavias.

La sangre palpitaba en sus sienas con fuerza; sabía que aquélla era su gran oportunidad para resarcirse de las derrotas y el único modo de demostrar a su emperador que estaba capacitado para el mando, que sabía dirigir la flota y que era un hombre valiente y arriesgado, digno de llevar en su gorro el águila imperial y el entorchado tricolor.

Ya estaban todos los barcos fuera de la bahía cuando uno de los navíos destacados en la vanguardia de la combinada divisó velas enemigas hacia el sur; contó dieciocho y lo transmitió al buque insignia. Villeneuve ordenó a todos los navíos navegar hacia el este en zafarrancho de combate, y dos horas después mandó a toda la flota dar caza en cuanto apareciera el enemigo, guardando el orden y la línea de batalla.

Gravina comentó a sus subordinados que el almirante francés se había equivocado. La combinada estaba compuesta por diferentes tipos de barcos, de diversas edades y de muy distintas condiciones de navegabilidad, con tripulaciones que hablaban dos lenguas diferentes; en semejantes circunstancias era un error navegar con una formación en la que alternaban los barcos españoles con los franceses.

Nadie sabía en la flota combinada cuántos navíos ingleses estaban apostados en aquellas aguas, y en cambio los ingleses sí conocían cuáles eran los efectivos franco españoles; tal vez sus dos mil seiscientos veintiséis cañones no fueran suficientes. Antes de retirarse a su camarote, Gravina ordenó que se comunicara a todos los navíos españoles un mensaje: «Como dictan las Reales Ordenanzas, el puesto de combate del capitán de cada navío será sobre el alcázar. No se rendirá ningún buque sin permiso del comandante general o del jefe de la división más inmediato».

Poco antes de media mañana comenzó a refrescar el viento, y Villeneuve ordenó a todos los navíos tomar los rizos a las gavias; poco después que formaran en tres columnas, para media hora más tarde, justo una después de mediodía y con viento del suroeste, mandar gobernar al noroeste y un cuarto al norte, formando ahora dos líneas en cinco columnas, rumbo a Gibraltar, al encuentro con el destino.

A estas maniobras siguieron otras en las siguientes dos horas: largaron velas los navíos de sotavento y los que ocupaban el centro de la columna del *Bucentaure*, y por fin viraron todos en redondo. Todas estas maniobras, demasiado precipitadas, estaban siendo observadas a una prudente distancia por cuatro fragatas británicas, a las que Villeneuve ordenó perseguir. Esta orden era inútil; se trataba de cuatro rapidísimos barcos que jamás hubieran podido ser alcanzados por ninguno de los pesados navíos franceses o españoles. A media tarde se ordenó de nuevo zafarrancho de combate, pues Villeneuve estaba convencido de que Nelson atacaría ese mismo día, antes de que la flota combinada se colocara en posición. Pero no fue así. Durante varias horas los hombres se mantuvieron en una tensa espera, con todas las baterías cargadas y

dispuestas a disparar a la primera orden de fuego.

Caía la noche y soplaban un ligero viento del noroeste que rizaba levemente la superficie del mar cuando desde el navío francés *Aigle* se contaron en el horizonte dieciocho navíos enemigos en formación de combate. Cuando esa información llegó a Villeneuve, el jefe de la flota sonrió y ordenó rumbo noroeste de nuevo. El número coincidía con el de los navíos avistados a primera hora de la mañana. Sólo eran dieciocho navíos, por tanto, los que parecía tener Nelson a sus órdenes, frente a los treinta y tres de la combinada. Si Nelson se decidía a atacar en aquellas condiciones debía de estar loco.

A las ocho de la tarde se tocó generala, y cada hombre corrió a ocupar su lugar. Gravina ordenó a los navíos de su columna formar una línea de combate, y media hora después hizo lo mismo Villeneuve con la suya. Un bergantín francés llevó hasta Gravina una orden escrita de Villeneuve: la línea de batalla se formaría sobre el navío más a sotavento. La orden se transmitió de un barco a otro mediante señales luminosas con los faroles. Fue entonces cuando se oyeron algunos cañonazos del enemigo. Por el sonido y los fognazos, Gravina calculó que estaban a unas diez millas de distancia; demasiado cerca, pero ante lo avanzado de la noche y la oscuridad reinante, parecía evidente que la batalla no estallaría hasta la mañana siguiente.

Los marineros se turnaron para cenar, aunque fueron muy pocos los que acabaron toda su ración de potaje de garbanzos y carne guisada con verduras. Aquella noche casi nadie durmió, y Villeneuve, que ya no sabía qué hacer ni hacia dónde virar, volvió a ordenar un cambio de rumbo, poniendo por tercera vez proas hacia el Estrecho.

Francisco de Faria, apoyado sobre la baranda del castillo de popa del *San Leandro*, oteaba el horizonte intentando descubrir alguna forma que se perfilara en la oscuridad. De vez en cuando se veía un tenue resplandor al que unos instantes después acompañaba un sordo y lejano estallido.

—Son los cañones ingleses. Se avisan con salvas unos a otros de nuestra posición —le informó Salvador Meléndez, capitán de fragata y segundo oficial del *San Leandro*.

—¿Se puede saber qué se están diciendo? —demandó Faria.

—Si supiéramos sus claves de comunicaciones, sí, pero por desgracia no las conocemos. Los ingleses cambian el código de señales para cada batalla; bueno, igual que nosotros. Hace unos días, a bordo del navío de Nelson, los capitanes de cada uno de los barcos ingleses recibirían unas carpetas con las instrucciones de navegación y las órdenes de combate, como hemos recibido nosotros. Ahí están también las claves de señales y de comunicaciones.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, capitán Meléndez?

—Por supuesto, Faria.

—¿Esta batalla será como la de Finisterre?

Meléndez se llevó la mano derecha a la cara, frunció el ceño y sujetó la mandíbula entre sus dedos. Luego miró hacia el sur y dijo:

—Creo que no. Ahí enfrente está Nelson. Es un gran marino, pero dicen que está loco; tal vez por eso sea tan grande. Por lo que sé, su única obsesión es acabar con cuantos barcos franceses y españoles se ponen a tiro de sus cañones. Es un hombre ambicioso y hará todo lo posible por vencer en esta batalla. Además... —Meléndez dudó por un instante, pero siguió diciendo—, además, Inglaterra tiene muchos más barcos que nosotros. Aunque perdiera esos dieciocho navíos que hemos avistado, para ella no sería un desastre irremediable; en cambio, para nosotros y para los franceses estos treinta y tres son lo mejor de ambas flotas, y Nelson lo sabe.

Si perdemos dieciocho navíos, y en una batalla como la que se avecina bien pudiera ocurrir, Inglaterra sería la dueña, la única dueña de los mares. Pase lo que pase, nosotros perdemos.

—Por lo que usted dice, nuestra posición es muy delicada.

—Lo es, capitán Faria, lo es. Por eso el almirante Gravina no quería salir ahora de Cádiz. Debimos haberlo hecho hace tres o cuatro semanas, cuando la flota inglesa era débil. Ahora son al menos dieciocho los navíos ahí fuera apostados, pero yo creo que hay algunos más tras esas velas que se han dejado avistar por nosotros.

—¿Más?, ¿cuántos más?

—No lo sé; sólo Nelson y su Estado Mayor conocen ese secreto, pero estimo que hay al menos treinta navíos ingleses allí enfrente.

—En ese caso nos igualan en número.

—Probablemente, pero sobre todo nos superan en el factor sorpresa y en la preparación y entrenamiento de las tripulaciones. Los hombres de Nelson habrán estado durante las últimas semanas preparando este combate y haciendo prácticas en el mar, tanto de navegación como de tiro, mientras nosotros permanecíamos fondeados en Cádiz baldeando las cubiertas y aguardando a que se hicieran más y más fuertes.

—Si entramos en combate, ¿me puede dar algún consejo?

—No hay mucho que decir. A bordo de un navío los avatares de una batalla son imprevisibles. Puedes caer herido por una bala perdida, por un mástil derribado, una jarcia o un trozo de puente que se te viene encima, o sobre todo por las astillas de tu propio navío que salen despedidas por todas partes cuando el casco recibe el impacto de una bala de cañón enemiga. Eso es lo más peligroso y ante lo que nada podemos hacer. Sólo rezar por tener suerte y que un pedazo de madera no te destroce el cuello o la cabeza.

El sargento Morales se acercó a los dos capitanes y los saludó reglamentariamente.

—Capitán Faria, la cena está servida.

—Gracias, sargento, por hoy no tengo apetito.

—Aunque no lo tenga, le recomiendo que coma —intervino Meléndez—. Tal vez mañana no disponga de tiempo para ello, y estar bien alimentado es muy importante antes de una batalla.

—Quizá sea mejor mantener las tripas vacías.

—Sólo en el caso de que usted tenga, tanto miedo que cuando suenen los primeros cañonazos se haga sus necesidades en los pantalones.

—¿Qué quiere decir, capitán Meléndez?

—Lo que verá usted por sí mismo quizá mañana mismo. Hay hombres que no aguantan el miedo y defecan encima. Prepárese, Faria, para contemplar a la muerte y a la destrucción en primera persona, y las verá impregnadas de un nauseabundo olor a sangre, pólvora y excrementos.

Tal vez por no parecer un cobarde, Faria se acercó hasta el comedor de oficiales y, aunque sin apetito alguno, ingirió una menestra de verduras frescas, carne guisada con cebolla y un cuartillo de vino.

La noche fue tan larga como tensa. El aire estaba impregnado de un olor acre y en las cubiertas de los navíos decenas de marineros tenían la mirada perdida y los ojos como vacíos. Muchos movían los labios recitando oraciones aprendidas de memoria, alguno canturreaba una canción que hablaba de perdidos amores imposibles y otros acompañaban la melodía repiqueteando con sus dedos sobre la barandilla de la borda.

Poco antes de amanecer el día veintiuno de octubre de 1805, los capitanes de los navíos de la flota combinada ordenaron largar el rizo a las gavias. Todos supieron entonces que el día decisivo estaba a punto de comenzar.

Capítulo III

1

Amaneció el veintiuno de octubre con el cielo despejado, aunque por el oeste unas nubes agrisadas rayaban el horizonte y parecían presagiar una tormenta. Una suave brisa del noroeste, a veces con momentos de calma, rizaba las aguas y sobre levante el alba despuntaba con una extraña claridad. La flota combinada, que había pasado toda la noche alerta comunicándose unos navíos con otros mediante señales luminosas, viró a estribor, ciñendo el viento oeste noroeste en formación que encabezaba el *Príncipe de Asturias*. Villeneuve había dispuesto una línea de combate en la que, alternados barcos franceses y españoles, se establecía un compacto frente de fuego capaz de detener el previsible ataque en cuña de los ingleses y obligar a sus navíos a retirarse. Para que esa táctica tuviera éxito, los navíos deberían estar perfectamente alineados, manteniendo entre ellos una distancia lo suficientemente corta para que la línea no fuera rebasada por los ingleses, y a la vez lo suficientemente amplia para poder maniobrar con holgura. Pero esta línea, en cuya impermeabilidad se basaba toda la táctica de Villeneuve, presentó muchos defectos desde su configuración primera.

La flota combinada se había reorganizado en cuatro divisiones; dos en el centro, una tercera en vanguardia, formadas cada una por siete navíos, mandadas por Villeneuve, Álava y Dumanoir, y una cuarta en la reserva con doce navíos a cargo de Gravina, dividida a su vez en dos columnas, la segunda al mando del contraalmirante Magon. Pero ésa era la única disposición estratégica de la escuadra; no había ninguna otra variante, ni una dirección de operaciones, ni criterios comunes que seguir, ni un plan estratégico global. Y ni siquiera se le había ocurrido a Villeneuve establecer un plan de coordinación entre los distintos navíos de su flota, ni había previsto alternativa alguna en caso de que variaran las circunstancias. Las únicas instrucciones eran las de navegar en la manera indicada, sin romper jamás la línea ni alterar la formación, y ofrecer un único frente compacto de batalla, como si se tratara de un combate en tierra firme, con unas posiciones de artillería atrincheradas esperando una carga de caballería enemiga.

El capitán Faria y su ayudante el sargento Morales, embarcados a bordo del *San Leandro*, habían pasado la noche en vela; ninguno de los dos había podido dormir un solo minuto. Ya habían experimentado lo que era una batalla naval en Finisterre, pero los oficiales más expertos les habían dicho que en aquella ocasión se trató de un intercambio de disparos, y aunque hubo algunos muertos no había sido una gran batalla. Por el contrario, en el cabo de Trafalgar se esperaba una batalla total que sólo

acabaría con la derrota y destrucción de uno de los dos combatientes.

—¿Está usted nervioso, sargento? —le preguntó Faria intentando simular serenidad.

—Claro que lo estoy, capitán. Aquí en el mar me siento indefenso. Si todo va mal, no tienes posibilidad alguna de escapar, y fíjese en toda esa agua —Morales señaló con la mano la superficie del mar, todavía oscura e impenetrable, amenazadora como boca de lobo—, quién sabe cuántos monstruos nos están aguardando ahí abajo. Además... —titubeó— no sé nadar.

—Yo tampoco, sargento, pero, si llega la ocasión, bratee como ha visto hacer a los marineros que se han bañado estos meses a nuestro lado: guarde la calma, mantenga la serenidad y mueva las manos y los pies impulsándose hacia arriba, y hágalo despacio o se cansará enseguida.

—¿No dice usted que no sabe nadar, capitán?

—Bueno, le repito lo que me ha dicho uno de los oficiales, y me asegura que siempre funciona. Llegado el caso, que espero no ocurra, intentaré hacer lo que me han aconsejado. ¿Sabe, sargento?, le sorprendería la cantidad de marineros que ignoran cómo mantenerse a flote sobre el agua.

—Pues no me sirve de consuelo.

—El mayor peligro es un mar embravecido.

—¿Y qué me dice de los monstruos?

—Aquí no hay monstruos. Todas esas historias de feroces monstruos marinos son viejas leyendas para atemorizar a niños incautos, o a marineros de agua dulce.

—No esté tan seguro; algunos marineros afirman que un tiburón es capaz de engullir a un hombre de un solo bocado. Y un tiburón, capitán, sí es un monstruo. Usted los ha visto de cerca en el mar de las Antillas, con toda esa enorme boca llena de dientes como cuchillas.

—No creo que teniendo al alcance de la boca un buen atún, un tiburón medianamente sensato y a poco gusto que tenga prefiera comerse a un marinero que huele a sudor y a orines, y que además está vestido con ropa sucia y grasienta.

—Me han asegurado que a los tiburones les encanta la sangre humana y que una vez que han probado nuestra carne no desean comer ninguna otra.

—¿Sí?, ¿y quién se lo ha preguntado al tiburón? ¿Alguien lo ha oído de la boca de alguno? Vamos, sargento, no crea en esas historias de viejos marineros ebrios de ron.

—Lo oí en las Antillas. Algunos marineros juran que han visto a decenas de tiburones darse un atracón con los cuerpos de los naufragos o de los marinos caídos al agua en plena batalla. Acuden a la sangre como las moscas a la miel, y cuanto más sangre, más tiburones.

Faria comenzó a reír, intentando con ello relajar la tensión y ocultar la inquietud que lo asediaba, cuando con las primeras luces del alba unos hombres salieron a

cubierta portando pesados cubos cargados de arena que comenzaron a baldear por toda la cubierta.

—¿Qué ocurre, qué pretenden esos marineros? No entiendo nada, capitán —se extrañó Morales—; ayer mismo una veintena de hombres se dejaron la piel limpiando la cubierta, restregaban la superficie como si en ello les fuera la vida y, fíjese, hoy la ensucian con tierra. Están poniendo todo perdido.

—De verdad que es extraño, pero imagino que alguna explicación ha de tener ese comportamiento.

—Pues no lo entiendo —repitió Morales—. Bueno, esta gente de la Armada es muy rara, tal vez estén ensuciándolo todo para que algún pobre grumete cumpla un castigo recogiendo todos esos montones de arena y vuelva a dejar la cubierta tan limpia como antes.

Varios marineros seguían extendiendo arena por toda la cubierta, cubriendo el suelo con una capa uniforme de al menos un dedo de espesor. Se trataba de una arena más fina incluso que la de algunas playas y bastante seca, tanto que a pesar de que la extendían con cuidado se levantaban algunas nubecillas de polvo.

Muy cerca de Faria y de Morales, que seguían atentos y extrañados el trabajo de los areneros, pasó un oficial del *San Leandro*.

—Alférez, buenos días, perdone que interrumpa su trabajo, pero ¿qué hacen esos hombres? —preguntó Faria a Santiago de Palacios, un joven alférez de fragata, ayudante del capitán Quevedo.

—Están baldeando con arena la cubierta, capitán.

—Eso ya lo estoy viendo, alférez, me refiero a para qué lo hacen.

—Cumplen órdenes del comandante Quevedo. Vamos a librar una batalla terrible. Combatiremos peñol a peñol, unos navíos pegados a los costados de los otros. A esa distancia los estragos que nos causaremos serán tremendos; es probable que incluso se pelee cuerpo a cuerpo, espada y pistola en mano, y que haya muchos abordajes. Decenas, tal vez centenares de hombres caerán muertos y heridos, por eso es conveniente extender una capa de arena sobre la cubierta para que la sangre de los que caigan quede empapada en ella.

—¿Cómo dice? —se sorprendió Morales.

—Todavía no he podido comprobarlo, pero los oficiales más antiguos afirman que en estas batallas la sangre corre en tales cantidades por la cubierta que si no fuera por esta arena que la empape sería imposible caminar por ella.

—¡Dios Santo! —exclamó Morales.

—Con esta medida de prevención se consiguen dos cosas: primero que la cubierta no esté resbaladiza cuando corra la sangre de los muertos y heridos; a veces ha ocurrido que la sangre de los caídos se convertía en un enorme impedimento para moverse con seguridad por la cubierta, pues los hombres resbalaban y eso producía

retrasos a la hora de acudir a reforzar una batería o a la de llevar suministros y municiones. Y en segundo lugar, que una vez acabada la batalla pueda limpiarse la nave mucho mejor; si corre la sangre por el suelo y tiñe la madera, cuando se seca deja un cerco muy difícil de eliminar. Y ya sabe, capitán, que en la marina es esencial mantener limpia la nave. A nadie le gusta que su navío muestre perennes manchas de sangre, da mala suerte.

El alférez saludó a Faria y se excusó, pues tenía orden de acudir a su puesto de combate en las baterías delanteras de estribor de la primera cubierta.

—¡Santo cielo, esto va a ser una carnicería! —exclamó Morales—. Muertos a decenas, sangre a raudales, esta arena convertida en barro teñido de rojo... ¿Y qué harán con los cadáveres?, ¿los tirarán al mar, los colocarán en pilas o los amontonarán en alguna bodega? Estos barcos van a ser gigantescos ataúdes flotantes.

Faria, que había dejado de reír, se dirigió hacia la borda. Se apoyó sobre la amura y sintió una sensación de náusea. Le costó cierto esfuerzo, pero pudo contener el vómito.

José de Quevedo, capitán del *San Leandro*, se acercó hasta Francisco.

—¿Se encuentra bien, Faria?

—Sí, señor. Tal vez sea la falta de sueño, no he podido dormir esta noche.

—Suele ocurrir. Yo tampoco pude hacerlo la víspera de mi primera batalla. Por su edad, imagino que no ha participado en ningún combate naval, a excepción de la escaramuza de Finisterre.

—No, señor. Bueno..., sí, claro, estuve en aquel combate en el cabo de Finisterre este verano, pero no me pareció una verdadera batalla.

—¡Ah, amigo!, pero ese día mandaba la flota inglesa Calder y hoy tendremos enfrente a ese arrogante bastardo de Nelson y al impetuoso petulante de Collingwood. Dicen en Inglaterra que están locos, pero que son los dos únicos jefes capaces de derrotar a la escuadra combinada. Y sí, tienen razón los que los llaman locos, sólo un perturbado se atrevería a enfrentarse con dieciocho navíos a nuestros treinta y tres.

—¿Cree usted, señor, que podemos vencer?

—Un batalla en el mar es como un melón antes de empezarlo: sólo es posible degustar su sabor abriéndolo y catándolo. Los oficiales ingleses tienen una ventaja sobre nosotros: sus marineros obedecen sin dudar porque temen más a los castigos de azotes que a la propia muerte. Además, hay muchas circunstancias que influyen en un combate entre navíos: el viento cambiante, las olas caprichosas, las corrientes imprevistas, la pericia de los pilotos, la puntería de los artilleros, el valor de los oficiales, el plan de combate que diseñan los almirantes, el destino o la suerte incluso.

—¿La suerte?

—Sí, la suerte. Un golpe de mar repentino puede escorar a un navío de tal modo que en unos instantes pierda toda la ventaja ganada en una acertada maniobra durante

varias horas. La mar es una amante que jamás se entrega sin condiciones, y sus condiciones nunca las pacta, las impone y de qué modo.

—Señor, ¿la arena...?

—Es una medida preventiva para la batalla, pero no se preocupe por lo que hayan podido contarle, la sangre nunca es tanta como pueda parecer por semejante cantidad de arena; siempre es mejor prevenir cualquier incidencia que lamentar la falta de cuidado.

El dorado amanecer comenzó a bañar las velas de los navíos y se hicieron manifiestos los colores rojos y amarillos de la bandera de combate del *San Leandro*. En la popa, ondeando al viento, tremolaba la enseña de la marina de guerra española: dos franjas rojas a los lados y una amarilla, el doble de ancha que las rojas, en el centro. Era una bandera muy llamativa y vistosa, tal y como se había previsto que lo fuera en el año 1785, cuando se optó por este nuevo diseño de estandarte para la Armada, a fin de evitar confusiones a la hora de identificar un barco propio. Hasta entonces la enseña que enarbolaban los barcos de guerra españoles era la de la casa de Borbón, por eso era muy fácil confundirla con la de los barcos de otras naciones con monarcas de esta misma dinastía, como Nápoles, Toscana, Parma o la misma Francia; la roja y amarilla era inconfundible y por su colorido podía identificarse a una lejana distancia. En los barcos franceses ondeaba la tricolor republicana roja, azul y blanca, la enseña revolucionaria que Napoleón había mantenido como propia cuando se convirtió en emperador.

Orgulloso de poder estar allí, Faria observó su bandera tremolar al viento fresco del amanecer, y por un momento imaginó una gran victoria, y a los navíos españoles regresando a Cádiz con varias presas inglesas, todas las velas desplegadas, las banderas flameando al aire, los estandartes flotando sobre las cubiertas como etéreas alas de gaviotas multicolores. Era una imagen similar a la que tanto había imaginado en los campos de olivos de su Castuera extremeña, pero ahora los caballos se habían transformado en navíos de cien cañones y las crines de los corceles eran velas largadas al viento. Pensó que aquel amanecer podría ser como el que presenció Hernán Cortés antes de la conquista de México, y otra vez se imaginó como un nuevo Cortés a punto de conquistar un imperio para su rey.

El comandante del *San Leandro* asignó a los guardiamarinas sus puestos de combate; los futuros oficiales asían sus espadines desenvainados en las manos, pero parecían bastante despistados y confusos, y además, eran bastante inexpertos y estaban muy poco preparados para una empresa de semejante envergadura. Ordenó al piloto que mantuviera el rumbo marcado y que revisara el diario de a bordo, las banderas, las pavesadas y la cera para los faroles de señales, y que pusiera sumo cuidado en comprobar que hubiera en las bodegas suficiente arena húmeda para

socorrer un incendio en caso de que fuera necesario, y que estuvieran las bombas dispuestas para achicar agua.

Oficiales, marineros, armeros, maestros de vela, artilleros, ayudantes de las baterías y grumetes fueron colocándose en sus puestos. Las poternas de las baterías comenzaron a abrirse y a dejar ver en los costados negros y amarillos las oscuras bocas de los cañones de bronce fundidos en la real fábrica de Cabada, en Santander. Los artilleros colocaron las municiones tal como había predispuesto el capitán Quevedo y encendieron los hornillos para tener siempre dispuesto y al alcance de la mano el fuego para la mecha y para calentar las «balas rojas».

Médicos, cirujanos y sus ayudantes los sangradores y el capellán fueron ocupando también sus lugares bajo las cubiertas del navío. Desde ese momento nadie cruzó una sola palabra con el de al lado; sólo se oía la voz del contramaestre transmitiendo las órdenes de su comandante. Todos los marineros tenían los rostros tensos, las miradas perdidas, los labios entreabiertos; algunos los movían, tal vez musitando oraciones y rogativas, y otros apretaban las mandíbulas, a punto de estallar sus venas hinchadas en el cuello y las sienes. Todos cruzaban sus miradas unos con otros, pero nadie se atrevía a pronunciar una sola palabra, como si aquel silencio fuera la razón misma de su propio miedo.

2

A las seis en punto de la mañana Nelson, que acababa de afeitarse y de desayunar unos huevos revueltos con tocino, contemplaba con su catalejo desde el puente de mando del *Victory* las velas hinchadas de las primeras unidades de la flota combinada, situadas a unas nueve millas al noreste. El vicealmirante había pasado buena parte de la noche redactando varias páginas de su diario. Había escrito que deseaba obtener la victoria para la salvación de Europa y que los británicos deberían recordar los sagrados deberes que tenían para con la humanidad; al fin y al cabo, entre los ingleses había quienes sostenían que Inglaterra era la nueva Tierra Prometida y que sus verdes colinas semejaban los nuevos montes de Sión y sus hombres el nuevo pueblo elegido para hacer cumplir el plan divino sobre los asuntos de la tierra. Nelson había expresado sus pensamientos con frases grandilocuentes, como si el vicealmirante tuviera el presagio de que aquél iba a ser su último combate. Se apoyó en la baranda del alcázar de popa y suspiró con cierto alivio al observar la mala formación de los navíos españoles y franceses y la enorme distancia que separaba al primero del último; tal vez había más de cinco millas entre ambos, supuso.

Se dirigió a su segundo y le indicó que ordenara a todos los navíos de la flota que formaran en dos columnas, tal como se había dispuesto, encabezadas cada una de ellas por el *Victory* a barlovento, y el *Royal Sovereign* a sotavento. La columna de

Nelson la formaron *Victory*, *Téméraire*, *Neptune*, *Leviathan*, *Conqueror*, *Agamemnon*, *Britannia*, *Orion*, *Minotaur* y *Spartiate*, además del *Africa*, que la noche anterior había quedado aislado al norte, cerca de la combinada. Collingwood gobernaba *Royal Sovereign*, *Belleisle*, *Colossus*, *Mars*, *Tonnant*, *Bellephoron*, *Achilles*, *Poliphemus*, *Revenge*, *Swiftsure*, *Defence*, *Thunderer*, *Defiance*, *Prince* y *Dreadnought*. La columna de Collingwood la formaban quince navíos con uno de tres puentes, en tanto que la de la derecha la dirigía Nelson al frente de sólo doce navíos pero con cuatro de tres puentes.

Después envió un mensaje al capitán del *Africa*, de sesenta y cuatro cañones, para que acudiera con gran riesgo hacia el centro. Este navío se había desviado durante la noche y para colocarse donde le indicaba Nelson tenía que atravesar toda la línea de fuego de la retaguardia de la combinada. Era una posición de tremendo riesgo que el capitán Henry Digloy aceptó con una flema extraordinaria. «Este puede ser un buen día para morir», aseguran que dijo al aceptar el reto.

La flota inglesa tenía sus navíos formados a barlovento; eran veintisiete, y no dieciocho como había supuesto Villeneuve, dispuestos en dos columnas, prestas a cortar el centro enemigo y así aislar la vanguardia del resto de la flota. Villeneuve observó a lo lejos la formación de la flota enemiga y, para impedir que los ingleses le cortaran la retirada hacia Cádiz y conservar esta ruta bajo el viento, ordenó a toda la flota virar en redondo para alinearse con el *Príncipe de Asturias*, que enarbolaba la insignia del almirante Gravina, quedando éste ahora en último lugar, de modo que la vanguardia se convirtió en retaguardia y viceversa. Cuarenta barcos formaban la flota franco española, treinta y tres navíos, quince españoles y dieciocho franceses, cinco fragatas francesas y dos bergantines también franceses. En la maniobra de virada, la precipitación de algunos capitanes, la ausencia de viento favorable, que soplaba del oeste, y la impericia de algunos pilotos provocó un fiasco y causó una tremenda confusión; cuatro navíos quedaron sotaventados en el centro, alguno de ellos doblado en una desordenada línea con un enorme hueco en la zona más débil, tres perdieron su puesto en la retaguardia y los de la vanguardia quedaron apelotonados y alejados del centro. Gravina contemplaba circunspecto las maniobras que ordenaba Villeneuve y, aunque las obedecía y ordenaba a sus capitanes que las acataran, sentía una enorme frustración interior.

«Está equivocado, está equivocado. Nos lleva al desastre, a la derrota», murmuraba entre dientes el almirante español, que no obstante logró que su columna maniobrara con gran habilidad, pese a las dificultades a que los había conducido Villeneuve.

En la apresurada e imprevista maniobra de viraje, el *Príncipe de Asturias* y el *Achilles* estuvieron a punto de chocar, en tanto desde la fragata francesa que informaba sobre la ejecución de los movimientos de la flota combinada se comunicó

a Villeneuve que la línea de combate se prolongaba demasiado por el centro, que estaba mal formada en varios puntos y que se corría el riesgo de que se abriera tanto que se rompiera precisamente por el lugar más delicado. Para evitarlo, Villeneuve ordenó que el navío de cabeza, que tras la virada en redondo era ahora el *Neptuno*, se ciñera al viento y que, alineándose con él, lo hicieran todos los demás. En todas esas maniobras se estaba perdiendo un tiempo precioso, y entre tanto los ingleses ya habían colocado a toda su escuadra en posición de combate, en las dos columnas que Nelson había ordenado, observando desde lejos cómo la flota franco española era incapaz de presentar una formación adecuada para ofrecer batalla.

Tras la accidentada maniobra de viraje ordenada por Villeneuve con tanta precipitación como falta de acierto y previsión, la escuadra combinada había quedado desordenada en una línea ligeramente curva, en dirección noroeste a sureste, y muy irregular, de al menos cinco millas de longitud entre los dos navíos de los extremos, con algunos barcos doblados en algunos puestos, grandes claros en otros y un gran hueco de casi media milla que partía en dos mitades la línea de combate, una con catorce navíos al norte, con el buque insignia de Villeneuve, y otra de diecinueve al sur, con el *Príncipe de Asturias* del almirante Gravina.

Nelson volvió a su camarote y escribió en su diario: «Al clarear el día el enemigo está al este y este sureste. Doy la señal para la batalla. Me encomiendo a Dios, a mi país y ruego por una gran victoria. A Dios me resigno y lo hago en defensa de una causa justa. Amén, amén, amén». Cerró el diario, lo guardó en el cajón de su escritorio y regresó a cubierta. Con su catalejo contempló las confusas maniobras de su enemigo y la desigual línea, tan mal formada; sonrió y dio dos órdenes concisas: «mantener la formación en dos columnas» y «preparados para la batalla». Después mandó largar velas y poner rumbo noreste, avanzando en cuña para cortar la línea hispano francesa por el centro y la retaguardia, tal como había planeado con sus capitanes, y transmitió a Collingwood la siguiente orden: «Mi intención es cruzar la línea de la combinada por el centro para cerrarle la retirada hacia Cádiz. Corte usted la línea enemiga por el undécimo navío de la retaguardia».

En la flota combinada los barcos que habían quedado desplazados maniobraban intentando ganar su puesto en la línea. Algunos estaban tan próximos que tenían que virar una y otra vez para evitar abordarse los unos a los otros, en tanto en algunas zonas del frente había grandes huecos que ningún navío acudía a cerrar; el viento que soplaba del oeste contribuía a entorpecer aún más las maniobras de alineación compacta para el combate. Así, el *San Justo* no pudo colocarse a popa del *Bucentaure*, donde debería de haberse situado, y ante la falta de sitio, pues el suyo lo había ocupado el *Neptune*, su capitán optó por ir hasta la vanguardia para tapar un claro que allí había quedado descubierto, avanzando por el lado de babor de la

combinada.

—No tienen un plan de combate definido —comentó Nelson al capitán Hardy, su segundo a bordo—, cada uno hace lo que le parece sin instrucciones concretas de cómo maniobrar. Les falta profesionalidad. Están perdidos. Con su torpeza y su improvisación insensata han puesto la victoria en nuestras manos. Es increíble que no hayan aprendido de sus derrotas en San Vicente y en Abukír y que repitan los mismos errores una y otra vez.

El vicealmirante recorrió todos los puentes del *Victory* arengando a su tripulación. Después se dirigió al puesto de mando del buque insignia y desde allí dio las últimas instrucciones para la batalla. Mediante señales reiteró a Collingwood que cortara la línea de la combinada por el undécimo navío. Después, miró a lo alto del palo mayor y tuvo una ocurrencia.

—Señor Pasco —le dijo al oficial del *Victory*—, ordene al encargado de señales de banderas que enarbole la frase «Inglaterra confía en que cada hombre cumpla con su deber».

Paseo saludó a su comandante, pero cuando se dirigía a hacer cumplir la orden se volvió hacia Nelson, se pasó la mano por la barbilla reflexivo y le dijo:

—Vicealmirante, si me lo permite su señoría propongo una ligera modificación en esa frase.

—Dígame, señor Pasco.

—Creo, señoría, que sería más acertado cambiar «confía» por «espera», es más contundente.

Nelson se ajustó el sombrero de dos picos, se estiró la casaca azul, miró al horizonte y tras unos instantes asintió:

—De acuerdo: «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber».
—*England expects every man will do his duty*—. Que lo lea toda la flota.

Pasco se dirigió a grandes zancadas hasta el encargado de señales y le transmitió la orden de Nelson y el mensaje que debía anunciar a los demás navíos mediante el lenguaje de las banderas. El oficial de señales se puso manos a la obra de inmediato, unos tres minutos después, de los palos del *Victory* colgaba una tira de banderas de señales. Nelson ordenó disparar una salva de aviso para que todos los hombres de su navío y los de los más cercanos leyeran: «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber».

Cuando los marineros descifraron el mensaje de Nelson, estallaron en vítores y algunos cantaron himnos patrióticos que recordaban las «verdes colinas de Inglaterra» y lanzaron vivas al rey Jorge y al vicealmirante Nelson. Los barcos más próximos respondieron con salvas de saludo, los contramaestres hicieron sonar sus silbatos de órdenes y en algunos se formó con banderas de señales la palabra «victoria».

Nelson sonrió de nuevo, se atusó el pelo, se ajustó bien el gorro de picos y la escarapela azul y se estiró la casaca. Antes de entrar en combate cumplió con el ritual de las leyes de la guerra: enarboló su estandarte, dio tres vivas al rey Jorge, ordenó al contramaestre que se tocara generala para que cada hombre ocupara su puesto y mandó que diera comienzo la caza. Los gritos de respuesta de sus marineros reafirmaron su idea de que el triunfo estaba en sus manos.

La fragata de señales francesa alertó al navío insignia *Bucentaure* sobre la maniobra de avance de los ingleses, y Villeneuve mandó que todos los navíos dispararan a discreción en cuanto el enemigo estuviera a distancia de tiro. El almirante francés no sabía emplear otra táctica que formar un frente y disparar a cuantos navíos se acercaran al alcance de sus cañones, confiando únicamente en la capacidad de disparo de sus baterías; pero esa táctica era insuficiente para derrotar a un marino de la experiencia y conocimientos tácticos de Nelson, sobre todo si la potencia de fuego y la preparación de los encargados de alimentar las baterías era muy menguada por la carencia de artilleros suficientemente preparados y entrenados.

Los ingleses se acercaban desde el oeste, empujados por un viento favorable que soplaba suave pero constante de esa dirección, firmemente alineados en dos columnas, aunque con media docena de navíos abiertos entre ambas. Navegaban con todo el trapo desplegado y a favor del viento para lograr la mayor rapidez posible. «Cuanto más rápido se navega, más dificultades tiene el enemigo para apuntar y hacer blanco», les había dicho Nelson a sus capitanes la tarde anterior.

El *Victory* avanzaba directo hacia el centro de la combinada, ondeando la enseña blanca del vicealmirante Nelson y la *Union Jack* y las banderas de señales tremolando la leyenda que todos habían coreado minutos antes: «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber». En la columna de sotavento, Collingwood mandó largar todas las velas del *Royal Sovereign*, incluso las alas y las rastreras, y se lanzó como un águila real hacia la retaguardia de la línea de la combinada tal como le había ordenado Nelson, preparando el camino para que el jefe de la flota inglesa pudiera después envolver al enemigo por el centro con su columna.

El ataque en cuña de los ingleses se produjo mientras en la combinada algunos navíos seguían maniobrando para intentar colocarse en el puesto que se les había asignado, aunque todavía eran varios los barcos fuera de línea, algunos otros estaban sotaventados y la vanguardia se encontraba tan lejos de la retaguardia que apenas se divisaban las naves de los extremos.

—¡Mirad a Collingwood! —exclamó Nelson al ver al segundo jefe de la flota inglesa adelantarse sobre el resto de los navíos con todo el trapo al viento—. ¡Cómo lo envidio ahora!, directo al corazón del enemigo cual halcón a la caza de su presa.

La maniobra de los ingleses estaba muy clara para cualquiera que entendiera de tácticas navales. Con ese tipo de ataque en cuña, mantener una línea tan larga y

deslavazada era un suicidio, pues estaba claro que la enorme distancia que separaba a los barcos de la combinada y su posición a sotavento les impediría aprovechar toda su potencia de fuego. Así se lo hizo saber Gravina, pero Villeneuve, terco como una mula, no alteró sus planes de presentar un único frente de batalla, a pesar de lo que se le venía encima. Gravina, desde el *Príncipe de Asturias*, se desesperaba ante la falta de resolución de Villeneuve y su inmovilidad y rigidez tácticas, e insistía en cambiar el plan de combate. Mediante señales de banderas le solicitó autorización para maniobrar de modo independiente con su columna de retaguardia, a fin de cortar la trayectoria de la columna de Collingwood y contrarrestar la ventaja que el vicealmirante inglés estaba adquiriendo. El almirante francés se negó rotundo de nuevo y ordenó tajante a Gravina que mantuviera sus barcos alineados, formado un frente firme tal y como estaba previsto. El cruce de banderas de señales entre los dos almirantes y su discrepancia en la manera de afrontar la batalla fue contemplado con desánimo por las tripulaciones españolas y francesas. No se había disparado un solo cañonazo y muchos ya intuían que la batalla estaba perdida.

El impetuoso contraalmirante francés Magon, que formaba en la columna de Gravina a bordo del *Algésiras*, no aguardó a las instrucciones del almirante español y acudió con sus navíos a alinearse con la escuadra principal, siguiendo las órdenes de Villeneuve y sin esperar a ver qué hacía Gravina. Aquella maniobra acabó por desbaratar la línea de la combinada y rompió la única alineación que se había mantenido compacta.

Entre tanto, las dos columnas inglesas se acercaban a toda vela aunque no muy deprisa, tal vez a no más de cinco millas por hora, porque a pesar de que tenían todo el velamen desplegado, soplaba muy poco viento, aunque favorable. Los palos de los ingleses estaban cuajados de banderas de señales y un mensaje se repetía por todas partes: «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber».

Gravina se había calado su gorro azul marino de doble pico ribeteado de plata y rematado con una escarapela roja. Sobre su pecho cruzaba una faja azul celeste y blanca y de su cintura colgaba un fino espadín. Preocupado por lo que ocurría en el centro de la flota, comentó con su segundo que, si Villeneuve no reaccionaba de inmediato y ordenaba cambiar la táctica, la línea de la combinada sería cortada por el gran hueco que se había abierto y que les atacarían por la retaguardia, quedando la mitad de los navíos envueltos y la otra mitad sin posibilidad de ayudarlos.

El almirante francés no utilizaba otra táctica que la clásica del navío de línea, un barco construido de tal manera que era el único capaz de mantener un frente de combate estático, pero que maniobraba con dificultad dado su tamaño y su porte. Las principales armadas del mundo dudaban de su eficacia en el futuro y hacía al menos cinco años que no se había construido ninguno en los astilleros europeos. Aquella

batalla del cabo de Trafalgar iba a ser probablemente la última que librarán esos colosos del océano; fuera cual fuera el resultado de la misma, la guerra en el mar ya nunca volvería a ser igual.

—Tiene que ordenar que viremos por delante a un tiempo y que doblemos la retaguardia para coger a los ingleses entre dos fuegos antes de que sean ellos los que nos envuelvan. ¿A qué espera, maldita sea, a qué espera Villeneuve? ¿Dónde habrá aprendido ese almirante francés tácticas de combate, dónde? Estamos muy separados de nuestra vanguardia y ellos atacan en formación de columna; si nos ganan la posición y atraviesan nuestra línea, podemos darnos por vencidos. ¡Pero cómo es posible que no se dé cuenta de lo que trama Nelson!, ¡cómo es posible no ver algo tan obvio!

Villeneuve no reaccionaba. El almirante francés y jefe supremo de la flota combinada estaba paralizado; no tenía miedo, pues todos sabían que era un hombre valeroso, pero su capacidad de mando y su disposición táctica era muy menguada. Si a alguien temía, era a Napoleón, a quien pretendía ofrecer una gran victoria que le resarciera de tantos fracasos; fue esa ansiedad lo que lo condujo a precipitarse y a presentar batalla con tanta improvisación y semejante desconcierto, que se había convertido en el mejor aliado de los ingleses.

Para desesperación del almirante Gravina, la flota combinada permanecía estática, aguardando a que la inglesa se precipitara sobre ella con todas las ventajas de su parte, el viento a favor y la moral de los aliados muy baja. La única consigna, el único plan de combate que repetía Villeneuve era mantener la línea a cualquier precio y disparar a discreción sobre los ingleses, y fue el *Royal Sovereign* de Collingwood el primer navío inglés que se puso a tiro de cañón.

3

Fue justo a mediodía cuando se inició la batalla. La flota inglesa, formada en las dos columnas que habían iniciado el ataque, se lanzó en cuña gobernando hacia el centro y la retaguardia de la combinada, que formaba una línea paralela a la costa, a unas siete millas del cabo de Trafalgar. Collingwood dirigió el *Royal Sovereign*, un excelente navío de tres puentes y cien cañones, hacia donde le había indicado Nelson, el undécimo navío de la combinada, pero al acercarse observó que el undécimo de la retaguardia, por cuya proa debía cortar la línea, era un navío de dos puentes, en tanto el inmediatamente anterior era el *Santa Ana*, de tres puentes y ciento veinte cañones, por lo que decidió desviarse y gobernar sobre este último. Estos cambios a última hora en función de las condiciones de la batalla y que permitían a los capitanes ingleses una gran libertad en la toma de decisiones al elegir la mejor en cada momento en función de las condiciones de la lid, los situaba tácticamente por encima de los franceses y de los españoles, cuyos comandantes se arriesgaban a un consejo

de guerra si alteraban mínimamente las órdenes recibidas.

La tripulación del *Santa Ana*, a la vista de que el buque insignia de Collingwood venía directamente hacia su posición, aguardaba presta a disparar toda la artillería en cuanto se ordenara. Pero fue el navío francés *Fougueux*, situado a popa del *Santa Ana*, el primero que se adelantó de la línea abriendo fuego para evitar que el *Royal Sovereign* la cruzara, y aunque logró frenar su primera investida, el navío inglés, que acudía al combate a todo trapo, como un loco poseído por un deseo irrefrenable, maniobró con habilidad y pasó por el bauprés del *Fougueux*, mientras disparaba sus cañones cargados con balas de doble proyectil sobre los costados del *Santa Ana* y del *San Justo*, que a su vez respondieron con varias descargas, aunque la potencia de fuego del navío de Collingwood fue tal que dejó a los dos navíos españoles muy dañados.

El *Royal Sovereign* y el *Santa Ana* quedaron pegados por sus costados, sus velas se tocaban y sus aparejos se engancharon en lo alto por las vergas del palo mayor. Desde las cubiertas de ambos navíos se produjo un intercambio terrible de disparos de fusilería y de trabucos que causó en ambas tripulaciones muchas bajas. No obstante, Collingwood había ordenado a los hombres de su navío que aguantaran la primera andanada permaneciendo tumbados y completamente pegados al suelo, a fin de que el fuego rasante de las balas de los españoles y de los franceses causara las menores bajas posibles; gracias a esa instrucción, muchos artilleros de la primera cubierta salvaron sus vidas tras recibir la primera descarga del *Santa Ana*.

El general Alava, que se había apercebido de inmediato de las intenciones de Collingwood, situó a todos sus artilleros en las baterías de estribor del *Santa Ana* y largó tal descarga sobre el costado de babor del *Royal Sovereign* que el navío inglés quedó escorado hacia estribor, aunque el casco soportó bien la andanada. Los cascos de los barcos ingleses estaban contruidos con roble de los bosques del norte de Inglaterra, una madera de dureza extraordinaria, por lo que los franceses preferían disparar a las velas y a las jarcias para desmantelar los navíos, ante la dificultad de horadar sus flancos.

Tras unos minutos de un intenso intercambio de fuego, los dos navíos estaban muy maltratados. El *Santa Ana* se abrió un poco hacia babor y Collingwood ordenó a su piloto que intentara cruzar la línea de la combinada por la proa del *Santa Ana*. Aquella maniobra, muy arriesgada, se culminó con éxito, y la línea de combate franco española quedó rota entre los navíos *Santa Ana* y *Fougueux*. La insignia azul de Collingwood, izada en el tope del trinquete, flotaba ahora sobre la cubierta del navío de tres puentes *Santa Ana*, pero al otro lado de la línea de fuego de la combinada. Tras el *Royal Sovereign* aparecieron dos navíos más, el *Mars* y el *Belleisle*, que envolvieron al *Santa Ana* y al *Fougueux*, en tanto otros dos ingleses, el *Colossus* y el *Tonnant*, cruzaban la línea por la retaguardia, entre el *Achilles* y el *San*

Ildefonso, causándoles gravísimos daños.

El navío de Collingwood, batido desde el *Santa Ana* y el *San Justo*, estaba siendo destrozado, pero no cesaba de descargar todas sus baterías sobre el *Santa Ana* y el *Fougueux*, a los que también acabó por desarbolarse. La carga en tromba del segundo vicealmirante de la flota inglesa había sido suicida; había sacrificado su buque insignia atacando frontalmente la línea hispano francesa para romperla, y lo había logrado a costa de perder el navío y la vida de muchos hombres de su tripulación. «Ese Collingwood está loco, pero es un loco maravilloso», comentó Nelson a sus oficiales al contemplar la intrépida acción de su segundo.

El plan diseñado por Villeneuve de mantener firme la línea de fuego a toda costa se había venido abajo. Deshecha por tres sitios, demasiado alargada para lograr una agrupación eficaz, abierta por el centro y rota por la retaguardia, la vanguardia de la combinada había quedado aislada del resto de los navíos españoles y franceses, que luchaban en clara desventaja numérica. Con gran maestría, siguiendo el plan de Nelson y aprovechando la autoinmolación de Collingwood, los navíos británicos maniobraron con extraordinaria habilidad para, en pequeños grupos, aislar a los franceses y españoles, cortando la línea por varios puntos y consiguiendo una superioridad numérica que les permitía combatir dos e incluso tres contra uno.

Se libraron una serie de combates muy cruentos. Todos los cañones abrieron fuego y el mar se llenó de humo, estruendo y lamentos. Los distintos tipos de balas y la metralla arrasaban las cubiertas, desarbolaban velas y jarcias y estallaban en los cascos de los navíos causando grandes destrozos. Miles de astillas de todos los tamaños volaban por los aires causando más estragos, muertos y heridos que los propios proyectiles.

Sobre el puente de mando del *Príncipe de Asturias*, Gravina se ajustó la coleta en la que recogía su rubio cabello y observó desalentado cómo los ingleses lograban una ventaja insuperable gracias a su mayor ambición, a su superioridad táctica y a la parálisis de Villeneuve. Algunos navíos de la combinada estaban situados a sotavento de la línea de fuego y se veían en dificultades para maniobrar. El *San Justo* y el *San Leandro* habían derivado de tal manera que ni siquiera se podía contar con sus cañones por el momento, y casi la mitad de la flota estaba en la vanguardia, a más de tres millas de donde se libraba el combate.

—Tienen un plan, saben qué hacer en cada momento y cómo ejecutarlo, y nosotros ni siquiera estamos improvisando respuestas a cada una de sus maniobras. Cuando los navíos de la vanguardia se den cuenta de lo que está pasando y viren para acudir a socorrernos, será demasiado tarde. Seremos vencidos, pero lucharemos mientras sea posible —comentó Gravina ante su segundo.

—Almirante, la vanguardia está aislada, y con este viento desfavorable no tiene

capacidad de maniobra. Los navíos de las primeras posiciones tienen que virar y volver hacia atrás para ayudarnos, pero con estas condiciones de viento y corrientes tal vez necesiten un par de horas; entre tanto, cada uno de nuestros navíos debe enfrentarse a dos o tres del enemigo.

—Nos han cazado como a conejos. Ni siquiera un guardiamarina en su primer mes de prácticas lo hubiera hecho peor; sólo nos resta combatir y morir con honor. Estos franceses son extraordinarios en ataques rápidos, de curso, pero en batalla abierta son un desastre. Transmita a todos nuestros navíos el siguiente mensaje: «Del almirante Gravina a los capitanes de navíos de la Armada española: Recuerden el artículo cuarenta y uno de las Reales Ordenanzas: “Todo comandante de un bajel de guerra suelto deberá defenderlo de cualquier superioridad de que fuera atacado, con el mayor valor, y nunca se rendirá a fuerzas superiores sin cubrirse de gloria en su gallarda resistencia”. Hágalo de inmediato».

Cuando Faria se enteró por el segundo del *San Leandro* del mensaje que había enviado Gravina, supo que el almirante español había dado por perdida la batalla incluso antes de que comenzara; su mensaje era una llamada al heroísmo, pero a la vez constituía una verdadera asunción de la derrota.

La maniobra de los ingleses fue un éxito desde el principio. Nelson había previsto cortar en dos la línea de la flota combinada y aislar la vanguardia del resto. Así, los navíos ingleses combatirían contra los franceses y españoles en superioridad de dos o tres a uno. Además, los barcos ingleses tenían instrucciones para evitar ofrecer el costado al enemigo, combatiendo preferentemente por la popa o por la mura, lo que, dada su superioridad de posición y numérica, les otorgaba una enorme ventaja añadida y neutralizaba el poderío de las baterías de los grandes navíos de tres puentes españoles y franceses, al reducir su campo de tiro. Los capitanes ingleses debían atacar siempre en superioridad, dos o tres contra uno, y una vez abatido un navío enemigo buscar otro y mantener esa superioridad numérica hasta derrotar por completo a su oponente.

4

Faria observaba desde el puente del *San Leandro* el tremendo intercambio de disparos entre el *Santa Ana* y el *Royal Sovereign*. Una andanada de las baterías de estribor del puente superior del *Santa Ana* alcanzó las velas sobrejuanete y penguito del palo mayor, que cayeron sobre la cubierta del *Royal Sovereign* arrastrando velas, jarcias y vergas.

En un momento, las baterías de los dos costados del *Royal Sovereign* comenzaron a vomitar fuego con una violencia y una eficacia terribles. La cubierta del *Santa Ana* se llenó de humo y de pedazos de madera que volaban por encima de las cabezas de los artilleros, afanados en cargar éstos sus ciento veinte cañones y dispararlos con la

mayor premura posible. En el fragor del combate, los barcos estaban tan próximos que desde los puentes se disparaba con fuego de fusilería, causando numerosas bajas en la marinería de ambos barcos.

Si se lo hubieran contado no lo hubiera creído, pero Faria pudo observar, pese al humo y a la confusión, la diferencia de pericia entre los artilleros ingleses, mucho mejor entrenados, y los españoles y franceses. Los ingleses actuaban como autómatas, perfectamente organizados; en cada movimiento que realizaban se notaba su experiencia y las múltiples ocasiones en que habían entrenado el disparo. Con sus camisas blancas a rayas azules se movían con extrema celeridad entre los cañones. Los españoles e incluso los franceses mostraban menor habilidad, se enredaban en las baterías y eran mucho más lentos en la carga de los cañones y menos eficaces en la puntería.

Tras varias maniobras y bordadas, el *San Leandro* salió al fin de su posición a sotavento, ciñó el viento, largó veías, vitó a babor y acudió en ayuda del *Santa Ana*. Pasó junto al *Royal Sovereign*, al que habían confundido con el *Victory* porque también enarbolaba la insignia de mando, y le largó una carroñada que acabó por desarbolar por completo al maltrecho navío de Collingwood, haciéndole perder el mastelero del juanete de proa. El *Royal Sovereign* le respondió con una andanada de la batería del primer puente, de la que siete proyectiles se incrustaron en el casco a ras de agua y otros muchos en el costado. Afortunadamente para Faria, el *Royal Sovereign* estaba ligeramente escorado y sus cañonazos no alcanzaron a batir la cubierta del *San Leandro*.

La acción de Collingwood había sido suicida, con su ataque despiadado para cortar la línea de la combinada, pero había logrado su objetivo, abrir una brecha por donde se colaron otros navíos y decantar la batalla en favor de Inglaterra. El *Royal Sovereign* estaba inservible y a punto de irse a pique, pero había dejado fuera de combate al *Santa Ana* y al *Fougueux* y había logrado dividir en dos el frente hispano francés, permitiendo así que sus navíos envolvieran al centro y a la retaguardia de la combinada, una ventaja decisiva. Collingwood tuvo que abandonar su navío insignia y fue rescatado por una fragata que se acercó a salvarlo en medio de una terrible refriega, pero antes de hacerlo ordenó disparar todos los cañones disponibles a un tiempo; era su tarjeta de despedida.

En el *San Leandro*, Faria estaba ileso y el sargento Morales sólo había recibido un fuerte golpe en el hombro izquierdo, producto de un pedazo de verga que había caído sobre la cubierta. El *San Leandro* combatía colocado cerca del *Indomptable* y el *San Justo*, con la escuadra enemiga a barlovento. Se había batido con el *Royal Sovereign*, al que había causado grandes destrozos, y había logrado resistir sus tremendas andanadas en medio de un humo tan denso que prácticamente impedía la visión.

Al fin se le presentaba a Francisco de Faria la ocasión que tanto había soñado

desde niño, cuando leía en la pequeña biblioteca de su casa de Castuera viejas crónicas sobre las gloriosas hazañas de Hernán Cortés, Francisco Pizarro o Cabeza de Vaca, que tantas veces había imaginado emular. Su padre le había enseñado dos cosas: que la nobleza presuponía la riqueza y que el noble debía dar ejemplo de valor.

Pero sobre la cubierta del *San Leandro* las cosas no parecían tan fáciles como en sus ensoñaciones juveniles. Los cañonazos de los ingleses batían el casco y desarbolaban las velas, y Faria, en pie, con su sable de oficial de caballería en la mano, no sabía qué hacer. Había imaginado su primera batalla en una amplia llanura cubierta de hierba, haciendo frente a un regimiento de húsares, cargando a todo galope con su compañía, con los curvos aceros de la caballería desenvainados, el viento de frente, avanzando veloz hacia la muerte o hacia la gloria, y tras una carga prodigiosa arrollar a los ingleses, o a quienes fuera, aullando como un lobo enfurecido en medio de un ruido estremecedor de hojas de acero entrechocando, relinchos de caballos desbocados y estrépito de cañones disparando por los flancos, y tras batirse como un héroe de epopeya, vencer a sus adversarios y portar la bandera de España ensangrentada, la casaca manchada de sangre enemiga, el cabello revuelto, las manos triunfantes, el sable teñido de rojo y los enemigos abatidos a sus pies; pero aquello era tan distinto...

Los barcos se habían mezclado unos con otros de tal modo que apenas había manera de distinguir al aliado del enemigo, pues los cascos estaban pintados en los mismos colores amarillo y negro, y la mayoría había perdido sus banderas e insignias en las primeras descargas de artillería; sólo la inmensa quilla roja, negra y blanca del *Santísima Trinidad* se diferenciaba del resto.

En aquellas batallas en el mar el valor de los soldados no se medía por su arrojo en el combate, sino por la paciencia y aguante para soportar los cañonazos del adversario y por mantener la sangre fría para seguir disparando con el mayor tino y calma posible en medio de un infierno de humo, fuego, metralla, maderas y velas que caían cubriéndolo todo y de cortantes astillas que saltaban por todas partes, clavándose en la carne de los marineros como puñales. Allí, en medio del mar, rodeados de agua y de espuma, no había cargas de caballería al son de trompetas ni duelo de espadas entre caballeros, sino tremendos intercambios de andanadas de las baterías y disparos de fusilería desde la cubierta de un navío a la del otro. Y Faria estaba allí, plantado en medio de aquella bacanal de humo, ruido y olor a pólvora, sangre y madera quemada, sin saber qué hacer, sin poder contribuir al triunfo de su bandera.

—Protéjase, capitán, protéjase antes de que le vuelen la cabeza —oyó que le gritaba un oficial que acudía con varios marineros con sacos de suministros hacia una de las baterías de estribor.

Faria contempló su sable de caballería, absolutamente inútil en ese momento, y se

sentó desalentado, apoyándose en la baranda del castillo de popa, ajeno por un momento a cuanto estaba sucediendo a su alrededor. Le sudaban las manos y tenía la boca seca e inundada de un sabor acre y amargo. Allí lo vio el capitán de fragata Meléndez.

—Levántese, capitán Faria, y baje a la sala de oficiales. Aquí lo único que puede ocurrirle es que reciba un balazo o le caigan encima pedazos de mástiles o de vergas y le partan la cabeza.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó.

—Baje a la sala de oficiales y guarde allí. ¿Es usted buen tirador?

—¿De fusil?

—Sí, claro.

—Bueno, no soy demasiado malo.

—En ese caso, pida al maestro armero que le proporcione uno y esté preparado para cuando nos acerquemos lo suficiente a uno de esos navíos ingleses para intercambiar disparos de fusilería. Nos harán falta todos los hombres capaces de abrir fuego sobre ese condenado Nelson.

Meléndez pronunció «Nelson» como si toda la flota inglesa respondiera a ese único nombre, como si el vicealmirante inglés no fuera una persona sino todo un ejército.

—Pero ahí abajo no sirvo de nada. —Baje, Faria, baje y póngase a cubierto. Muerto será totalmente inútil y herido, un estorbo.

Francisco de Faria entró en la sala de oficiales. En ese momento el comandante del *San Leandro*, que también acababa de bajar de cubierta, dictaba a un secretario las incidencias que acababan de acontecer:

—Nuestra tripulación se ha batido con coraje. Los oficiales son valientes y están preparados, nada temen en combate. Pero la marinería no reúne las condiciones necesarias para librar una batalla de este calibre; son muy pocos los que están en condiciones de afrontar un combate en el mar, apenas saben manejar los cañones y carecen de disposición para la pelea. Muchos de ellos, de haber podido, hubieran echado a correr en el primer envite. Haremos cuanto esté en nuestras manos para defender nuestros barcos, pero con hombres tan poco cualificados es difícil plantar cara a un enemigo tan poderoso, tan preparado y tan seguro de lo que quiere y de cómo conseguirlo.

»Doce horas y dos minutos: el almirante Villeneuve ordena abrir fuego en el centro de la línea. Un navío inglés de tres puentes, tal vez el *Victory* del vicealmirante Nelson, intenta romper nuestra línea entre el *Fougueux* y el *Santa Ana*. Intenso cruce de disparos...

—Si me lo permite, señor... —le interrumpió Faria.

—¿Sí, señor delegado...?

—Creo que ese navío inglés al que acaba usted de hacer referencia es el *Royal Sovereign*, del vicealmirante Collingwood.

—¿Cómo lo sabe, capitán?

—Por la insignia. Antes de que lo desarbolaran he visto que ondeaba un guión azul junto a la bandera británica. En una revista inglesa leí hace unos días en Cádiz...

—¡Vaya!, creía que esas revistas estaban prohibidas.

—Bueno —continuó Faria—, prohibidas están, pero circulan por Cádiz, señor. Pues, si es cierto lo que decía esa revista, el guión de Collingwood es azul, mientras que Nelson iza en el *Victory* el suyo blanco.

—Tal vez tenga usted razón, Faria, pero qué importa quién sea el que gobierne ese navío, o cómo se llame.

Y continuó dictando, sin hacer caso a la aclaración de Faria, que a las doce y cuatro un navío inglés, «probablemente el *Victory*», insistió en su error, había atravesado la línea de la combinada, que le habían seguido tres más y que otro había doblado por la retaguardia, iniciándose un duro combate incluso con disparos de fusil y de pistola.

Frente al cabo de Trafalgar, la batalla estaba empezando a definirse. Rota la línea de la combinada por Collingwood, Nelson había intentado hacer lo mismo con el *Victory* entre la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*, los dos navíos más armados de la combinada, pero el general Cisneros ordenó meter en facha las gavias del *Santísima Trinidad* y logró pegarse de tal modo al *Bucentaure* que Nelson desistió en su empeño, recibiendo además una andanada que desarboló algunas velas de su navío y dejó destrozada buena parte de la cubierta superior. Nelson no tuvo la precaución de ordenar a sus hombres que se tumbaran sobre la cubierta en la primera acometida, como hiciera Collingwood, y algunos de ellos cayeron con las primeras descargas del *Santísima Trinidad*.

El vicealmirante inglés viró entonces a estribor intentando abrirse camino hacia la popa del *Bucentaure*, donde había un amplio hueco que no había sido cubierto por el *Neptune*, el navío que debía seguirle, al haber quedado sotaventado. Para abrirse paso, Nelson ordenó disparar todas las baterías a la vez, cargadas con balas dobles e incluso triples, que causaron mucho daño en la popa del *Bucentaure*.

El capitán Lucas, que mandaba el *Redoutable*, de setenta y cuatro cañones, observó la maniobra de Nelson y, largando todas, las velas y virando a babor, acudió en ayuda del *Bucentaure*. Logró tapar el hueco por el que intentaba pasar Nelson, pero dejó desprotegido su lado de estribor y por allí cargó contra él el *Téméraire*, que seguía al *Victory* en la columna inglesa, quedando atrapado en medio del fuego superior de los dos navíos británicos. Nelson sabía que si lograba atravesar la línea de la combinada en ese punto y colocaba varios de sus barcos al otro lado, la flota

hispano francesa quedaría envuelta por dos puntos y su victoria sería inapelable, de ahí que pusiera todo su empeño en lograr abrir esa brecha. El viento ayudó de nuevo a Inglaterra, y una racha muy fuerte desplazó al *Bucentaure* un par de largos, trecho suficiente como para dejar paso por su popa al *Victory*, cuyo lado de estribor quedó emparejado con el de babor del *Redoutable*. El navío insignia de la flota de Nelson superaba ampliamente la capacidad de fuego del *Redoutable*, y además el *Téméraire* se coló por detrás de su popa, lanzándole un par de andanadas con todas sus baterías que causaron al navío francés muchos daños. Pero el *Redoutable* combatió con una intensidad y un esfuerzo extraordinarios, supliendo su inferioridad en potencia de fuego con un ardor y una entrega encomiables.

Desde el *Santísima Trinidad* y desde el *Bucentaure* observaron cómo seis navíos, el *Victory*, el *Téméraire*, el *Neptune*, el *Conqueror*, el *Leviathan* y el *Britannia*, se desplegaban por el flanco de babor, disparando todos sus cañones en una superioridad de dos e incluso tres a uno. La combinada intentaba mantener una línea que comenzaba a romperse, en tanto los navíos de Nelson llegaban uno tras otro y se cebaban con unos barcos que navegaban además con viento contrario, en tanto que los ingleses lo hacían con un favorable viento de popa. Dos contra uno, los dos flancos de varios navíos españoles y franceses atacados al mismo tiempo por dos navíos ingleses, ganando siempre la posición, disparando en superioridad numérica, con viento a favor y con una mejor preparación técnica y táctica..., aquella victoria no podía escaparse de las manos de Nelson.

En el centro de la combinada, el *Bucentaure* y el *Santísima Trinidad* estaban soportando la peor parte del combate. El general Escaño había caído herido en la cubierta del *Santísima Trinidad*, pero tras ser curado en la enfermería había vuelto a su puesto de combate. Sobre los dos gigantes se había cebado la mitad de los navíos de la columna de Nelson. La táctica del vicealmirante de atacar dos o tres navíos ingleses a uno de la combinada, destrozarlos y caer sobre otro estaba siendo un absoluto éxito. La superioridad numérica de los ingleses, conseguida gracias a la táctica empleada, y su mejor preparación estaban causando tales destrozos a la combinada que a las dos horas de su comienzo la batalla estaba ya totalmente decantada del lado inglés. El *Agamemnon*, el *Ajax* y el *Conqueror*, tres de los mejores navíos ingleses, maniobraban con ventaja y plena libertad de acción sobre los españoles y franceses que ya luchaban contra uno o dos navíos ingleses, y con la ayuda del *Orion* y del *Leviathan* acudían a donde hacía falta su apoyo, ganando siempre la superioridad sobre sus enemigos.

El brigadier Churruca, que presagiando la derrota había dirigido a sus hombres una encendida arenga antes de entrar en combate a bordo del *San Juan Nepomuceno*, se había enfrentado al *Tonnant* y al *Mars* al mediodía, y luego hasta con cinco navíos ingleses de la columna de Collingwood a la vez, sufriendo graves daños en el

velamen y en la cubierta. Una bala de cañón le arrancó la pierna de cuajo justo por encima de la rodilla; Churruca se limitó a decir: «Esto no es nada, siga el fuego». Pero el valeroso marino no podía tenerse en pie sobre una sola pierna. Sus oficiales quisieron llevarlo a un lugar más seguro, pero Churruca ordenó que le vendaran el muslo seccionado, le aplicaran un torniquete y trajeran un barril lleno de arena. Ante el asombro de todos, Churruca ordenó que le ayudaran a colocar el muslo de la pierna que había perdido y clavarlo dentro del barril de arena, mientras apoyaba la otra pierna firme sobre el sudo. «No podré caminar, pero sí mantenerme en pie», dijo. Y el brigadier siguió dirigiendo a sus hombres desde su puesto de combate, con un barril de arena como sustituto de la pierna que había perdido, mientras se desangraba lentamente.

Pero había vertido tanta sangre que, sintiéndose morir, ordenó a su segundo que no rindiera el navío hasta después de su muerte, que le sobrevino en su puesto de mando, haciendo que unas palabras que había escrito en su diario pocos minutos antes de iniciarse la batalla fueran proféticas: «Si oyes decir que mi navío ha sido apresado, di que he muerto». Capturado el *San Juan Nepomuceno*, los ingleses rindieron honores al cadáver de Churruca, colocado sobre la cubierta y rodeado de los pocos marineros españoles que quedaban en pie. Un oficial inglés escribió el nombre de Churruca con pintura dorada en el camarote del brigadier español y ordenó que todos los que entraran en aquel lugar lo hicieran descubiertos, como muestra de homenaje a tan valeroso soldado. Junto a su cadáver se colocó su espadín y un ejemplar de su *Diccionario de Marina*, que había publicado en 1796 con Antonio de Escaño.

El *Bahama*, al mando del brigadier Alcalá Galiano, fue atacado por el *Colossus*, el *Neptune* y el *Bellephoron*, sin que el *Aquila* y el *Algésiras*, que navegaban a su popa y a su proa, pudieran protegerle los costados. Bajo las primeras descargas del *Colossus*, Alcalá Galiano cayó abatido por una bala de cañón; de él decían que era el brigadier más valeroso de la Armada española. Su segundo, el capitán de fragata Tomás Ramery, solo en medio de varios navíos enemigos, tuvo que rendirse mediada la tarde y fue trasladado a bordo del *Colossus*.

El centro de la combinada había quedado envuelto por la columna de Nelson, en una notoria superioridad, pues algunos navíos franceses y españoles seguían sotaventados y los navíos de la vanguardia permanecían aislados y ajenos a cuanto estaba sucediendo tres millas por delante de sus proas. El *Santísima Trinidad* y el *Bucentaure* se enfrentaron con fuerzas muy superiores, con la sola ayuda del *Redoubtable*, que se mantenía al costado junto al *Victory* e intentaba romper el cerco inglés.

A bordo del *San Leandro* el capitán Faria no había podido aguantar por más tiempo en la cámara de oficiales y había vuelto a subir a cubierta. Llevaba un fusil

que el armero le había proporcionado y portaba su sable de caballería envainado y colgando de su cinturón. Se asomó por la borda del navío y contempló una verdadera vorágine de fuego, humo y destrucción. Decenas de proyectiles barrían las cubiertas y las arboladuras de los barcos, algunos tan próximos entre sí que chocaban sus cascos produciendo un crujido que sonaba entre los cañonazos y los impactos de los proyectiles como una infernal melodía chirriante.

Morales se situó junto a una de las baterías y ayudó a los artilleros a cargar un cañón junto al que yacían dos hombres heridos.

—¡Sargento, sargento Morales! —le gritó a su ayudante.

Pero Morales no lo oía; estaba afanado con todos sus sentidos en cargar el cañón, ajustado bien a la cureña y apretar muy fuerte las balas y la pólvora con el retaco para que los disparos fueran más efectivos.

Faria había disparado alguna vez en las prácticas de tiro de la escuela militar de Badajoz cuando era un cadete, pero aquello era tan distinto... No sabía qué hacer, ni dónde acudir, ni cómo auxiliar a aquellos hombres que estaban dejándose la piel en la batalla.

—¡Protéjase, capitán, protéjase! —le gritó el alférez Santiago de Palacios, que al vedo en pie junto a la borda, expuesto a recibir un impacto directo, corría a avisarlo del peligro.

Faria se agachó instintivamente, buscando la protección de la baranda de la borda.

—Gracias, teniente.

—Tenga cuidado, señor, esos canallas ingleses están disparando metralla con cadenas y pedazos de hierro para causar todo el daño posible entre...

Un proyectil estalló a su lado justo en ese momento, destrozó parte de la barandilla donde estaban los dos oficiales y lanzó al aire decenas de pedazos de madera. La explosión arrojó a Faria y al teniente al suelo.

Faria se incorporó aturdido, conmocionado por la explosión y el terrible ruido causado por el impacto.

—¿Está bien, teniente?, ¡teniente, teniente!

El teniente Santiago de Palacios yacía bajo uno de los botes junto a un charco de sangre. Faria se acercó hasta él y pudo ver su rostro contraído por el dolor; tenía las manos junto al cuello y abría la boca intentando coger aire.

—Capitán, mi cuello, mi cuello —gimió.

Faria lo incorporó sobre sus rodillas y pudo ver entonces el cuello del teniente, en el que se había clavado una gruesa astilla de cuatro dedos de grosor y un palmo de largo.

—No se mueva, teniente, no se mueva.

—Casi no puedo respirar, capitán, me ahogo, mi cuello, mi cuello...

Faria gritó como un demente, recogió su fusil del suelo y disparó por la borda

hacia uno de los barcos ingleses.

—¡Malditos, malditos, malditos! —gritó desesperado, blandiendo su sable al aire.

5

Horacio Nelson dirigía todas las maniobras desde el puente de mando del *Victory*. Estaba ebrio de victoria y se creía inmune a cuanto sucedía a su alrededor. Tocado con su inconfundible gorro de dos picos y vestido con un ajustado pantalón crema, medias blancas, zapatos con hebillas plateadas y casaca azul, lucía sus condecoraciones en el lado izquierdo del pecho. Sosteniendo el fino espadín de mando con su única mano, la izquierda, parecía tranquilo, como si en vez de estar combatiendo en el centro de la más terrible batalla naval jamás librada estuviera dirigiendo unas maniobras rutinarias para el aprendizaje de jóvenes guardiamarinas. Su aplomo y seguridad eran tales que no se inmutaba cuando a su alrededor estallaban las bombas del enemigo o volaban en torno a su cuerpo pedazos de la madera de la cubierta, cuando ésta era alcanzada por los proyectiles de artillería, o cuando silbaban las balas de los fusiles disparados desde el *Redoubtable*, cuyo casco estaba tan pegado al del *Victory* que por ese lado ni siquiera podían dispararse los cañones, y se utilizaba el fuego de fusiles, trabucos y pistolas para combatir de cubierta a cubierta.

El vicealmirante inglés envainó su espadín y pidió que le acercaran un catalejo, con el cual observó la posición de los navíos en la batalla, el cerco del centro de la combinada, los navíos franco españoles sotaventados, la ruptura de la línea que había logrado Collingwood, la lejanía de la vanguardia enemiga y su lentitud y dificultad para virar y ayudar al centro. Supo entonces que la tenía en sus manos, allí estaba al fin la victoria que tanto había esperado, su mayor triunfo, su mayor gloria, nadie podría arrebatarse jamás el honor de ser el mayor héroe de la historia naval de Inglaterra.

Morado Nelson respiró hondo a pesar del humo que lo inundaba todo, plegó el catalejo y ordenó sostener todo el fuego de los cien cañones del *Victory* sobre el *Bucentaure*, que también estaba siendo atacado por el *Ajax* y el *Conqueror*, y sobre el *Redoubtable*. Rodeado por sus oficiales, que iban y venían sobre la cubierta ejecutando las órdenes de su jefe, Nelson cayó de pronto al suelo. Una bala de fusil disparada desde el *Redoubtable* le había penetrado por el hombro izquierdo y le había atravesado el pecho hasta quedar instalada en la espina dorsal. Sintió la punzada de la muerte en su interior y no pudo siquiera mantenerse erguido. El capitán Hardy se apresuró a incorporarlo y vio en sus ojos el pálido reflejo de la muerte.

—¡Señoría, señoría..., rápido, rápido, han alcanzado al vicealmirante! —gritó Hardy.

Varios oficiales recogieron el cuerpo sangrante de su jefe y lo llevaron en andas a

un lugar seguro bajo cubierta. Nelson agonizaba a pesar de los cuidados del cirujano, que hacía lo imposible por detener la hemorragia que estaba desangrándolo.

Hardy, que había tomado el mando en cubierta, bajó unos minutos después para interesarse por su jefe, que yacía bajo la luz de un farol, recostado en el suelo sobre unas almohadas.

—Es el fin, Hardy; lo han conseguido, por fin han logrado acabar conmigo —dijo Nelson a su segundo a bordo.

—No, señoría, no, no es tan grave —mintió el segundo del *Victory*.

—Mi buen Hardy... Dígame, ¿cómo va la batalla?

—Excelente, señoría. Trece o catorce de sus navíos están a punto de caer en nuestras manos, aunque algunos de los de su vanguardia están ahora viniendo hacia nosotros. He ordenado que dos o tres de los nuestros los acosen por popa.

—Han cometido demasiados errores, y lo siguen haciendo. ¿Cuántos barcos hemos perdido nosotros?

—Tal vez nueve, señoría.

Nelson hizo una pausa. Su corazón latía cada vez más despacio; la vida se le escapaba a raudales. Sabía que apenas le quedaba tiempo para saborear su mayor victoria, pero no volvería a Inglaterra... vivo.

—Quiero saber al instante todo cuanto ocurra en cada momento. Suba usted a cubierta y manténgame informado mientras esté consciente y vivo, que no será por mucho tiempo.

—Vivirá, señoría, vivirá para disfrutar de esta gran victoria. Le espera un gran recibimiento en Portsmouth y en Londres. El rey Jorge le condecorará y será ascendido a almirante.

Pero la vida de Nelson se apagaba despacio, como la luz de un candil al que apenas le quedan unas gotas de aceite.

Hardy se ajustó el gorro y ganó corriendo la cubierta del *Victory*, cuyo casco estaba muy dañado a causa del fuego del *Redoubtable*. Con su catalejo miró alrededor: no había duda, el triunfo era ya de Inglaterra.

Durante unos instantes se produjo una tregua, tal vez porque habían coincidido varios navíos en la recarga de sus baterías, pero de nuevo comenzó con más dureza si cabe el intercambio de andanadas. El *Santísima Trinidad* y el *Bucentaure* mantenían desesperados el fuego, batidos por seis enemigos, aguardando a que llegaran en su ayuda el *San Agustín*, el *Héros* y el *Intrépide*.

Entre tanto, el *Príncipe de Asturias*, que había desmantelado al *Defence* inglés, libraba un encarnizado combate en la última posición de la retaguardia contra tres navíos ingleses que lo acosaban por ambos flancos, el *Dreadnought*, el *Poliphemus* y el *Thunderer*. Desarbolado, sin velas ni estays, mantenía el fuego a pesar de la superioridad del enemigo. Tras varias horas de lucha fue socorrido por el *San Justo* y

el *Neptune*, que arrastraron a otros navíos de la combinada, entre ellos al *Achilles* francés, que recibió tal cantidad de disparos que se incendió la santabárbara y estalló envuelto en llamas. Una descarga de una carroñada con metralla lanzada desde un navío inglés batió la cubierta del *Príncipe de Asturias* y alcanzó a Gravina en el brazo izquierdo; el almirante cayó al suelo con el brazo destrozado, pero se incorporó de inmediato y, aun viéndolo todo perdido, ordenó seguir combatiendo. En la popa del *Príncipe de Asturias* se mantenía ondeando la bandera roja, amarilla y roja de la Armada española, en tanto que la insignia tricolor del *Bucentaure* acababa de rendirse ante la superioridad de los ingleses y el duro castigo al que había sido sometido el navío insignia francés.

El navío *Neptuno*, mandado por el capitán Cayetano Valdés, acudió en ayuda del *Santísima Trinidad* cuando el gigante ya estaba perdido. Eran las tres y media de la tarde y su acción sólo sirvió para que recibiera tal andanada desde la superioridad de número de sus oponentes que quedó desarbolado, con los obenques cortados, desprovisto del estay mayor, de la verga del trinquete y del mastelero de gavia. Imposibilitado para maniobrar, recibió una certera andanada por debajo de la línea de flotación y comenzó a hacer agua. En torno a las cuatro de la tarde el *Neptuno* seguía soportando fuego enemigo; una certera andanada desarboló el palo de mesana, que cayó sobre el puente de mando, golpeando en la cabeza a Valdés, que perdió el sentido. El barco quedó a la deriva, sin apenas capacidad de gobierno, y sin defensas.

También acudió el *San Agustín* en ayuda del *Santísima Trinidad*, batiéndose por babor. Fue atacado por cinco navíos, pero su capitán Felipe Jado Cajigal logró mantener la posición, rechazando incluso varios abordajes. Tras cinco horas de lucha, casi todos sus hombres estaban heridos o muertos, y los pocos que quedaban sanos se afanaban en achicar con bombas las numerosas vías de agua que amenazaban con llevarlo a pique. Tuvo que rendirse poco antes de que sus hombres fueran evacuados a un navío inglés y de que se hundiera envuelto en llamas.

El *Santísima Trinidad* se había mantenido firme desde el inicio del fuego y durante tres horas muy cerca de la popa del *Bucentaure*, pese a ser atacado por tres navíos de tres puentes, además del *Victory*. Aislado del resto de la flota, el mayor buque del mundo combatió contra cinco oponentes causándoles graves daños. A las tres de la tarde su comandante, el brigadier Baltasar Hidalgo de Cisneros, ordenó separarse del *Bucentaure*, que estaba ya absolutamente destrozado, para intentar zafarse del fuego enemigo, pero el mal estado de las velas impidió realizar la maniobra. Hidalgo de Cisneros cayó herido y fue retirado de cubierta. El fuego inglés fue desmantelando uno a uno todos los mástiles y las vergas, y a comienzos de la tarde el gran buque ya no tenía en pie ni un solo palo y carecía de gobierno; sus costados estaban cubiertos de palos, velas y jarcias en tal cantidad que le impedían incluso disparar, y sus puentes y cubiertas estaban atestados de muertos y heridos.

Imposibilitado para recibir cualquier ayuda, desarbolado, con las baterías inutilizadas por la cantidad de despojos que cubrían los flancos, el *Santísima Trinidad* se rindió a las cuatro de la tarde. Había tantos muertos y heridos sobre sus cubiertas que la sangre salía por las poternas de los cañones confundándose con el color rojo del casco.

El *Bucentaure* también se había rendido. El buque insignia de Villeneuve estaba totalmente destrozado y no disponía de un solo bote en condiciones de transportar al almirante a otro navío desde el cual poder seguir dirigiendo las operaciones. Villeneuve cayó preso en manos de los ingleses, que lo llevaron ante Collingwood. Un teniente inglés retiró de la cámara de oficiales del *Bucentaure* el águila imperial de combate, un emblema de un palmo de alto en bronce que portaban todos los navíos franceses.

La maniobra de la escuadra inglesa se estaba saldando con gran éxito. Cada barco de la combinada había sido batido al menos por dos ingleses, pues en cuanto uno de ellos conseguía ganar una posición en la línea de combate aparecía otro para atacar a los franceses y españoles por los dos flancos. Las maniobras de los ingleses, con plena autonomía cada uno de ellos para actuar como mejor le pareciera a cada uno de sus capitanes en cada momento, había confundido a la combinada, que, siguiendo las estrictas órdenes de Villeneuve, se había afanado inútilmente por mantener una línea que había demostrado ser un rotundo fracaso.

El *San Francisco de Asís* viró hacia la línea de fuego, rompiendo la formación que mantenía con otros navíos franceses, para ayudar a los barcos que estaban sufriendo mayor castigo. Recibió varias andanadas que le destrozaron el velamen y las jarcias. Su capitán, Luis Antonio Flores, contempló indignado cómo los navíos franceses que lo acompañaban no acudían tras él al combate.

La vanguardia al mando del contraalmirante Dumanoir todavía no había entrado en liza, manteniéndose alejada de la refriega. Poco antes de ser apresado, Villeneuve le había ordenado que virara en redondo y acudiera en su auxilio, para así contrarrestar la superioridad numérica de los ingleses, pero Dumanoir tardó mucho tiempo en cumplir esa orden. Cuando viró, los palos del *Bucentaure* y del *Santísima Trinidad* ya habían caído sobre sus cubiertas y la batalla tocaba a su fin. Dumanoir mandaba nada menos que diez navíos, que se dividieron en dos columnas. La primera, con el *Scipion*, el *Duguay-Trouin*, el *Mont-Blanc*, el *Neptuno* y el *Formidable*, que gobernaba el propio Dumanoir, se acercó al centro, donde sucumbían el *Bucentaure* y el *Santísima Trinidad*, descargó con sus baterías de babor algunas andanadas desde lejos y orzó hacia el oeste para perderse de vista en el horizonte; sólo se quedó el navío español *Neptuno*, que fue atacado por el *Conqueror*. El contraalmirante Dumanoir justificó su retirada ante sus oficiales asegurando que todo estaba decidido y que su sacrificio no hubiera servido sino para perder varios

navíos más. Villeneuve, que ya preso de los ingleses contempló la huida de su subordinado, nada sintió ante la retirada de su compañero de armas, no en vano una espantada como ésa la había realizado él mismo en la batalla de Abukir, en el delta del Nilo, cuando huyó de Nelson dejando a sus compañeros abandonados a su suerte. La segunda columna, con el *San Francisco de Asís*, el *San Agustín*, el *Rayo*, el *Héros* y el *Intrépide*, se quedó en la batalla, cruzando fuego con los ingleses *Spartiate* y *Minotaur*. Pero ya era tarde, demasiado tarde.

La combinada había perdido la batalla de Trafalgar.

Hardy corrió a informar a Nelson, que aguantaba con vida merced tan sólo a su deseo de saberse al fin vencedor.

—Señoría, la victoria es nuestra. Catorce, tal vez quince navíos enemigos han sido destruidos o capturados.

—No está mal, pero yo había previsto que fueran al menos veinte. ¿Y el *Trinidad*, ha caído el *Santísima Trinidad*? —demandó Nelson.

—Sí, señoría, ha sido desarbolado y se ha rendido. Nuestros hombres lo están marinando ahora.

—Llévenlo a Inglaterra, ¿me oyen?, llévenlo hasta Portsmouth como sea. Que lo vean, que nuestros compatriotas vean nuestro mejor trofeo y disfruten con el símbolo de nuestra victoria. Y ahora eche el ancla, Hardy.

Nelson comenzaba a desvariar.

—¿El ancla, señoría?

—Anclar la flota, anclar la flota.

—No lo entiendo, señoría. ¿Está usted bien? Supongo que es el vicealmirante Collingwood quien ha de tomar el mando ahora.

—No mientras yo viva. Eche el ancla, Hardy, hágalo, y córteme un mechón del cabello y entrégueselo a lady Hamilton; dígame que siempre la he amado y que mi último pensamiento ha sido para ella.

Nelson yacía desnudo y cubierto por una sábana en la cual se apreciaban manchas de sangre reciente. Tenía el pelo sudoroso y pegado al cráneo, el rostro ajado y pálido, las cejas enarcadas y los ojos perdidos en una mirada vaga y vacilante.

Hardy retornó a cubierta y contempló el panorama que se extendía ante sus ojos. Aquello debió de parecerle lo más similar a su idea del infierno. Dos docenas de barcos totalmente desarbolados ardían envueltos en llamas y humo, con los mástiles, vergas y velas abatidos sobre las cubiertas y los costados. Parecían buques fantasmas recién salidos del sueño de un espectro, con sus cascos astillados y con enormes boquetes, como si un ejército de gigantescas carcomas se hubiera dado un buen festín. Entre los navíos, varios botes cargados de hombres evacuaban a los marineros de los barcos que estaban a punto de irse a pique o ardían de tal modo que era ya

imposible controlar el incendio, o recogían con guindolas a los que habían caído al agua y pugnaban por mantenerse sobre la superficie del mar agarrados a cualquier cosa que flotara, y a los que se descolgaban por las poternas de las baterías y pedían ayuda agitando sus camisas hechas jirones como si fueran banderolas. Alrededor de los barcos flotaban mástiles, velas, vergas y jarcias, entre olas que mecían a las naves como invitándolas a una danza macabra. El sol había comenzado a caer en el horizonte oculto tras unas bandas de nubes rojizas a las que teñía del color de la sangre de los caídos.

Hardy regresó ante Nelson.

—La victoria es nuestra, es de Inglaterra, señoría. Más de la mitad de los navíos de la combinada está en nuestras manos y el resto huye destrozado hacia Cádiz.

—Gracias a Dios, Hardy, gracias a Dios..., Dios..., Inglaterra.

—No se esfuerce, señoría.

—Muerdo, Hardy, pero muerdo tranquilo, satisfecho por haber cumplido con mi deber, con mi país.

—No hable, señoría, guarde las fuerzas.

—Yo he cumplido con mi deber. Pongo mi alma en manos de Dios y la justa causa que he defendido con mi sangre. Doy gracias a Dios por la victoria..., Dios y mi país, Dios e Inglaterra —suspiró Nelson en un último esfuerzo supremo, intentando aspirar una última imposible bocanada de aire.

Hardy sostuvo la cabeza de Nelson, que había caído ladeada, y sintió que su jefe había expirado el último aliento.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando Nelson murió.

6

A las cinco de la tarde cesó el fuego en la mayoría de los buques, aunque algunos navíos todavía cruzaron algunas andanadas hasta casi una hora después. Unos nubarrones densos y oscuros comenzaron a cubrir el cielo gris y rojizo, y sus masas pesadas y sombrías se confundieron con las columnas de humo que lo inundaban todo. Poco después comenzó a anochecer sobre los riscos del cabo de Trafalgar.

El *San Leandro* tenía todo el velamen traspasado a balazos, la maniobra cortada, el palo mayor y el trinquete a punto de venirse abajo y el mastelero de gavia partido por el tramo alto. Una certera andanada dirigida al puente de mando había acabado con la vida de varios oficiales. El alférez de fragata Santiago de Palacios se desangraba en brazos de Faria, con la gruesa astilla clavada en pleno cuello. Faria lo sostenía sobre sus rodillas mientras gritaba pidiendo en vano la asistencia de un cirujano.

—Sea fuerte, aguante, muchacho, aguante —le animó Faria, quien se sintió extraño llamando muchacho a un joven de su misma edad.

—Es inútil, capitán Faria, voy a morir, siento cómo la muerte me reclama — bisbisó con voz ronca, apenas audible.

—Es usted muy joven, alférez, todavía le quedan muchos combates que librar.

—No, capitán, no. La vida se me escapa a chorros. ¿Se ha dado cuenta?, al menos la arena servirá para que mi sangre no manche la cubierta.

A pesar de los esfuerzos de Faria por taponar la herida del cuello del teniente, la astilla le había seccionado la carótida y manaba sangre con gran profusión.

—Era mi primera misión, mi primera batalla... me hubiera gustado regresar... a mi casa... y contar a mis padres una gran victoria... orgullosos de mí... Se apaga la luz, se hace el silencio...

—¡Cirujano, cirujano! —gritó en balde Faria, El joven alférez cerró los ojos y exhaló un último suspiro. La arena baldeada sobre la cubierta empapó su sangre.

Aprovechando el cese del fuego, el *San Leandro* gobernó a babor y se alejó del campo de batalla para fijar sus palos de manera muy provisional y asegurar los brandales y los guíñales ante la falta de los estays, pues los tenía todos arrancados. Intentó ayudar al *Príncipe de Asturias* para remolcarlo, aunque no logró acercarse lo suficiente para lanzarle un cable. Viendo todo perdido, José de Quevedo, capitán del *San Leandro*, optó por virar hacia el oeste y dirigirse hacia el puerto de Cádiz, en cuya bahía entró mediada la tarde. Tras él se retiraron el *San Justo* y el *Príncipe de Asturias*, que pudo ser remolcado por la fragata francesa *Themis* y donde Gravina había enarbolado la señal de reunión.

Frente al cabo de Trafalgar la situación era catastrófica. Catorce navíos de tres naciones tenían todos sus palos y velas desarbolados y flotaban como boyas a la deriva, y media docena más estaban en condiciones deplorables. Los ingleses se afanaban en marinar y remolcar a los que se habían rendido, nueve españoles y ocho franceses, en tanto el *Príncipe de Asturias* seguía enarbolando la insignia de la escuadra española y encabezaba a varios navíos que se dirigieron hacia el puerto de Cádiz.

El *Argonauta* estaba totalmente desarbolado y se había rendido, el *San Ildefonso* se había rendido al navío inglés *Defence*, tras combatir con dos navíos ingleses que se retiraron para ser relevados por otros dos. Antes de entregarse, su capitán arrió la bandera, la señal de rendición, y arrojó al mar, atados a una palanqueta, los pliegos reservados con las órdenes secretas y las claves de comunicaciones con su libro de señales, como tenían orden de hacer todos los comandantes que vieran sus barcos a punto de ser capturados por el enemigo.

El *Rayo*, de ochenta cañones y más de cincuenta años de servicio, había llegado a puerto en pésimo estado, y el *San Francisco de Asís*, con el velamen y las jarcias destrozados, había fondeado cerca de la torre de San Sebastián en el puerto de Cádiz.

El *Santísima Trinidad*, desarbolado y en muy mal estado tras cuatro horas de ataque sin tregua por varios navíos ingleses, fue marinado por los ingleses, que comenzaron a remolcarlo hacia Gibraltar. Nelson había ordenado que se hicieran cuantos esfuerzos fueran necesarios para capturar ese navío y llevarlo a un puerto británico. ¡Cuántas veces había imaginado llegar a Portsmouth con el *Victory* enarbolando al viento su estandarte blanco junto a la *Union Jack* y remolcando al *Santísima Trinidad* como trofeo de guerra!

El día anterior a que los navíos españoles y las águilas imperiales francesas se ahogaran en Trafalgar, Napoleón había destrozado en los campos de Ulm al ejército austríaco.

Cayó la noche del día veintiuno de octubre de 1805 sobre la bahía de Cádiz, y con ella estalló una terrible tempestad. El capitán Faria ayudaba sobre la cubierta del *San Leandro*, con el uniforme sucio y desgarrado, las manos ensangrentadas y los ojos enrojecidos por el humo y el dolor, a organizar la evacuación de los cadáveres y la atención a los heridos. El navío había logrado alcanzar la seguridad del puerto de Cádiz pese a los terribles daños sufridos, y su capitán se afanaba por dar órdenes a sus maltrechos hombres, que obedecían como autómatas aunque con escasa diligencia.

En el puerto, sobre los muros e incluso en las azoteas, la población de Cádiz se había agolpado para intentar observar los signos de la batalla. Sólo podían ver humo, algún resplandor e incluso oír lejanísimos estallidos que seguían a luces vivísimas que refulgían sobre el oscuro horizonte hacia el sureste. Un par de jabeques patrullaban la entrada al puerto atentos a ayudar a cualquier navío que regresara averiado.

Faria bajó a la sala de oficiales, cogió papel, pluma y tintero y redactó un breve informe sobre la batalla; iba dirigido a Godoy y le anunciaba la derrota y la desesperada situación de la flota combinada; acababa señalando que en cuanto le fuera posible enviaría un informe detallado de todo lo sucedido. Ordenó a un marinero que fuera al puerto en alguna de las barcas que se acercaban hasta el *San Leandro* para recoger heridos y suministrar provisiones y que llevara el mensaje al gobernador de Cádiz para que éste lo remitiera de inmediato a Madrid con prioridad sobre cualquier otro asunto.

Descendió hasta la enfermería, situada bajo la línea de flotación, para ayudar a evacuar a los heridos. Un oficial había hecho el recuento de bajas a bordo del *San Leandro*. De un total de seiscientos seis tripulantes, los muertos ascendían a ocho y los heridos a veintidós; eran pocos, comparados con los doscientos cinco muertos y ciento ocho heridos del *Santísima Trinidad*.

En la enfermería el calor era húmedo y el ambiente estaba invadido por humo e

impregnado por olor a sangre, excrementos, sudor y pólvora quemada. Los heridos más graves comenzaban a ser evacuados, y a todos los que podían beber se les proporcionaba vino de Jerez caliente.

Cuando la oscuridad fue total, bajo la lluvia inclemente de la tempestad que arreciaba, Faria se recostó junto a unas maromas, se cubrió con un pedazo de vela bajo la cubierta del primer puente e intentó dormir un poco a resguardo del aguacero que se precipitaba sobre la bahía de Cádiz. Se despertó antes del amanecer, cuando clareaba el horizonte por el este, y se incorporó confuso y atolondrado; todavía restallaban en su cabeza los ecos de los cañonazos de la batalla del cabo de Trafalgar. Un nauseabundo olor acre estalló en su nariz, cuyas aletas se contrajeron para intentar evitarlo. Sobre la cubierta se lamentaban algunos heridos que aguardaban a que arribaran los botes para desembarcarlos en el puerto; se quejaban de sus heridas y maldecían su suerte.

A primera hora de la mañana, bajo unos nubarrones grises y una lluvia muy intensa, con fuertes rachas de viento del suroeste que arrojaba grandes olas sobre los muros de Cádiz, dos botes evacuaron a los heridos que restaban a bordo desde el día anterior y envolvieron a los cadáveres en sábanas. Faria y Morales ayudaron en esas faenas en el *San Leandro* hasta que un marinero preguntó por el capitán Faria.

—Yo soy.

—Capitán, el general Escaño ha convocado una junta de oficiales superiores para las nueve a bordo del *Príncipe de Asturias*. Le pide que asista en su calidad de delegado del gobierno. Aquí está la citación.

Faria llamó al sargento Morales y le dijo que desembarcara y fuera a la pensión a decirle a Cayetana que él estaba bien. Le ordenó que después se dirigiera al palacio del gobernador y que le comunicara de su parte que iba a asistir a una reunión de comandantes, pero que en cuanto le fuera posible acudiría a darle noticia de lo sucedido.

Soplaba un ligero viento del sur, algo fresco. Desde el bote que trasladó a Faria y al capitán de navío Quevedo desde el *San Leandro* hasta el *Príncipe de Asturias* vieron cómo se echaban abajo las vergas del navío. Ese mismo bote llevó a Morales hasta el puerto.

El almirante Gravina y el teniente general Escaño presidían la reunión de comandantes; ambos estaban heridos y cubiertos de vendas y paños manchados de sangre seca.

—Señores... —comenzó a hablar Gravina; parecía imposible que pudiera mantenerse en pie en su lamentable estado, con un brazo destrozado—, muchos de nuestros compañeros siguen frente al cabo de Trafalgar a bordo de sus barcos desarbolados. Se han batido como héroes pese a los errores del mando francés. Nuestro deber es acudir en su ayuda. Hoy es imposible, pero en cuanto amaine el

temporal iremos a buscarlos y atacaremos a cuantos ingleses nos encontremos. No podemos abandonarlos en estas circunstancias. Propongo que con todos los buques que dispongan de las mínimas velas para navegar salgamos a recogerlos en cuanto se pueda.

La propuesta de Gravina fue aceptada unánimemente, pero el estado de los navíos era desastroso y el viento y la tempestad arreciaban de tal modo que esa misión de rescate parecía imposible. La fuerza del viento enrizó tanto las aguas que los botes que habían llevado a los comandantes no pudieron siquiera separarse del costado del navío, y Faria tuvo que permanecer todo el día a bordo del *Príncipe de Asturias*.

Aquella tarde y la noche siguientes fueron angustiosas. La terrible tormenta continuó desatada con tal furia que los trabajos de rescate de los que continuaban en el mar fueron imposibles. Los marineros ilesos y los heridos de poca gravedad se afanaron en limpiar las cubiertas, reparar los escasos palos y velas que podían salvarse y reforzar vergas y masteleros con cables y maromas. Los gaditanos habían acudido en gran número hasta los muelles del puerto, donde ayudaban a evacuar heridos en sillas de manos, calesines e incluso en improvisadas parihuelas. Hasta los estudiantes de la nueva facultad de cirugía que la Armada había fundado en Cádiz corrieron prestos a curar a los enfermos y a asistir a los heridos.

En las aguas del puerto flotaban maderas, velas, jarcias, restos de alimentos y animales muertos, y de vez en cuando algunos cadáveres que las corrientes acercaban hasta la orilla. Un buque francés se hundió justo en la bocana del puerto, y con él toda su tripulación.

Durante la noche, mientras los hombres descansaban bajo las cubiertas protegiéndose de la lluvia, se oían a lo lejos cañonazos en demanda de socorro.

Gravina, con su brazo destrozado y muy enfermo, se desesperaba ante la impotencia de no poder hacer nada para acudir en ayuda de aquellas llamadas, pero seguía dando órdenes para poner a punto cuantos navíos fuera posible. Tenía el brazo izquierdo inútil y el médico le había dicho que se retirara a descansar, pero el almirante no le hizo el menor caso y siguió en su puesto durante un buen rato.

El día veintitrés amaneció un poco más calmo. Los navíos españoles *Rayo*, *Montañés* y *San Francisco de Asís* y los franceses *Pluton*, *Héros*, *Neptune* e *Indomptable*, además de cuatro fragatas y dos bergantines, quedaron listos para salir a la mar en ayuda de los que no habían logrado regresar a Cádiz. Cuando Collingwood, que estaba dirigiendo las operaciones de presa de los barcos rendidos, vio que se acercaban trece velas desde Cádiz, creyó que todos ellos eran navíos que volvían a la batalla y soltó a las presas que estaba marinando para llevarlas a Gibraltar. El *San Agustín* y el *Intrépide* fueron incendiados, y los demás que estaban siendo remolcados quedaron abandonados al capricho de las olas. El *Argonauta* y el

Redoutable, el navío que mejor había combatido de entre los franceses, se fueron a pique con las tripulaciones que quedaban a bordo.

El *Santísima Trinidad* fue remolcado por los ingleses, que, siguiendo las instrucciones de Nelson, pretendían llevarlo a Gibraltar para allí repararlo y conducirlo después hasta Inglaterra como principal trofeo de la batalla. Desarbolado por completo, sin velas ni jarcias, con el casco acribillado a balazos, se mantuvo a duras penas a flote durante tres días hasta que la tempestad y las heridas de la batalla pudieron con el gigante de los mares, que se fue a pique cerca de la costa. Los marineros ingleses asistieron a su hundimiento con los sombreros en las manos, en señal de respeto por la desaparición del buque que durante tanto tiempo habían soñado apresar. Le prendieron fuego antes de que se hundiera a la altura de punta Caraminal, a unas tres millas de la costa. Así acabó el barco más legendario de la marina española, el buque más artillado jamás construido hasta entonces por el hombre, el único de todas las flotas europeas que tenía sus flancos pintados en rojo, negro y blanco.

La flota de rescate pudo recuperar al *Santa Ana*, que estaba siendo remolcado por una fragata inglesa que lo soltó en cuanto vio acercarse a los barcos españoles. La tripulación inglesa que marinaba el *Santa Ana* cayó presa; también se recuperó el *Neptune*, que dos fragatas remolcaron hasta Cádiz, y el *Bahama*, el *San Juan Nepomuceno*, el *San Ildefonso* y el *Swiftsure*, o lo que quedaba de ellos, que habían permanecido fondeados frente al cabo de Trafalgar. El *Bucentaure*, el *Indomptable*, el *Aigle* y el *Neptune* se perdieron entre los escollos y con ellos sucumbió parte de sus tripulaciones. El *Rayo*, atacado por los navíos ingleses *Donegal* y *Leviathan*, fue incendiado y encalló al oeste de Sanlúcar, donde se perdió; había sido construido en La Habana con maderas nobles. El comandante del *Rayo*, el capitán MacDonell, fue apresado y puesto en libertad bajo palabra en Chipiona, donde se produjo un intercambio de prisioneros.

El *San Francisco de Asís* no pudo aguantar más; muy mermado en sus condiciones marineras, la tempestad lo arrojó a las playas de Santa María, donde se hundió. Algunos de sus soldados quedaron desnudos, tumbados sobre la arena de la playa, sin fuerzas para dar un solo paso.

La tempestad arreció al anochecer y lo que quedaba de la escuadra de rescate tuvo que buscar de nuevo refugio en el puerto de Cádiz. Mientras, en las costas fueron apareciendo restos de los naufragios y decenas de cadáveres que arrastraban las olas hasta las playas. El gobernador de Cádiz organizó unas cuadrillas de salvamento para que intentaran socorrer a cuantas personas lograran alcanzar la orilla. Algunas lo hicieron a nado, otras en botes o sobre improvisadas balsas hechas con maderas y toneles que flotaban a la deriva. Sobre la arena de las playas se arrastraban heridos y cansados cientos de marineros de las dos flotas que aguardaban a que les llegara

alguna ayuda. Muchos estaban tan agotados que apenas podían ponerse en pie, la mayoría estaba desnuda o cubierta apenas con unos harapos y jirones. Todos se lamentaban y proferían angustiosos quejidos y gritos de dolor, implorando una manta, un poco de agua o simplemente un gesto de consuelo.

Las gentes del litoral acudieron en socorro de los marineros sin distinguir nacionalidad, aportando vino, frutas y todo tipo de víveres. Pocas veces se vio tanta generosidad entre enemigos. Algunas mujeres de las aldeas de la costa no dudaron en asistir a marineros ingleses heridos que seguramente un par de días antes habían disparado los cañones de sus navíos para matar a algunos de los hijos de ellas. Pero nada importaba en esos momentos, ninguna otra cosa que asistir al hambriento, curar al herido y consolar al desesperado.

Durante los tres días siguientes a la batalla todo fue muy confuso. Algunos navíos pasaron de unas manos a otras, otros se fueron a pique cuando parecían estar salvados y la tempestad acabó por culminar el desastre que habían iniciado los hombres. El *Neptuno*, que tras ser desarbolado se había rendido, fue recuperado por los españoles, pues la tripulación logró reducir a los marineros ingleses que habían subido a bordo para marinarlo, pero estaba tan dañado que sólo pudieron llevarlo hasta cerca de la costa de Santa Catalina. La tempestad amenazaba con arrastrarlo hasta los escollos y estrellarlo contra las rocas, pero la tripulación consiguió amarrarlo y durante dos días se mantuvo cerca de la costa, aunque los marineros no lograban desembarcar a causa de la dureza de la tormenta, pese a estar tan cerca de la orilla que podían comunicarse a gritos con las gentes que allí se apostaron. Su única posibilidad de salvación era lanzar un cable hasta la orilla y a través de ese cable conseguir ganar tierra, pero las condiciones del mar eran tan malas que no había manera de lograrlo. Tras dos días de lucha con el mar, el *Neptuno* estaba a punto de romper las amarras que lo mantenían alejado de las aguzadas rocas. Nadie había logrado lanzar ese cable hasta la costa para evacuar a su través la nave. Los alimentos escaseaban, el agua potable se había agotado y las bombas no daban abasto para evacuar las aguas residuales que rebosaban la sentina.

Fue entonces cuando a Cayetano Valdés, su experto capitán, se le ocurrió una idea aparentemente absurda. En las bodegas del navío quedaban algunos animales vivos para servir de alimento a la tripulación, entre ellos un cerdo.

—Señores —dijo Valdés a sus oficiales—. Las amarras no aguantarán mucho más tiempo. Si no evacuamos de inmediato el navío, la tempestad nos arrojará contra las rocas y pereceremos todos. La única manera de hacer llegar un cable a tierra es que lo lleve el cerdo que queda en la bodega.

Todos los oficiales se miraron estupefactos y creyeron que su capitán se había vuelto loco como consecuencia de la batalla o de la tempestad.

—No, no estoy loco, señores —les dijo al contemplar sus caras de asombro—. Si atamos un cabo al extremo de un cable y el cabo al cerdo, y echamos el cerdo al agua, tal vez el animal logre alcanzar la costa a nado. Allí hay mucha gente que podría tirar del cabo hasta coger el cable y atarlo a un puntal seguro. Si sujetan bien el cable, podremos ir todos hasta la costa y ponernos a salvo agarrados a él.

Y así se hizo. El cerdo, con un cabo atado a su cuerpo, nadó hasta la orilla, flotando como una boya de corcho entre las olas embravecidas, hasta que su instinto de supervivencia le hizo alcanzar la playa. Allí lo recogieron algunas de las personas que observaban impotentes los desesperados intentos de la tripulación del Neptuno para evitar estrellarse contra los rompientes, y tiraron del cordel hasta arrastrar el cabo atado al otro extremo. Aseguraron el cable en unas rocas cercanas y amarrados a ese cable fueron desembarcando uno a uno todos los marineros del Neptuno.

Poco después de que ganara tierra el capitán Valdés, el último en abandonar la nave, las amarras del navío se rompieron y las olas lo precipitaron contra los escollos, donde se estrelló para deshacerse en mil pedazos.

7

Faria desembarcó al fin en el puerto de Cádiz. Agotado, con una amarga sensación de vacío infinito y de angustia, se dirigió a la pensión donde lo aguardaba Cayetana. La muchacha, que lo esperaba ansiosa desde que Morales le dijera que su amante había sobrevivido, corrió hasta Faria y los dos jóvenes se fundieron en un largo e intenso abrazo.

—No sabía si habías muerto o estabas vivo. Las noticias que íbamos conociendo eran terribles. Desde lo alto de las murallas pudimos ver el humo y el resplandor de los cañonazos. Se decían cosas terribles, y cuando vimos llegar a esos barcos destrozados, hechos añicos, con los palos quebrados y las velas quemadas... Temí lo peor hasta que vino el sargento a decirme que estabas bien pero que tenías que volver al mar para recoger a los náufragos. ¡Oh, Francisco!

—Cayetana..., —Faria acarició el negro y rizado pelo de su amante—, ha sido lo más parecido a como imagino el infierno. Humo, fuego, sangre, dolor..., muertos y heridos por doquier. No sé todavía cuántos, pero varios miles de hombres han muerto en Trafalgar.

—Tú querías ser un héroe, luchar en mil batallas...

—¡Un héroe! No sé, ahora estoy confuso, y cansado, muy cansado. En los últimos cuatro días sólo he dormido media docena de horas, tal vez menos, y he comido muy poco. La cabeza me da vueltas y la noto tan pesada como si me la hubieran llenado de plomo, estoy como ausente, siento un profundo sopor. Necesito dormir... pero he de enviar mi informe a su excelencia el príncipe de la Paz, que lo estará aguardando ansioso, y he de visitar al gobernador, y...

—Mañana, Francisco, mañana. Ahora debes comer algo y descansar.

—Tengo que escribir ese informe, tengo que escribirlo sin demora.

—Mañana, mañana, hay tiempo.

Cayetana acompañó a Francisco hasta la habitación y le ayudó a desnudarse. Pidió que le subieran un cubo con agua caliente y una esponja y con ella le enjuagó el cuerpo, a la vez que con las palmas de sus manos le proporcionaba un tonificante masaje en la espalda y en las piernas.

Después bajó a la cocina y pidió un caldo caliente de gallina, unos huevos revueltos y un poco de pan y queso. Regresó a la habitación con una bandeja, pero Faria yacía desnudo y profundamente dormido encima de la cama. Cayetana lo tapó con una mata, cerró la ventana y lo dejó dormir.

—¿Qué hora..., qué día es? —preguntó Faria, que acababa de despertarse y había bajado corriendo a la planta baja de la fonda.

—Veintiséis de octubre, mediodía —le respondió Cayetana.

—¡Dios Santo!, ¿cuánto he dormido?

—Un día entero.

—Tengo hambre.

—Claro, no has probado bocado desde anteayer. Pediré que te preparen algo.

Faria devoró un plato de pescado frito, un guiso de codornices, dos panes, un cuarto de queso curado, un buen racimo de uva blanca y una jarra de vino. Y todavía pudo con una humeante taza de chocolate elaborado con el aromático cacao de Guayaquil.

—Jamás había comido tanto. Ahora tengo que ir a ver al gobernador.

—Ya sabe por Morales que estás bien. Le dijo que te recibiría hoy, después de comer. Está muy ocupado organizando el rescate de los náufragos. Las playas están llenas de marineros, algunos heridos, otros exhaustos. Yo no he ido a las playas, pero son muchas las personas que lo han visto, todo lleno de maderas, de velas, de palos... Dicen que en Torre Carbonera hay enormes pedazos de barcos que el mar arroja a la playa, algunos tan grandes como una carroza. Todas las playas, desde Cádiz hasta el cabo de Trafalgar, están cubiertas con los restos de la batalla.

»La gente va a casa de un tal James Duff, a quien llaman don Diego Duff. Ahora es un gaditano más, pero antes de que estallara la guerra era el cónsul inglés en esta ciudad. Dicen que es la persona que tiene más noticias de lo que ha pasado.

El gobernador de Cádiz parecía serio y triste. Había ocupado la mañana leyendo los informes de los capitanes de los navíos que se habían salvado y recibiendo a los observadores que iban y venían con noticias de lo que estaba pasando en la costa. Varios escuadrones de soldados de infantería se empleaban en el rescate de los náufragos y en proporcionarles comida y auxilio. Se habían destacado algunos

hombres en los castillos de San Sebastián, donde se ubicaban hasta cuarenta cañones, y de Santa Catalina, la ciudadela de planta estrellada, en prevención por si los navíos ingleses decidían atacar Cádiz, aunque no parecía nada probable, pues pese a la victoria, la flota inglesa estaba en tan malas condiciones como la combinada.

—Me alegra verlo vivo, Faria —le dijo a Francisco al recibirlo en su despacho del palacio de gobierno.

—Gracias, excelencia, pero ojalá hubiera muerto si el signo de la batalla hubiera sido otro.

Las palabras de Faria sonaron huecas y grandilocuentes.

—Hemos sufrido un gravísimo quebranto. Acabo de recibir el último informe sobre la situación de nuestra flota, y es realmente terrible. Hemos perdido diez navíos, de los cuales tres o cuatro podrán ser reutilizados por los ingleses; los demás o están hundidos o se han destrozado contra las rocas de la costa. A la batalla ha seguido un fuerte temporal que ha dado al traste con las pocas esperanzas que quedaban para algunos de los barcos desarbolados. Y los franceses no han salido mejor parados.

»Es la mayor derrota de nuestra historia naval —sentenció el gobernador.

—He leído que durante el reinado de Felipe II perdimos muchos más barcos en lo que se llamó la Armada Invencible —adujo Faria.

—En esa ocasión sucumbimos ante los elementos, ahora lo hemos hecho ante los ingleses. Nunca debimos aceptar que Villeneuve asumiera el mando supremo de la combinada. Tocios los informes de nuestros capitanes lo señalan como el principal causante de la derrota. El almirante Gravina es mucho mejor estratega. Si él hubiera mandado la flota...

Un secretario interrumpió la conversación.

—Señor gobernador, acaba de llegar el almirante francés Rosily; desea verlo de inmediato.

—Dígale que pase.

Rosily-Mesros había viajado a Cádiz desde Madrid en una silla de postas. Portaba la orden escrita de Napoleón de hacerse cargo del mando de la flota combinada para relevar a Villeneuve, pero había llegado cinco días tarde. Ya no existía ninguna flota que mandar, sólo unos barcos destrozados e inservibles y unos hombres maltrechos en el cuerpo y en el alma.

—Señor gobernador, le presento mis respetos, y mis credenciales —dijo el francés en un correcto español, aunque con un acento muy marcado.

—Almirante, bienvenido a Cádiz, aunque no sea en las mejores circunstancias posibles. Le presento al capitán don Francisco de Faria, delegado y observador del gobierno de su majestad Carlos IV en la flota combinada.

Rosily y Faria se saludaron con una ligera inclinación de cabeza.

—Imagino que ya estará al tanto de la situación. Villeneuve salió de Cádiz sin aguardar a que usted se hiciera cargo de la flota y se enfrentó a Nelson a la altura del cabo de Trafalgar. Y perdió. El resto...

—Sí, señor gobernador, nuestro cónsul en Cádiz me ha puesto al corriente de todo esta misma mañana. He venido desde Madrid todo lo rápido que me ha sido posible, sin detenerme un solo momento. Pero esos caminos... son terribles. Nos costó un día atravesar las montañas que separan Andalucía del resto de España. Ni siquiera en los Alpes he visto caminos peores —lamentó Rosily.

—¿Desea usted tomar un jerez? —le ofreció el gobernador.

—Preferiría un burdeos.

—Lo siento, almirante, no dispongo de ese tipo de vino.

—No es lo mismo, pero de acuerdo, un jerez estará bien.

»¿Y usted, capitán Faria —titubeó Rosily con el nombre—, ha participado en la batalla?

—Lo hice a bordo del *San Leandro*, uno de los pocos navíos que pudieron alcanzar el puerto de Cádiz.

—¿Y cuál es su opinión sobre el comportamiento de Villeneuve?

—Yo soy un soldado de caballería, un guardia de corps. Entiendo poco de tácticas navales, pero, por lo que he aprendido en los últimos meses y lo que he leído, creo que las instrucciones de combate que dio el almirante Villeneuve no fueron las más acertadas. Si me lo permite, señor, estimo que hubiera sido mucho más conveniente que la flota combinada la hubiera dirigido el almirante Gravina, a quien considero mucho más preparado que al almirante Villeneuve.

—Gravina es un magnífico soldado. Sí, un gran guerrero y un extraordinario marino. Lo conozco desde su estancia como embajador en París, donde tuvimos oportunidad de conversar en diversas ocasiones. Pero Francia también dispone de grandes marinos.

Nuestro emperador desea que dos o tres almirantes franceses estén dispuestos a morir en el mar, porque sabe que ése es el espíritu necesario para vencer a Nelson. Si yo hubiera estado aquí antes..., bueno, eso ya no tiene remedio.

»Señor gobernador, en virtud de la autoridad que ha delegado en mí su majestad imperial Napoleón Bonaparte, tomo el mando de la flota combinada —anunció Rosily con todo el empaque que pudo.

—Quiere usted decir de lo que queda de ella —asentó el gobernador.

—No existe ninguna flota, almirante —intervino Faria—. Tal vez uno o dos navíos españoles en condiciones de navegar, y tres o cuatro franceses, salvo que pueda usted encontrar a los cuatro navíos de la columna de Dumanoir que huyeron del campo de batalla dejándonos abandonados a los demás.

—¿Qué insinúa usted, capitán? —inquirió Rosily un tanto molesto.

—No insinúo nada, excelencia, sólo constato un hecho. El contraalmirante Dumanoir dirigía una columna de la vanguardia y no acudió en ayuda de sus compañeros con la rapidez exigida en ese caso cuando observó que estábamos pasando serias dificultades. Y cuando lo hizo, tarde y mal, se limitó a disparar unas andanadas inofensivas para dar de inmediato media vuelta y huir de Trafalgar con sus cuatro navíos intactos. Con ellos y los otros que sí se quedaron podría haber hecho frente a los ingleses y dar otro sesgo a la batalla, o al menos podría haber socorrido a los naufragos, pero optó por escapar. Yo a eso lo llamo cobardía, señor.

—Sus acusaciones son muy graves, capitán. Dumanoir es uno de los mejores soldados del Imperio, y no creo que nadie pueda atribuirle falta de valor.

—Pues en esta ocasión no actuó según esa condición que usted le supone.

Rosily miró con superioridad a Faria. Ningún capitán francés se hubiera atrevido a dirigirse así a un almirante del Imperio. El joven capitán español le parecía un petimetre petulante, orgulloso y deslenguado que bien merecía un escarmiento.

—Le recuerdo que somos aliados y que, aunque usted sea el delegado del gobierno, su rango militar es el de capitán y el mío el de almirante. No olvide que soy su superior.

—Y yo le digo, almirante, que sólo obedezco órdenes de su majestad el rey Carlos IV y de su jefe de gobierno don Manuel Godoy, príncipe de la Paz —contestó Faria con la misma altivez que había mostrado Rosily.

—Capitán, está usted hablando con su superior, jefe supremo de la flota combinada. No le quepa la menor duda de que si sigue por ese camino le procesaré ante un consejo de guerra.

—Señores —intervino el gobernador para rebajar la tensión y en tono apaciguador—, creo que esta discusión no conduce a ninguna parte. El enemigo común es el inglés, y es hora de trabajar para reparar parte de los daños que nos ha causado en Trafalgar; todavía hay muchas cosas que hacer y no creo que debamos entregarnos tan fácilmente. Y usted, capitán, no olvide su rango y la obediencia y respeto que debe a sus superiores y pida disculpas al almirante. No me agradaría tener que declarar contra usted en un consejo de guerra.

Faria se tragó su orgullo y, firme como un cirio, se excusó ante Rosily por su actitud. El almirante francés aceptó las disculpas del capitán y le ordenó descanso.

—Eso es capitán, eso es —suspiró aliviado el gobernador.

—Gobernador, capitán, nos veremos pronto. Hay muchas cosas que hacer.

Rosily saludó marcialmente y se retiró; su copa de jerez quedó intacta en la mesa.

—Es usted demasiado impetuoso, capitán Faria. Ese hombre puede ser un fantoche tan inútil y fanfarrón que no merezca mandar ni sobre una recua de mulas, pero es el comandante en jefe de la flota combinada, y, mientras nuestro gobierno así lo quiera, es el comandante en jefe de nuestra flota, y usted está adscrito a ella.

—He dicho la verdad, excelencia. —Su verdad, capitán.

—Dumanoir huyó de la batalla. Se comportó como un cobarde; todos los navíos que formaban su columna en la vanguardia estaban intactos. No habían trabado todavía combate, tenían todas las velas, todos los aparejos, todas las baterías, toda la munición en perfecto estado. Dumanoir observó desde lejos cómo los ingleses nos acribillaban a cañonazos gracias a su superioridad numérica y, en vez de involucrarse en nuestra ayuda, disparó unas inocuas cargas de aviso, tal vez para soltar lastre, dio media vuelta y puso rumbo al oeste con cuatro de esos navíos; todos quedamos abandonados a nuestra suerte. Ni siquiera tuvo la gallardía de entrar en la bahía de Cádiz para defender a la ciudad de un posible ataque inglés. Huyó, simplemente huyó. Quién sabe si a estas horas se encuentra ya al otro lado del Atlántico.

—Tal vez tenía sus motivos para retirarse. ¿No ha pensado en ello? Quizás estimó que estaba todo perdido y que su sacrificio sólo hubiera servido para entregar a los ingleses cuatro navíos más.

—Ningún motivo es suficientemente importante para justificar el abandono de los compañeros de armas en plena batalla —asentó Faria—. Nosotros nunca lo habiéramos hecho.

—¿Nosotros...? —se preguntó el gobernador.

—Los españoles, excelencia; ningún navío español huyó, ni uno solo de los nuestros resultó ileso.

El gobernador de Cádiz sonrió con ironía, bebió un sorbo de su jerez y dijo:

—Hemos perdido muchas guerras por no habernos sabido retirar a tiempo de una batalla. En una guerra, a veces conviene huir para volver más tarde a la carga con fuerzas renovadas. Una retirada estratégica que contribuya a salvar barcos y hombres es más útil, en ocasiones, que una victoria en la que se pierde la mitad de la flota.

—Si Cortés y Pizarro hubieran pensado así, jamás habiéramos conquistado América. Y si lo hubiera hecho Nelson, ahora tendría todos sus barcos indemnes y estaría vivo, pero afrontaría un consejo de guerra y en vez de un héroe para su patria sería considerado un cobarde.

—Tal vez, capitán Faria, tal vez; pero recuerde usted que también Cortés se retiró de México cuando estimó que eso era lo mejor para sus objetivos, y el mismo Nelson salió corriendo al fracasar su intento de conquistar Tenerife cuando vio que peligraba su vida y la de sus hombres. Créame, le repito que veces una retirada a tiempo es más valiosa que una victoria. Si Villeneuve no se hubiera enfrentado a Nelson en Trafalgar y hubiera regresado a Cádiz sin ofrecer batalla, o incluso si no hubiera salido tan alegre e irresponsablemente de la bahía, ahora mantendríamos intacta nuestra flota y quizá la inglesa hubiera sido destrozada por el temporal y ahora estaríamos festejando una gran victoria. La paciencia es una arma muy eficaz en la guerra, más incluso que en la paz.

—Insisto en que Dumanoir es un cobarde, señor, y Villeneuve un grandísimo incompetente incapaz de mandar con eficacia siquiera un bergantín.

—Seguro que sí, capitán, seguro que sí, pero nuestros más valientes marinos yacen en el fondo del mar, Dumanoir ha escapado ileso con cuatro de sus navíos y Villeneuve..., Villeneuve tal vez vuelva a dirigir una flota y la fortuna le otorgue entonces una gran victoria. Quienes nunca podrán vencer en otra batalla son los brigadieres Churruca y Alcalá Galiano. Eran hombres valerosos, expertos marinos y ejemplares soldados, pero no contemplaron el amanecer del día veintidós de octubre.

Faria contuvo su ira. El gobernador hablaba como el político que era, taimado y astuto, sin otro ideal que mantener su privilegiada posición y seguir medrando a la sombra del poder.

El veintisiete de octubre de 1805 don Manuel Godoy recibió la carta de Faria en San Lorenzo de El Escorial, donde estaba esos días la corte de Carlos IV. El príncipe de la Paz le comunicó el desastre al monarca y remitió un correo a Cádiz solicitando a Faria más información. Con la carta de Faria llegó un primer informe del general Escaño en el que anunciaba que el almirante Gravina no había podido redactarlo personalmente porque estaba muy malherido.

Cuando Faria recibió la misiva de Godoy, ya había acabado su segundo informe, mucho más extenso y completo. Al fin, los navíos perdidos habían sido dieciocho, diez españoles (*Neptuno, San Francisco de Asís, Rayo, Monarca, Bahama, San Ildefonso, San Juan Nepomucemo, San Agustín, Argonauta y Santísima Trinidad*) y ocho franceses (*Berwick, Fougueux, Indomptable, Argonaute, Aquila, Algésiras, Bucentaure y Achilles*). El número de muertos ascendía a mil veinticinco y el de heridos a mil trescientos ochenta en el bando español, y más de dos mil muertos y mil heridos en el francés. Los navíos ingleses destruidos eran once, quedando nueve más en mal estado, con cerca de quinientos muertos y más de mil doscientos heridos.

Los cinco navíos españoles que se habían salvado y habían podido llegar al puerto de Cádiz presentaban un estado lamentable: el *Príncipe de Asturias* tenía el casco destrozado y estaba completamente desarbolado, el *Montañés* había perdido el palo de mesana, el *San Leandro* sólo conservaba el palo del trinquete, el *San Justo* era el único que mantenía la arboladura completa, aunque con graves daños en las velas y las jarcias, y el *Santa Ana* estaba varado en la embocadura del puerto con los costados abiertos, la popa destrozada y haciendo agua.

De los quince navíos de la flota española que habían participado en la batalla de Trafalgar tal vez sólo el *San Justo* estaba en condiciones de, tras algunas reparaciones, seguir navegando.

El capitán Faria también informaba a Godoy de que la planificación de las operaciones navales había sido muy deficiente, sobre todo la dirección táctica de

Villeneuve, en tanto los ingleses habían dispuesto desde el principio de un plan muy acertado y de una mayor diligencia en su alto mando. Criticaba la poca formación de los pilotos y su falta de pericia, que había propiciado la lentitud en las maniobras y la desorganización de la línea de combate por varios puntos, la carencia de artilleros expertos y capaces de responder con rapidez y eficacia al contundente fuego inglés y la falta de un plan de combate adecuado. Villeneuve era presentado como el gran culpable del desastre y Dumanoir como un cobarde que había huido del combate, abandonando a sus compañeros de armas sin defensa y en condiciones de inferioridad manifiesta. Señalaba que un tremendo error había sido el colocar alternados y mezclados los navíos españoles con los franceses, lo que había provocado numerosos malentendidos dados los idiomas distintos y las medidas también distintas utilizadas en los comunicados de uno a otro barco. Los españoles habían usado las medidas tradicionales, el almud, la vara y la arroba, en tanto los franceses utilizaron las nuevas medidas introducidas en 1799 por los revolucionarios, el litro, el metro y el kilo. Faria acababa su informe asegurando que si se hubieran atendido las indicaciones del almirante Gravina, aquella derrota no se hubiera producido.

Una semana después de la batalla, cuando el largo e intenso temporal amainó definitivamente, todavía se recogían naufragos y cadáveres en la costa y entre los acantilados, o sobre las playas restos de barcos y pertrechos de los buques hundidos o varados. En varios puntos entre Cádiz y Gibraltar se canjearon prisioneros por ambos bandos; más de ochocientos hombres fueron intercambiados tras un parlamento que celebraron el día veintiocho de octubre una delegación inglesa y otra franco española.

En una playa quedó varado parte del casco del *Santísima Trinidad*, pintado con sus inconfundibles franjas negras y encarnadas, a modo de un gran costillar despedazado de un terrible monstruo de las profundidades del océano. Parecía el símbolo del final del poderío español en el mar, una especie de macabro epitafio por la marina de guerra hispana.

Por todas partes había esparcidos restos del maderamen, de lonas y velas, de jarcias, de maromas, de barriles destrozados, de telas rotas y ensangrentadas... La costa gaditana estaba esmaltada de una rastra de despojos, como un siniestro rosario de destrucción y de muerte.

Uno a uno, los capitanes supervivientes fueron remitiendo sus informes por escrito al gobierno en Madrid. Todos coincidían en la culpabilidad directa de Villeneuve en el desastre, pero el más duro con el almirante francés fue Antonio Pareja, que acusaba al comandante supremo de ser el único causante de la derrota de la combinada por su ignorancia en las tácticas de combate, su parálisis táctica y su falta de energía en la batalla.

El día nueve de noviembre Manuel Godoy firmó varios decretos por los que se ascendía a Gravina al empleo de capitán general y a Escaño y al resto de los

brigadieres de la escuadra española que habían luchado en Trafalgar a tenientes generales; todos los capitanes de navío, jefes, oficiales y guardiamarinas eran ascendidos automáticamente un grado en el escalafón. A las viudas de los fallecidos en la batalla se les asignaba una pensión con la paga del empleo inmediatamente superior al que hubieran alcanzado sus maridos en el momento de la batalla.

Francisco de Faria fue ascendido a comandante con veinte años; apenas había disparado unos tiros pero jamás había habido un militar tan joven con ese empleo en el ejército. Faria estaba dolido por el resultado de la batalla, pero seguía creyendo que su vida en el ejército le depararía grandes victorias.

Tumbado en la cama de la fonda de Cádiz, abrazado al cuerpo dulce y suave de Cayetana, contempló su casaca de oficial de la guardia de corps colgada en una percha, ahora orlada en la bocamanga y en las hombreras con los entorchados de comandante, y creyó estar soñando el mejor de los sueños.

Capítulo IV

1

Francisco de Faria regresó a Madrid a principios de noviembre de 1805. Durante el camino tuvo tiempo para pensar sobre lo sucedido en los últimos meses. Su vida había cambiado de tal modo en un solo año que le parecía como si aquellos doce meses hubieran sido toda una vida. Le acompañaban Cayetana, día a día más enamorada de Francisco, y Morales, que había sido ascendido a sargento mayor por su participación en la batalla de Trafalgar.

Viajaron durante seis días en un coche valenciano tirado por siete mulas y con una escolta de un cabo y cuatro soldados de caballería, pues en los últimos meses se habían producido numerosos asaltos a viajeros en los pasos de Sierra Morena.

Durmieron en fondas sucias y malolientes, llenas de piojos, pulgas y chinches, algunas tan míseras que por la mañana tenían que compartir con otros viajeros el agua de la misma palangana para lavarse la cara y las manos.

Entraron en Madrid por la puerta de Toledo y por la misma calle de Toledo llegaron hasta la plaza Mayor; allí se separaron de Morales y los dos amantes se dirigieron a la casa de Faria, donde su criado los estaba esperando, pues el joven comandante le había enviado una carta anunciándole el día en que llegarían desde Cádiz.

—Don Francisco, gracias a Dios está usted sano y salvo. Aquí está la correspondencia de los últimos meses —le saludó el criado.

—Luego, luego. Primero nos acomodaremos. Esta señorita es Cayetana Miranda, vivirá conmigo. Coloca sus cosas en mi alcoba.

—¿En su... alcoba? —dudó el criado.

—Sí, compartiremos la habitación, esta casa es pequeña —ironizó Faria.

Los dos jóvenes se lavaron, se cambiaron de ropa y comieron un potaje de garbanzos y un estofado de carne que les preparó el criado, algo muy sencillo pero nutritivo, con el sabor profundo de los guisos de la cocina popular extremeña.

Terminada la cena, Cayetana y Francisco se acostaron e hicieron el amor.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Cayetana.

—No sé... Estos meses en el océano, la batalla en Trafalgar, la derrota... Yo había imaginado otras cosas. He visto morir a tantos hombres... Yo creía en unos ideales, en lo que había leído en las crónicas de los grandes conquistadores, en días de gloria, de fama, de fortuna. Y ahora me encuentro como vacío. Había soñado con entrar triunfante en Madrid, sobre un caballo con gualdrapas doradas, como El Cid o como Carlomagno. Mis héroes eran Pizarro y Cortés, los conquistadores del Perú y

de México; ellos eran mis modelos de soldado, los hombres a emular. Y ahora, tantas muertes, tanto dolor..., estoy tan confuso...

—Francisco, en la vida hay muchos más momentos de dolor que de gozo. Te lo puedo asegurar por mi experiencia. Tengo veinte años, y en todos ellos sólo he disfrutado de unos cuantos días de felicidad, los que he estado a tu lado, y no sé cuánto tiempo podré seguir haciéndolo —dijo Cayetana, que se abrazó con fuerza al pecho de Faria.

—Espero que siempre.

Cayetana besó a Francisco y ocultó después su rostro para que el joven comandante no viera el gesto de amargura que se había dibujado en sus labios.

Godoy estaba sentado en un banco del pasillo principal del palacio de Buenavista, observando a través de los cristales el paseo del Prado y el atardecer dorado posado en las hojas amarillas y rojas. Francisco de Faria le había solicitado audiencia el mismo día de su llegada a Madrid y Godoy lo recibió aquella tarde otoñal.

—Excelencia, tío...

—¡Ah!, Francisco, bienvenido de nuevo a Madrid. Vamos, vamos a mi despacho.

Godoy se levantó, abrazó a su pariente y avanzó por el pasillo hasta la puerta de su gabinete. Cuando llegaron ante la puerta, se detuvo y dijo:

—No. Mejor en la sala azul del ala este, tiene la mejor vista sobre el Prado.

Los dos hombres entraron en un coqueto saloncito azul, decorado con alfombras de lana en las que predominaba el color añil y cuyas paredes habían sido empapeladas con unos lienzos de tonos celestes.

—Siéntate, Francisco, siéntate. Tuvo que ser terrible lo de Trafalgar.

—Sí, lo fue y mucho. Parecía el fin del mundo, o tal vez el mismísimo infierno. Tantos muertos... Nuestros marinos lucharon como los mejores, pero estuvieron mal dirigidos. Villeneuve nunca debió mandar la flota combinada.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo intenté en varias ocasiones persuadir al embajador francés para que le transmitiera a Napoleón la conveniencia de aceptar que el almirante Gravina asumiera el mando supremo, pero el emperador no soporta que un oficial extranjero esté por encima de un oficial francés del mismo rango, aunque sepa que es mucho mejor y que está más preparado.

»Pero dime, ¿en verdad lo hizo tan mal el almirante Villeneuve como señalan todos los informes?

—Sí; su comportamiento previo a la batalla y la estrategia que diseñó fueron una verdadera calamidad. Desde que regresamos del Caribe tuvo varias oportunidades para haber derrotado a los ingleses; pudo hacerlo con Calder en Finisterre, y se retiró permitiendo que se perdieran dos de nuestros navíos; tuvo una segunda victoria al alcance de la mano, pero no se atrevió a atacar a la escuadra de Collingwood, más

débil que la nuestra, frente a Cádiz; y al final consintió que la flota inglesa se reforzara hasta congregarse a casi treinta navíos en el Estrecho.

»Por fin, ordenó que la flota saliera del puerto de Cádiz cuando los ingleses eran fuertes y se habían situado en gran ventaja. Ya fuera de la bahía, mandó realizar varias maniobras y viradas absurdas que descompusieron la línea de combate, y sobre todo fue muy negligente en la preparación de la batalla y en la observación del enemigo. Nelson siempre tenía varias fragatas cerca de la bocana del puerto de Cádiz espiando nuestros movimientos, en tanto Villeneuve parecía más ocupado en mantener su uniforme limpio y perfectamente planchado con sus botones brillantes que en observar y estudiar las maniobras de los ingleses. No fletó ninguna escuadra de vigilancia, no hizo caso a ninguno de los consejos del almirante Gravina ni a los de los brigadieres Churruca y Alcalá Galiano, y no propuso ningún plan de batalla alternativo, sólo formar la línea y mantenerla a cualquier precio. Sí, nos condujo a una derrota segura y no lo hizo por miedo a Nelson, sino por terror a Napoleón.

—El informe que he recibido del general Escaño es desalentador. Coincide con el tuyo en casi todo y concluye que de los quince navíos que utilizamos en Trafalgar apenas queda uno en condiciones de navegar.

—Por lo que yo vi antes de salir de Cádiz hace una semana, tal vez dos, siempre que se realicen las reparaciones oportunas. Los ingleses atacaron predispuestos a causarnos el mayor daño posible. Creo que Nelson y Collingwood eran conscientes de la importancia de esta batalla y de lo que su resultado significaría para su Armada y para el futuro del dominio sobre los mares, en tanto Villeneuve... bueno, quién sabe, pero creo que no estuvo a la altura del momento histórico que allí se vivió. Aparecía meditabundo, a veces abstraído, casi siempre ausente. No tenía la disposición ni el ánimo del soldado que va a dirigir la batalla más importante de su vida, tal vez una de las más decisivas de la historia de su país, y, desde luego, la mayor batalla naval de nuestro tiempo. Mantener la línea, mantener la línea, sólo estaba obsesionado con mantener la línea.

—He estado estos días meditando sobre qué hacer. Bien, sólo podemos utilizar uno de los quince navíos de Trafalgar, pero nos quedan unos treinta más en las flotas de Cartagena, El Ferrol y América. He ordenado al ministro de Marina que apareje los navíos *Terrible*, *Vencedor*, *Fulgencio* y *Castilla* y la fragata *Flora*. Saldrán de inmediato hacia Cádiz para continuar esta campaña; no podemos dejar creer a los ingleses que nos han vencido, todavía nos quedan fuerzas.

—Tío, debo ser sincero con usted. No es cuestión sólo de más barcos, sino sobre todo de tripulaciones. La Armada española carece de tripulaciones preparadas para enfrentarse a la inglesa. Debería usted haber visto a muchos de aquellos marineros que se fajaron en Trafalgar; algunos no habían manejado un cañón en su vida, ni siquiera habían oído su estampido cuando dispara, y otros hubieran echado a correr

con la primera andanada si en vez de en un barco en medio del mar hubieran estado pisando tierra firme.

—Nuestros marinos son los mejores del mundo —asentó Godoy.

—Tal vez sí en lo que respecta al valor y entrega de la mayoría de los oficiales, pero no en la disposición táctica, la formación náutica y la preparación de las tripulaciones. Y, si me lo permite usted, tío, le diré además que una guerra se gana con soldados, y no sólo con generales.

—¡Vaya con mi sobrino! No estarás tú también empapándote de las insensatas ideas de los revolucionarios norteamericanos, ésas que predicán los liberales: libertad, igualdad, derechos para todos, que los gobiernos surjan de la voluntad de los gobernados..., en fin, todas esas cosas tan ajenas y contrarias a la naturaleza del hombre y a la ordenación divina de las cosas, un mundo al revés.

Hace unos meses Francisco de Faria no hubiera dudado en contestar que por supuesto que no. Él era miembro de una de las más nobles familias extremeñas, heredero de un señor de tierras y de hombres, pero en ese momento dudó.

—No, no soy uno de esos liberales, pero...

—Bueno, bueno, eres todavía muy joven y han pasado demasiadas cosas en tu vida en los últimos meses. ¡Y ya eres comandante! Ni siquiera Napoleón ascendió tan rápido como tú.

»Bien, descansa un par de semanas. Vete a El Escorial, allí el aire es más puro que en Madrid y en estos días de mediados de otoño los colores del paisaje de la sierra son extraordinariamente hermosos. Caza, si es que te gusta, algunas piezas y preséntate aquí dentro de quince días. Tengo reservada una importante misión para ti.

»Por cierto, su majestad el rey te ha concedido la cruz de Alcántara, que es la condecoración real más importante al valor demostrado en la batalla, y yo te hago entrega de este magnífico sable; consérvalo bien, es una joya. Enhorabuena.

El sable de caballería estaba firmado por el armero Nicolás Boutet, el favorito de Napoleón, y había sido forjado en su taller de Versalles en el año 1800. Tenía la hoja de acero bien forjada, brillante como la plata bruñida, una empuñadura en latón dorado con una esmeralda engastada en el pomo y una vaina de madera sobredorada.

Fue en El Escorial donde Faria se enteró de que Dumanoir, el contraalmirante francés que huyera de Trafalgar con sus cuatro navíos intactos, había sido batido pocos días después por sir Richard Strachan en una batalla en el cabo Ortegal, cuando navegaba desde el golfo de Cádiz rumbo al puerto de Brest. Los cuatro navíos de Dumanoir habían sido capturados por los ingleses y conducidos al puerto de Plymouth. Faria se alegró de la derrota de Dumanoir y supuso que era la fortuna la que devolvía a cada uno lo suyo.

Una información de *El Mercurio* recogía unas palabras que al parecer había

pronunciado Napoleón cuando le comunicaron el desastre de Trafalgar: «Yo no puedo estar en todas partes», parece ser que fue lo que dijo el emperador francés, que el catorce de noviembre de 1805 entraba triunfante en Viena. Entre tanto, en Cádiz, Gravina, pese a su herida en el brazo que no acababa de sanar, y Escaño seguían afanados en recuperar los restos de la maltrecha flota y en recomponer las tripulaciones y atender a los miles de heridos y mutilados. Pero era un esfuerzo vano, la poderosa y orgullosa flota que el veintiuno de octubre se batiera en Trafalgar ya no existía.

El almirante español Gravina tuvo que enarbolar provisionalmente su insignia en la fragata *Flora*, pues no dispuso de ningún navío útil hasta que unas semanas más tarde pudo izarla sobre el *Montañés*.

Aquellas jornadas en El Escorial fueron muy felices para Faria, a quien acompañó Cayetana, de la cual no se había separado una sola noche desde que desembarcara en Cádiz tras la batalla de Trafalgar. Cayetana Miranda seguía siendo para él un enigma. Le atraía su cuerpo vigoroso y flexible a la vez, tenso y tierno a un tiempo, su rizado y denso pelo negro, suave y sedoso como el terciopelo, sus ojos profundos y oscuros de mirada embrujadora y sus labios sensuales, tan carnosos como la pulpa de una manzana y rojos como los frutos de la granada. Pero sobre todo sentía una pasión irrefrenable ante la mezcla imposible de descaro y timidez que la convertían en una mujer inquietante y frágil a la par.

Hacía apenas tres meses que la conocía y ya era incapaz de imaginar su vida sin ella. No sabía si estaba enamorado, pero sentía hacia esa muchacha una extraña sensación, muy parecida a la que describían algunos de esos autores alemanes que Moratín le había recomendado. Entre los antepasados de su familia era frecuente embalsamar los corazones de los fallecidos y depositarlos en una caja de oro a los pies de la virgen de Guadalupe, pero Faria llegó a decirle a Cayetana que su corazón embalsamado estaría a sus pies antes que a los de la mismísima Virgen extremeña.

En fin, que Francisco de Faria acabó por convencerse de que estaba enamorado de Cayetana. Tal vez al principio imaginó que sería cuestión de esa nueva moda que los escritores alemanes y escoceses estaban difundiendo por toda Europa, una moda en la que enamorarse suponía estar melancólico y adorar a la amada como a una diosa de la Antigüedad, venerándola como una especie de ídolo divino, pero cuando se acostaba con Cayetana y hacían el amor; sentía su cuerpo tan vivo y su mente tan colmada de satisfacción que ninguna otra sensación se asemejaba a aquélla. Era tal el placer que sentía cuando se derramaba en el interior de Cayetana, que ni siquiera hubiera cambiado un minuto de amor por un desfile triunfal en la calle Atocha de Madrid al regreso victorioso como héroe de guerra.

Durante aquellos días en El Escorial Faria no lo podía ni imaginar, pero las cosas iban a cambiar, y de qué manera.

De regreso a Madrid asistió a una de las tertulias del palacio de Buenavista, que seguían siendo las más afamadas y frecuentadas de Madrid. Esa misma tarde Godoy también había invitado a un grupo de músicos y comediantes que se ganaban la vida en las fondas y teatros madrileños, animando los desfiles de cofradías y gremios en fiestas profanas y las procesiones religiosas. Por cómo se reían, bebían y comían, todos parecían pasarlo muy bien, aunque Faria echó en falta al grupo de prostitutas que solían acudir a las tertulias cuando se invitaba a gentes del espectáculo, esas mismas que se movían por los salones y pasillos de Buenavista con tanto descaro como confianza y que aprovechaban aquellas ocasiones para ganarse como clientes a militares recién llegados a Madrid o a nobles cansados de soportar a sus esposas de conveniencia. En todos los corrillos, diversos grupos de invitados se reían a mandíbula batiente, aplaudían con gran ruido las gracias de unos y los chascarrillos de otros y comían a dos carrillos bollitos de crema y dulces de almendra que engullían entre trago y trago de vino dulce.

—¡Señoras y señores! —gritó Godoy con contundencia. Se hizo el silencio—. Damas y caballeros: hoy es un día muy especial para esta corte. Como bien sabéis todos, estamos en guerra con los ingleses y un país en guerra tiene que observar un comportamiento acorde con el momento que está viviendo. Bien, vosotros, mis queridos amigos, sois los encargados de divertir a las gentes, de sacarles una sonrisa, de hacerles olvidar el trabajo y la fatiga de los días..., aunque sea por unos instantes. Vuestra misión y vuestro trabajo son muy importantes en estos momentos, por eso, como jefe del gobierno, quiero pedir vuestra colaboración.

»Es el deseo de su majestad don Carlos y de su gobierno que vuestro comportamiento en el escenario de los teatros, en las manifestaciones callejeras o en las comitivas festivas y desfiles jocosos esté en consonancia con el respeto moral que requiere este momento histórico. Os pido que vuestra actitud en escena esté de acuerdo con esta nueva situación. Además, el gobierno está muy preocupado por las algaradas que se producen en algunos espectáculos públicos, como ocurre a menudo en las corridas de toros. Es por eso que de momento hemos decidido suspenderlas.

Entre los asistentes se extendió un rumor de sorpresa y estupor.

—Pero, excelencia, las corridas de toros son la fiesta más querida y demandada por el pueblo de Madrid —comentó un invitado.

—Ya lo sé, pero en los últimos meses han dado lugar a situaciones poco convenientes; por eso las suspendemos, aunque sea temporalmente.

Faria, que asistía a la tertulia discretamente apartado en un rincón, contempló las caras de desagrado y de desaprobación que la medida que acababa de anunciar Godoy causó entre los asistentes.

Moratín y Faria tomaban chocolate caliente en casa del autor de teatro. Moratín de publicar un extenso poema titulado «La sombra de Nelson» utilizando algunas de las escenas que de la batalla de Trafalgar le había relatado Faria. Estaba muy contento porque acababa de editarse su obra *El sí de las niñas*, que en unas semanas se iba a poner en escena en el teatro de la Cruz.

—Ésta es una obra que revolucionará el teatro español —aseguró Moratín.

—Vaya, don Leandro, usted no conoce la modestia.

—Mi buen Faria, ¿no está usted harto de tanta obra intrascendente? El teatro es la más excelsa de las artes y debe ser excelso en sí mismo.

Moratín estaba eufórico.

—Bueno, esas obras de generales esforzados y soldados valientes, con el escenario lleno de humo, fogonazos y ruido, pueden ser un tanto chabacanas, pero a la gente le gustan.

—¡Eso es!, usted las ha definido muy bien: chabacanas, muy chabacanas. Están escritas para que los taberneros, caldereros y esquiladores sigan siendo unos brutos insensibles, pero yo escribo comedias para elevar el espíritu del hombre. La inteligencia, Faria, la inteligencia es el mejor don que Dios ha dado a los seres humanos, lo que nos separa de los animales, lo que nos diferencia del resto de los seres de la Creación, la causa última de nuestra racionalidad.

—Tal vez tenga usted razón —convino Faria.

Leandro Fernández de Moratín era un hombre de ideas conservadoras, muy bien situado en los círculos del poder cortesano; serio y riguroso, no carecía de un sesgo burlón, de un carácter un tanto arisco y de una vanidad a veces ciertamente insoportable. De los dos bandos literarios que se disputaban el favor del público madrileño, Moratín militaba en el más afecto al gobierno, y aprovechaba muy bien esa circunstancia en su beneficio.

—Aquí casi nadie sabe nada de teatro. Fíjese en el poco éxito que ha tenido *El Cid* de Corneille, una obra extraordinaria que no ha suscitado el fervor que merece. Por el contrario, triunfa ese histrión de Isidoro Máiquez con el *Orestes* de Alfieri. Un actor que sólo puede ofrecer su expresivo rostro, sus ojos encendidos y su voz ronca aunque de tono terrible para representar una obra insustancial y carente de calidad.

»A la gente le apasionan actrices mediocres como Rita Luna o héroes de pacotilla como Isidoro Máiquez, que sólo acepta papeles en obras en las que la libertad triunfa sobre la tiranía.

—Yo he visto a Máiquez representando a Shakespeare como *Otelo* y me gustó, y me ha dicho el sargento Morales que bordó su papel en *La vida es sueño* de Calderón.

—Usted no sabe qué es el buen teatro. Si mañana por la tarde no tiene nada mejor que hacer le invito al comienzo de los ensayos de *El sí de las niñas*; se estrena dentro de un mes en el teatro de la Cruz.

—Nada me agradaría más, don Leandro, pero mañana estoy citado con su excelencia el príncipe de la Paz. Se trata de una reunión muy importante a la que no puedo faltar.

—Napoleón ha destrozado a los austríacos y rusos en Austerlitz; es una de las mayores victorias de la historia militar en Europa. El emperador ha compensado la derrota en Trafalgar; Francia está de nuevo en la cima de su poder, y ya no existe nadie en toda Europa capaz de oponer resistencia a su ejército.

Godoy anunció así a Faria la gran victoria de Bonaparte.

—Parece que, al menos en tierra, el ejército francés no tiene rival —asentó Faria.

—Así es, pero Napoleón se ha olvidado del océano. No le interesa porque sabe que no puede derrotar a Inglaterra en el mar, y pretende conquistar todo el continente, aislar a los ingleses y vencerlos estrangulando sus fuentes de riqueza comercial. Inglaterra depende del comercio y del mar. Hace años que el gobierno inglés trazó grandes canales para poner en comunicación a sus ciudades más importantes y construyó grandes puertos como Bristol o Liverpool, donde pueden atracar los barcos más grandes. Inglaterra ha cimentado su poder sobre el comercio, y para defender a sus buques mercantes necesita de una gran armada. En el mar, Francia no puede competir con Inglaterra. Tras las últimas derrotas marítimas, los franceses sólo disponen de treinta navíos de línea frente a los ciento cuarenta ingleses. Además, acaba de llegar un informe de Cádiz del almirante Gravina: Inglaterra ha logrado restaurar casi todos sus navíos afectados en Trafalgar e incluso varios de los que nos apresaron.

—¡No puede ser!, si más de la mitad parecía totalmente inservible —se extrañó Faria.

—Pues los han reparado y han logrado ponerlos de nuevo en servicio. Ahora Inglaterra dobla a España y Francia juntas en número de navíos de guerra. Nada podemos hacer en el océano.

—Construir más barcos —dijo Faria.

—Los ingenieros navales desaconsejan seguir produciendo navíos de línea. No se construyen ya en ningún astillero de Europa. El tiempo de esos gigantes del mar ha pasado. Además, en la flota destruida en Gibraltar habíamos invertido buena parte de nuestros recursos, y todavía estamos pagando las deudas heredadas del reinado de Carlos III. Podríamos recurrir a imponer más tributos a nuestras colonias americanas, pero sus arcas están casi agotadas de tanto como las hemos exprimido. Las minas de plata de Potosí no rinden ya ni la cuarta parte que hace medio siglo y las colonias son cada vez menos útiles y más costosas.

»Pero no te he llamado para hablar de barcos y de colonias. Ya sabes que confío plenamente en ti y por eso te pido ayuda. El príncipe de Asturias está tramando una

gran conspiración. La derrota de Trafalgar ha dado nuevo ímpetu a su idea de acabar con el reinado de su padre y subir al trono antes de tiempo. Hemos de impedirlo.

»Nuestra situación es delicada. Con nuestra armada en tal mal estado, Napoleón ya no necesita de España; de nuestra patria sólo anhela la riqueza que pueda conseguir para sus planes de conquistar Europa. No podemos romper con Francia y declararle la guerra, pero voy a iniciar contactos secretos con los enemigos de Napoleón.

—¿Incluso con los ingleses? —se extrañó Faria.

—Por supuesto. Si existe una nación capaz de derrotar a Francia, ésa es Inglaterra. Y debemos estar bien avenidos con el vencedor, sea quien sea.

Por primera vez, Faria intuyó que a Godoy le preocupaba más conservar su puesto de jefe de gobierno que el interés de España.

Las casi dos mil localidades del aforo del Teatro de la Cruz estaban vendidas, y había reservas solicitadas para dos semanas más. Aquel veinticuatro de enero de 1806 hacía frío en Madrid y una ligera ventisca traía copos de nieve desde la sierra, pero Faria y Cayetana acudieron al teatro con las dos entradas que les había enviado su amigo Moratín.

La comedia escrita por don Leandro había pasado la censura del Santo Oficio de la Inquisición, y el corregidor de Madrid, el juez protector de los teatros, había dado su beneplácito para la representación. El estreno de *El sí de las niñas* fue un éxito extraordinario y al final de la comedia los aplausos duraron más de quince minutos. El propio Moratín tuvo que salir al escenario a devolver las ovaciones que el público le dedicó.

—Enhorabuena, don Leandro, lo ha conseguido, ha logrado que los aficionados al teatro se rindan a sus pies —le dijo Faria cuando lo vio al poco de caer el telón.

—Gracias, comandante Faria. Ya intuía yo que el público madrileño no era tan chabacano como algunos suponían. Ahora comprenderán esos mequetrefes de empresarios que si se ponen en escena obras de calidad no hacen falta fuegos de artificio, ruido, desfiles, humo y masas histéricas gritando como una banda de monos borrachos para atraer a los espectadores al teatro.

Moratín estaba eufórico, atendiendo a las felicitaciones de todo el mundo en el vestíbulo del teatro.

—¿Y esta hermosa joven? —preguntó Moratín a Faria a la vista de Cayetana.

—Don Leandro, os presento a Cayetana Miranda, mi..., mi prometida —soltó Faria de sopetón ante el asombro de la muchacha, que miró a Francisco como si acabara de ser pedida en matrimonio por el mismísimo Napoleón Bonaparte.

—¡Vaya, qué callado se lo tenía! Me alegro, sobre todo por usted, Faria, su... prometida es una joven muy hermosa.

En ese momento dos guardias de la policía se presentaron ante Faria.

—¿Comandante Faria?

—Sí, yo soy, ¿qué desean, señores?

—¿Cayetana Miranda? —demandó el otro guardia.

—Yo soy —dijo la muchacha.

—Considérese presa, señorita, en nombre del rey.

—¡Qué! —se sobresaltó Faria—. ¿De qué...?, ¿quién la acusa?

—Su excelencia el corregidor de Madrid. La acusación es por robo y fraude. Vamos, señorita, acompáñenos.

—¡Un momento! Soy comandante del cuerpo de guardias de corps, exijo una explicación.

—Lo siento, comandante, pero tenemos órdenes expresas de conducir a esta joven a la cárcel. —Se trata de un error, ¡suéltela!

—Le repito que cumplimos órdenes, señor comandante.

Faria hizo ademán de arrancar a Cayetana de manos de dos policías, pero se dio cuenta de que había cuatro más rodeándolo, cuya presencia no había advertido hasta entonces.

—¡Francisco, Francisco! ¿Dónde me llevan, dónde?

—No te preocupes, hablaré con mi tío, te sacaré mañana mismo. Te lo prometo.

—Y ahora, comandante, si nos permite... Los seis policías se llevaron bien sujeta a Cayetana y la introdujeron en un coche de caballos que esperaba a la entrada del teatro.

—¡Vaya! —exclamó Moratín—, éste sí que es un buen argumento para una obra de teatro.

—Siento lo ocurrido en el día de vuestro triunfo, don Leandro, pero se trata de un malentendido.

—Yo también lo lamento, amigo Faria. Bien, parece que su prometida se ha metido en problemas; si me necesita no dude en pedirme ayuda.

—Gracias, pero no creo que sea necesario.

—En cualquier caso, mándeme recado si lo fuera.

—¡Es una vulgar ladrona, sobrino! ¡Una ladrona! ¡Maldita sea, en qué demonios estabas pensando! Sí, ya sé, tal vez tenga un buen par de tetas y un gran coño y quizá te vuelva loco en la cama, pero tú eres un oficial de la guardia de corps, el heredero de uno de los más ilustres apellidos de Extremadura y de España, mi sobrino y mi protegido. Si tanto te atraía esa mujer, haberle puesto un piso, creo que te lo puedes permitir; pero llevarla a vivir a tu casa, ir con ella al teatro, a la vista de todo Madrid... Eres un insensato. Hubiera sido mejor que te hubieras acostado con cualquiera de esas alocadas marquesas y duquesas que andan por los salones como

fieras en ayunas buscando a un gallardo oficial con el que compartir un buen revolcón. Un joven apuesto como tú no tiene ningún problema para pasar cada una de las noches de cada semana en la cama de una mujer distinta, ¡pero con una ladrona! Me has dejado en evidencia, me has puesto en ridículo ante la corte y ante la nobleza.

Francisco de Faria acababa de pedirle a Godoy que interviniera para liberar a Cayetana.

—Robó por necesidad, tío, para no tener que prostituirse.

—Tú mismo la denunciaste por robo, y además, ¡qué sabes de ella! Te has comportado como un verdadero idiota. Piensa dos veces antes de tomar una decisión que condicione tu vida para siempre. Escúchame: todo hombre que lo sea necesita del calor de una mujer, pero el hombre que se precie de inteligente debe buscar en la mujer recogimiento, modestia, virtud... Una esposa que sepa cuidar de la casa, economizar el gasto, aprovechar la despensa, que sea hacendosa, que sepa coser y bordar, que sólo lea libros devotos y que asista a misa diaria. Ése es el tipo de mujer que un hombre como tú necesita, una esposa de tu misma condición.

»Aquí en la corte abundan las jóvenes ejemplares, hijas de nobles, de ricos hacendados o de florecientes mercaderes. Puedes elegir el tipo que quieras porque hay a decenas, a centenares, todas ellas esperando a que aparezca el afortunado que las lleve al altar y sepa aprovechar su dote; y eso es exactamente lo que tú vas a hacer en los próximos días.

»¡No!, mejor lo haré yo; me encargaré en persona de este asunto. Si queda en tus manos, eres capaz de volver a meter la pata y dejarme de nuevo en ridículo.

—Pero, tío, yo, yo...

—Te ha sorbido el seso. Ya lo veo. Seguro que es una de esas mujeres atrevidas a las que gusta llevar la iniciativa en la cama, ¿eh? Jamás confíes en una mujer así, porque si lo haces acabará dominándote de tal manera que jamás, ¿me oyes?, jamás podrás librarte de ella. Una mujer de coño caliente es inolvidable en la cama, pero a la larga sólo trae la ruina a los hombres que de ella se encaprichan.

»Hazme caso, olvídala cuanto antes y escucha. Godoy le indicó a Faria que se sentara, pues hasta entonces habían permanecido los dos de pie, y le ofreció un oporto.

—Yo la quiero, tío, la deseo...

—He dicho que te olvides de eso y que me escuches. Napoleón ha firmado el tratado de Presburgo, por el que adquiere un gran poder sobre los territorios germánicos, lo que a su vez lo convierte, si no lo era ya, en el hombre más poderoso de Europa. Ahora nada se interpone entre el emperador de Francia y Rusia, y creo que irá a por ella. ¿Y después? No me cabe duda de que cuando despedace al imperio del zar Alejandro vendrá a por nosotros. Estamos en un buen lío, sobrino: enemigos de Inglaterra, a punto de ser devorados por Francia...

»En estas circunstancias, olvídate de esa muchacha y emplea tus cinco sentidos en lo que de verdad nos interesa. Y si no puedes aguantar el fulgor de tu entrepierna y no te atreves con una condesa insaciable, acude a cualquiera de los prostíbulos de Madrid, que los hay estupendos, o seduce y déjate seducir por cualquiera de las damas que persiguen a jóvenes oficiales dispuestos a hacerles pasar un buen rato, pero no permitas que el recuerdo de esa joven te atormente y que tu obsesión por ella arruine tu futuro.

El sí de las niñas estuvo en cartel durante veintiséis días consecutivos. Ninguna obra teatral lo había hecho durante tanto tiempo hasta entonces. La última representación de la temporada se celebró el dieciocho de febrero, y fue la postrera, pues el día diecinueve comenzaba la Cuaresma y los teatros tenían que cerrar por prescripción legal, pues durante la celebración de este período religioso estaban prohibidas cualquier tipo de manifestaciones lúdicas y festivas que no tuvieran un contenido específicamente religioso.

—¡Veintiséis jornadas, amigo Faria, veintiséis días sin fallar uno solo, casi un mes, y a lleno diario! Nadie lo había logrado hasta ahora, ¡nadie!

—Es usted el más grande, don Leandro.

—Y hubieran sido muchos más días de no haber mediado la Cuaresma. Tal vez hubiéramos llegado a las cincuenta, o quién sabe si hasta las cien.

—No hay tanta gente en Madrid. Han acudido a ver *El sí de las niñas* unos treinta y siete mil madrileños, casi la cuarta parte de la población. Eso es algo excepcional.

—Pero la Cuaresma..., tener que interrumpir las representaciones por esa causa...

—Siempre ha sido así, ya lo sabía usted cuando estrenó.

—Por cierto, ¿qué ha sido de su «prometida»? —No se burle de mí, don Leandro. ¡Oh!, mi joven amigo, no lo hago, nunca lo haría, ya sabe usted en cuánta estima lo tengo. Me preocupa su estado de ánimo.

—Ha sido acusada de robo, de varios robos, y de fraude. Está encerrada en la cárcel vieja. Me han asegurado que será condenada al menos a dos años de prisión, ¡dos años! Una joven hermosa y llena de vida como ella no lo soportará, y yo tampoco. Hace menos de un mes que no la veo y apenas puedo resistir su ausencia, no sé qué será de mí dentro de un tiempo.

—Una mancha se quita con otra; bueno, al menos se oculta debajo de otra más reciente. Es usted apuesto, noble y hacendado, y el más joven comandante de nuestro ejército, tal vez de todos los ejércitos de Europa, ¿qué jovencita se atrevería a rechazarlo?

—No me interesan las demás mujeres, ninguna. —Eso lo dice usted ahora porque está despechado y dolido por haber perdido a su amada de esta manera tan terrible. Hágame caso, busque a otra joven, seguro que la encontrará, es usted un héroe de

Napoleón, que creía compensada la derrota en Trafalgar con las victorias frente a los austríacos, nombró a su hermano José rey de Italia. Aquella coronación hizo que Godoy ratificase sus dudas sobre las verdaderas intenciones de Bonaparte. El embajador francés en Madrid le aseguró y le ofreció plenas garantías de que Francia respetaría la alianza con España y su independencia como nación soberana, pero Godoy no estaba convencido de ello.

Entre tanto, Collingwood había regresado victorioso a Inglaterra con el cadáver de Nelson embalsamado, tras dejar en orden a la Armada inglesa en el puerto de Gibraltar. El gobierno inglés lo ascendió a almirante, lo que también hizo a título póstumo con el difunto Nelson, y lo nombró par y lord de Inglaterra. A petición propia, Collingwood fue autorizado a incluir en su escudo familiar la leyenda «Trafalgar».

Por el contrario, el almirante Villeneuve, liberado por los ingleses tras varias semanas cautivo, había solicitado varias veces a Napoleón ser recibido por el emperador en París. Pese al silencio a sus reiteradas peticiones, se puso en marcha hacia la capital de Francia, pero a medio camino un funcionario imperial le hizo llegar una carta de un ministro en la que le conminaba a que no se acercara a París. Napoleón estaba tan indignado con el hombre que había perdido un quinto de su Armada que no quería volver a verlo. Los vencidos no tenían cabida al lado de Bonaparte.

Villeneuve, hospedado en un hotel de la ciudad de Rennes, angustiado por sus recuerdos y con enormes remordimientos de culpa, no pudo soportar la ignominia y el deshonor. Todos lo señalaban como principal y en algunos casos único responsable de la derrota de la flota combinada, y era despreciado e insultado en cuanto alguien lo identificaba. Al fin, el almirante no pudo más y se quitó la vida con un puñal.

El almirante Gravina también murió, pero de forma bien distinta. Los médicos que lo atendían en Cádiz, donde seguía al mando de la flota española pese a su mala salud y a su herida sin cura, no pudieron atajar la gangrena, que poco a poco se le fue extendiendo por todo el cuerpo hasta acabar con él.

Faria leyó en *El Mercurio* que el insigne marino había fallecido el treinta de abril de 1806 en Cádiz. La misma información recogía los grandes honores rendidos al almirante español, y cómo el almirante Rosily, el sustituto de Villeneuve al frente de la Armada francesa, había ordenado que se disparara desde su buque insignia un cañonazo cada cuarto de hora mientras el cadáver de Gravina estuviera insepulto. Fue enterrado en el cementerio de la iglesia de San José, extramuros de la ciudad de Cádiz. Muchos fueron los que lloraron su muerte, más todavía los que lamentaron

que no hubiera mandado a la flota combinada en Trafalgar.

—Era un gran marino, su muerte es una enorme pérdida para España.

Godoy lamentaba así el fallecimiento del almirante Gravina.

Estaban reunidos a su alrededor varios personajes asiduos a las tertulias vespertinas del palacio de Buenavista, entre ellos el comandante Faria, que como alma en pena seguía reclamando la libertad de Cayetana, a pesar de que cada uno de sus ruegos era rechazado por Godoy, que sin perder la paciencia le insistía en que olvidase sus aflicciones de amor buscando consuelo en los brazos de otra mujer.

—¿Se divierte, comandante Faria?

Francisco volvió la cabeza al oír la voz conocida y en sus labios dibujó una mueca de hastío ante la mirada siempre irónica de Moratín.

—No, estas tertulias me aburren, pero no tengo otro remedio que aguantarlas; a mi tío... a su excelencia le agradan mucho y le gusta que yo asista. Le encanta ver estos salones llenos de gente que lo adula y le pide favores.

—Hace usted bien manteniéndose al margen.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que a veces es peligroso destacar en demasía.

—No lo entiendo.

—Que dos gallos no pueden compartir el mismo gallinero.

—¿Dos gallos?

—Parece usted bobo, Faria. Le estoy diciendo que Godoy jamás soportará que nadie le haga sombra; salvo el rey, claro, que como usted mismo puede comprobar apenas viene por Madrid.

—Yo no pretendo...

—A veces uno hace sombra sin querer y sin poder evitarlo. ¿Sabe quién es Malaspina?

—Claro, todo el mundo ha oído hablar de él.

—Pues entonces conocerá su destino...

—Sé que realizó una gran expedición por el océano Pacífico hace veinte años.

—Sí, una de las más grandes aventuras científicas del siglo pasado, y ya ha visto usted lo que le ocurrió.

—Pues no, no lo he visto.

—Malaspina fue el mejor marino del último siglo y un hombre muy brillante. Tenía a su favor todo: fama, conocimientos, prestigio, elegancia, madurez... La mayoría de las mujeres de la corte de Madrid estaban enamoradas de él. La marquesa de Matallana y la condesa de Pizarro rivalizaron por sus amores de tal modo que algunos poetas satíricos escribieron poemas muy mordaces en los que ridiculizaban la pasión y la competencia de las dos nobles damas por llevarse al napolitano a la cama. Otros han llegado a decir que hasta la reina María Luisa se había encaprichado de su

ingenio y sobre todo de su apostura, aunque también hubo quien dijo que esos caprichos de la reina no eran nada raros en su juventud. En fin, Malaspina era un verdadero triunfador.

—¿Era?, ¿es que ha muerto? —preguntó Faria.

—Para ciertos efectos, sí. Godoy comenzó a recelar de él cuando observó que la reina le obsequiaba con algunos favores y lo destacaba por encima de los demás. Y temió lo peor: que la reina cayera rendida a sus pies y que le quitara el puesto de favorito; por eso lo repudió. Godoy puso remedio a la situación antes de que Malaspina lo desbancase, y mediante una serie de argucias e intrigas en torno al rey don Carlos consiguió que fuera apresado y encerrado en el cuartel de guardias de corps. Pero Godoy lo quería bien lejos de la corte, y logró que el rey lo enviara al castillo de San Antón, en La Coruña.

»Malaspina estaba perdido, pero Godoy, tal vez en uno de sus escasos gestos de generosidad, le ofreció una salida: le propuso la libertad a cambio del exilio perpetuo.

—¿Y Malaspina aceptó?

—Por supuesto. Cuando uno siente su vida en inminente peligro, ésta se convierte en lo más deseado y no existe ningún otro valor que la preceda.

»Malaspina ganó la libertad a costa del exilio, y todavía sigue pendiendo sobre su cabeza la amenaza de muerte, pues si algún día decidiera regresar a España, lo espera el cadalso. Así es como se trata aquí a nuestros hombres más ilustres.

—No sé qué tiene que ver todo esto conmigo —adujo Faria.

—Mucho, comandante, mucho. Es usted joven y apuesto, como Malaspina lo era, y ya he advertido en algunas damas miradas dirigidas hacia usted que denotan cierto..., digamos cierto interés. Le recomiendo que tenga cuidado, que procure no llamar la atención, especialmente la de la reina.

—¿La reina?

—Sí, doña María Luisa. Sí, sí, ya sé que es una mujer mayor y fea, muy fea, por cierto, pero también es presumida y coqueta... todavía, pese a los trece partos y once abortos que ha tenido en veintitrés años.

—No creo que la reina...

—No importa cuál sea la verdad. La reina ha tenido muy mala fama y, sea cierto o no, sus detractores le han atribuido numerosos amantes. Godoy se ha ocupado de acabar con la carrera de todos ellos, aunque sus relaciones con la reina fueran una mera invención. Bastaría con eso, Francisco, un simple rumor, para que su... tío lo eliminase de un plumazo.

»Hágame caso, no destaque o caerá al suelo tan rápido como una pera madura azotada por un vendaval de granizo. Para mantenerse en esta corte hay que ser discreto. Procure que no le ocurra lo mismo que a Malaspina.

En ese momento se acercó Godoy.

—Don Leandro, ya sé del éxito de su nueva comedia. Lamenté no haber podido ir a verla, ya conoce usted qué ocupado me tienen en estas últimas semanas los asuntos de Estado.

—Gracias, excelencia, creo que le hubiera gustado.

—Por supuesto, por supuesto que sí.

En aquellos días de primavera de 1806, las disensiones entre Godoy y el príncipe de Asturias crecieron como la espuma de las olas en la tormenta. Don Fernando se había rodeado de dos nobles muy poderosos e intrigantes, don Pedro de Alcántara, duque del Infantado, y don José Miguel de Carvajal y Vargas, conde de San Carlos, además de mantener a su lado como principal consejero a su preceptor el clérigo Juan Escoiquiz, a quien Godoy odiaba más que a cualquier otra persona.

Faria se había enterado, tras pagar una buena cantidad de dinero que Godoy le había entregado para sobornar a confidentes, que el círculo del príncipe estaba tramando una alianza con Inglaterra en secreto.

Los de don Fernando y los agentes secretos ingleses tramaban un acuerdo mediante el cual los ingleses ayudarían al príncipe de Asturias a alcanzar el trono a cambio de que éste rompiera la alianza de España con Napoleón y firmara la paz y un pacto de defensa mutua con Inglaterra.

Godoy parecía condenado a un escaso margen de maniobra. Los recursos del Estado estaban menguando debido a las deudas de la guerra y a que la derrota de Trafalgar y la pérdida de tantos navíos había provocado el colapso del comercio entre España y sus colonias americanas. La abundante plata, el necesario oro, el cobre y el estaño para los barcos, la artesanía y las fundiciones, la suave lana de vicuña y el fino cacao de Guayaquil ya no llegaban a los puertos españoles, y el tesoro dejó de ingresar las rentas de los impuestos por esos productos.

Al desastre económico se sumaba la apatía del rey Carlos IV, recluido cada vez por más tiempo en sus palacios de Aranjuez, El Escorial y La Granja, ajeno a los problemas en los que se sumía la nación, y a la amenaza de Francia, que día a día se mostraba más como enemiga que como aliada de España, sobre todo desde que el cinco de junio Luis Bonaparte, otro de los hermanos de Napoleón, fuera coronado rey de Holanda. Casi nadie dudaba ya de que Napoleón pretendía crear un imperio continental en el que Francia fuera el centro y la periferia una serie de reinos satélites gobernados por miembros de su familia sometidos a la voluntad del emperador.

Algunos incluso aseguraban que había sido una suerte perder la batalla de Trafalgar, pues Inglaterra era la única nación capaz de evitar que la tiranía del emperador francés se extendiera por toda Europa. Entre tanto, el poder de Inglaterra crecía a la par que su riqueza y su población. La industria textil inglesa era ya la más importante del mundo, el país tenía diez millones de habitantes, de los cuales una

décima parte vivía en Londres, y disponía de una pujante y emprendedora clase empresarial y de notables intelectuales y científicos.

Por el contrario, en Francia se habían enrarecido los frescos aires revolucionarios y casi se habían olvidado aquellas encendidas proclamas que aterrorizaron a la nobleza europea. «Liberaremos al universo de esos criminales que oprimen a los pueblos desde hace tanto tiempo. Hemos jurado estrangular, no importa cómo, hasta el último de los tiranos», habían prometido los rebeldes. Pero la nueva sociedad imperial heredera de la Revolución no había producido sino una nueva clase nobiliaria que se hacía insoportable, tanto para los supervivientes de la antigua aristocracia francesa como para los pocos que aún mantenían vivo el espíritu revolucionario que proclamaba la igualdad social, la fraternidad universal y la libertad para todos los hombres.

Con ese panorama, cada vez eran más las voces que en España clamaban por romper la alianza con Francia, alentadas sobre todo por la princesa María Antonia, esposa del príncipe de Asturias. Pero la princesa murió de tuberculosis a fines de mayo, y los partidarios de romper con Francia perdieron su principal apoyo.

Francisco de Faria dudaba más cada día. En principio había aceptado, sin pensar en otra cosa que en agradar a Godoy, la alianza con Francia, pero las noticias que llegaban de Europa y la actitud de los franceses en Trafalgar le habían hecho recelar de tal modo que ya no estaba seguro de qué era lo más conveniente para los intereses de España, cuya defensa seguía siendo su ideal. Dudaba entre mantener la fidelidad a Napoleón, esperando que éste premiara a España permitiéndole conservar su independencia y compartir su triunfo, o pactar con Inglaterra a cambio de lograr la devolución de Gibraltar y de recuperar las posiciones perdidas en el comercio con América. Los gobiernos de la mayoría de las grandes naciones de Europa parecían tener las cosas mucho más claras que el confuso Faria. Rusia, Austria e Inglaterra formaron a principios del verano de 1806 una gran coalición, la cuarta, contra Napoleón.

El verano en La Granja era más soportable que en Madrid, pero en las horas centrales del día ni siquiera a la sombra de los sauces y entre las fuentes de los jardines del palacio se estaba fresco. Aquel día lloviznaba de modo intermitente, y el rey jugueteaba con sus nietos más pequeños y con los hijos de algunos nobles en una sala de la planta baja del palacio de La Granja. La hija de cinco años de Godoy; Luisa Manuela, era uno de los niños que corrían entre los sillones perseguidos por Carlos IV, que se había fabricado una especie de latiguito con dos pañuelos atados y perseguía a los chiquillos para azotarles las piernas si los alcanzaba. La reina María Luisa y Godoy contemplaban al monarca sonrientes.

—Mi esposo es como un niño, un niño grande —dijo la reina.

—Se divierte y a su vez divierte a los muchachitos —añadió Godoy.

—¿Y bien, Manuel, qué ocurre con mi hijo?

—El príncipe de Asturias está mal aconsejado, señora.

—Ya lo sé. Y el culpable eres tú por no haberte dado cuenta antes de las intenciones de Escoiquiz. Tú fuiste quien lo nombraste su preceptor; pero en fin, ahora ya es tarde para estos lamentos. Ese malvado clérigo del diablo lo tiene hechizado. Menos mal que ha muerto esa mocosa con la que se casó; María Antonia hubiera llevado a mi hijo a la ruina.

Godoy frunció el ceño ante los reproches de la reina. No hacía falta recordárselo, porque él mismo se había arrepentido muchas veces de haber sido el causante de que Escoiquiz hubiera sido nombrado preceptor del Príncipe.

—Sí, señora, pero yo creí que Escoiquiz enseñaría a vuestro hijo a amar en lugar de a recelar y a temer; ha echado a perder el alma de don Fernando, ha logrado que en su corazón brote la amargura y en su cabeza la conspiración contra sus padres y sus reyes.

—Mi esposo está muy afectado.

—¿Lo sabe?, ¿sabe que su heredero está conspirando contra él?

—Lo supo anteayer, se lo dijo el conde de Montarno.

—¡Ese idiota!, le advertí que no abriera la boca hasta que yo no hubiera hablado con vos, señora.

—Se ha justificado ante mí diciendo que, como gobernador del Consejo, tenía la obligación de alertar a su majestad.

—Pero el rey no parece afectado, ahí está, correteando como uno más de los niños.

—Ya sabes cómo es; no le dio demasiada importancia, probablemente no llegó a creerlo. Bueno, gimió un poco, dijo algo que no entendí sobre el amor de padre e hijo y siguió comiendo un plato de perdices estofadas. Pero vamos a lo que importa, ¿qué has averiguado de nuevo?

—Mi sobrino, el comandante Faria, ha obtenido ciertas informaciones muy valiosas, aunque nos han costado muy caras. Hay varios miembros de la alta nobleza involucrados en la conspiración, sobre todo el duque del Infantado y el conde de San Carlos, pero también están Ayerbe, Bardají, Caballero y otros muchos.

—¡Infantado y San Carlos, esos dos! Era de esperar, son ambiciosos, muy ambiciosos. El duque del Infantado ya intentó ganar el favor del rey, pero utilizó una táctica equivocada. Ésta es ahora su venganza.

María Luisa dijo sentirse un tanto sofocada y pidió a Godoy que la acompañara fuera de la sala. Había cesado de llover y el aire traía un fresco olor a tierra mojada y a pino.

La reina de España tenía cincuenta y cinco años y su aspecto, tras tantos partos y abortos, era muy marchito y estaba sujeta a frecuentes indisposiciones. Su genio

seguía siendo despierto y vivo, como veinte años atrás, pero su tez se había vuelto amarillenta y sus labios habían perdido la sutileza de antaño y ofrecían ahora una muesca extraña, como de máscara, debido sin duda a los numerosos dientes postizos con los que le habían reemplazado los perdidos en los últimos años.

Mantecía la mirada penetrante que emanaba como un rayo de sus pequeños pero profundos y vivarachos ojos, que se clavaban como puntos de acero en los de su contertulio. Su barbilla incisiva y su nariz corva se habían alargado y ensanchado todavía más con la edad, y ni siquiera el maquillaje era capaz de disimular la imperfección de sus rasgos.

Lo que apenas había cambiado era su carácter egoísta, sus ademanes altaneros y su intuitiva astucia, armas que seguía utilizando con la misma destreza que en su juventud. Sus detractores, que eran muchos en la corte, decían que no tenía ninguna virtud, y sí muchos defectos; la acusaban de ser vanidosa y estar ansiosa por recibir homenajes y halagos, y de haber sido muy libertina antes de casarse con el rey, e incluso después de su matrimonio.

Obsesionada por resaltar el lujo y el boato de sus palacios y jardines, se seguía ocupando personalmente de la decoración de cada una de las salas y aposentos, de las fuentes y parterres, derrochando un depurado gusto por la ostentación; por el contrario, en nada le atraían la lectura y el estudio, hacia los cuales tenía muy poca inclinación.

—Este calor y esta humedad, no los soporto. Aquí afuera al menos corre un poquito de aire de la sierra y se respira mejor.

»¿Siguen empeñados en aliarse con Inglaterra?, a los conjurados me refiero —preguntó la reina.

—Sí, pero algunos de ellos tienen serias dudas —dijo Godoy—. En una de sus últimas reuniones han planteado la posibilidad de un cambio en sus futuras alianzas. Los nobles mantienen su preferencia por Inglaterra, pero los hombres de negocios y el propio Escoiquiz están virando hacia Francia; unos porque les interesa no perder los beneficios que les reportan sus relaciones comerciales, y Escoiquiz..., no sé, tal vez su alma de clérigo deteste a esos anglicanos que se separaron de la Iglesia hace ya casi tres siglos y que no permiten que los católicos desempeñen cargos públicos ni puedan acceder a su Parlamento.

—Ese comandante, ¿Faria?, parece que ha hecho un buen trabajo.

—Sí, señora, excelente pese a su juventud, y además es fiel y leal.

—Se parece a ti.

—Somos parientes.

—Los Godoy y los Faria, una fábrica de buenos mozos...

—Mi sobrino...

—No te preocupes, Manuel, ya no estoy en edad de perseguir jovencitos, y ya

sabes que tú eres mi única debilidad. Ni siquiera aquel apuesto y arrogante Malaspina despertó en mí... claro que ya te ocupaste tú de que no tuviera tiempo ni ocasión de hacerlo.

—¿Yo, señora?

—Sí, sí, tú, Manuel. Bien que te encargaste de que desapareciera de mi vista.

—Era un peligro para España, un hombre ambicioso, sin escrúpulos.

—Eras tú quien lo veías como una amenaza y un competidor a tu puesto, mi querido Manuel. ¡Ah!, erais dos magníficos capones, soberbios, engreídos, con tanta vanidad a costas que el orgullo os brotaba a raudales. Cualquier mujer se hubiera rendido a vuestros pies, incluso una reina.

María Luisa desplegó su abanico y lo agitó con suma coquetería delante de su rostro.

—Seguiré vigilante, señora. Y ahora, si me lo permitís, recogeré a mi hijita, quisiera estar en Madrid antes de que anochezca.

—Me encantaría que te quedases a cenar con nosotros, creo que hoy tenemos olla podrida, ya sabes cuánto le gusta a mi esposo el rey.

—Nada me agradaría más, señora, pero no puedo; mañana temprano he de estar en Madrid para despachar ciertos asuntos que no admiten demora.

—¡Ah!, no sé qué haríamos sin ti.

4

Aquel verano de 1806 discurría pesado y calmo. En Europa, Napoleón continuaba con sus campañas de conquista, reclutando nuevos contingentes de tropas para infligir la derrota definitiva a Austria y Prusia. El seis de agosto fue proclamado emperador de Austria Francisco I, y su primer decreto consistió en suprimir el secular Imperio romano-germánico y fundar el nuevo Imperio austríaco. Todo cambiaba en Europa, como si una enorme transformación del continente estuviera a punto de producirse. Incluso los franceses y los ingleses establecieron una serie de contactos secretos para ver si podían acordar un principio para firmar un tratado de paz.

Conforme crecía el poder de Napoleón, la camarilla de conspiradores que se reunía en torno al príncipe de Asturias se hacía más y más numerosa. El debate sobre los futuros aliados de España estaba cerrado, porque a mediados del verano los consejeros del príncipe de Asturias habían roto las conversaciones con los ingleses y ya estaba claro que don Fernando se decantaría por apoyar a Napoleón antes que a Inglaterra. Agentes secretos franceses destacados en Madrid se entrevistaban casi a diario con partidarios de Godoy y a la vez con seguidores del príncipe Fernando, y a ambas partes enfrentadas les prometieron la ayuda de Napoleón en caso de una confrontación interna entre españoles.

Cayetana continuaba presa. Faria había ido en vano a visitarla a la cárcel en muchas ocasiones, pero el gobernador de la prisión tenía órdenes expresas de Godoy de no permitirle que viera a su amada. Los cargos contra Cayetana eran muy graves, pues a la acumulación de denuncias por robo y fraude se sumó la acusación de haber espiado al servicio de los ingleses.

—Pero eso no es cierto, tío —le dijo Faria a Godoy cuando éste le comunicó que Cayetana era probablemente una agente inglesa.

—¿Tú crees que no? No tiene pasado, nadie la conoce, no puede demostrar su origen. Hay testigos que afirman que la vieron merodear por el puerto de Cádiz y que preguntaba a los marineros por ciertos detalles antes y después de la batalla de Trafalgar.

—¡Se preocupaba por mí! Me estaba esperando. Yo sé quién es, ella me lo confesó todo; se quedó huérfana de niña, tuvo que huir acosada por su tío...

—Según me han asegurado, esa mujer miente con una maestría extraordinaria, y creo que ha logrado engañarte. Olvídala, Francisco, olvídala. Si sigues obsesionado por ella sólo tendrás problemas. Conozco a una señorita que quizá te convenga. Se trata de la hija del conde de Prada, una muchacha de extraordinaria belleza que acaba de regresar con su padre de Francia, donde han vivido varios años.

—No me interesa.

—Claro que te interesa. ¿Qué edad tienes, veinte, veintidós años? La mayoría de los Faria ya tenían algún hijo a tu edad. Ven pasado mañana a la tertulia de Buenavista, ella estará también aquí.

—No tengo ganas de...

—He dicho que vengas. No te lo he pedido, te lo ordeno.

En efecto, Teresa de Prada era una muchacha muy bella. Extraordinariamente blanca de piel, de cabello castaño muy claro y ojos melados, parecía una muñeca de porcelana por su semblante frágil y frío.

Hija del conde de Prada, uno de los más ricos hacendados de la nobleza, estaba en esa edad en la que ya iba siendo hora de buscar un buen partido y concertar la boda. Godoy le había hablado al conde de Prada de su pariente Francisco de Faria, de la alta nobleza, de la vieja estirpe condal de su familia y de la riqueza que el joven comandante heredaría a la muerte del conde don Fernando de Faria, su padre. El enlace entre los dos jóvenes sería bien visto por las dos familias, más todavía si contaba con el beneplácito del mismísimo Godoy. El conde de Prada se entusiasmó con esa idea, pues además de colocar a su hija en el seno de un linaje de su mismo rango nobiliario, emparentar con la familia de Godoy significaría nuevas posibilidades para él de medrar en la corte a la que acababa de incorporarse tras una larga estancia en París.

—Ya lo puedes comprobar por ti mismo, Francisco. Te dije que Teresa era la muchacha más encantadora y bella de todo Madrid, y como ves, no te engañaba —dijo Godoy al presentarle a Faria a la hija del conde de Prada.

Los dos jóvenes se saludaron con cortesía, Francisco un tanto desatento y Teresa con un rubor tan exagerado y fingido que a Faria le pareció una pose.

—Señorita, encantado de conocerla —mintió.

—Y yo a usted, don Francisco. Estoy impresionada, tan joven y ya es usted comandante de los guardias de corps.

—Bueno, bueno, dejaos de cumplidos y marchad a aquella sala del fondo, allí podréis charlar más tranquilos. Imagino que dos jóvenes como vosotros tendrán muchas cosas que contarse.

Los dos jóvenes saludaron a Godoy y al conde de Prada, que había acompañado a su hija, y, a su pesar, Francisco acompañó a Teresa a una sala contigua, al margen del salón principal donde los invitados a la tertulia vespertina gritaban como poseídos sin parar de consumir tazas humeantes de chocolate caliente, refrescos de zumos, vinos dulces aromatizados con especias, galletas de almendra y canela y agua anisada.

—Es usted muy joven para lucir los galones de comandante —insistió Teresa.

—Los gané en Trafalgar.

—¡Oh, Trafalgar, Dios mío! Leí el relato de esa batalla en una revista, debió de ser terrible.

—Sí, lo fue.

—¿Resultó usted herido?

—No. Tuve la fortuna de salir ileso.

—¿Ni un rasguño?

—Algunas magulladuras.

—Tuvo suerte.

—La protección de la Providencia.

—Murieron muchos hombres.

—Vi sucumbir y caer abatidos a muchos valientes.

—¡Dios mío, qué horror! —la hija del conde de Prada cogió la mano derecha de Francisco—. Fíjese cómo me late el corazón de sólo pensarlo. Teresa acercó hacia su cuerpo la mano de Faria y la puso sobre su pecho izquierdo.

Francisco sintió la suave piel de la muchacha bajo las yemas de sus dedos, pero no percibió ningún latido en el corazón de la joven, como si en vez de un cuerpo vivo estuviera tocando a una estatua.

—Es usted muy valiente, señor —asentó sin soltar la mano de Faria, alojada ahora en el centro del escote, entre los dos pechos de la muchacha, duros como rocas de granito pero fríos como témpanos de hielo.

La sensación de su mano sobre el pecho de la joven provocó en Faria un estallido

de deseo; cogió con su mano libre por la cintura a Teresa y la atrajo con fuerza hacia sí, pero cuando intentó besarla, la hija del conde de Prada mordió con saña el labio del comandante, al que produjo un intenso dolor, y le hizo brotar un hilillo de sangre. Teresa se libró entonces con una habilidad escurridiza y se alejó unos pasos del sorprendido Faria.

—A su tiempo, Francisco, cada cosa a su tiempo —le dijo dibujando una sonrisa tan lasciva y lamiendo a la vez unas gotas de sangre de Faria que habían quedado en sus labios, que un escalofrío recorrió la columna del comandante como un hiriente latigazo.

—¿Ha oído usted hablar del marqués de Sade? —preguntó Moratín a Faria.

El autor de *El sí de las niñas* estaba feliz porque habían concluido las obras de restauración del Teatro del Príncipe, tras el incendio que lo destruyera dos años antes, y volvió a haber tres grandes teatros en Madrid, aunque por unos meses tan sólo, pues a fines de 1806 se cerró el de los Caños del Peral.

—No; bueno, algo he leído en una revista, creo recordar.

—Es un escritor francés. Creo que todavía vive; debe de tener ahora alrededor de sesenta y cinco años. Escribe novelas muy..., digamos muy inquietantes. Aquí, en España, están prohibidas por la censura del Santo Oficio, que las ha incluido en el Índice por supuesto, pero en media Europa gozan de un éxito extraordinario. Mucha gente las encuentra enormemente atrayentes, pese a que sublima el mal gusto al combinar dolor y deleite sin distinguos entre ambas sensaciones, confundiéndolas de tal modo que sus protagonistas buscan el placer a través del dolor propio o ajeno.

—¿Como Santa Teresa de Jesús? —ironizó Faria.

—¡No sea usted blasfemo, comandante! En las obras del marqués de Sade el protagonista es el sexo, es decir, el placer y el dolor a través del sexo. Eso no tiene nada que ver con el dolor que expresa Santa Teresa, que es místico, espiritual, causado por la amargura de no poder contemplar a Dios.

»Sade es un especialista en burdeles; frecuentaba los más afamados de París, el de madame Brissault o el refinadísimo de madame Hecquet.

—Y Santa Teresa lo era en conventos.

—Tenga cuidado, Faria; si lo oyeran los del Santo Oficio...

—Ésos son precisamente los mayores expertos en lo que estamos hablando.

—¿En sexo?

—Por supuesto.

—No lo crea. Son los franceses quienes siempre han mostrado una especial inclinación hacia el sexo; en algún lugar he leído que Richelieu alcanzó el capelo de cardenal gracias al empleo de filtros amorosos y de pócimas afrodisíacas.

—Pues precisamente lo que yo le decía: los clérigos son los mayores expertos.

Esta conversación entre Leandro Fernández de Moratín y Francisco de Faria tenía lugar en un café de la puerta del Sol. Faria le acababa de confesar a su amigo la inquietud que sintió por la reacción de Teresa de Prada cuando ésta mostró una sonrisa inquietante tras haberle destrozado el labio de un mordisco, y cómo pareció disfrutar con el sabor y la vista de la sangre del comandante.

—Dolor y sexo, placer y sexo... Humm, tenga cuidado con esa mujer. Me ha dicho usted que ella ha estado en Francia algún tiempo, en ese caso tal vez conozca los métodos de Sade y los haya leído en su novela *Justine*, incluso los ha podido practicar. Esté atento y no se deje sorprender por ella.

—¿Justine?

—Sí —añadió Moratín—, una novela que publicó Sade en Francia hace ahora quince o dieciséis años y que, entre otros escándalos, lo llevó a la cárcel. En España apenas se conoce, pues sólo circulan algunos ejemplares en francés que han traído españoles que regresaban de Francia o viajeros franceses en ruta por España.

—¿Usted la ha leído?

—Sí, por supuesto. Era mi obligación para determinar si se podía publicar en España.

—Y no se podía, claro.

—Le aseguro que ese libro no es recomendable para ninguna inocente jovencita, salvo que el demonio se haya instalado en su interior para tratar de atrapar a incautos. Espero que usted tenga recursos para solventar una situación así si se le presenta el caso, no en vano ya logró sobrevivir a Trafalgar.

La recomendación de Moratín inquietó a Faria, pero a la vez le despertó una enorme curiosidad por Teresa y sobre todo por volver a enfrentarse a aquella lasciva e inquietante mirada, tan impúdica a veces que con un simple parpadeo hubiera ruborizado a un batallón de lanceros borrachos.

Cayetana seguía presa, y Faria, que lo intentaba todas las semanas, no recibía autorización para verla, a pesar de que le insistía tanto a Godoy que en una ocasión el príncipe de la Paz estuvo a punto de perder la paciencia. Se mantenía informado de cómo se encontraba Cayetana gracias a que algunos guardias de la prisión le contaban su estado a cambio de unas monedas; por ellos sabía que mantenía el ánimo íntegro. No obstante, su situación había vuelto a empeorar, pues a los cargos de robo, fraude y espionaje, el Santo Oficio se había personado en la causa seguida contra Cayetana, acusándola de conducta deshonesto e inmoral, añadiendo un cuarto cargo que sumar a los tres que ya acumulaba.

—Tenga usted cuidado, Faria —le aconsejó Moratín—; creo que lo que le están haciendo a esa muchacha va dirigido contra usted, y a través de usted directamente contra Godoy. En esta corte de los despropósitos que es Madrid existen manos negras

detrás de cada acción, por muy inocua que en principio parezca. Camine con pies de plomo y esté siempre atento a cuanto suceda a su alrededor; en estos tiempos tan convulsos, nunca se sabe dónde puede estar oculta la trampa del enemigo.

—Todas las acusaciones contra Cayetana son falsas, se lo aseguro.

—¿Incluso la de ladrona? Usted mismo me contó en una ocasión...

—Bueno, eso pasó hace algún tiempo.

—¿Y no cree que esa muchacha debería pagar por ello?

—No sé, tal vez...

—Creo que lo mejor para usted es que se olvide de todo esto, aunque sea por unas horas. Le invito a comer y después a que me acompañe a casa de Francisco de Goya.

—¿Goya, el pintor?

—Sí, Goya, el pintor de la corte; dicen que el mejor artista vivo. Deseo encargarle un retrato; en estos tiempos que corren no eres importante hasta que Goya te retrata. Además, contemplar sus cuadros lo relajará.

Faria y Moratín almorzaron una sopa juliana, mollejas fritas, pichón asado con ensalada de lombarda y bizcochos de huevos moles con crema de chocolate en una casa de comidas de la plaza Mayor, y tras tomar un café denso y muy azucarado se dirigieron al estudio de Goya.

El artista aragonés era el gran maestro de los pintores españoles. Sordo desde hacía varios años, pintor de cámara del rey Carlos IV, su trabajo era demandado por los principales nobles y personajes relevantes del país para que les hiciera un retrato. Todo individuo que se considerara importante debía tener un retrato colgado sobre la chimenea del salón principal de su casa, y si era de Goya, pintor de reyes, príncipes e infantes, el retratado podía considerarse ya como uno de los principales personajes del reino, aunque en el fondo fuera un idiota enriquecido. Moratín le quería encargar uno y le había recomendado a Faria que cuando sucediera a su padre como conde de Castuera se hiciera retratar por Goya, y colgara su imagen como nuevo conde sobre la chimenea (porque supuso que habría una chimenea) de su casa solariega de Castuera.

—Comandante Faria, os presento a don Francisco de Goya y Lucientes, el artista más importante de nuestro tiempo, el nuevo Velázquez —dijo Moratín.

—Señor, me alegra mucho conocerlo, sus retratos son soberbios y sus grandes cuadros me emocionan. El que presenta a toda la familia del rey Carlos reunida me parece soberbio.

—Ahora no lo haría así, comandante. Ese retrato colectivo de familia fue un encargo de Manuel Godoy; me pidió que sacara a la reina María Luisa en el centro, muy destacada, y a don Carlos lo pinté un tanto desplazado; ahora los colocaría al revés.

La cabeza de Goya y sus manos, ambas poderosas y plenas de energía como las

de un campesino en su plenitud, llamaron la atención de Faria.

El estudio estaba lleno de bocetos y en varios caballetes descansaban inacabados diversos retratos.

—Siempre retratando a gente famosa —observó Moratín.

—Es la única manera de ganarse la vida, amigo mío. Miren: Ése es Bartolomé Sureda, el director de la fábrica de porcelana del Buen Retiro; ya está acabado — Goya señaló un cuadro en el que un hombre joven con abrigo verdoso sostenía en sus manos un chistera negra de forro rojo—. Y ése otro es Isidoro Máiquez, dicen que nuestro mejor actor; apenas está esbozado.

—Buscando nuevos caminos, Paco —le dijo Moratín.

—Vengan conmigo —les invitó Goya.

Caminaron por un pasillo hasta llegar a una puerta, que Goya abrió con una llave que portaba en el bolsillo de su chaqueta. Entraron en una habitación oscura. Goya abrió la ventana y toda la estancia se inundó de una cálida luz vespertina.

—Esto es lo que ahora me interesa —dijo el pintor.

La habitación estaba llena de cuadros con escenas terribles. En uno de ellos, dos hombres de aspecto salvaje estaban a punto de degollar a una muchacha que imploraba perdón a sus verdugos mientras uno de ellos le rebanaba el cuello con una enorme daga. En otro, un demente desnudo comía las entrañas de una joven a la que acababa de matar con su cuchillo. Y en un tercero varias doncellas desnudas bailaban poseídas por el diablo alrededor de un macho cabrío cuyos cuernos estaban adornados con una guirnalda de flores.

Después, Goya les mostró unos siniestros dibujos en los que figuras extrañas con formas de loros, monos, asnos y otros animales configuraban un universo de verdadera paranoia.

—¿Esto es lo que ahora está usted pintando? —le preguntó Faria.

—Busco nuevas formas, nuevos caminos. La pintura académica de vírgenes, cristos y alegorías de virtudes me interesa muy poco. El trazo, la pincelada, la fuerza expresiva de la pintura..., eso es el arte, mis queridos amigos. Imitar la naturaleza sólo es cuestión de buena técnica, y eso se consigue a base de estudio y disciplina. Pero el genio, el genio no se aprende nunca, se tiene o no se tiene. Yo pretendo buscar mi genio, la fuerza interior que me empuja a buscar nuevas maneras de expresar la realidad, de pintarla.

—Pero sus retratos son magníficos, reflejan fuerza, vida, sentimientos.

—Ciertos rostros son fáciles de trasladar a un lienzo. Es cuestión de buena mano para el dibujo y de buen gusto para los colores. El alma, señor Faria, el alma es lo que yo pretendo plasmar en cada retrato que pinto —dijo Goya.

—Eso es muy difícil.

—Más de lo que usted cree. Ya sabe que hay quien asegura que algunas personas

no tienen alma.

—Y en esos casos, ¿qué es lo que ve tras sus rostros? —demandó Faria.

—La locura.

5

Faria subió las escaleras del palacio de Buenavista como un ciclón. Sólo unos minutos antes, un heraldo de Godoy le había comunicado que acudiera a palacio a toda prisa. El jefe de gobierno lo esperaba inquieto, paseando de un lado a otro de su despacho, con las manos entrelazadas a la espalda. Sobre la mesa había una enorme bandeja con sabrosos alimentos que ni había tocado. Hacía mes y medio que Napoleón había derrotado a los prusianos en la batalla de Jena, y un mes desde que el ejército francés entrara victorioso en Berlín. El nuevo embajador de Francia en Madrid, François Beauharnais, había comunicado a Godoy que España debía sumarse al decreto firmado por Napoleón.

—¡Francisco, ya era hora! —exclamó al ver al joven comandante.

—He venido lo más rápido que me ha sido posible, tío.

—Siéntate, y escucha: Napoleón ya es dueño de Europa; ha decretado el bloqueo continental contra Inglaterra.

—¿Y bien?

—¿No lo entiendes? Renuncia a invadir la isla, abandona su plan de desembarco en Inglaterra y pretende ahogar su economía prohibiendo que sus barcos atraquen en cualquier puerto del continente. Desde el Báltico, Inglaterra se aprovisiona de madera, lino, alquitrán y cáñamo, imprescindibles para sus barcos. Bonaparte sabe que no puede vencer a los ingleses en el mar porque ahí radica su principal fuerza, y ahora pretende derrotarlos mediante la asfixia económica. Parece que aprendió bien la lección de Trafalgar.

—Pero Portugal, Austria, Suecia o Rusia no acatarán esa orden, jamás lo harán.

—Claro que no, pero la negativa de esos países a participar en el bloqueo será entendida por Napoleón como una actitud hostil contra Francia, y por tanto como un acto de guerra. Y para llegar por tierra hasta Portugal, Bonaparte no tiene otro camino que atravesar España.

—Eso supondría muchas tropas francesas cruzando nuestro país.

—Más que eso, Francisco. Creo que Napoleón planea ocupar toda la Península, y me temo que los partidarios del príncipe de Asturias están de acuerdo con los planes franceses. La muerte de su esposa la princesa María Antonia, la gran enemiga de Napoleón, le ha facilitado el acercamiento a Bonaparte.

La princesa María Antonia, esposa del príncipe de Asturias, había muerto a fines de mayo. Ella había sido la principal causante de que don Fernando y sus partidarios no hubieran pactado con Napoleón, pues María Antonia odiaba a Bonaparte, que

había sido el principal enemigo de su familia. Muerta la princesa y viudo el Príncipe, las reticencias que don Fernando y sus consejeros habían mostrado hacia el emperador de los franceses habían desaparecido.

—¿Don Fernando aceptará aliarse con Napoleón? —preguntó Faria.

—Estoy seguro de que no dudará un instante en entregar la soberanía de nuestra nación al emperador a cambio de que éste lo reconozca como rey, aunque sea un monarca títere al servicio de los franceses.

»He hablado esta misma mañana con algunos secretarios de los principales ministerios y, para mi sorpresa, la mayoría acepta la entrada de tropas francesas en España. Yo les he manifestado mi opinión desfavorable, pero mis ministros argumentan que la presencia del ejército francés será una firme garantía para mantener la corona sobre la cabeza de don Carlos y para estabilizar nuestra posición.

»¿Tú qué opinas?

—¿Tropas extranjeras en España...? No las ha habido desde hace siglos. Creo que no deberíamos consentirlo. Si tropas francesas entran en España y ocupan pueblos y ciudades..., no sé, la gente podría estallar de rabia, considerar a los franceses como invasores, y entonces la situación sería incontrolable. Tal vez nadie pudiera parar un movimiento revolucionario, quizá como ocurrió hace unos años en Francia, y si eso se produjera, nosotros seríamos los primeros en subir las escaleras del patíbulo.

—No sé... El pueblo español no es como el francés, aquí aman a su rey, a sus nobles... Es cierto que en alguna ocasión se han rebelado, como le ocurrió a Esquiladle cuando prohibió las capas largas y los sombreros de amplias alas, pero las aguas revueltas vuelven enseguida a su cauce. No, en España no existen revolucionarios, no va con nuestro carácter. ¡Si hasta los pocos ilustrados que por aquí tenemos propugnan que nada cambie!

—No se ve la semilla porque está oculta bajo la tierra, pero basta una lluvia vivificante para que de un simple grano brote con tal fuerza una nueva planta, que si se riega puede llegar a convertirse en un árbol gigantesco.

—¡Vaya!, pareces un filósofo. No deberías leer a Rousseau, pero aquí se trata de política, Francisco, y no de filosofía. El emperador me ha ofrecido un trato: a través de su embajador me ha comunicado que Francia estaría dispuesta a conquistar Portugal y a entregar la mitad de ese país a España.

—Portugal ya fue español en siglos pasados, y esa relación estuvo llena de problemas.

—Entonces era distinto. Ahora Napoleón nos entrega medio Portugal en bandeja de plata.

—¿A cambio de nada? —se extrañó Faria.

—Bueno, a cambio de que permitamos a sus tropas circular libremente por

España y les concedamos las máximas facilidades para su intendencia.

—Eso supondría la ocupación del país por tropas extranjeras.

—Quizá, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Si nos negamos a que el ejército francés atravesase España podríamos ser considerados como enemigos, en vez de como aliados, y ser también un objetivo a conquistar. Y ya sabes cómo está nuestro ejército; no podríamos aguantar una embestida francesa. Si atraviesan los Pirineos a la fuerza, dos meses después estarán en Cádiz con toda España sometida a su dominio.

—En ese caso, la gente se rebelaría contra los franceses, cada español sería un soldado.

—¿Tú crees? No sé, tal vez los aclamaran como libertadores. Ahora los ilustrados están con la monarquía de los Borbones, pero si comprenden que Napoleón va a ser su próximo soberano tal vez modifiquen su discurso y defiendan la necesidad de cambiar el gobierno, las leyes, nuestras costumbres ancestrales, hacer una revolución... Si Francia los necesitara y les pagara bien sus servicios, creo que se pondrían de su lado para convencer a los españoles de que es mejor ser «ciudadano» francés, como dicen ellos, que súbdito español.

—Eso es precisamente lo que decían querer ser los revolucionarios franceses, ciudadanos en lugar de súbditos. El pueblo podría...

—El pueblo, la gente... son chusma, Francisco. Ni tú ni yo habíamos nacido cuando, reinando Carlos III, estalló ese terrible motín del que te acabo de hablar, en el que los madrileños salieron a la calle como posesos para rebelarse por la prohibición de vestir capas largas y sombreros de ala ancha que el ministro Esquiladle impuso mediante un decreto. ¿Te imaginas? ¡Una nación entera soliviantada de forma tan violenta por la longitud de un traje y el vuelo del ala de un sombrero! Así es la gente, «el pueblo», como ahora gustan los liberales llamar a la chusma. ¿Sabes?, en aquel motín los revoltosos destruyeron casi cinco mil farolas, todas las que el gobierno había colocado con gran gasto de hacienda en Madrid para que esas mismas gentes pudieran caminar de noche con mayor seguridad bajo su luz.

—Sí, tío, a veces los hombres se rebelan por cuestiones poco graves, pero tal vez lo que estalle en estos momentos sea toda una situación que se ha mantenido tensa durante siglos. ¿Ha visitado usted los arrabales de Madrid, o algunos pueblos de Andalucía y Extremadura? En ellos cohabitan el hambre y la miseria con gentes desesperadas que parecen dispuestas a todo porque apenas tienen otra cosa que su propia vida.

—Me extraña que hables así, sobrino, tú eres un miembro de la nobleza y deberías estar orgulloso de tu condición y de tu linaje. Ya sé que ahora se trata a todo el mundo de «don», pero eso hace que ese tratamiento pierda su valor, pues lo usan todos, incluso algunos comerciantes de aldeas que vienen a Madrid a vender lana y

carbón. «Don Martín el carbonero», «don Pedro el cardador», «don Juan el herrero»... es ridículo.

»Hablas como un liberal. Espero que sea debido a tu juventud. Si te oyera tu padre...

—No es cuestión de juventud, tío, sino de observar la realidad. Y la realidad de nuestro país es la miseria omnipresente, los caminos abandonados y maltrechos, las ciudades llenas de mendigos y pordioseros, la ruina de los montes y los bosques, el retraso de nuestras ciencias... ¿Ha oído a los extranjeros hablar de España? En Cádiz los franceses nos decían que éramos un pueblo que estaba contento con la incomodidad, a gusto con la suciedad de las calles, satisfecho con la inseguridad de los caminos, feliz con la molestia de los piojos, pulgas y chinches que te acribillan en cualquier posada, incluso en las más caras.

—¡Basta, Francisco, basta!

—Puede ordenarme callar, tío, pero no puede hacer que cambie la realidad con mi silencio.

—¡Esos malditos liberales!, te han sorbido el seso, te han metido en la cabeza sus ideas putrefactas. ¿Qué has leído?, seguro que esos libros prohibidos que escriben los filósofos franceses y los liberales alemanes, criticando a nuestra sacrosanta religión católica, a la noble aristocracia, al esforzado clero y aun a la propia sagrada monarquía. Has leído a Voltaire, a Rousseau y a Montesquieu, ¿verdad? ¡Claro!, y has olvidado los catecismos piadosos, los discursos espirituales, las obras de fray José de San Benito y de fray Antonio Arbiol. Todavía recuerdo que tu padre me envió con una carta un ejemplar de *Luz de la fe y de la ley* de fray Jaime Barón, del que decía que era tu lectura favorita.

»¡Un liberal!, mi sobrino es un liberal. ¿Sabes dónde están los liberales como ese Jovellanos? En la cárcel, encerrados para que reflexionen sobre sus errores y desvaríos. No quiero oírte hablar más de este asunto. Límitate a cumplir con tu deber y ascenderás tan deprisa que te producirá vértigo, pero si vuelves a hablar de esa manera..., bueno, ni siquiera tu parentesco conmigo te librará de una buena temporada en prisión para que se borren todas esas taras que se han colado en tu cabeza.

»Y ahora, volvamos al asunto por el que te he llamado. Quiero que te encargues de que se difunda por ahí que el príncipe Fernando está tramando un acuerdo secreto con los franceses para que éstos se apoderen de España. Di que ha vendido a la nación por un trono, que es un peón al servicio de los intereses de Bonaparte..., lo que se te ocurra, con tal de que el pueblo de Madrid crea que el Príncipe lo está engañando.

Faria se contuvo y salió del despacho cabizbajo. Ya en la calle, camino de su casa, intentó poner en claro sus ideas, aunque no supo explicarse por qué había hablado a

su tío de esa manera. La calle de Alcalá estaba a esas horas de la tarde llena de gente que regresaba del paseo del Prado, donde aprovechaban los últimos días cálidos del otoño. Los ricos y nobles volvían en sus calesas y carros de caballos, mientras la mayoría lo hacía a pie, cerca de las fachadas ocre y amarillas para evitar ser atropellados por el trajín de carruajes de paseo y de carretas de mercancías que se cruzaban en una y otra dirección, levantando un fino polvo que impregnaba el aire de un olor a tierra seca, a sudor y a los excrementos de las caballerías.

No podía olvidar a Cayetana, pero los pechos duros y tersos de Teresa y su mirada lasciva e intrigante volvían una y otra vez a su mente de una manera casi obsesiva. Tumbado en su cama, un profundo deseo lo atormentaba de tal modo que no pudo aguantar más, se levantó y ordenó a su criado que fuera a casa del conde de Prada con una carta para su hija. En ella le solicitaba amablemente una cita y la invitaba a tomar chocolate y a pasear por el Prado el domingo siguiente por la mañana, después de misa. Rogaba contestación.

Un lacayo del conde trajo la respuesta por la tarde. El conde de Prada recibiría en su casa el sábado por la tarde al comandante Francisco de Faria en la tertulia que solía organizar todos los sábados desde que llegara a Madrid, y el domingo permitiría a su hija ir a pasear por el Prado acompañada por el comandante.

Faria apenas pudo contener su excitación hasta el sábado. Vistió su mejor uniforme, una casaca azul con botones dorados, cordones de trenzas de plata y hombreras de chapa sobredorada, un pantalón crema con ribetes laterales azules y unas botas negras de cuero, de las más altas que se usaban para montar a caballo, y se dirigió a casa del conde de Prada.

El visiteo era una de las costumbres más extendidas entre la sociedad madrileña. Los invitados no acostumbraban a comer ni cenar en casa del anfitrión, se limitaban a conversar, oír música, bailar y tomar refrescos, pastas, café y chocolate.

La mesa del salón principal de la casa de los Prada, una noble casona en la plazuela del Ángel, estaba llena de bandejas con dulces, pastas de anís y jarras con chocolate y con refrescos de frutas. Unas dos docenas de personas conversaban alrededor de varias mesitas colocadas en los cuatro extremos del salón, mientras iban y venían en busca de un vaso, una taza o una pasta. En un rincón, unos mocitos estaban arrodillados, como marcaba la moda del galanteo, ante dos muchachas a las que hablaban como si ellas fueran verdaderos iconos objeto de veneración sagrada.

Un elegante caballero de levita gris y camisa almidonada, con el cabello empolvado en un estilo ya pasado de moda, hablaba en susurros al oído de una dama, que reía tímidamente de vez en cuando. El salón estaba ricamente decorado con tapices y alfombras, pero apenas tenía muebles, tan sólo unas cuantas sillas, tres grandes sofás, la mesa central donde estaban las bebidas y los dulces y las cuatro

mesitas en los cuatro ángulos. Junto a uno de los balcones había dos grandes jaulas, una con dos loros verdes y una cacatúa blanca y la otra con una mona tití tan pequeña que casi cabía en la palma de una mano.

La casona de los Prada no era un gran palacio al estilo de los que hacía poco tiempo las grandes familias nobiliarias del reino se habían construido en Madrid para estar cerca de la corte, como el conde de Altanara, el duque de Arcos o los duques de Alba, pero tenía cierto empaque, aunque parecía antigua y un tanto desgastada, más por haber estado mucho tiempo abandonada que por el uso, denotaba que sus propietarios disfrutaban de una posición económica muy holgada.

—Comandante Faria, bienvenido a nuestra casa. Me alegré mucho cuando Teresa me dijo que usted deseaba volver a verla; saldrá enseguida. Ahora le presentaré a mis amigos, pero antes venga, venga conmigo y tómese algo. El chocolate es extraordinario, recién traído de Guayaquil, el más fino y aromático que existe, una joya en estos tiempos en que Trafalgar nos dejó sin nuestros mejores navíos para escoltar a los convoyes de mercancías de América.

Faria agradeció al conde su invitación y tomó una taza de chocolate y dos bizcochos.

Teresa surgió como un cisne por la puerta central del salón. Vestía una amplia falda blanca de volantes de encaje trabados con lazos celestes y una basquiña corta muy ajustada, también blanca, con bordados en azul y oro. Su tez lechosa, su cabello castaño claro y sus ojos melados hacían juego con los encajes, los bordados y el vestido, que semejaban una parte más de su anatomía, como si de las plumas de una exótica ave se tratara.

—Comandante Faria, Francisco, me alegra verlo de nuevo.

—Teresa..., yo también tenía ganas de verla.

Los ojos de la joven emanaban una luz serena y dulce. Faria estaba confuso, pues aquella mujer, a la que apenas había visto unos instantes en toda su vida, era capaz de semejar indistintamente una dulce y angelical criatura, plena de bondad y ternura, o una hembra lasciva y felina. En el primer caso, su rostro era ovalado, con facciones tan suaves y delicadas y ojos redondos de mirada tan plácida e inocente que para sí los hubiera deseado la sobrina solterona de un obispo católico, en tanto que su otro rostro mostraba unas líneas tan anguladas, unos ojos tan atigrados y una mirada tan inquietante e irresistible que hubiera ruborizado a cien marineros recién desembarcados tras una travesía de seis meses en alta mar.

Durante un buen rato los dos jóvenes conversaron sobre asuntos banales, acerca de la finura del chocolate, o del colorido de los loros y la vivacidad de la mona tití, o sobre cómo alguna de las damas asistentes a la tertulia había aprendido a estornudar a la francesa. Teresa de Prada presentaba entonces su rostro más cálido y dulce, el de la muchacha inocente y cándida incapaz de mirar a un caballero sin sentir un intenso

rubor. Pero en un momento de la tarde, cuando la luz exterior ya había mudado en oscuridad y el salón estaba iluminado por grandes velones, Teresa acercó sus labios al oído de Faria y le susurró:

—Ardo en deseos de sentirte dentro de mí. Hazme tuya cuanto antes.

Faria, que en ese instante sorbía una copa de licor anisado, se atragantó y a punto estuvo de verter el contenido sobre su casaca de comandante de la guardia de corps. Miró a Teresa y contempló entonces el otro rostro, el de perfiles angulados y líneas rectas, el de los ojos felinos, el de la mirada lasciva e inquietante, y observó su lengua fina y aguzada relamiéndose los labios como una gata en celo o a punto de saltar sobre su presa para devorarla.

Al salir de casa de los Prada, Faria todavía mantenía la erección que le habían producido las palabras susurrantes de Teresa y que la casaca, larga pero abierta en pico en la parte central de la abotonadura, apenas podía ocultar.

Aquella noche no pudo dormir pensando en que a la mañana siguiente volvería a estar con esa mujer, esta vez a solas, paseando por el Prado.

Faria acudió a la puerta de la iglesia de la Santa Cruz, en la calle Atocha. Miró a lo alto y contempló las campanas de la torre, la más alta de la ciudad, que se volteaban como mariposas de bronce. Hacia el este, sobre el Buen Retiro, un globo azul y dorado ascendía sobre Madrid con tres personas en la barquilla.

Teresa, acompañada por una doncella, salió por la puerta del templo, y Faria, que había dejado su uniforme para vestirse con un traje gris y un sombrero de copa del mismo tono, se dirigió hacia ellas.

—Buenos días, Teresa. Aquí estoy, tal como quedamos. He encargado un desayuno en el café de La Cruz de Malta y luego iremos al Prado. Hace una mañana estupenda, la mejor del otoño. He alquilado una calesa para toda la mañana, nos recogerá después de desayunar.

Teresa despidió a la doncella y se cogió del brazo que le ofreció Francisco. Ambos caminaron hasta el elegante café donde tenían reservada una mesa en la que les sirvieron un copioso desayuno: chocolate, «fanchonetas» a la crema y *bavarois* a los albaricoques.

Después subieron a la calesa y el mayoral arreó a los dos caballos para que iniciaran el descenso hacia el paseo del Prado. En las puertas de los templos que salpicaban la calle de Atocha, la que contaba con más iglesias y conventos de Madrid, decenas de mendigos se arremolinaban pidiendo limosna a quienes salían y entraban de los edificios religiosos o paseaban por las aceras.

Poco antes de llegar al Prado se cruzaron con una procesión de disciplinantes que, vestidos con una falda blanca y desnudos de cintura para arriba, cubiertas las cabezas con capirotos y las caras con un pañuelo de gasa, se latigueaban la espalda causándose lacerantes llagas de las que manaban finos hilos de sangre.

Aquella mañana dominical de otoño, el paseo más concurrido por la alta sociedad madrileña estaba atestado de paseantes, gente a caballo y carruajes. Una doble fila de carrozas de todas clases llegaba desde el convento de Atocha hasta el paseo de Recoletos, ocupando casi todo el paseo del Prado. Éste era el gran salón de la ciudad; alargado y muy amplio, acababa en dos exedras y entre ambas borboteaban los surtidores de las fuentes de Neptuno, Cibeles y la doble de Apolo, las tres dedicadas a dioses paganos de la Antigüedad. La gente acomodada de Madrid paseaba entre las hileras de álamos y olmos y se sentaba a descansar y conversar en los enormes bancos de piedra. Los caballeros gustaban de hablar a media voz con las damas, «pelando la pava», como decían los madrileños, susurrando a sus oídos palabras delicadas con el único fin de cortejarlas con la mayor elegancia. Dos docenas de aguadores recorrían el paseo pregonando su mercancía, el agua fresca, sin dar voces estridentes, sino chascando los dedos y produciendo un sonido muy peculiar que todos los paseantes identificaban enseguida. En aquellos días de otoño tenían menos trabajo que en las calurosas tardes del estío, y el cuartillo de agua costaba la mitad que en verano.

Los paseantes configuraban un variopinto mosaico de la alta sociedad madrileña: militares de uniforme que se pavoneaban engalanados con sus más brillantes entorchados, sacerdotes en sotana con sus amplios y ridículos gorros que velaban por la moralidad y las buenas costumbres, caballeros con amplias capas ribeteadas con bordados, tocados con altos sombreros y provistos de elegantes bastones, clamas tan emperifolladas con enaguas, mantillas y blondas que de lejos parecían una ensalada de las más variadas y coloristas hortalizas, galanes perfumados en busca de damiselas con fortuna a las que camelar..., todo un muestrario de lo que en aquellos días de 1806 era este grupo social, en una ciudad ajena a un mundo que cambiaba tan deprisa como las estaciones se sucedían en aquel salón de las vanidades madrileñas.

Teresa de Prada saludaba alzando el brazo y agitando la mano a cuantas damas se cruzaba, aunque sólo a las que como ella paseaban en carruaje.

—Vaya, conoce usted a mucha gente, a pesar del poco tiempo que lleva viviendo en Madrid.

—No, Francisco, no conozco a nadie.

—¡Pero si la estoy viendo saludar a todo el mundo! No hay dama sobre carruaje con que nos crucemos a la que no le haga un gesto con la mano o con la cabeza.

—¡Ah!, es que eso significa que se tiene buen gusto y denota elegancia; te hace parecer muy interesante e importante a la vez. Usted mismo ha creído que yo conocía a todo el mundo.

Y la verdad es que Faria comprobó que todas las personas a quienes sin conocer saludaba Teresa le devolvían el saludo, algunas con tanta efusión que parecían ser amigas íntimas desde la infancia.

Los paseantes del Prado eran muy distintos a los de la pradera de San Isidro, donde Faria había acudido en alguna ocasión con el sargento Morales. En el Prado todo parecía orquestado según una partitura preestablecida, como una obra de teatro en la que no se dejaba un solo resquicio a la improvisación, donde todo estaba previsto, dispuesto y ordenado. Por el contrario, en la pradera de San Isidro la gente se tumbaba al sol y recibía el aire fresco de la sierra como una necesidad vital, como si le hiciera falta para poder continuar viviendo en las casas angostas y malolientes y en las calles sucias y encharcadas de los barrios más pobres y de los suburbios y arrabales. Sobre la hierba de San Isidro podían ver Madrid tendido al otro lado del Manzanares, y comer al aire libre embutidos de chorizo, morcilla y longaniza, beber el áspero y denso vino de la tierra y disfrutar de unos sueños que nunca lograrían alcanzar.

Francisco y Teresa se siguieron viendo casi todas las semanas. Cuando el tiempo lo permitía paseaban por el Prado, iban al Teatro de la Cruz, donde seguían brillando Rita Luna y el gracioso Querol, o al recién restaurado del Príncipe, al que habían pasado los actores de la compañía del de los Caños del Peral, donde se representaban obras de Lope de Vega con gran éxito, o acudían a las tertulias del palacio de Buenavista las tardes de los jueves.

Allí se encontraban a menudo con Moratín, que despotricaba contra ciertos espectadores, pues se había puesto de moda que los que acudían a la zona del patio y permanecían en pie se divirtieran empujándose como niños y simulando una especie de oleadas humanas que a veces acababan con los espectadores revolcados por el suelo entre grandes carcajadas de todos, ajenos a cuanto sucedía en el escenario. También lamentaba el mal estado de las sillas, muchas de ellas rotas, sucias o con el tapizado desgarrado, sin que los empresarios se molestaran en repararlas. Los temas de conversación de las tertulias giraban en torno al teatro, a los bailes de moda y también a las victoriosas campañas de Napoleón. Nadie hablaba de Trafalgar.

Algunos domingos iban a comer besugo o merluza a la pastelería de Ceferino, en la calle del León, y después a tomar algún refresco o helados a la botillería de Canosa, en la carrera de San Jerónimo, que hasta hacía unos meses había sido la preferida por la gente de la corte, aunque en aquellos días de fines de 1806 apenas entraban las personas distinguidas, sino que se limitaban a pedir los refrescos o los helados para consumirlos en los mismos coches, adonde se los llevaban unos camareros muy diligentes.

Capítulo V

1

El ocho de febrero de 1807 el ejército francés derrotó a rusos y prusianos en los campos de Eylau; Napoleón seguía ganando batallas e incrementando su leyenda de general invencible en tierra. En España, Godoy alcanzó sus mayores honores y la cima de su poder. Al tiempo que Napoleón vencía en Eylau, Carlos IV nombraba a su jefe de gobierno almirante general de España y de las Indias con el tratamiento de Alteza Serenísima. Nadie que no fuera un rey había recibido honores semejantes en España, ni siquiera los grandes héroes como El Cid, El Gran Capitán o Cristóbal Colón.

Por todo el país se celebraron rutilantes y costosas fiestas para celebrar esos nombramientos. Faria había viajado a Castuera a fines de enero para visitar a su padre enfermo, y hasta allí llegaron las noticias de la corte. En Badajoz, la tierra de Godoy, decidieron que la ocasión bien merecía organizar unos festejos como jamás se hubieran conocido hasta entonces. Durante varios días se corrieron toros, pese a la prohibición gubernamental de celebrar corridas, que se levantó temporalmente, y se organizaron bailes y verbenas. El acto principal de los festejos fue la representación de un combate naval en el curso del río Guadiana.

Con barcos traídos con gran esfuerzo desde la desembocadura, marineros de Huelva y Ayamonte, junto con vecinos de Badajoz y de otras aldeas de su entorno, figuraron una batalla en la que las naves españolas derrotaban a las inglesas, en una especie de cómica e imaginaria venganza por la derrota de Trafalgar. A bordo de la nave capitana española, erguido en un pedestal en la proa, un figurante representaba a Godoy, que enarbolaba la bandera roja, amarilla y roja en la mano izquierda, en tanto en la derecha blandía un sable dirigiendo a la escuadra española al encuentro contra los ingleses. A falta de cañones de verdad, unos tubos de mimbre toscamente pintados de negro vomitaban humo y fuegos de artificio desde las cubiertas, entre los alaridos entusiastas y los encendidos aplausos de centenares de espectadores que se había congregado a orillas del río para presenciar el espectáculo.

Los principales nobles de Extremadura lo contemplaban subidos a un tablaje que se había construido para ellos, buscando mantenerse alejados y diferenciados del resto de espectadores. La primera fila la ocupaban los duques de Alburquerque, de Béjar y de Feria, y a su lado los condes de Benavente y de Oropesa; tras ellos se sentaban los condes de Montijo, de Medellín y de Siruela. En la tercera fila estaba Francisco de Faria, heredero del conde de Castuera, al que la enfermedad le había impedido asistir. Toda la nobleza extremeña estaba allí, dueños de la mayor parte de

la tierra de Extremadura, señores con jurisdicción civil y criminal sobre sus vasallos, con autoridad para nombrar gobernadores de villas y aldeas, alcaldes mayores que defendieran sus intereses por encima de artesanos y campesinos y con plena capacidad para designar a los cargos concejiles a propuesta de los concejos, poseedores de privilegios fiscales y económicos que disfrutaban de enormes rentas y alcabalas.

Faria se había vestido con su uniforme de gala de comandante de la guardia de corps y lucía en el lado izquierdo de su casaca todas sus condecoraciones.

—¿Cómo se encuentra tu padre? Tengo entendido que ha estado enfermo —le preguntó el conde de Siruela.

—No ha logrado recuperarse; hace ya casi dos meses que está en cama, y ni mejora ni empeora.

—En ese caso, ¿te quedarás en Castuera?; eres su único hijo, alguien tiene que administrar vuestra hacienda.

—Me aguardan asuntos muy importantes en la corte; espero que mi padre se restablezca, y así yo podré regresar pronto a Madrid.

—Me dijo tu padre que habías combatido en Trafalgar.

—Sí, estuve allí como delegado del gobierno.

—Aquello no se parecería en nada a este espectáculo, imagino.

—Por supuesto que no; en Trafalgar los barcos eran mucho más grandes, los cañones eran de verdad, los hombres morían a miles y fueron los ingleses quienes ganaron la batalla.

—Dicen que perdimos porque los franceses tuvieron miedo, que si hubiéramos luchado solos los españoles...

—Muchos franceses se batieron con un valor extraordinario. Un navío francés, el *Redoutable*, de setenta y cuatro cañones y dos puentes, se enfrentó contra el *Victory* de Nelson y el *Téméraire*, ambos de tres puentes y cien cañones, y tal vez los hubiera derrotado si no hubieran acudido otros navíos británicos en ayuda de su buque insignia. Jamás he visto a hombres más valientes ni a capitán más arrojado que a los de aquella tripulación. Hubo algunos que huyeron, pero se equivoca, señor conde, si cree que todos los franceses son iguales.

—Los españoles siempre hemos sido los mejores soldados, cuando los nobles hemos participado en las batallas, claro. Fíjate en esa chusma, en cambio —el conde de Siruela señaló con un movimiento de cabeza a varias decenas de personas que se habían acomodado sentadas en la ribera a la derecha de la tarima donde estaban los nobles—, sólo sirven para trabajar los campos, cardar y tejer lana y fabricar adobes y cestos. A nosotros nos debe España la grandeza del imperio.

—Quizá, pero en Trafalgar he visto a humildes campesinos luchar con la bravura de un león y a hijos de la nobleza mearse en los pantalones al primer cañonazo. Tal

vez el valor no dependa de la cuna donde se nace.

—¡Vaya!, ahora va a resultar que el hijo del conde de Castuera, y futuro conde, se nos ha vuelto liberal.

—Debo irme, quiero llegar a Talavera la Real antes de que anochezca, y desde allí aún me quedarán dos jornadas hasta Castuera —repuso Faria.

—Todavía quedan por correr los toros. Los han traído de Plasencia, dicen que son muy bravos, y el duque de Alburquerque ha dispuesto un pabellón con néctares de frutas, chocolate, café y laminerías —dijo el conde de Siruela.

Pero Faria ya había bajado del tablado y marchaba en busca de su caballo.

En su casa solariega, Fernando de Faria, conde de Castuera, agonizaba.

Francisco había salido de Talavera la Real hacia Castuera al galope en su caballo, y a mitad del camino, en la aldea de Palomas, se había encontrado con uno de los criados, que había salido en su busca. A don Fernando le había subido la fiebre y su respiración se había hecho tan lenta y pesada que parecía inminente su fallecimiento.

Un médico había llegado desde Cabeza del Buey poco antes que Francisco, y le explicó al comandante qué es lo que le había administrado a su padre.

—Don Fernando ha tomado unas píldoras de coloquíntida, que son laxantes, y le he puesto unos parches de alcanfor para rebajarle el dolor de cabeza, pero...

—¿Qué le pasa?

—Creo que tiene encharcados los pulmones y el vientre muy hinchado. No digiere bien los alimentos y le cuesta mucho respirar.

—¿Es grave?

—Creo que sí. Hace ya dos meses que está enfermo, y durante todo este tiempo no ha tenido ninguna mejora. Este último acceso de fiebre lo ha debilitado mucho y el vientre y los pulmones se han reblandecido; me temo que no superará esta enfermedad.

Durante una semana el conde de Castuera mantuvo una agónica lucha con la muerte. La mayor parte de ese tiempo la pasó con alta fiebre, delirando o dormido aunque por breves instantes, sobre todo por la mañana, tenía momentos de lucidez.

Fernando de Faria murió una fría noche entre espasmos y vómitos. Fue su hijo quien le cerró los ojos antes de llorar amargamente sobre su cadáver. El conde de Castuera fue enterrado con el hábito de franciscano en un ataúd forrado de una fina bayeta negra. Francisco de Faria heredó el condado; era hijo único, pero aunque hubiera tenido hermanos menores hubiera ocurrido lo mismo, pues seguía rigiendo el derecho de mayorazgo por el cual toda la hacienda, para evitar que acabara perdiéndose de tanto fragmentarse, quedaba en manos del primogénito.

El regreso de Francisco de Faria, nuevo conde de Castuera, a Madrid se produjo a principios de marzo de 1807; un par de semanas antes España se había adherido al bloqueo que Napoleón había decretado contra los barcos ingleses en el continente. Tras la muerte de su padre, Faria dedicó varios días a revisar las cuentas de su hacienda con el administrador que llevaba los libros desde hacía más de treinta años. Uno a uno, fue renunciando a muchos de los derechos y rentas que le correspondían, como el pago por la lana esquilada de los rebaños o el impuesto sobre los solares de Castuera. Recibió en su casa a una comisión de vecinos del concejo que acudían a rendir pleitesía al joven conde, temerosos por si éste les apretaba con nuevos tributos, como solía hacer cada nuevo señor, pero salieron asombrados cuando le oyeron decir que en los próximos días entregaría tierras de labranza a los campesinos y permitiría cultivar alguna de las dehesas incultas que ahora se dedicaban a pastos para los caballos del conde y a baldíos para cazar.

—¿De qué renta dispones? —le preguntó Godoy.

—De unos trescientos mil reales.

—Me refiero al año.

—Sí, trescientos mil anuales.

—¡Sólo!, ¿pero qué miseria de condado has heredado? Esa hacienda era de las mejores de Extremadura, ¿qué ha ocurrido?

—Hasta la muerte de mi padre rentaba más de un millón de reales, pero yo he entregado algunas tierras a los campesinos de Castuera y he renunciado a ciertas alcabalas —le confesó Faria a Godoy, tras comunicarle la muerte de su padre.

—¡Pero qué has hecho, alma de Dios! La culpa es mía, debí de atajar antes tus veleidades liberales. ¿Acaso crees que estamos en los Estados Unidos de América?

—Sólo les he entregado algunas tierras en usufructo, tío.

—¡Si al menos las hubieras vendido!

—Muchos de esos campesinos apenas tenían para comer, la tierra está muy cara y jamás hubieran podido comprarla.

—Hay prestamistas que podrían haber adelantado el dinero.

—Son usureros; en sus manos, los campesinos no hubieran podido devolver el préstamo y se hubieran arruinado más todavía, y al final las tierras hubieran acabado en sus manos.

—Así comienza el fin de las naciones, sobrino. Eres todavía muy joven y eso te exime de parte de culpa. Confío en que el tiempo te vaya devolviendo la cordura, como a ese Voltaire, que iba por ahí de revolucionario y no era sino un arrogante al que sólo le preocupaba el dinero. ¿Sabías que al final de su vida se hizo conde?

»Si cedes en la propiedad, acabarás cediendo en todo.

Faria recordó entonces una revista francesa que le había dejado Moratín en la que

un tal Franklin, un revolucionario norteamericano que había sido embajador en París y había inventado un artilugio para atraer a los rayos y evitar que destruyeran e incendiaran la casas, defendía los principios de la revolución que había propiciado la declaración y la proclamación de la independencia de las trece colonias norteamericanas de Inglaterra: «Todos los hombres han sido creados iguales y todos han recibido de su creador derechos inalienables como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

—España ayudó a que la revolución triunfara en América —dijo Faria.

—Les ayudamos a derrotar a los ingleses, pero no al triunfo de la revolución. Si esas ideas se extienden hacia nuestros territorios en América, nuestras colonias también pedirán la independencia; y si la consiguen, habremos perdido nuestra principal fuente de riqueza.

—Esa riqueza es producida por esclavos. Cristo dijo...

—Cristo dijo muchas cosas, pero jamás afirmó que la esclavitud fuera en contra de la ley de Dios. Y, por cierto, tampoco la han prohibido esos revolucionarios norteamericanos a quienes tanto parece admirar. ¿Lo ves?, no todos somos iguales, ni siquiera en esa nueva nación a la que te gustaría imitar.

—Inglaterra lo ha hecho; hace unos días que ha prohibido la trata de esclavos —replicó Faria, que acababa de leer esa noticia en un periódico.

—Esos ingleses son unos hipócritas. Prohíben el tráfico de esclavos, pero siguen obteniendo muchos beneficios del mismo. En realidad, lo que pretenden es conseguir el monopolio comercial en el mar y acabar con todo el tráfico de mercancías que no está bajo su control.

»Bien, veo que es inútil tratar de convencerte. Puedes pensar lo que quieras, pero no lo digas. Si lo piensas no te pasará nada, pero si vas comentando estas cosas por ahí, por muy conde de Castuera que seas, tus huesos acabarán pudriéndose en una cárcel. Te lo advertí en una ocasión y no volveré a hacerlo. Puedes marcharte.

Faria salió de Buenavista cuando comenzaba a caer sobre Madrid una fina lluvia primaveral.

La herencia paterna le permitió comprar un palacete en la calle de Alcalá, cerca de la esquina con la calle de Cedaceros; ahora era conde de Castuera, y aunque las ideas liberales habían hecho mella en su corazón de aristócrata, su condición nobiliaria y su empleo como comandante de la guardia de corps requerían de una casa más amplia.

—No está mal —le dijo Moratín tras haber visitado el palacete, en realidad una casona de dos plantas con caballerizas, bodega y cochera en la baja y dos amplios salones, cocina y media docena de estancias en la noble.

—Y el precio es razonable, treinta mil ducados.

—¡Trescientos mil reales!, eso es el sueldo de veinticinco años de un catedrático de gramática —adujo Moratín—. Además, le harán falta al menos tres criados, una cocinera, un mozo de mulas y un par de sirvientas. Todo eso le supondrá no menos de doce mil reales anuales. Y, por supuesto, una casa como ésta necesitará de una condesa. ¿Qué tal su relación con la hija del conde de Prada?

—Extraña, diría yo.

—Es muy bella.

—Es inquietantemente bella, pero ya sabe usted que...

—¿Cayetana?

—Sigue presa, hace ya más de un año que está en prisión y no he logrado verla ni un instante. Mi tío, su excelencia Manuel Godoy, no quiere...

Faria estuvo a punto de contarle a Moratín que quería pactar con Godoy un acuerdo sobre la liberación de Cayetana, pero calló, pues, aunque confiaba en su amigo, estaría más seguro si desconocía aquel trato.

—Dos mujeres en su vida, Francisco. ¿Me permite que siga llamándolo así, señor conde?

—No sea usted irónico, don Leandro.

—Bueno, pues confianza por confianza, creo que ya es hora de que usted apee el «don». Dos mujeres, le decía, difícil elección. Las dos son hermosas y las dos tienen algo que lo vuelve loco, y cada una es tan distinta a la otra...

—No se puede amar a dos mujeres a la vez, ¿no es cierto?

—Entre nosotros no está bien visto, pero en otras partes del mundo no es nada extraño. Los musulmanes tienen hasta cuatro esposas, y no parecen ser ni más felices ni más desgraciados que nosotros. Permítame la pregunta, ¿usted ama a ambas?

Faria se quedó callado un buen rato, y al fin dijo:

—Cayetana es cálida y suave como el terciopelo, y Teresa fría y resbaladiza como la seda.

—Tiene usted suerte, amigo.

—¿Usted cree?

El conde de Faria se trasladó a vivir a su nueva casa de la calle de Alcalá a mediados de abril. Se había gastado una buena suma de dinero en amueblarla con banquetas de pino decoradas con florones dorados y asientos forrados de seda, espejos de luna pequeña y marco grande al estilo francés y quinqués de bronce para las paredes. Se había traído de Castuera una antiquísima vajilla de plata, que su familia había conservado desde el siglo XVI, cubiertos de alpaca, varios platos y fuentes de loza de Talavera que había completado con nuevas piezas compradas en Madrid en la fábrica de la Moncloa y en la del Buen Retiro.

Teresa de Prada acudió a visitarlo acompañada por una criada. Francisco había ordenado a su criado —seguía teniendo el mismo que llegara con él a Madrid dos años y medio antes— que preparara unos dulces, pastas de anís y chocolate.

Teresa llevaba un vestido celeste muy escotado y un sombrero blanco con lazos azules.

—Es una casa muy bonita, Francisco, ha hecho usted una muy buena compra.

—¿De verdad le gusta?

—Claro.

Los dos jóvenes estaban solos en el salón principal de la casa. El criado de Faria había servido una bandeja y se había retirado a la cocina, donde también estaba la sirvienta que había acompañado a Teresa.

Faria cogió una taza y comenzó a servir chocolate. Teresa se levantó del diván, se acercó hasta Faria y le suspiró al oído:

—Te dije en una ocasión que quería ser tuya, ahora es el momento.

El conde derramó la taza con el chocolate por encima de la mesa, mientras la joven se puso en cuclillas frente a Faria y comenzó a bajarle los pantalones. Una situación muy parecida ya la había vivido antes, cuando Cayetana lo engañó en aquel portal y lo dejó sin dinero y sin reloj, y, nervioso y desconcertado, no se le ocurrió otra cosa que decir:

—¿No irás a dejarme sin reloj? Pero Teresa no lo escuchaba. La boca de la joven estaba muy ocupada en la entrepierna de Faria, que, sin que ahora nadie se lo ordenara, cerró los ojos abandonándose al placer que los labios y la lengua de Teresa le proporcionaban.

—Vamos al sofá —le dijo la joven mientras se quitaba el vestido celeste.

El cuerpo de Teresa era blanco como la nata y sus pedios tan duros como ya había comprobado Faria. A diferencia de Cayetana, que lo tenía muy abundante y rizado, el vello pubiano de Teresa era escasísimo, liso y muy claro, tanto que la hendidura de su sexo se dibujaba nítidamente entre los dos rosados y muy abultados labios de la vagina.

—Estoy lista, vamos, péntrame, hazlo, hazlo. Y no te preocupes, no soy virgen.

Y no lo era.

Faria entró en Teresa con facilidad. El conde estaba sentado en el sofá y la muchacha se había colocado a horcajadas encima de él, completamente desnuda, cara con cara, con los pies apoyados encima del tapizado y las manos sujetando el respaldo de madera sobredorada. Flexionaba las piernas arriba y abajo y alzaba su pubis para volver a caer con fuerza sobre el de Francisco, que ayudaba a la cabalgada de Teresa sujetándola con las manos por debajo de los muslos, ayudándola a subir y dejándola caer después con todo el peso de su cuerpo.

Teresa parecía estar poseída. Jadeó y gruñó, balanceó sus caderas y agitó su

cabeza a derecha e izquierda, clavó sus uñas en la espalda de Faria hasta abrirle arañazos de los que manaron finos hilos de sangre, le mordió los labios y el rostro hasta el dolor y por fin, al sentir cómo Faria se derramaba en su interior, dio un grito ronco y mantenido y quedó exhausta sentada sobre los muslos de Francisco.

Durante un buen rato permanecieron abrazados, en silencio; por fin, Teresa se levantó.

—No ha estado mal, pero puedes mejorar mucho; al menos no te «vas» enseguida —le dijo mientras se vestía.

—Aguarda un momento.

Faria avanzó unos pasos hacia Teresa, la sujetó con fuerza por la cintura con una mano y con la otra le cogió los pechos. No eran tan grandes como los de Cayetana, pero al apretarlos no imaginó que una mujer pudiera tener algo tan duro. Con la misma energía bajó su mano hasta el sexo de Teresa, lo acarició primero suavemente y después, con vigor y sujetándola por el cuello, la empujó hasta una mesa y le hizo doblar la cintura hasta que sus pechos quedaron apoyados sobre la misma mesa. La joven estiró sus brazos arrastrando la bandeja con copas, jarras y pastas, y al sentir en sus nalgas la nueva erección de su amante abrió las piernas para recibir otra acometida de Francisco.

Tumbados desnudos sobre el sofá, Faria acariciaba los pechos de Teresa.

—¿Has leído *Justine*? —le preguntó.

Teresa se incorporó apoyándose en su codo, miró a Francisco y rió.

—¿Desde cuándo conoces las obras de Sade?, creía que estaban prohibidas en España —inquirió la muchacha.

—No, yo no he leído ninguna de sus obras, pero un amigo me las ha contado.

—¿Y por qué supones que yo lo he hecho?

—No lo supongo, sólo te lo pregunto, como has vivido en Francia y ese tal Sade es francés... Y además... —Faria se contuvo.

—Además, ¿qué?

—Parece que te gusta mezclar placer y dolor —Faria se tocó la espalda, donde había recibido los arañazos, y mostró sus dedos manchados con sangre seca—; mira, mientras hacías el amor y gemías de placer, tus uñas rasgaban mi piel.

Teresa se levantó, voluptuosa como una estatua hindú, y miró a Faria con sus felinos ojos melados que parecían destilar lujuria.

—Si decides seguir conmigo, prepárate para experimentar sensaciones como jamás has vivido. Piénsalo bien antes de continuar adelante, una vez que emprendas este camino no hay marcha atrás.

Y comenzó a vestirse despacio, colocándose cada prenda como si estuviera realizando un rito sagrado.

Durante toda la primavera de 1807 Godoy se mostró nervioso e irascible. El príncipe Fernando le había manifestado reiteradamente su deseo de asistir a las reuniones del Consejo Real, pero Godoy se lo había impedido. Por todo el país se alzaban gritos de protesta por la situación que estaba viviendo buena parte de los españoles. En algunas comarcas se pasaba verdadera hambre, pues las reservas de grano del año anterior se estaban acabando y todavía faltaba un par de meses para recoger la nueva cosecha, que además no se vislumbraba demasiado abundante. En muchos pequeños pueblos la pobreza de la mayoría de la población era terrible. Sólo la alta nobleza y algunos hidalgos y campesinos acomodados evitaban el hambre y la penuria a costa de defender sus intereses sometiendo al resto de la población a la escasez y la miseria. En las zonas montañosas del norte, de la meseta o de Andalucía, partidas de hombres armados se habían echado al monte y se dedicaban al bandolerismo como única forma de ganarse la vida, por lo que los caminos eran cada día más peligrosos; tanto, que a nadie se le ocurría iniciar un viaje en el que tuviera que atravesar ciertos parajes sin antes haberse provisto de una buena escolta. Los bandoleros atestaban los caminos, y su presencia causaba tal temor que los comerciantes no se arriesgaban a transportar sus productos de un lado a otro, con lo que las actividades mercantiles y la riqueza que proporcionaban al país se resentían mucho.

En la corte se seguía viviendo al margen de la realidad. Carlos IV y María Luisa lo hacían retirados en sus palacios de campo, entre salones lujosísimos repletos de enormes alfombras y tapices, muebles sobredorados entelados con brocados y terciopelos y jarrones de porcelana y lámparas de cristal. Pero el Estado había llegado a una situación de quiebra y la fiscalidad necesitaba de una profunda reforma que ningún alto dignatario se atrevía siquiera a plantear. Los precios subían día a día y el colapso del tráfico con las colonias de América y Filipinas, debido al desastre de la flota en Trafalgar, hacía prohibitivos algunos productos como el café, que se estaba convirtiendo en América en uno de los principales cultivos desde que en el siglo anterior los holandeses lo trasplantaran desde Etiopía, el chocolate y el tabaco, esas hojas castañas cuyo humo se inhalaba y que su alto precio convertía en un verdadero lujo.

El creciente descontento popular ya no se dirigía sólo hacia Godoy, sino que las críticas alcanzaban al mismísimo Carlos IV, cuyo desprestigio era tal que en las tabernas la gente cantaba coplillas en las que el monarca y su esposa eran objeto de todo tipo de insultos y procacidades. También en España, como ocurriera cuarenta años antes en Francia, se estaba comenzando a perfilar lo que los franceses llamaban «la opinión pública», y esa opinión no era precisamente favorable al gobierno español ni a la monarquía de Carlos IV. Esta situación era muy bien aprovechada por los consejeros de don Fernando, el príncipe de Asturias, que intensificaron su campaña

de propaganda en favor del príncipe, mostrándolo como un ser pleno de virtudes, el único hombre capaz de salvar a España del caos al que la estaban abocando Carlos IV y Godoy. Así, lo que comenzó siendo un apodo que se inventaron sus consejeros, pronto cuajó entre la gente y todos llamaban al príncipe Fernando «el Deseado».

Nadie, ni siquiera militares idealistas como el comandante Faria o veteranos escépticos como el sargento Morales, creía que España pudiera recuperar, ni aun acercarse, al puesto de primera potencia que había ocupado durante dos siglos. Inglaterra era muy superior en el mar, y tras las batallas del cabo de San Vicente y sobre todo de Trafalgar, no había duda de que la Armada española había quedado totalmente derrotada y que tardaría mucho tiempo en recuperarse de aquello, si es que alguna vez lo lograba. El ejército de tierra también carecía de mandos preparados y de una organización en consonancia con los nuevos tiempos. Al lado del ejército francés, el español parecía una pandilla de muchachos jugando a soldaditos un domingo por la mañana en la pradera de San Isidro.

Bonaparte seguía cosechando éxitos, y ni los más afrancesados creían ya que el triunfo del emperador fuera la solución para los problemas de España, pues parecía claro que Napoleón estaba tan ebrio de poder y de gloria que no cejaría hasta ver a toda Europa sometida a las águilas imperiales francesas. El catorce de junio Bonaparte derrotó una vez más a rusos y prusianos en los campos de Friedland. Ya no había ninguna potencia capaz de resistir el empuje del ejército francés, y Alejandro I, zar de todas las Rusias, le ofreció un pacto de amistad.

Los dos emperadores se reunieron el veintiséis de junio en una balsa anclada en el centro del río Niemen, y allí, en medio de la corriente, decidieron repartirse Europa. Este acuerdo verbal alcanzado por los dos soberanos fue ratificado el siete de julio en la llamada paz de Tilsit. No había ninguna duda: en el reparto de Europa, España le había correspondido a Napoleón.

Aquella tarde de mediados de verano hacía mucho calor. Carlos IV había organizado una partida de caza en el coto de Aranjuez, donde las perdices abundaban entre las rastrojeras de los cereales recién cosechados.

Godoy y Faria se habían quedado en palacio, tomando café con la reina María Luisa.

—Toma, Manuel, un cigarro, recién traído de La Habana.

María Luisa le ofreció al príncipe de la Paz una tabaquera de plata en forma de pájaro, con dos perlas engastadas en la tapa.

—Gracias, majestad, pero ya lo he probado y no me gusta el tabaco; no soporto ese picor que deja en el paladar y el ardor en la garganta. Hay quien sostiene que es un vicio odioso y que contiene un veneno mortal.

—Bobadas. A mí me parece muy elegante y entretenido.

—En Turquía y en Rusia lo han prohibido, incluso condenan a muerte a los

fumadores.

—¿No pretenderás que hagamos lo mismo aquí en España?

—El tabaco es un producto de lujo y su comercio puede proporcionar buenos beneficios. Inglaterra y Holanda ya los están consiguiendo —dijo Godoy.

—Pues en ese caso, estudia la posibilidad de hacer lo mismo, tal vez pudiéramos lograr esos beneficios explotando el tabaco con una compañía que tuviera el monopolio de comercio y de venta. Serían rentas nuevas para el Tesoro, ¿no crees?

—Sí, majestad, lo estudiaremos.

—¡Cómo lo hace!, ¡cómo consigue Napoleón vencer siempre! —exclamó Carlos IV, que entró sudoroso en el salón tras regresar de la batida de caza.

Godoy y Faria se levantaron y saludaron al rey inclinando sus cabezas.

—¿Faria, verdad? —dijo el rey dirigiéndose a Francisco.

—El nuevo conde de Castuera —afirmó Godoy.

—Sí, claro, ya he visto el decreto de transmisión del condado. Tu padre fue un gran hombre, lamento su muerte.

—Gracias, majestad —dijo Faria.

—Bien, Manuel, explícame cómo Napoleón consigue ganar siempre.

Carlos IV se sentó en uno de los sillones, mientras un lacayo le servía un vaso de agua fresca ligeramente anisada.

—Utiliza todos sus enormes recursos militares, majestad. Moviliza a grandes cantidades de tropas que concentra en un punto y ejecuta maniobras envolventes sobre el enemigo para ganar siempre en superioridad numérica, lo que propicia que en cada batalla sólo pierda a uno de cada diez hombres, en tanto al enemigo le causa una baja por cada cuatro combatientes. Realiza las maniobras con gran rapidez de movimientos, incluso actuando de noche. Y organiza al ejército en tres cuerpos: defensa, ataque y reserva. Es una táctica muy arriesgada, pero le está proporcionando grandes éxitos.

—O sea, cuestión de número.

—Y de táctica, majestad. El emperador francés es un estudioso de las tácticas militares que han utilizado los grandes soldados en todas las batallas. Suele estudiar con frecuencia las gestas de Alejandro Magno, de Aníbal y de Julio César; es probable que se crea uno de esos generales reencarnado. Y le gusta mucho jugar al ajedrez, del que asegura que es el mejor ejercicio para practicar estrategias, aunque creo que no es un extraordinario jugador.

—Como un cazador.

—Más o menos, majestad.

—¡Ah!, no te creas, Manuel, la caza también requiere de táctica. Una buena pieza no se puede cobrar sin ella. Hoy mismo hemos abatido varias perdices gracias a que hemos utilizado una buena estrategia, como Napoleón. Mañana las cocinaré yo

mismo, ya sabes que a veces me gusta guisar las piezas que cazo.

Faria no podía soportar a semejante imbécil coronado. Mientras el emperador de Francia libraba batalla tras batalla contra los grandes ejércitos de Europa y se jugaba la primacía en el continente europeo, el rey de España se comparaba con Bonaparte porque había cazado una docena de perdices en los rastrojos de Aranjuez.

—Majestad, es mi obligación manifestares que nuestros agentes han detectado que el descontento popular se está incrementando.

—¿Qué pasa con mi pueblo, Manuel? ¿No está feliz? Su rey es feliz, su reina es feliz, ¿por qué mi pueblo no es feliz?

—Las cosechas no han sido buenas y en muchas comarcas hay escasez de grano. Algunos gobernadores nos han comunicado que las reservas de cereales de la nueva cosecha no cubrirán las necesidades hasta la próxima primavera, por lo que habrá que tomar medidas de abastos para evitar las hambrunas.

—Pues hazlo, Manuel, hazlo, quién mejor que tú para solucionar esos problemas.

—¿Y vuestro hijo, majestad...?

—¿Fernando?

—Sí, el príncipe de Asturias. Creemos que sigue tramando una conjura que va ganando adeptos a su causa.

—Otra vez con esos chismes. Ya me lo dijisteis varios consejeros esta pasada primavera, pero no creo que mi hijo esté conspirando contra mí, soy su padre, el rey de España, y él será el próximo rey. Es joven, puede esperar, es su obligación y su deber como heredero al trono y como hijo mío.

—Pero señor, tenemos indicios suficientes para creer que está tramando una conjura.

—Indicios, indicios..., ¿qué indicios? La acusación de un delincuente, la calumnia de un traidor, los celos de un envidioso... Un cazador debe conocer bien a sus presas, no puede conjeturar sus movimientos porque, en ese caso, no cobraría ninguna.

«En qué estaría pensando Dios cuando le concedió su gracia a este individuo para ser rey», pensó Faria cuando contempló en la pared una medalla en bronce en la que se leía en latín CARLOS IV, REY DE LAS ESPAÑAS POR LA GRACIA DE DIOS.

—Está usted muy callado, conde, ¿qué opina?

—¿De Napoleón o de la conjura, majestad?

—De la caza, conde, de la caza, ¿no caza usted?

Sólo el miedo a perder la vida en el cadalso por regicida le impidió a Faria saltar sobre el rey y asfixiarlo con sus propias manos.

—Soy comandante de la guardia de corps, majestad, un soldado, y como tal no tengo opiniones políticas, me limito a cumplir órdenes.

—¡Éste, Manuel, éste es un buen español! —exclamó el rey—. Manuel, mañana

mismo quiero ver al conde de Castuera con los galones de teniente coronel del regimiento de la guardia de corps, lo merece por su nobleza y por su lealtad. ¡Ah, si tuviéramos muchos oficiales como usted!

Y el rey estiró la mano para coger unas rodajas de embutido y de queso que un criado había servido en una bandeja de plata.

El sargento Morales, que seguía como ayudante de Faria, acudió a una sastrería de la calle Mayor a recoger el nuevo uniforme de teniente coronel de la guardia de corps de su jefe. No había nadie tan joven ni con menos méritos castrenses para ocupar tan alto empleo, pero Faria seguía disfrutando de una enorme suerte en la vida, aunque lamentaba la ausencia de Cayetana y no se atrevía a mantener citas muy seguidas con Teresa. Calmaba la efervescencia de su joven virilidad en los dos burdeles más lujosos de Madrid, y de vez en cuando se daba un buen revolcón, como le había sugerido su pariente Godoy, con damas de la nobleza que se quedaban solas alguna temporada en Madrid, mientras sus nobles esposos se desplazaban lejos para atender a sus haciendas o para contentar a sus propias amantes.

Le gustaba asistir a tertulias con Moratín, sobre todo porque tenía oportunidad de exhibir su uniforme de teniente coronel y la cruz de Alcántara que ganara por su participación en la batalla de Trafalgar, y allí coincidía algunas veces con Francisco de Goya, el pintor real que trabajaba sin apenas descanso en su estudio, realizando grandes cuadros para la corte y magníficos retratos para la nobleza y para los hombres más ilustres del reino.

No olvidaba a Cayetana, pero ya no insistía tanto en su liberación ni acudía todas las semanas a la prisión a preguntar por su estado. A veces pasaban incluso varios días sin que se acordara de ella siquiera un solo minuto.

La camarilla de nobles y hacendados que apoyaban al príncipe Fernando aumentaba día a día. Los consejeros del príncipe de Asturias estaban realizando una hábil labor de captación de adeptos para su causa. Sus argumentos eran muy simples, pero no por ello menos contundentes. Aseguraban que Carlos IV era un monarca títere en manos de Godoy, que con la reina María Luisa, de la que afirmaban que era amante del príncipe de la Paz, hacía y deshacía el tejido de la política nacional a su antojo. Acusaban al jefe del gobierno de no saber regir los destinos de España, de haber arruinado al país con despilfarros suntuosos, de haber desvalijado las arcas del Estado para engrosar sus bolsillos, de haber sangrado a la hacienda pública con gastos desmesurados y superfluos, de ser el culpable de la derrota militar en Trafalgar por su ineficacia y de estar dirigiendo a la nación al desastre más absoluto.

Por todo Madrid se repartieron hojas volanderas y se colocaron bandos anónimos en las puertas de la villa en los que Godoy era caricaturizado de las maneras más burdas, señalándolo como responsable de la pobreza, el hambre, las epidemias e

incluso de los bandoleros y de los terremotos que asolaban el país. La inquina contra el «Choricero» era tan grande que llegaron a difundirse unas tarjetas impresas en las que aparecían caricaturas y dibujos de la reina María Luisa en posturas indecorosas, sin apenas ropa o incluso desnuda, junto con el príncipe de la Paz, a la vez que al pie de los dibujos se podían leer coplillas y pareados alusivos a los amores adúlteros de la reina con Godoy y a la ruina a la que esa pareja de depravados estaba conduciendo a España. Sobre el rey Carlos IV los comentarios eran menos mordaces, pero cualquier lector avisado podía entender con facilidad que el monarca era el principal causante de la situación, al permitir que semejante individuo condujera las riendas del gobierno de la nación en unos momentos tan difíciles. No obstante, la mayoría del pueblo aceptaba la monarquía y su carácter absolutista, pues en esos pasquines y carteles se aseguraba que sólo un rey fuerte y valeroso sería capaz de sacar a España de su letargo y de su crisis.

Esa misma camarilla de adeptos a Fernando de Borbón estaba girando de tal modo en sus posiciones políticas en el otoño de 1807, que incluso los miembros de la más rancia nobleza ya habían abandonado definitivamente las viejas posturas anglófilas para decantarse por el apoyo a Francia. Creían que si Napoleón reconocía al príncipe Fernando como rey legítimo de España, nadie se atrevería a contradecirlo, de modo que no sería nada complicado conseguir la abdicación de Carlos IV, tal vez alegando alguna enfermedad, y colocar en el trono a su hijo y heredero legítimo. Estimaban que sólo así caería Godoy, y de esa forma podrían hacerse con el dominio de todos los resortes del Estado. Los consejeros del príncipe de Asturias abandonaron sus últimas dudas y decidieron enviar unos emisarios al emperador de Francia con un ofrecimiento de colaboración incondicional a cambio del reconocimiento para don Fernando.

Godoy estaba nervioso e inquieto como un gato enjaulado. Caminaba de lado a lado de su despacho en el palacio de Buenavista, dando vueltas en torno a su mesa de piedra, una maravillosa pieza construida en forma de mosaico con mármoles toscanos de varios colores y patas de madera sobredorada que había diseñado hacía treinta años el arquitecto Sabatini.

—Es preciso actuar con rapidez, contundencia y eficacia. Los partidarios del príncipe de Asturias nos están ganando la partida. Sus agentes se encargan de difundir por todas partes la idea de que don Fernando es «el Deseado», el único hombre capaz de acabar con los problemas que nos acucian. El número de sus seguidores crece por momentos y sus agentes han logrado convencer a algunos sectores de Madrid de que yo soy el único culpable de todos los males de la patria. De modo que presiento que, si no actuamos pronto y además lo hacemos con inteligencia, acabarán venciéndonos en todos los frentes.

»Mis agentes en el palacio real han interceptado una carta del príncipe de Asturias

a su padre el rey en la que me critica con enorme dureza. Y algo peor: está divulgando por ahí el rumor de que la reina María Luisa y yo mantenemos una relación amorosa. Figúrate, su propio hijo acusándola de adulterio.

»Siéntate y mira esto, sobrino —Godoy se acercó a un armario y sacó de un cajón una carpeta con varios papeles—. Esas octavillas condenen coplas anónimas que los agentes del príncipe Fernando están repartiendo por Madrid. Léelas, se meten conmigo, con el rey y con la reina. Algunas contienen incluso grabados con caricaturas muy denigrantes hacia su majestad. Y quien está propiciando todo esto es el heredero. ¿Qué opinas de un hijo que calumnia y deshonra a sus propios padres?

^Tenemos que acabar con esta situación. He ideado un plan que no puede fallar; se trata de demostrar de manera incontestable que el príncipe de Asturias ha estado conspirando con el único objetivo de lograr la destitución de su padre, el rey Carlos, y así ocupar el trono de manera ilegítima. Todo el mundo tiene que saber que el príncipe a quien tanto idolatran es un traidor.

—Eso es muy peligroso —dijo Faria.

—Tengo todo calculado, no puede fallar. En cuanto el pueblo conozca las maquinaciones del príncipe, se alzarán contra él y cuestionarán de tal modo su derecho a la herencia de la corona que provocará que su padre el rey se cuestione su sucesión.

—Pero es el heredero legítimo.

—Ése es un mero capricho de la naturaleza que puede cambiarse si se demuestra que está actuando de forma aviesa y traidora, y además el rey tiene otros hijos, la corona no quedaría sin sucesor.

»Escúchame: hay que lograr pruebas evidentes y escritas de la conspiración que están tramando: papeles, cartas, informes, testigos, declaraciones, lo que sea. Encárgate de conseguirlas y te encumbraré tanto que cuando alces los ojos no verás por encima de ti otra cosa que las nubes.

La ambición de Godoy estremeció a Faria.

—Yo siempre he estado a su servicio, tío, pero ahora estoy confundido. Yo había imaginado otras cosas, y ya no sé cuál es la mejor opción para nuestro país, no sé cómo defender los verdaderos intereses de España, ni siquiera estoy seguro de cuáles son esos intereses.

—Desde luego, no están del lado del príncipe Fernando.

Faria reflexionó unos instantes.

—Haré lo que usted ordene, tío, pero antes quiero oír de sus labios una sencilla promesa.

—Te estás haciendo importante: ya te atreves a poner condiciones. Eso puede ser peligroso. Pero dime, ¿cuál es? —Godoy se sentó en su sillón tras la mesa del despacho.

—Que Cayetana Miranda salga de prisión de inmediato y sea puesta en libertad

sin ningún cargo.

—Sabes perfectamente que no puedo cumplir esa condición.

—Claro que puede hacerlo, basta un indulto, un simple papel firmado y Cayetana quedará libre.

—Para que haya un indulto debe haber existido antes un juicio y una condena.

—Cayetana es la condición —asentó Faria.

—Atiéndeme, idiota enamorado: te dije que olvidaras a esa muchacha y no lo has hecho. Esa condición no puedo ni deseo concedértela, al menos hasta que tu amante sea juzgada. Pídeme cualquier otra cosa...

—Le repito, tío, que la única condición es Cayetana. Hace ya más de año y medio que está presa; demasiado tiempo para una mujer tan joven.

Godoy se levantó de su sillón tras la mesa del mosaico de mármol y se acercó a uno de los balcones del palacio de Buenavista.

—Eres un cabezota. De acuerdo, ordenaré la puesta en libertad de la muchacha, pero sólo cuando hayas logrado esas pruebas.

—La libertad de Cayetana es la condición que le pido, tío, no un premio a los resultados que obtenga.

—Pues yo te la ofrezco como premio, y es mi última palabra. Si tanto la amas, arriésgate por ella.

Ahora quien se levantó fue Faria. Se dirigió al otro lado del despacho del príncipe de la Paz, observó por la ventana cómo caían algunas hojas de los castaños y reflexionó unos instantes.

—Su libertad por las pruebas —dijo acercándose a Godoy y extendiéndole la mano.

—De acuerdo, sobrino. Has hecho un buen trato, tal vez piense en ti para futuros destinos diplomáticos.

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos.

3

Durante varios días del mes de octubre Faria, acompañado por su ayudante el sargento mayor Morales recorrió todos los cenáculos madrileños en busca de información que comprometiera al príncipe de Asturias o a sus consejeros, se entrevistó con confidentes a los que ofreció elevadas sumas de dinero si lograban las pruebas que les demandaba e incluso sobornó a criados de don Fernando para que le proporcionaran datos sobre reuniones, idas y venidas del príncipe y de sus consejeros más allegados.

Pero tras dos semanas de intenso trabajo, todo había sido inútil. Había recopilado decenas de testimonios y de acusaciones, pero ninguna prueba concreta, ni un solo papel o documento en el que se pusiera de manifiesto de manera evidente que

Fernando de Borbón estaba conspirando para derrocar a su padre el rey Carlos IV.

—No podré conseguirlo, Morales. No hay manera de lograr esas pruebas, y si no las obtengo, Cayetana acabará pudriéndose en la cárcel.

—Existe una solución, comandante.

—¿Cuál, dime cuál es?

—Crear esas pruebas —sugirió Morales.

—¿Te refieres a falsificarlas?

—Por supuesto.

—No resultaría —aseguró Faria.

—¿Y por qué no? Sabe usted que muchos documentos son tan falsos como una moneda de vellón sobredorado. La falsificación de pruebas y de documentos es una técnica tan vieja como el hombre. Es fácil: pagamos a alguien para que lo escriba, le añadimos el sello del príncipe y conseguimos dos testigos que aseguren por su vida y su honor que es verdad cuanto se dice en ese documento.

Faria estaba confuso. Sus sueños de ser el héroe perfecto, el hombre intachable, virtuoso y justo, se estaban esfumando como la neblina con el sol del mediodía. Había soñado con luchar en batallas en campo abierto, hombre contra hombre, y ahora estaba en el centro de una vorágine de intrigas, calumnias, conspiraciones y trampas donde el honor y la honra eran meras referencias en obsoletos libros de ordenanzas que nadie cumplía. Todo ese mundo en el que se había introducido sin apenas darse cuenta le producía una sensación de asco y vómito, pero tenía la impresión de que estaba atrapado como una mosca en una telaraña, de que había caído preso en una red de la que, por mucho que lo intentara, de ninguna manera podría escapar. Todo aquello le parecía cual si estuviera preparado y dirigido por una mano poderosa de la que nadie pudiera librarse.

Pero a pesar de que la separación y el tiempo habían menguado su pasión hacia Cayetana, Faria quería ayudar a esa mujer. Tal vez porque se sentía algo culpable de su situación, no podía soportar la idea de imaginarla en la cárcel, vejada y humillada, contemplando angustiada el paso de los días, todos iguales, uno tras otro encerrada tras las frías paredes de la lúgubre prisión, sin otra esperanza que aguardar una libertad que tal vez llegara demasiado tarde, o quizás a que la sorprendiera antes una muerte temprana causada por una enfermedad incurable. En esos momentos el deseo de volver a estar junto a ella podía más que cualquier otra sensación.

—¿Tiene usted alguna idea sobre cómo obtener esos documentos? —le preguntó a Morales.

—Conozco a ciertas personas que por dinero falsificarían a su propia madre.

—¿Quiénes son?

—Tipos poco recomendables.

—¿Son eficaces?

—Creo que sí.

—Entonces, hablemos con ellos.

Faria se llevó una enorme sorpresa cuando Morales le reveló que los falsificadores eran dos funcionarios de la secretaría del Ministerio de la Guerra. Hombres sin escrúpulos habituados a certificar recibos falsos, a alterar pagos en el ejército y a adulterar cualquier tipo de balance si eso les rendía algún beneficio. Faria y Morales se citaron con ellos en el centro de la pradera de San Isidro, un domingo por la mañana. Faria le había dicho a Morales que aquel lugar era un escaparate, y que tal vez hubiera sido más oportuno haber acordado el encuentro en un sitio más discreto, a lo que Morales repuso que ningún lugar menos sospechoso para una cita que la pradera de San Isidro.

—Éstos son los dos hombres de los que le he hablado, teniente coronel.

Faria miró a los dos individuos y entendió enseguida que no eran de fiar, pero que no tenía otro remedio que alcanzar un acuerdo con ellos.

—Me han dicho que ustedes son los mejores —asentó Faria.

—No le quepa duda.

—¿Pueden falsifi..., quiero decir, escribir cualquier tipo de documento y que parezca auténtico?

—Por supuesto, es que serán auténticos. Díganos qué tenemos que hacer y le daremos nuestro precio.

—Tienen que escribir una carta en nombre del príncipe don Fernando, en los términos que yo les redacte, signarla con su firma y sellarla con su sello. Tiene que ser tan perfecta que nadie sea capaz de distinguirla de una auténtica.

—¿Sólo eso? —demandó uno de los dos funcionarios.

—¿Tan sencillo les parece?

—¿Usted qué cree? Nos está proponiendo que falsifiquemos un documento del príncipe heredero, que imitemos su firma sin que se note el cambio y que robemos su sello o que lo falsifiquemos. Esto no se parece en nada a duplicar unos recibos o a emitir un pagaré bancario.

—Entonces, ¿es complicado? —preguntó Faria.

—Es muy complicado, pero lo haremos. ¿Para cuándo lo necesita?

—Para dentro de siete días, y no aceptaremos el mínimo fallo.

—Nos hará falta saber cómo es la firma del príncipe y su sello.

—Eso no supone ningún problema.

—En ese caso... serán veinte mil reales.

—Es mucho dinero, pero de acuerdo.

—En una semana tendrá su documento.

—Que sea en cinco días.

—Sea.

Una semana después de la entrevista de Faria y Morales con los dos falsificadores, un criado del príncipe de Asturias fue interceptado en El Escorial por agentes del rey. En una cartera de cuero portaba unos papeles escritos del puño y letra de don Fernando en los cuales se detallaba toda una trama secreta para derrocar a Carlos IV, acabar con su reinado y declararle inhábil para ejercer como rey de España.

Una carta circular firmada por el príncipe y dirigida a los principales cabecillas de la conspiración daba cuenta de los pasos seguidos y les conminaba a acabar con el reinado de Carlos IV y con el gobierno de Godoy.

—Aquí están los documentos que me pedía, tío. No hay duda, el príncipe de Asturias ha cometido un delito de alta traición —sentenció Faria, extendiendo a Godoy los documentos confiscados en El Escorial.

Godoy los miró con atención.

—La falsificación es excelente. Nadie advertirá que no son auténticos.

—¿Cómo sabe usted que no son auténticos?

—Porque los originales están en mi poder desde hace dos días.

—¡Qué! —se extrañó Faria.

—Te utilicé, mi querido sobrino. Gracias a ti, los acólitos de don Fernando descuidaron la guardia y la vigilancia. Se enteraron de que estabas buscando a alguien que falsificara esos documentos y se encargaron de tenerlo todo preparado para cuando los presentáramos. Explicarían entonces cómo se había gestado la falsificación, quién la había hecho, en qué consistía... Hubiéramos quedado como unos idiotas a los ojos de todo el mundo, y su majestad el rey me habría despedido, o quién sabe si encarcelado para siempre. Yo hubiera sido el acusado de conspirador y de alta traición, y mis huesos se habrían podrido en los calabozos de cualquier prisión militar.

»Pero no contaban con que entre ellos tuviera algunos agentes infiltrados que me proporcionarían los documentos originales de la conjura que tramaban. Y aquí están.

Godoy sacó de un cajón una carpeta con los documentos originales que probaban la conspiración de don Fernando.

Además de la carta circular a sus consejeros, semejante a la que había redactado Faria por indicación de Godoy, había un documento fechado en París con el sello imperial de Napoleón en el que el emperador francés daba su apoyo a don Fernando y señalaba que, si el príncipe decidía ocupar el trono y sustituir a su padre, las tropas francesas le ayudarían a conseguirlo y a mantenerlo; incluso por las armas, si fuera necesario.

El propio Godoy había sobornado a un lacayo del rey para que colocara sobre la mesa del desayuno de don Carlos un atril con una carta anónima en la que se decía

que el príncipe don Fernando estaba tramando una conspiración contra su padre y que la vida de la reina peligraba. El rey acudió esa misma mañana con unos guardias reales a los aposentos de su hijo don Fernando y allí incautó cartas y documentos que comprometían a su hijo en la conspiración. La trama ideada por Godoy había funcionado perfectamente.

El príncipe de Asturias fue arrestado, y don Carlos pensó incluso en revocar su testamento y alterar el orden a la sucesión a la corona, eliminando de su puesto como heredero a don Fernando.

—Me ha engañado...

—No, Francisco, has cumplido con la misión que te encomendé y lo has hecho bien, muy bien; serás recompensado por ello.

—Debió avisarme.

—El plan pasaba por que tú no supieras nada, pues en caso contrario toda la operación podría fracasar.

Godoy sonrió y sus ojillos azules se iluminaron como si en su interior se hubieran encendido dos velas.

—¿Y ahora?

—Ahora, a airear la conjura del príncipe contra su padre y que lo sepa todo el mundo. Vamos a ver qué queda de ese principito al que algunos empezaban a llamar «el Deseado».

Godoy ordenó remitir a todos los gobernadores de las distintas regiones una circular en la que se daba cuenta de la conspiración que contra la corona de España había organizado el príncipe de Asturias. En la imprenta oficial se editaron varios pasquines y memoriales en los que se informaba de toda la trama y se hacía una llamada a los españoles para defender la legalidad del rey Carlos IV y la legitimidad de su gobierno. A los nobles de todo el reino se les invitaba a la celebración de un Te Deum que tendría lugar en Madrid para dar gracias al Altísimo por haber logrado que se descubriera a tiempo la conspiración contra el monarca y así evitar que triunfara.

Pero en contra de los planes ideados por Godoy, | casi nadie creyó en que el príncipe heredero estuviera tramando semejante conjura, y si llegaron a creerlo, o no les importó o estaban de acuerdo con ello, porque al Te Deum sólo acudieron cuatro nobles, y Godoy consiguió todo lo contrario de lo que pretendía. Los nobles lo tildaron de advenedizo y lo acusaron de querer otorgarse una nobleza que no le pertenecía ni por linaje ni por comportamiento, los ricos hacendados se quejaron por los elevados impuestos que recaudaba el gobierno, y la Iglesia lo atacó con virulencia a causa de su enfrentamiento con el Santo Oficio, a quien Godoy apenas hizo caso, y por iniciar una serie de desamortizaciones que amenazaban muy seriamente el mantenimiento de la propiedad de las inmensas heredades eclesiásticas, fruto de siglos de donaciones y acaparaciones; y por último, el pueblo lo señaló como el

culpable de todas sus penurias. Ahora era Godoy quien a los ojos de todos aparecía como un conspirador sólo preocupado por mantener su puesto y sus privilegios de poder, en tanto Fernando de Borbón era considerado como el futuro soberano que devolvería a España su grandeza y sus glorias perdidas.

Todo y todos estaban contra Godoy, que en una semana había pasado de ser el hombre más temido y respetado de España al más odiado y criticado. Una tarde, en una de las tertulias del palacio de Buenavista, pocos días después del fracaso del plan ideado por Godoy, Faria estaba conversando con el hijo del brigadier Alcalá Galiano, a quien acompañaba su madre, la viuda del ilustre héroe de Trafalgar. Junto a ellos Godoy comentaba gravemente con dos religiosos su estado de ánimo. Faria pudo oír con toda claridad cómo el jefe de gobierno confesó a los dos religiosos que lo que más le atraía era encerrarse en uno de esos eremitorios perdidos en medio de un desierto y que el mundo se olvidara de él y de que alguna vez había existido.

Pero Godoy seguía aferrado al poder con todos sus recursos, y el treinta y uno de octubre de 1807 Carlos IV dirigió, por instigación de su jefe de gobierno, un manifiesto a toda la nación. El monarca aseguraba que gracias a la diligencia de don Manuel Godoy, había sido desarticulada una trama que pretendía destronarlo y mostraba su amargura por haber estado encabezada por su propio hijo.

Don Fernando acudió contrito y desolado ante su padre. Le dijo que había estado mal aconsejado por Escoiquiz y por los duques del Infantado y de San Carlos, que su amor de hijo era superior incluso al de su amor por su rey y que jamás hubiera hecho nada que pudiera causar el menor daño a su progenitor. Arrodillado ante Carlos IV, llorando como un niño a quien han sorprendido robando un bote de confitura, Fernando de Borbón pidió perdón a su padre y le prometió que jamás volvería a confiar en malos consejeros.

Un desconsolado Carlos IV abrazó a su hijo entre sollozos y le concedió su perdón. Le aseguró que el amor de un padre a su hijo era la forma más grande de amor entre dos seres humanos, le reprendió con suavidad el haber hecho caso de consejos errados y le confirmó su amor y le ratificó sus derechos a la sucesión al trono de España, conminándole a que fuera un buen rey, pero cuando le correspondiera por la ley divina y por el orden natural de las cosas.

Godoy, pese a que había logrado acabar con la conspiración, no estaba contento. La opinión pública se manifestaba en su contra, los grandes nobles del reino apoyaban al príncipe de Asturias, Fernando de Borbón había recuperado el favor de su padre el rey y los cabecillas de la conjura, el taimado Escoiquiz y los duques del Infantado y de San Carlos sólo habían recibido el tibio castigo de un dorado exilio desde donde podrían seguir conspirando para acabar con su gobierno.

Tantos esfuerzos, tanto dinero gastado en confidentes y falsificadores no había servido para mucho. Faria tenía la sensación de que lo único que se había conseguido

era ganar algo de tiempo, pero el principal problema seguía sin resolverse.

4

Mientras Carlos IV perdonaba a su hijo y la corte seguía aburriéndose en los palacios de los Reales Sitios varios regimientos del ejército francés esperaban en la frontera la orden para entrar en España. Acuciado por los problemas con el príncipe de Asturias y buscando el apoyo de Napoleón, Godoy había convencido a Carlos IV para que firmara un acuerdo secreto con Francia. Godoy era consciente de que la aproximación del príncipe Fernando a Napoleón y el apoyo de éste a su causa supondría el final de su poder, y por ello acordó con el embajador de Francia en Madrid un pacto mediante el cual España permitiría al ejército francés atravesar su territorio para facilitar la conquista de Portugal y a cambio ese país sería repartido entre Francia y España.

Con Faria ocupado en conseguir pruebas contra don Fernando y en dismantelar la campaña contra Godoy, varios regimientos franceses al mando del general Junot penetraron en España por los pasos de los Pirineos el dieciocho de octubre de 1807. Estas tropas no hicieron sino preparar la entrada masiva del ejército del general Dupont, que atravesó el Bidasoa con veinticinco mil hombres el trece de noviembre. En cartas remitidas desde la presidencia del gobierno a los gobernadores militares de las provincias se aseguraba que el ejército francés venía como aliado y amigo de España y se ordenaba que se le concedieran todas las facilidades mientras estuviera en el país.

La entrada de las tropas francesas en España quedó aprobada legalmente el veintisiete de octubre, cuando los delegados plenipotenciarios francés y español firmaron en la localidad francesa de Fontainebleau el tratado por el que ambas naciones se repartían Portugal.

En las negociaciones secretas se había acordado que Portugal quedaría dividido en tres partes. El tercio norte, las tierras de Oporto y Braga, pasaría a formar parte del reino de Etruria, bajo influencia francesa, en tanto que el sur, las tierras del Algarbe, formaría una especie de principado que se entregaría a Godoy, quien sería allí el señor natural aunque con una cierta dependencia del rey de España, a manera de un virreinato. Con respecto al centro, las tierras de la ciudad de Lisboa, se decía que más adelante se decidiría la forma en que serían gobernadas y a quién corresponderían. Para que Carlos IV no quedara en ridículo y menospreciado en este reparto, Napoleón aceptaba su futura coronación como emperador de las Américas.

El protocolo del tratado autorizaba a la entrada en España de veintiocho mil soldados franceses. En cuanto los reyes de Portugal se enteraron de la puesta en marcha en España de los contingentes militares franceses y de la firma del Tratado de Fontainebleau, se exiliaron en Brasil, que seguía siendo parte del imperio colonial

portugués, con toda la familia real.

Moratín y Faria tomaban chocolate y picatostes en casa del teniente coronel de la guardia de corps. El conde de Castuera apenas podía contener su malestar por lo que estaba ocurriendo y su contradictoria actuación le había provocado una sensación de angustia que lo tenía bloqueado.

—De nuevo me asaltan miles de dudas, Leandro. He luchado contra los ingleses en Trafalgar y los sigo considerando enemigos de mi país, y he contribuido a que las tropas de Napoleón, a quien detesto, ocupen España. Soy leal a un rey que no merece ni pisar el polvo de las alfombras de los palacios en los que vive. Mi carrera en los guardias de corps se la debo a mi pariente Manuel Godoy, pero cada decisión que toma me aleja más de su lado. Soy conde, dueño de heredades y señor de vasallos, pero mi corazón está al lado de los que defienden las nuevas ideas en Europa y en los Estados Unidos de América. Y por si semejante cúmulo de contradicciones fuera poco, deseo a dos mujeres pero no sé a cuál de las dos amo, si es que en verdad amo a alguna de ellas.

—No es usted una excepción en estos convulsos tiempos que nos ha tocado vivir, Francisco. España es toda ella una loca contradicción. Aquí los ilustrados somos conservadores y defendemos la monarquía absolutista como la mejor fórmula de gobierno para los pueblos, aunque nos escandalizamos cuando esas mismas fuerzas conservadoras que defendemos han conducido a nuestras universidades a la decadencia y al retraso con respecto a las europeas; el pueblo pasa hambre y muchas otras carencias, pero se dejaría matar por besar la suela enlodada de los zapatos de su rey; la mayor parte de la nobleza vive ociosa en la molicie, mientras sus heredades pierden valor y sus rentas disminuyen a causa de la falta de actividad económica; los bandoleros asaltan a los viajeros en nombre del rey, quebrantan el tráfico comercial y en ciertos casos son tenidos como héroes por algunos; los comerciantes y los artesanos renuncian a buscar nuevos mercados por conservar lo poco que les queda... Así es nuestro país, Francisco, y tal vez no pueda ser de otra manera.

—Quizás haya algún modo de cambiarlo.

—Algunos creyeron que las ideas revolucionarias que se extendieron desde Francia por toda Europa calarían entre los españoles. Estaban equivocados. El pueblo español necesita una mano poderosa y autoritaria que lo gobierne. Sin un gobierno férreo, los españoles somos un caos. Fíjese en nuestra historia, Francisco; fuimos poderosos cuando nuestros monarcas eran fuertes y se mantenían firmes en su gobierno, con los Reyes Isabel y Fernando, con el emperador Carlos y con su hijo don Felipe. ¿Y qué ha ocurrido cuando los monarcas han sido débiles?: La ruina, la decadencia, el desgobierno...

»No, Francisco, no es usted la única contradicción viviente que camina por las

calles de este país. Lo somos todos, todos los españoles. El partido que apoya al príncipe Fernando era contrario a Godoy y antifrancés, pero apenas tuvo dudas para volverse hacia Napoleón en cuanto convino a sus intereses. El propio Godoy era partidario de la neutralidad, y en cambio nos ha conducido a una guerra suicida contra Inglaterra, vinculando de tal modo la suerte de España a la de Napoleón que su ruina será la nuestra, si no se remedia antes; y si se remedia, no dejará de ser una ruina porque el triunfo de Napoleón significará la derrota de España.

»Fíjese en mí —se sinceró Moratín—, me consideran un ilustrado, un intelectual, he traducido el *Cándido* de Rousseau al castellano y creo como el gran Juan Jacobo que la esclavitud es ilegítima, pero vivo a la sombra benefactora del poder del gobierno y soy leal a una monarquía corrupta e inútil. Soy conservador, pero a la vez temo que la reacción de la Iglesia y de la nobleza acabe con todas las ideas liberales y con el progreso. Amo ser libre, pero tengo miedo a la libertad. No, Francisco, no es usted el único que vive sumido en una eterna contradicción.

5

Unas semanas antes de la Navidad de 1807, el tribunal en el que estaba siendo juzgada condenó a Cayetana Miranda a doce años de cárcel.

Faria se presentó en el palacio de Buenavista para pedirle a Godoy que cumpliera con lo acordado.

—Hace más de un mes que yo cumplí con mi parte del trato, ahora usted, tío, debe hacerlo con la suya. Cayetana ha sido juzgada y condenada a doce años. Le exijo que firme su indulto.

—¡Vaya!, creí que entrarías en razón y la olvidarías, pero ya veo que los deseos de tu entepierna son más fuertes que las razones de tu cabeza. Está bien, la liberaré, pero...

—¿Pero...? Me dijo usted que...

—Te dije que la liberaría y mantengo mi palabra, pero tiene que salir de España; su libertad sólo es posible si se exilia.

—¡Ése no era el trato!

—Lo era. Yo te prometí que la liberaría, pero no que pudiera quedarse en España.

—Si se exilia, yo iré con ella —afirmó Faria rotundo.

—Ni lo sueñes. Si te marchas con una condenada perderás tus propiedades, toda tu herencia e incluso tu título nobiliario. ¿De verdad la amas tanto como para renunciar a todo eso? —inquirió Godoy.

—¿Me está haciendo chantaje, tío?

—Te estoy salvando, querido sobrino. Y he hecho por esa muchacha más de lo que crees. Tenía pendiente una grave acusación del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición que se hubiera resuelto con un auto de fe. Si yo no lo hubiera impedido,

la hubieran paseado por la calle vestida con un sambenito, hubiera sido condenada al garrote y su cadáver hubiera ardido atado a un poste. La Inquisición ya no es lo que fue, y en estos tiempos está empeñada en perseguir a falsas beatas y a inventores de milagros, pero los clérigos están asustados y temen que las ideas revolucionarias se extiendan por España, por lo que necesitan pocas excusas para encender hogueras en las que quemar a maestros, médicos y herejes. Tu amante hubiera sido una bruja perfecta para ellos y su ejecución una muestra de su poder y de su eficacia como verdugos.

»Ahora ya sabes todo, y da gracias de que siga viva esa joven.

Cayetana fue liberada un martes, poco después de mediodía. El indulto de Godoy iba acompañado de una orden en la que se concedían a la muchacha diez días para que abandonara España. Faria no fue a esperarla, pero el sargento Morales acudió en su nombre con una bolsa con dos mil ducados que Cayetana rechazó en principio. Morales la convenció para que aceptara el dinero, pues le sería muy necesario en su situación.

—¿Cómo lo ha pasado estos meses en prisión? —le preguntó el sargento, balbuceante.

—Bueno, comíamos pan negro, legumbres podridas y queso agusanado, en eso nuestra vida no era muy diferente a la de los pobres. Pero lo que no podía soportar era la falta de libertad —Cayetana miró a los lados y preguntó—. ¿Por qué no ha venido?

—Las cosas han cambiado en los últimos meses. Don Francisco es conde de Castuera y teniente coronel de la guardia de corps. Si lo vieran con usted, señorita Cayetana, o si se marchara siguiéndola al exilio, perdería todo, incluso su título y su graduación militar. Es el teniente coronel más joven que jamás ha habido en el regimiento, uno de los más jóvenes de Europa. Tiene por delante una gran carrera militar; si se fuera con usted...

—Yo aparecí en su vida dos veces, y las dos fue el destino quien nos unió, tal vez haya una tercera.

—Tal vez, señorita Cayetana. Don Francisco ha dispuesto un carruaje para que la lleve hasta Zaragoza; de allí sale una diligencia que va hasta Irún por Pamplona. Francia es el país más seguro para usted. Con estos dos mil ducados bien administrados puede vivir mucho tiempo.

—Vivir sin vida...

—Lo siento, señorita, ya sabe usted que la aprecio mucho, y el conde...

—Iré a Francia —le interrumpió Cayetana—; yo nací en Santurce y por allí solían acudir franceses. Tal vez me quede en Bayona o en Biarritz, así estaré cerca de mi tierra. ¿Sabe, sargento?, dicen que existe una montaña, en la frontera, desde la que se ve todo el valle del Bidasoa, hasta el mar, y que en los días claros se pueden

vislumbrar las altas cumbres del Pirineo, siempre nevadas. Y hay un puente, sobre el río, que une las dos orillas, la francesa y la española, tal vez en ese puente, algún día...

Cayetana abrazó a Morales. El sargento mayor tuvo que inclinarse un poco y pudo ver en los ojos de la muchacha una brillante humedad, aunque no derramaron una sola lágrima.

—Que tenga usted un viaje cómodo —le deseó Morales.

—Me había acostumbrado a él; fue un error.

Cayetana subió a la calesa y se alejó calle abajo hasta que se confundió con otros carros y carretas y se perdió a la vista de Morales, entre el polvo y la neblina del atardecer que comenzaba a teñir de gris las calles de Madrid.

Francisco de Faria y Teresa de Prada acababan de hacer el amor. Esa misma tarde habían asistido a una función de ópera italiana en el Teatro de la Cruz y, después de sufrir una representación muy poco afortunada, habían decidido ir a casa del conde de Castuera para resarcirse del tedio que habían soportado en el teatro. Teresa se había empleado con ganas y el coronel tenía señaladas las huellas de los dientes de la joven en los dos hombros y le habían salido moraduras en torno a las marcas de los dos mordiscos.

—Un día me arrancarás un pedazo de carne —dijo Faria.

—Y me lo comeré, conde. Teresa lo dijo empujando a Faria de espaldas y colocándose sobre él, sentada a horcajadas sobre su pubis, moviendo las caderas con tanta lascivia como sólo ella era capaz de lograr.

—Todavía no sé qué es lo que me atrae tanto de ti —confesó Faria.

—Cierto misterio, la curiosidad por mi pasado en París..., a los hombres os encantan las mujeres que no son lo que aparentan.

»¿Qué es lo que te atraía de esa zorrita a la que has sacado de la prisión? —le preguntó Teresa, cogiéndolo desprevenido.

—¿Cómo sabes...?

—Vamos, Francisco, tus relaciones con esa muchacha son conocidas por todo Madrid. La llevaste a vivir contigo, salías con ella a pasear, al teatro, ¿cómo no iba a saberlo? Las mujeres pasamos muchas horas en casa y hay mucho tiempo para conversar. ¿Y de qué crees que hablamos?, ¿de política?, ¿de religión? No, no, casi siempre lo hacemos de hombres y a veces también de mujeres, y sobre todo de la relación entre hombres y mujeres.

—¿De todas las relaciones?

—Por supuesto. Ciertas conversaciones escandalizarían incluso a un carretero borracho.

—Entonces, ¿hablas con otras mujeres de tu relación conmigo, y con todos los

detalles?

—Sí, claro, pero no con todos los detalles.

—De algunos también se escandalizarían tus amigas, como los carreteros.

—No creas, te asombraría saber qué es lo que son capaces de hacer ciertas damas de la nobleza con sus lacayos.

—Algo he oído.

—Algunas esconden bajo la apariencia de distinguidas y remilgadas señoras una tal lujuriosa fogosidad que no sería capaz de apaciguar ni un escuadrón de lanceros en fuegos.

—Conozco a algunos lanceros cuya virilidad te sorprendería —adujo Francisco.

—En tal caso, deberías presentármelos —replicó Teresa dibujando su más lasciva sonrisa.

Faria se giró sobre su torso con suma rapidez y con el brazo volteó a Teresa, colocándose ahora sobre ella. La sujetó con fuerza por las muñecas y le estiró los brazos por encima de la cabeza, a la vez que le abría las piernas empujando con sus rodillas. Aquella mujer sabía excitarlo como ninguna otra.

—Eres un demonio, quizás el mismo diablo. He leído que a veces el diablo suele aparecerse a sus víctimas masculinas en forma de una mujer hermosa y fría como tú; le llaman un súcubo. Si tuviera que imaginar a satán en forma de mujer, esa forma sería sin duda la tuya.

—Tal vez yo lo sea, tal vez hayas estado haciendo el amor con el demonio todos estos meses y estés condenado al eterno fuego del infierno por ello.

—Aunque no lo seas... es lo mismo, pues te has quedado con mi alma.

Faria estaba tan excitado como un garañón en celo, y sin soltar las muñecas de Teresa, empujando con sus rodillas hasta separar completamente las piernas de la muchacha, volvió a penetrarla con todo su vigor, empleándose con tanta fuerza que ni siquiera el ruido del cabecero de la cama golpeando contra la pared mitigaba los sonoros jadeos de la pareja de amantes.

6

Ingentes efectivos del ejército francés siguieron entrando en España y apostándose en las principales ciudades del norte durante todo el invierno. A mediados del mes de enero de 1808 ya eran cien mil los soldados franceses acantonados en las plazas estratégicas españolas. Por todo el país corrían rumores sobre la verdadera causa de la presencia francesa en España. El malestar popular empezaba a hacerse evidente, y de vez en cuando estallaban algunos altercados entre españoles y franceses que se solían saldar con la mediación enérgica de las autoridades de ambas partes. La altivez de los soldados del emperador era la principal fuente de conflictos. Algunos soldados franceses aseguraban a voz en grito en las tabernas que los

españoles eran muy malos amantes y que las españolas no habían sabido cómo era de verdad un hombre hasta que no se habían acostado con los soldados de la Grande Armée. Y es que las prostitutas de los burdeles de las ciudades preferían en verdad a los franceses, pero no por su superior capacidad amorosa, sino porque, además de tener mejores modales que los clientes españoles, los soldados de Napoleón pagaban más y mejor por sus servicios. También había españoles que decían que las prostitutas eran al fin y al cabo la mejor arma del ejército español, pues entre la sífilis, la gonorrea y las purgaciones que contagiaban a los soldados, una sola prostituta era capaz de causar más bajas al ejército imperial que todo un regimiento de granaderos.

El nueve de enero entró en España el mariscal Moncey, y pocos días después el general Dupont se instaló en Valladolid con su cuerpo de ejército. El general Dulhesme entró por Cataluña con el pretexto de que sus tropas iban a reconquistar Gibraltar para entregarlo a los españoles. Las estratégicas ciudadelas de Figueras y Barcelona en Cataluña, y la de Pamplona en Navarra, que en su día fueron construidas para hacer frente a una hipotética invasión francesa, fueron ocupadas pacíficamente por los soldados de Bonaparte. A fines de enero Napoleón tenía a toda España al alcance de sus soldados. El emperador evaluó la situación y sobre un mapa en el que se reflejaba la distribución de los ejércitos imperiales en España les aseguró a sus generales que bastaría una sola orden suya para someter a todo el reino de Carlos IV. El ambicioso corso ya no se contentaba con quedarse para sí una parte de Portugal, pues, a la vista del despliegue de sus tropas, observó que le sería fácil conquistar toda España y convertirla en un protectorado de su imperio.

Fue entonces cuando alteró sus planes. Ordenó redactar un nuevo tratado mediante el cual Francia recibiría de España las tierras simadas entre el Ebro y los Pirineos, unos territorios secularmente apetecidos por los soberanos franceses desde que Carlomagno, allá por el año 800, denominara a esta tierra como la Marca Hispánica y tratara en vano de someterla a su dominio; a cambio, el tercio central de Portugal comprendido entre el Tajo y el Duero, los territorios que habían quedado por asignar en el tratado de Fontainebleau, serían para España.

Ebrio de poder y de gloria por sus victorias militares, Napoleón estaba dispuesto a someter a toda Europa a las águilas francesas. El dos de febrero su ejército entró triunfante en Roma, y ese mismo día, tal vez excitado a la vista de las monumentales ruinas de los foros imperiales, decidió la invasión y conquista de España. El día veinte el mariscal Murat fue nombrado comandante supremo de las fuerzas francesas y lugarteniente del emperador en España. De hecho, se daba el primer paso para convertir a España en una provincia del imperio francés.

Un lacayo de Godoy se presentó en casa del conde de Castuera con un mensaje urgente. El príncipe de la Paz requería la presencia inmediata del teniente coronel

Faria. Francisco se vistió con su uniforme y salió hacia Buenavista todo lo deprisa que pudo.

—El ejército francés ha ocupado la mitad norte de España. Napoleón nos ha engañado; todas sus promesas, todos sus pactos, todos los tratados, su propia palabra... no valen nada. Hemos caído en una trampa tan antigua como eficaz. Hemos consentido que las tropas francesas entraran en nuestro país convencidos de que su destino era Portugal, y nos hemos encontrado con nuestras ciudades en sus manos, como un nuevo caballo de Troya. Ahora veo claro que el objetivo no era la vieja Lusitania, sino la misma España. —Godoy le explicaba a Faria la difícil situación en su despacho, apoyado en su mesa de mármol.

—En Madrid no hay franceses —dijo Faria.

—En Madrid todavía no, pero sí en las ciudades del norte. He ordenado hacer un recuento a los gobernadores militares de las provincias del norte, y han estimado que son unos cien mil los soldados franceses ahí estacionados. Con semejante volumen de tropas acantonadas en nuestro país, en cuanto Napoleón lo ordene, España será suya.

—¿Qué podemos hacer, además de luchar?

—Esta misma mañana he estado sopesando dos posibilidades. La primera consiste en trasladar al rey y a la corte a Sevilla y plantar resistencia a Napoleón desde Andalucía. Fortificados en los pasos de Sierra Morena podríamos aguantar por algún tiempo, tal vez ocho o nueve meses; un año si logramos defender bien los puertos. Francia es muy poderosa, pero no sé si está en condiciones de soportar por mucho tiempo tantos frentes abiertos: España, Austria, Suecia, Rusia, Inglaterra... toda Europa contra una sola nación es demasiado, incluso para el mismo Napoleón.

—¿Y si a pesar de todo consiguiera romper nuestras defensas en Sierra Morena y llegar hasta Sevilla?

—Entonces pondríamos en práctica la segunda posibilidad. Los reyes serían trasladados a América y plantearíamos una nueva reconquista de España desde las colonias; ya lo hicimos siglos atrás con los árabes.

—¿Y sí planteáramos una lucha total, en todos los frentes, con levantamientos por todas partes contra los franceses?

—Hoy apenas somos capaces de movilizar a cincuenta mil hombres, y no muy bien armados. Nada podríamos hacer frente a los regimientos bien entrenados y perfectamente equipados de Bonaparte.

—Me refiero a una guerra total en las ciudades, en los caminos, en el campo, en las montañas, miles de pequeñas partidas de combatientes que acosaran en todo momento y sin descanso a las tropas francesas, que cortaran sus suministros, que se emboscaran y atacaran como los lobos, soltando rápidos zarpazos y huyendo de inmediato. Esa táctica les fue muy bien a los franceses en el mar.

—¿Propones que luchemos como si fuéramos bandoleros, corsarios o piratas?

—Exactamente así.

—Bucaneros en tierra firme.

—Con semejante desproporción de fuerzas regulares, no veo otra manera de combatir al francés. Cada español sería un soldado, en cada aldea habría un fortín. No nos pueden matar a todos.

—Tal vez tengas razón, pero para que esa táctica tuviera éxito deberíamos contar con el pueblo, y no está preparado para combatir en una guerra, sería una masacre.

—En la Armada hay muchos oficiales sin destino que, a falta de barcos en los que enrolarse, estarían dispuestos a combatir en tierra si fuera necesario. Trafalgar dejó sin buque en el que servir a muchos oficiales de la marina que podrían adiestrar a campesinos para convertirlos en soldados.

—La guerra en tierra es distinta a las batallas en el mar.

—Tal vez, pero esos oficiales son extraordinarios y creo que muchos de ellos tienen una cuenta pendiente con Napoleón.

—Será con Inglaterra.

—No, Nelson y Collingwood vencieron en buena lid; aprovecharon su ventaja táctica y supieron obtener buen rédito de nuestros errores. La mayoría de los oficiales que lucharon en Trafalgar sigue atribuyendo la culpa de la derrota en aquella batalla al mando del inepto Villeneuve. Gravina, Churruca, Alcalá Galiano y otros muchos valerosos marinos están muertos a causa de la incompetencia del almirante francés; los oficiales que sobrevivieron al desastre de Trafalgar lo saben y no lo olvidarán nunca.

—Necesitaremos de la ayuda y la unión de todos los españoles. Creo que es hora de intentar un acercamiento al príncipe Fernando. Yo no puedo hacerlo personalmente, nos separan muchos años de enfrentamientos y rencores, pero tú sí puedes. Voy a procurar que te reciba; le explicarás cuán difícil es el momento que atravesamos y le dirás que España necesita de la unidad de todos sus hombres para su propia salvación. Ofrécele un acuerdo: yo lo reconoceré como rey si él me acepta como jefe de gobierno.

—¿Y don Carlos? —preguntó Faria un tanto sorprendido por el repentino cambio de Godoy.

—Eso déjalo de mi cuenta. Yo convenceré a don Carlos para que abdique en su hijo. Entiéndelo, sobrino, sólo pretendo lo mejor para España.

El invierno tocaba a su fin. El paseo del Prado comenzaba a estar cada día más concurrido por madrileños que acudían a disfrutar de los cálidos rayos de sol de mediados del mes de marzo. Todo discurría como si no estuviera pasando nada, pero Murat, el comandante en jefe del ejército francés, estaba ya en las inmediaciones de Madrid.

Moratín acudió a casa de Faria, que estaba leyendo *Vidas de españoles célebres*,

un reciente libro de Manuel José Quintana en el que se recogían varias biografías de héroes como El Cid, Guzmán el Bueno y el Gran Capitán.

—Tenemos a los franceses a las puertas de Madrid. Se dice que sus cañones apuntan a los barrios del norte desde las colinas del camino de Guadarrama —comentó Moratín.

—Han ocupado las principales ciudades del norte de España sin que nos diéramos cuenta del peligro que eso suponía, y ahora ya están aquí —repuso Faria.

—¿Sabe usted lo que significa eso?

—Claro, la guerra.

—¿Contra los franceses?, ¿sabe usted lo que está diciendo? ¿Con qué nos vamos a enfrentar a sus cañones y a sus regimientos de caballería?, ¿con piedras y con boñigas de caballo? ¿Y a sus fusiles?, ¿con horcas y con cuchillos para trinchar pollos? —inquirió Moratín.

—Una guerra total. Cada español será un soldado, en cada esquina de cada calle, en cada recodo de cada camino, en cada rincón de cada aldea habrá un luchador por la independencia.

—Nos harán picadillo. Aseguran que hay más de cien mil soldados franceses en España...

—Tal vez ciento veinte mil —puntualizó Faria.

Mucha gente se marchará a Inglaterra, a América, a donde pueda. Y los primeros que emigrarán serán los mejores, los más preparados. Y el pueblo, la masa... ésos son imprevisibles. En su estado de hambre y miseria deberían de acoger a los franceses con los brazos abiertos, pero preferirán seguir con sus cadenas.

—Vaya, Leandro, habla usted como un liberal.

—Tal vez se me haya pegado algo de esos intelectuales franceses a los que traduzco; o su ardor juvenil, mi querido amigo.

Hacía un frío húmedo aquella mañana de principios de marzo en Aranjuez. Carlos IV, enfermo de reuma, desayunaba a la lumbre de una nutrida chimenea un caldo de gallina, dos pichones y un buen pedazo de queso. El rey había decidido pasar la mañana trabajando en el taller de carpintería de palacio, lijando y barnizando el marco de un gran espejo de la época de Fernando VI que necesitaba una reparación y un nuevo estofado con pan de oro.

Godoy había llegado a Aranjuez la noche anterior y aguardaba a que el monarca acabara su desayuno para despachar con él.

—Majestad, ¿cómo os encontráis esta mañana? —preguntó Godoy.

—Muy bien, Manuel, muy bien. Listo para reparar un hermoso espejo de mi tío el buen rey don Fernando VI. La humedad del invierno ha deteriorado el marco y quiero dejarlo como nuevo.

—Señor, he venido para exponeros un grave contratiempo. Las tropas francesas están acantonadas en las principales ciudades del norte de España.

—Ya acordamos que así sería en tanto atravesaran nuestro reino para conquistar Portugal; eso pactamos al menos.

—Sí, así es, señor, pero su estrategia de despliegue no se corresponde con el de un ejército que pretenda conquistar Portugal, sino con el de un plan de ocupación de nuestro país.

—¿Insinúas que Napoleón nos ha engañado?

—Quizás. El pacto a que llegamos con el emperador consistía en que nosotros permitiríamos el paso de sus ejércitos por España y que una vez conquistaran Portugal lo repartiríamos, pero los franceses se han instalado en los puntos más estratégicos y se han desplegado sobre Madrid.

—¿Han llegado a la capital?

—No, todavía no, pero se encuentran a muy poca distancia de aquí; los barrios del norte están al alcance de sus cañones. Además, han ocupado posiciones muy firmes en Barcelona, Zaragoza, Bilbao y otras plazas de la mitad norte.

—¿Cuántos son?

—Unos cien mil soldados divididos en varios cuerpos de ejército.

—¡Cien mil! —exclamó Carlos IV—, ¡hay cien mil soldados franceses en mi reino!

—Sí, majestad; sólo a las puertas de Madrid forman ya cerca de treinta mil.

—¿Y de cuántos soldados disponemos nosotros en Madrid?

—De poco más de ocho mil. Aquí está el informe que ayer mismo me pasó el capitán general de Madrid.

En el estadillo que firmaba Francisco Javier Negrete, capitán general de Madrid, se decía que en la capital del reino había destacados seis escuadrones de carabineros reales, cuatro batallones de guardias de corps, una compañía de la guardia real y varios batallones de los regimientos de Aragón, Saboya, Lusitania, dragones del rey, húsares de María Luisa y granaderos de marina; sumando soldados y oficiales la cifra ascendía a ocho mil seiscientos veinte hombres. Tras el minucioso listado, el capitán general añadía en su informe que a la insuficiencia de tropas y a su composición, dedicadas a escolta y protocolo, se unía la escasez de armamento y de munición, la carencia de un plan estratégico para la defensa de Madrid y la falta de baluartes y castillos donde protegerse de un posible ataque.

Madrid carecía de murallas; desde que se rebasaran las medievales, a nadie se le había ocurrido que la capital de la primera potencia del mundo en los siglos XVI y XVII pudiera ser asaltada por un ejército extranjero. Cádiz, La Coruña o la misma Barcelona sí eran susceptibles de un asalto desde el mar, en un acto de piratería a gran escala, como ya ocurriera con los asedios de los ingleses a Cádiz o a La Coruña

en los siglos anteriores, pero Madrid estaba a una semana de viaje de la costa más cercana y parecía inmune a cualquier acción de conquista. La capital estaba rodeada de una sencilla cerca de adobe y ladrillo, una simple tapia en la que se abrían cinco puertas y doce portillos, cuya única finalidad era evitar que se colaran dentro de la ciudad mercancías y suministros sin pagar el correspondiente impuesto.

—Esta tarde vamos a pescar al estanque; ayer estuvimos paseando con la barca real y vi nadar unas truchas enormes. Ordenaré que nos preparen para cenar las que pesquemos.

—Majestad, debemos tomar alguna medida urgente, o vuestro reino y vuestro trono estarán en grave peligro.

—Sí, sí, ocúpate de ello con la reina; hoy se ha levantado un poco tarde, le dolía la cabeza, según me ha dicho una de sus damas. Almorzaremos luego juntos, ahora me esperan el maestro carpintero y el espejo de un rey.

En Aranjuez vivían esos días casi todos los ministros y toda la corte. De espaldas a lo que estaba ocurriendo en el país, los cortesanos cazaban y pescaban, degustaban succulentos banquetes, celebraban largas tertulias en torno a mesas bien provistas de vinos y dulces, holgaban en las barcas que navegaban de uno a otro extremo del gran estanque junto al palacio real, paseaban por las tardes por las calles, parques y paseos de Aranjuez mostrando sus lujosas carrozas, todas ellas decoradas con vivos colores, desde las que se saludaban unos a otros, sobre todo las mujeres, de una manera aparatosa, en un ir y venir sin sentido, una especie de carrusel de las vanidades en el que las damas más distinguidas vestían sus mejores vestidos, sombreros y mantillas de encaje y los hombres sus más elegantes trajes, fracs y levitas grises abotonadas. Hasta los marqueses de Tavares, recién llegados de París, se habían trasladado a Aranjuez y paseaban por sus calles con una carroza de figura esferoide, de las llamadas de combés, que superaba en lujo incluso a la de los mismos reyes. Los nobles solteros deambulaban ociosos montados en sus caballos enjaezados con atalajes dorados, ufanos con sus calzones cortos ajustados con lazos sobre las rodillas y sus botas acampanadas de cuero.

Los mismos reyes, el príncipe de Asturias y los infantes e infantas solían pasear muchas tardes, aquéllas en que el tiempo lo permitía, a pie, mezclándose entre la gente. Pasear a pie era considerado en Madrid de mal gusto y todo el mundo de cierto nivel lo hacía en coche, pues lo contrario era rebajarse demasiado, pero en Aranjuez era distinto, y los reyes pretendían con ello acercarse un poco al pueblo y aparentar que eran seres normales. Un tropel de curiosos solía ir detrás de las infantas, siguiéndolas entre los edificios porticados y los jardines en sombra. Cuando llovía o hacía frío, el rey y la reina invitaban a centenares de nobles, ministros y altos oficiales y funcionarios a los salones del palacio real de Aranjuez. Allí se servían vinos, pastas, laminerías y chocolate caliente. De vez en cuando el rey cogía un

violín, ordenaba formar al cuarteto de cuerda y ante la corte tocaba piezas de Brunetti, Haydn, Mozart y Vanhal.

En algunas cenas con embajadores extranjeros, de los que siempre había unos cuantos pululando por los salones de palacio, los jardines o los paseos de Aranjuez, la reina lucía la famosa perla *La peregrina*, magnífica en su óvalo enmarcado con diamantes y cincelada en medio de una lámina de oro.

—Su majestad el rey ha delegado en vos, señora, para que tratemos el grave asunto de la presencia de tropas francesas en España.

Godoy hablaba con la reina poco antes del mediodía, en tanto Carlos IV sudaba copiosamente mientras lijaba en el taller de carpintería el marco del espejo que estaba ayudando a restaurar.

—Nunca me gustó ese Napoleón, tal vez debimos de unirnos con Inglaterra cuando su rey nos propuso una alianza.

—Los ingleses acosaban a nuestra flota, señora.

—¿Sabes, Manuel?, nuestro gran error ha sido meternos en medio de la trifulca de dos gigantes que están tan a la par en sus fuerzas que no consiguen vencerse el uno al otro. ¿Y qué nos ha ocurrido?, pues lo esperable en estos casos, que las mayores bofetadas han sido para nosotros. Napoleón ha vencido a austríacos, rusos y prusianos y ha logrado gloria y territorios para Francia, e Inglaterra nos derrotó en Trafalgar y consiguió el dominio en los mares y el monopolio del tráfico comercial con América. ¿Y nosotros? Perdido lo mejor de nuestra flota en Trafalgar, hemos dejado de ser una potencia naval, y, carentes de un ejército de tierra tan poderoso como el francés, nada podemos hacer ante las experimentadas tropas de Bonaparte.

—Pero, majestad, yo he hecho cuanto he podido, he dedicado toda mi vida...

—Si no te culpo, Manuel, tú tienes toda mi confianza, y la de mi esposo el rey. Culpo a este populacho, descontento y huraño con sus deberes para con su rey y con su gobierno, poco diligente en el trabajo y siempre predispuesto al motín y a la revuelta.

»¡Ah, Manuel, cuánto envidia al entregado pueblo inglés! Siempre disciplinado y obediente, atento al servicio de sus reyes y nobles, dispuesto a ofrecer su vida por la gloria de su país y de su soberano, listo para entregarse a los más grandes sacrificios en beneficio de su patria. ¡Ojalá gobernáramos sobre un pueblo como el inglés; con súbditos como ellos conquistaríamos el mundo!

—Lo hicimos una vez, señora —puntualizó Godoy.

La reina María Luisa sorbió un corto trago de su taza de café con leche y concluyó:

—Tal vez aquellos españoles eran distintos a los de ahora. No obstante, pase lo que pase, espero que sepamos obrar con la dignidad que nuestros altos puestos nos exige. Y ahora vayamos a almorzar.

Faria había recogido en Madrid varios informes de confidentes sobre la estimación del pueblo para con los reyes y Godoy, y salió con ellos bajo el brazo hacia Aranjuez.

Las conclusiones no eran nada halagüeñas: el pueblo aborrecía a la reina María Luisa casi tanto como a Godoy, que sin duda era el personaje más detestado del reino. Carlos IV era amado por la mayoría y el príncipe Fernando era objeto de una adoración tal que mucha gente pensaba que era el único capaz de sacar a España de la grave crisis en la que estaba sumida.

—Tío, el malestar en Madrid va en aumento. Todo el mundo sabe que los franceses están a las puertas de la ciudad y el descontento popular se extiende como una mancha de aceite. Algunos exaltados hablan de empuñar las armas y de defender la capital de lo que consideran una invasión extranjera. Se afirma que el rey y el gobierno han claudicado y que en cuanto se atisbe el menor peligro huirán a América llevándose las enormes riquezas de sus palacios y dejando al pueblo abandonado a su suerte.

—¿Quién ha dicho eso? —demandó Godoy.

—Es una información de nuestros agentes. La han recogido en tabernas, fondas, posadas, mercados y en la propia calle.

—¡Populacho! Te dejas la vida por ellos y te lo pagan con calumnias. No merecen sino mi desprecio.

—La gente está muy crispada, tío.

—Dales pan, toros y teatro y estarán contentos.

—Tal vez necesiten algo más.

—¿Qué más puede necesitar el populacho?

—Libertad.

—¿Libertad dices?, ¿como los franceses? ¿De qué les ha servido la libertad? La Revolución predicaba la libertad y sólo trajo muerte, destrucción y odio. Querían acabar con los nobles y con los reyes y ahora tienen más nobles que nunca y un emperador que es como varios reyes a la vez. Esas desgracias son las que trae la libertad. Lees demasiados libros franceses, deberías volver a tus lecturas, a nuestros grandes autores religiosos, a las crónicas de nuestro pasado glorioso. No olvides que eres el conde de Castuera, del linaje de los Faria, grandes señores de Extremadura.

—No lo olvido, y por eso creo que la nobleza debe estar sobre todo en el corazón.

—Iluso. Hoy cenaremos con los reyes en palacio; están invitados varios embajadores y varios nobles, confío en que actúes como lo que eres, uno de ellos —dijo Godoy, dando por zanjada la discusión.

Ni Godoy ni María Luisa ni el extraviado Carlos IV atendieron a los avisos del coronel Faria. El enfado popular iba en aumento en aquellos días de marzo y los

rumores se extendían por todas partes. Se decía que Godoy había vendido España a Napoleón y que a cambio de ese servicio el emperador lo nombraría rey de los Algarbes, una especie de protectorado que Bonaparte cedería a Godoy en el sur de Portugal para pagar su traición a los españoles y como recompensa por haberle facilitado la ocupación del país.

Tuvo que esperar la respuesta algunos días, pero el príncipe Fernando recibió al fin a Francisco de Faria como enviado de Godoy. El príncipe de la Paz había solicitado esta entrevista mediante varios intermediarios y don Fernando había aceptado concederla.

El conde de Castuera aguardó durante más de una hora en la antecámara de uno de los salones del palacio del príncipe hasta que un lacayo lo invitó a pasar a presencia de su alteza.

Grueso y fuerte como un buey, macizo y robusto como un percherón, la cabeza grande y voluminosa, la frente amplia y ligeramente cubierta por los mechones de un flequillo rebelde, los ojos oscuros, redondos y fríos bajo unas cejas bien marcadas y enarcadas, la nariz poderosa y ancha, los labios finos y mal perfilados, la barbilla con un mentón rotundo y destacado y el pelo castaño claro, con patillas gruesas y largas. Así era el aspecto del futuro rey de España.

—Al fin lo conozco personalmente, conde. Me ha causado algunos problemas en los últimos años, pero no tema, yo olvido pronto.

—Alteza, yo...

—No, no, usted ya no me preocupa. Tal vez hace algún tiempo, cuando andaba por ahí incitando a la gente contra mí... ¿Sabe usted?, hubiera sido muy fácil eliminarlo. Aquel altercado en el teatro fue un mero aviso. Aquellos hombres tenían instrucciones de asustarlo un poco; si hubieran recibido órdenes de matarlo, ahora sería usted un cadáver.

Faria recordó aquel día en que Morales y él acudieron al teatro a ver a Rita Luna y dos sicarios les amenazaron con navajas en medio de la confusión del público.

—¿Fue su alteza quien los envió?

—Bueno, digamos que lo hizo un amigo que sólo desea mi protección. Pero vayamos al grano, Faria, ¿qué plantea ahora su pariente?

—Su excelencia don Manuel Godoy me envía para proponeros un trato.

—¡Vaya!, ahora, precisamente ahora que su posición es débil y la mía la más fuerte. Bien, veamos de qué se trata.

—Don Manuel está dispuesto a reconoceros como rey de España y a conseguir la abdicación de don Carlos IV a cambio de que vos, alteza, lo refrendéis como jefe del gobierno y le conservéis todos los cargos, títulos y honores que vuestros augustos padres le han concedido.

—El buen Manuel... Mi madre cree que le será fiel hasta la muerte... Mi madre... ¿Habéis visto el retrato de mi familia que hizo don Francisco de Goya? Muchos opinan que mis hermanos pequeños se parecen a vuestro tío. Algunos lo achacan con ironía a que la influencia de Godoy llega a todas partes, pero otros dicen que vuestro tío se metió alguna que otra vez en la cama de mi madre. ¿Y usted, conde, qué opina de todo ello?

—Que quien afirma eso calumnia a mi reina, alteza, y que miente.

El príncipe de Asturias sonrió. Sus ojos denotaban ambición sin límites y su rictus era el de un hombre cruel y sin escrúpulos, capaz de vender a su madre al mismísimo diablo con tal de lograr sus propósitos. Si la amoralidad tuviera un rostro humano, ése sería sin duda el del príncipe de Asturias. Se le veía impaciente por alcanzar el trono, y no dudaría en calumniar, mentir y traicionar a quien hiciera falta y cuantas veces fuera necesario para alzar sobre su cabeza la corona del reino de España.

Faria había tenido en más de una ocasión la tentación de saltar sobre el cuello de Carlos IV y estrangularlo a causa de su desgana por los asuntos de Estado y por estar más pendiente de cazar perdices o de lijar sillas que de gobernar el país, pero a la vista de los oscuros ojos del príncipe, que rezumaban envidia, odio y traición, compadeció a los españoles si alguna vez tenían la desgracia de caer en manos de aquel individuo.

—Me alegra que defienda a mi madre, conde, hasta las arpías fueron creadas por Dios y les dio un lugar en la tierra, pero no en los palacios reales, sino en los pedregales y en las cuevas, que es su sitio natural. Y en cuanto a la propuesta de vuestro tío..., déjeme que le diga una cosa, y transmítasela así a Godoy: ni aunque me ofreciera todo el imperio inglés embalado en una caja de oro lo admitiría a mi lado. Ese hombre ha intentado humillarme cuantas veces ha tenido ocasión para hacerlo; yo soy el heredero legítimo a la corona de España y el Choricero no es sino un advenedizo soldado de fortuna que tuvo la suerte de que una reina inane se encaprichara de él.

»Yo lo maldigo y le deseo que se pudra cuanto antes en el infierno, que es donde por sus pecados le corresponde estar.

—Pero alteza, los franceses están acantonados a las puertas de Madrid, debemos estar todos unidos, o en caso contrario sólo gobernaréis un reino de cadáveres y de muerte, o un recuerdo imposible.

—Mejor gobernar un cementerio o una quimera que tener como primer secretario a esa víbora. ¡Cómo puedo confiar en alguien que es capaz de vender a quien lo ha colocado en su puesto para mantenerse en el mismo con una traición!

»El pueblo me desea, me aclama, quiere que yo sea su rey, y odia a Godoy y a mi... a la reina. Godoy es el culpable de las penurias que atraviesan los españoles, y dice usted que lo ratifique en su puesto a cambio de que me reconozca como rey...

Sepa, señor conde, que si en mi futuro gobierno apareciera su tío como jefe del mismo, yo sería tan odiado por mi pueblo como lo es él. Dígame que su única salida es el exilio y su único capital su propia vida. En cuanto a usted, conde, podrá quedarse aquí en Madrid, me he comprometido a mantener en sus puestos a todos los oficiales del ejército que me juren fidelidad; en caso contrario puede ir preparándose para acompañar a su tío al exilio, porque si no me jura lealtad, no le auguro un final feliz. Ya me entiende. Usted pertenece a una de las familias más nobles de Extremadura, y por lo que sé, todavía no existe un heredero al condado de Castuera. Si usted traicionara a su soberano, perdería su puesto, sus cargos y su título, que pasarían a la corona. Piénselo, conde, piénselo bien y pronto.

Faria salió de su entrevista con el príncipe de Asturias tan confuso como un preso al que hubieran liberado sin previo aviso, a la luz del mediodía y en medio del paseo del Prado un soleado domingo de junio tras haber permanecido en una celda aislada de los sótanos de la cárcel de la Inquisición durante diez años.

Godoy esperaba ansioso el regreso de Faria; de la respuesta del príncipe Fernando dependía su futuro. El jefe del gobierno de Carlos IV sabía que el pueblo estaba contra él, que era considerado el culpable de todos los males del país y que en esas condiciones sólo un nuevo rey de España podía rehabilitarlo a los ojos de la gente. Mientras esperaba a Faria pensó que tal vez pudiera desviar las críticas que recaían sobre su persona hacia el rey Carlos IV y la reina María Luisa. Sí, sería fácil convencer al pueblo de que el rey don Carlos había abandonado sus tareas de gobierno y de jefe del Estado para dedicarse a la caza, a la pesca y a la marquetaría.

Faria llegó a Buenavista, donde Godoy le esperaba hecho un mar de dudas y de impaciencia.

—¿Qué ha ocurrido, qué te ha dicho el príncipe? —le espetó enseguida.

—No acepta el trato.

—¡Qué! —Godoy estaba lívido.

—Se negó a cualquier propuesta de su parte, tío. Me ha dicho que, ejem... —carraspeó Faria—, que o exilio o... muerte.

—¡Maldito bastardo! —El semblante de Godoy mudó por completo.

—Su situación es muy delicada, tío. El rey y la reina siguen ajenos a cuanto ocurre a su alrededor, no se dan cuenta de que la mayoría de los cortesanos apoyan a su hijo Fernando. Hace meses que los partidarios del príncipe de Asturias están tramando una revuelta, ahora con más indicios de éxito que la anterior, y el perdón del rey a su hijo los ha animado a seguir.

—Pero todavía tengo amigos poderosos, no me pueden dejar solo, soy el jefe de este gobierno... Los reyes están de mi parte, y la guardia de corps, y los guardias reales, y el Consejo de Estado, y el ejército...

—Don Fernando ha prometido que mantendrá en sus puestos a los que le juren

fidelidad como rey, aunque hasta ahora le hayan apoyado a usted.

—¿Te lo ha prometido a ti? —le preguntó Godoy.

—Hoy mismo, durante mi entrevista con él.

—¿Y qué vas a hacer?

—Jamás estaré a las órdenes de un pataco cejijunto como el príncipe de Asturias; si algún día llega a ser rey, su monarquía será una desgracia para España.

—¡Una boda! —exclamó de pronto Godoy.

—¿Cómo dice, tío?

—Una boda, claro. Ahí puede estar mi salvación. El príncipe de Asturias sigue viudo y sin heredero; su madre la reina propuso a la hija del rey de Portugal, pero esa candidata cayó en desgracia cuando firmamos con Napoleón el tratado de Fontainebleau para repartimos ese reino. Mi cuñada María Luisa de Borbón y Parma hubiera sido una extraordinaria reina, pero las calumnias de Escoiquiz no lo hicieron posible. Nos sigue quedando la opción de una princesa de la familia del emperador Napoleón. Sí, una princesa imperial de Francia sería la esposa ideal para el futuro Fernando VII, y en ese acuerdo se contemplaría mi continuidad como jefe de gobierno. Napoleón me apoyará, sé que me apoyará.

Napoleón fascinaba a los gobernantes españoles y a los propios monarcas. Muerta la princesa María Antonia, la única que de toda la familia real española se había opuesto al emperador, no había nadie que no estuviera de acuerdo en contemplar a Francia como a la principal aliada de España, y Bonaparte estaba considerado como el soberano ejemplar.

Sólo Godoy mantenía sus reticencias sobre los planes de Napoleón, pero cometió la imprudencia de comentar con alguno de sus ministros esa prevención hacia el emperador, y éste no tardó en enterarse de que Godoy no era precisamente su más leal apoyo entre los españoles. Con la totalidad del pueblo en su contra, con los reyes Carlos IV y María Luisa recluidos en los palacios de los Reales Sitios y ajenos a cuanto estaba pasando y con la animadversión y la inquina del príncipe heredero, Godoy estaba perdido. Sólo un milagro podía salvarlo, pero para que eso ocurriera tenían que suceder muchas cosas: la derrota de Napoleón por Inglaterra, la retirada de las tropas francesas de España, la caída en desgracia del príncipe Fernando, un vuelco en la opinión pública..., en fin, un verdadero milagro.

—¿Has pensado en que esta situación dura ya demasiado tiempo? A mí no me importa, pero mi padre está poniéndose un poco pesado. Es un tanto antiguo y dice que por Madrid circulan ya extraños rumores sobre nuestra relación. Esta misma mañana me ha preguntado por ti y por tus intenciones.

—¿Te refieres a... una boda, a nuestra boda?

Francisco de Faria y Teresa de Prada acababan de hacer el amor. Era una fresca

tarde de principios de marzo. La muchacha acariciaba el pecho de su amante, que miraba al techo relajado.

—Sí, claro, ¿qué esperabas de mi padre? Tengo edad suficiente para haber sido madre un par de veces al menos.

—No lo había pensado. No sé, tal vez sea lo más lógico —dijo Faria.

Teresa lo atraía, pero Faria jamás había pensado que pudiera convertirse en su esposa. Lo cierto es que sólo en una ocasión se imaginó casado, aquellos días en Cádiz con Cayetana, poco antes de la batalla de Trafalgar, cuando se amaban en la habitación de la posada entre rumores de olas y aromas de azahar, cuando no parecía existir otra cosa que el pelo negro, espeso y rizado de su amante, cuando el mundo estaba abierto a todas las esperanzas y a las más profundas ilusiones.

—Si te parece, hablaré con mi padre. Podríamos fijar la boda para dentro de tres o cuatro meses, en verano. Nos casaremos en la iglesia de la Santa Cruz y luego iremos una temporada a Castuera, a conocer tu hacienda y tu casa solariega. Quizá desees que tu hijo y heredero sea engendrado allí.

—¿Casarnos..., cuatro meses..., tan pronto? —balbució Faria.

—Mi padre está dispuesto a entregar por mí una dote muy generosa. Y además, a esta casa le hacen falta muchas reformas: pintar la fachada, barnizar puertas y ventanas, cambiar muebles, cortinas... y algunos niños.

—Me coges por sorpresa, no imaginé que...

—Soy una mujer.

Teresa volvió a acariciar el miembro viril de Faria dispuesta a recibir una nueva acometida del conde, pero el teniente coronel, que estaba intentando imaginar su vida al lado de aquella mujer, no podía impedir que entre sus pensamientos se colara entonces el rostro dulce y enamorado de Cayetana y el aroma, y la luz de aquella habitación en la posada de Cádiz.

Capítulo VI

1

Como el agua cayendo por una catarata, así había corrido la noticia por Madrid: los franceses estaban a punto de entrar en la capital del reino de España. Se comentaban todo tipo de rumores, pero la mayoría coincidía en que Godoy estaba confabulado con Napoleón y que había vendido la nación a los franceses. Alguien dijo que el gobierno estaba preparando su huida y la de los reyes hacia Andalucía. Clamaron algunas voces que acusaban al Choricero de cobarde y traidor, y la indignación contra el príncipe de la Paz se fue extendiendo por toda la ciudad.

Godoy se había trasladado a Aranjuez, a una casa que poseía cerca del palacio real. Faria lo había escoltado desde Madrid al frente de una compañía de guardias de corps. Circulaban rumores de que ciertos tumultos se estaban formando por Madrid, y se temía que acabaran por concretarse en una gran revuelta.

La tarde del diecisiete de marzo de 1808, poco después de las siete, Godoy, que había pasado la tarde en palacio con los reyes, se dirigió a su casa de Aranjuez. Tranquilo porque la situación parecía en calma, iba solo, sin escolta, en su coche de caballos. Un grupo de gente que se había concentrado en la plaza de palacio lo identificó y detuvo el carruaje cerca de la puerta de la casa de Godoy. Aquellas gentes estaban muy exaltadas. Unos decían que lo mejor sería matarlo allí mismo y hacerlo rápido, antes de que acudieran en su ayuda los guardias de corps, en tanto otros proponían arrastrarlo atado a la silla de un caballo por las calles de Aranjuez hasta que se desangrara vivo.

Por fortuna para Godoy, apareció por allí el embajador de Francia, que, informado de que se estaban formando grupos de revoltosos, se había puesto de camino hacia la casa de Godoy para entrevistarse con el príncipe de la Paz. El embajador, alarmado ante la situación, se subió a lo alto de su calesa y pidió tranquilidad al grupo que estaba comenzando a zarandear el carruaje del valido de Carlos IV. El embajador Beaumarnais intentó convencer a los revoltosos de las bondades de Godoy y les prometió que las intenciones del ejército francés no eran las de conquistar España, sino ocupar Portugal para repartirse ese país. Aludió a los estrechos lazos de amistad que unían a las dos naciones y cómo el enemigo común era Inglaterra, a la que culpó de la grave situación por la que estaba pasando España debido a la interrupción del comercio con América tras la batalla de Trafalgar. Pidió a los amotinados que no olvidaran la derrota sufrida a mano de los navíos de Nelson, y con falsas proclamas patrióticas los animó a que confiaran en Napoleón, en Godoy y en la amistad y la alianza entre sus dos naciones.

Beaumarnais logró apaciguar los ánimos, que acabaron del todo enfriados cuando apareció el teniente coronel Faria al frente de un escuadrón de guardias de corps a caballo que llegaba desde el cuartel alertado por unos lacayos que habían contemplado cómo un grupo de gente detenía y zarandeaba el carruaje de Godoy.

—¡Váyanse a casa, vuelvan todos ustedes a sus casas! —gritó Faria agitando su sable amenazador.

—Ya os dije que deberíamos haberlo matado cuando tuvimos oportunidad de hacerlo —se lamentó uno de los amotinados, mientras Godoy y el embajador de Francia eran sacados de allí escoltados por dos docenas de guardias de corps vestidos con uniforme de húsares.

—Maldito Choricero —gritó otro de los amotinados.

—¡Váyanse o me veré obligado a emplear la fuerza! —repitió Faria con voz firme y contundente.

A una indicación del conde de Castuera, los guardias que habían quedado a su lado desenvainaron los sables y los blandieron al aire. Aquella demostración impresionó a los revoltosos, que acallaron sus gritos y comenzaron a dispersarse.

Faria ordenó a sus hombres que mantuvieran la vigilancia y entró en casa en busca de Godoy.

—Han estado a punto de lincharme. Gracias a usted, embajador, y a ti, sobrino, estoy vivo.

—¿Pero cómo se le ha ocurrido salir solo por ahí, excelencia? —le preguntó Faria.

—Era la mejor manera de enterarme de lo que estaba pasando; creí que sin escolta nadie me reconocería.

Godoy mantenía firmemente asida en su mano izquierda la empuñadura de su espada, que dentro de la vaina colgaba del lado izquierdo de su cinturón.

—Los ánimos del populacho están muy alterados, alguien ha dedicado muchos esfuerzos a excitarlos —dijo el embajador.

—Han sido los agentes del príncipe de Asturias. Me odia, hace tiempo que desea acabar conmigo y ha hecho todo lo posible para que fuera así, pero mientras reinen sus padres, sabe que lo tiene muy difícil; por eso creo que ha apostado por una gran revuelta que derribe a don Carlos y lo encumbre a él como rey.

»¿De qué fuerzas disponemos aquí en Aranjuez, Francisco?

—De tres compañías de guardias de corps, excelencia.

—¿Y la guardia real?

—No respondo de lo que vaya a hacer. Sabemos que entre sus oficiales hay muchos seguidores de don Fernando, pero confío en que los altos mandos permanezcan fieles a don Carlos.

—Nuestras fuerzas están a su disposición, excelencia. El mariscal Murat está

apostado a unos pocos kilómetros de Madrid —el embajador francés empleó las nuevas medidas de longitud puestas en uso durante el período revolucionario—, si usted lo desea, el ejército francés entrará en la capital en seis horas para asegurar el orden.

—Gracias de nuevo, embajador, pero es probable que el populacho de la capital viera en ese acto una provocación y fuera peor el remedio.

Poco después de este episodio, un cuantioso grupo de gente se concentró en la plaza de San Antonio de Aranjuez. Alguien había difundido el rumor de que Carlos IV estaba a punto de salir huyendo hacia Andalucía y que Godoy, en connivencia con Napoleón, deseaba proclamarse regente, o quizás incluso rey, o que iba a entregar la corona de España al mismo Napoleón. Grupos de gentes acudían por todas las calles hacia la plaza de San Antonio, e incluso se veían llegar algunos carromatos cargados de personas por el camino de Madrid.

El tumulto y la muchedumbre fue creciendo de tal modo y el alboroto era de tal calibre que la guardia real, temerosa de que la multitud enardecida asaltara el palacio, hizo una salida a caballo. Hubo forcejeos, gritos y algunas carreras hasta que uno de los guardias, acosado por varias personas, sacó su pistola y disparó al aire.

El ruido del disparo enardeció todavía más los ánimos de los amotinados, que se lanzaron contra la guardia real, la desbordaron y corrieron hacia la entrada del palacio. Gritaban muerte a Godoy y clamaban por la entronización del príncipe Fernando como nuevo rey de España.

Un jinete llegó a todo galope a la casa de Godoy en Aranjuez procedente del palacio real. Comenzaba a anochecer y Faria había apostado a su compañía de guardias de corps para proteger el palacio de Buenavista de un previsible asalto de los amotinados, en espera de las noticias que llegaban de Madrid. En el cuerpo de guardia se había servido una cena a base de caldo, carne guisada, bizcochos empapados en vino y chocolate muy líquido, casi aguado.

El jinete traía las últimas novedades de palacio.

—¿Qué ha ocurrido? —le demandó Godoy, que aguardaba expectante en su despacho, junto a Faria, nuevas noticias.

—Ha estallado un gran motín en la plaza de San Antonio. La gente ocupa las calles, grita, son millares... —el jinete tomó aire—. Han irrumpido en palacio sin que nadie les opusiera resistencia y han llegado hasta don Carlos; le han amenazado con terribles desgracias. Piden su abdicación y el cese de todo el gobierno. Creo que hay agentes del príncipe Fernando infiltrados entre la multitud, a la que excitan, arengan y dirigen.

—¿Y el rey, qué ha dicho el rey? —le demandó Godoy.

—Les ha pedido que os dejen marchar en paz, excelencia, pero ante la insistencia

de la multitud en que os depusiera, don Carlos ha dudado. Creo que nunca imaginó que pudiera ocurrir algo semejante: la muchedumbre corriendo por las salas de palacio gritando vivas al príncipe y mueras a... a vuestra excelencia, don Manuel, y a Napoleón. La guardia real se muestra impotente para frenar la revuelta, aunque tampoco hace nada para evitarla.

—¿De qué lado está la guardia real? —preguntó ansioso Godoy.

—Está de parte del príncipe don Fernando.

—¿Y el resto del ejército? —inquirió Faria.

—Los pocos soldados con los que he podido hablar creo que también. Don Fernando sigue prometiendo a los oficiales que le sean fieles que los mantendrá en su empleo y que no habrá represalias contra ellos.

—Estoy perdido —sollozó Godoy, que comenzaba a derrumbarse.

»¿Pero qué mal he hecho yo a este populacho que ahora se levanta contra mí? Me encontré un país sumido en la miseria, con las calles atestadas de vagos y mendigos, y me he esforzado por mejorar nuestra industria y nuestra agricultura, nuestra ciencia y nuestra economía. He fundado hospitales para los enfermos, hospicios para los hijos de los pobres y para los huérfanos, he puesto bajo mi mecenazgo las ciencias, las letras y las artes. Desagradecido, este pueblo es desagradecido y envidioso y no consiente que nadie triunfe con su único esfuerzo.

—Excelencia, estamos a tiempo de reaccionar. Iré a Madrid al cuartel de la guardia de corps y regresaré con todos los efectivos. Somos la mejor unidad del ejército, la más selecta, creo que nos bastaremos para reducir a los amotinados.

Godoy, muy desanimado, con el ánimo hundido, asintió.

Faria cogió su caballo y con seis guardias de escolta salió a todo galope hacia la capital.

Llegó a Madrid de madrugada. En la sede de los guardias de corps, la noticia del motín de Aranjuez ya se conocía. Varios oficiales se habían declarado fieles a don Fernando, y el brigadier jefe se había sumado a ellos.

—Brigadier —le dijo Faria, que nada sabía de su cambio de lealtad—, necesitamos a todos los efectivos posibles para la defensa del gobierno en Aranjuez...

—Entregue el sable, teniente coronel —le replicó tajante.

—¿Cómo dice, señor?

—Que me entregue el sable. Don Carlos va a abdicar en su hijo don Fernando. Godoy será destituido, ya no lo reconocemos como jefe de gobierno.

—Pero... el rey, yo...

—Don Fernando ha prometido que mantendrá en su puesto a los oficiales que le presten juramento de fidelidad. Usted puede hacerlo ante mí, basta con que firme una cédula en la que lo acepte como legítimo rey. Yo ya lo he hecho y todos los oficiales

de la guardia de corps también, salvo los que siguen en Aranjuez; pero los conozco bien y no creo que se niegue ninguno de ellos.

—Yo juré lealtad a su excelencia don Manuel.

—Usted, teniente coronel, juró lealtad a su país y a su rey. Don Fernando será el rey legítimo, el heredero a la corona a la que accederá por la abdicación de su padre. Entrégueme el sable o jure lealtad al príncipe de Asturias como futuro rey.

Faria bajó los brazos, inspiró hondo y le dijo al brigadier:

—Firmaré.

Y lo hizo. Francisco de Faria, conde de Castuera y teniente coronel de la guardia de corps, firmó guardar fidelidad a don Fernando, como rey de España y de las Indias occidentales.

—Y ahora vaya a descansar; en cuanto lo haga volverá a Aranjuez. Es deseo de don Fernando que la vida de Godoy sea respetada.

Faria tenía el cuerpo molido de tanto cabalgar y los músculos de la espalda y de las piernas le dolían espantosamente. Cuando atravesó Madrid camino de su casa, la habitual barahúnda de vendedores ambulantes, aguadores, cigarreras de la Real Fábrica de Tabacos, carboneros, buhoneros y mercachifles que cualquier día atestaban las calles de la villa parecía haberse esfumado y en su lugar contempló a varios grupos de hombres que se arremolinaban conjurados en algunas esquinas y en las plazas.

2

La noticia del motín que había estallado en Aranjuez y la orden de destitución de Godoy como jefe del gobierno, acusado de ser el culpable de todos los males de España, ya se conocía por toda la capital, y el alborozo era general entre la gente. En las calles no había desórdenes, sino mucha alegría, con grupos de personas que comentaban los sucesos y reían, aplaudían y cantaban coplas de alabanza a don Fernando y de escarnio para Godoy «el Choricero».

Faria regresó a Aranjuez y se dirigió a casa de Godoy. La compañía de la guardia de corps que había dejado el día anterior protegiéndola había desaparecido, sólo quedaban media docena de soldados vestidos con casacas azules al mando de un sargento.

—¿Qué ha ocurrido aquí, sargento?, ¿dónde está el resto de la guardia? —le preguntó.

—Se ha marchado, teniente coronel. Lo ordenó un brigadier en nombre de su alteza el príncipe don Fernando.

—¿Y su excelencia don Manuel Godoy?

—No lo sé, señor; a mí me han ordenado que deje marchar a los criados, pero que no permita entrar ni salir a nadie más.

—Pues yo voy a entrar, sargento —dijo Faria.

—Tengo órdenes de un brigadier, teniente coronel.

—¿Y qué va a hacer, dispararme?

—Sólo si no me deja otra salida, señor.

Faria sacó su sable con extrema rapidez y colocó la punta en el cuello del sargento.

—Voy a entrar y usted no sabe nada de esto, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo, teniente coronel, a sus órdenes.

—Bien.

Faria envainó su sable y subió corriendo los peldaños de la escalera principal del gran caserón. Las salas, casi siempre abarrotadas de criados, secretarios o amigos de Godoy, estaban desiertas y silenciosas. Faria gritó preguntando si había alguien, pero sólo oyó el eco de sus palabras. Recorrió los salones, el despacho de Godoy, el gabinete, la biblioteca... pero todo estaba vado. Finalmente, regresó a la puerta.

—No hay nadie, sargento; la casa está vacía. Usted me ha dicho que su excelencia no había salido.

—Mientras yo he estado aquí, no, señor, sólo lo han hecho los criados.

Faria supuso que Godoy se habría escabullido camuflado entre sus sirvientes, tal vez al comprobar que la guardia de corps había mudado su lealtad.

Desorientado, Faria se dirigió hacia el palacio real, y en el camino se cruzó con numerosos grupos de gente que gritaban de alegría alborozados por la noticia de la caída de Godoy y de la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII el Deseado. Se acercó hasta el cuartel de la guardia de corps en Aranjuez y ordenó que le prepararan algo de comer; luego se tumbó un rato. Estaba agotado y el sueño le sobrevino de inmediato.

Sobre las siete de la tarde el sargento mayor Morales lo despertó. Le dijo alarmado que centenares de personas corrían por las calles hacia la casa de Godoy. El conde de Castuera se vistió de nuevo con su uniforme de teniente coronel y salió a la calle. Una gran multitud marchaba como desfilando y cantando coplas, a la vez que agitaba al aire palos, horcas y cuchillos.

Corriendo atropelladamente entre la multitud llegó a la casa de Godoy, delante de cuyas puertas se había congregado una ingente muchedumbre. La guardia del caserón estaba formada por media docena de soldados que se agitaban inquietos ante los amotinados.

Faria llegó hasta la puerta. Los soldados se cuadraron y le preguntaron qué debían hacer.

—Váyanse todos a su acuartelamiento.

—Señor —dijo uno de los soldados—, nos ordenaron que permaneciéramos aquí para proteger a don Manuel Godoy.

—¿Cuánto tiempo hace que están aquí?

—Relevamos a la guardia anterior hace unas tres horas.

—¿Y ha entrado alguien durante este tiempo en este edificio?

—No, señor.

—En ese caso, sigue vacío. Vamos, váyanse antes de que esa gente los arrolle.

Frente a la casa de Godoy la algarada era tremenda. La muchedumbre, al ver que los soldados se retiraban, comenzó a acercarse a la puerta. Tras ciertos instantes de vacilación y desconcierto, los más exaltados la empujaron y entraron como una tromba.

Faria se colocó frente a la casa y pudo ver cómo los amotinados arrojaban por las ventanas todos los objetos que adornaban los ricos salones. Los que se habían quedado fuera porque no había espacio suficiente para que entrara tan gran multitud recogieron los muebles y objetos que caían desde las ventanas, los amontonaron en una gran pira y les prendieron fuego.

La muchedumbre estaba encolerizada porque no había logrado encontrar a Godoy; y suerte tuvo el príncipe de la Paz de que no lo hiciera, pues aquella noche nadie hubiera podido impedir que el hasta entonces todopoderoso jefe de gobierno fuese linchado allí mismo.

Como un reguero de pólvora encendido, el saqueo y la destrucción se extendieron por todo Aranjuez. Algunos grupos se dirigieron a las casas y palacios de varios miembros del gobierno, parientes y allegados de Godoy y también los saquearon. Por todo el Real Sitio se oían gritos de «¡Muera el Choricero!» entre algunos tímidos vivas a Carlos IV y grandes vítores a Fernando VII el Deseado.

Faria regresó a su acuartelamiento con cierto temor, pues él había sido uno de los más directos colaboradores de Godoy y tal vez alguno de los amotinados hubiera tenido la ocurrencia de ir contra él. Se confortó al comprobar que nadie lo buscaba, y al reparar en que durante el motín no había intervenido ni una sola unidad del ejército, ni de los guardias de corps, ni siquiera de la guardia real, el teniente coronel comprendió que el ejército había dejado hacer a la muchedumbre consintiendo semejantes desmanes, que el populacho había sido manipulado por los agentes del príncipe don Fernando y que los habitantes de Aranjuez habían sido utilizados como arietes contra Godoy y contra todo lo que éste significaba. Durante el motín habían estado más protegidas las fábricas y telares que las viviendas de los ministros del Consejo, sospechosamente desatendidas y sin el menor atisbo de defensa.

La madrugada del veinte de marzo, en el palacio real de Aranjuez, Carlos IV renunció al trono y abdicó como rey de España, transmitiendo la corona a su hijo Fernando. Pocas horas después, al tiempo de amanecer, la noticia corría como un torrente desbocado por las calles de Madrid.

Madrid amaneció con la resaca del motín de la noche anterior, que como sucediera en Aranjuez se había cebado en las casas y palacios de los parientes de Godoy, todavía viva en los rescoldos de las hogueras en las que habían ardido los muebles de la casa de Godoy y de algunos de sus ministros y secretarios. El príncipe de la Paz había sido buscado por todas partes, pero seguía sin aparecer. Algunos aseguraban que lo habían visto huir de Aranjuez aprovechando la oscuridad de la noche, otros suponían que se había refugiado en casa de algún amigo o que estaba oculto en secretos pasadizos de algún palacio, e incluso se decía que se había ocultado entre las tropas francesas ubicadas al norte de la ciudad de Madrid.

—¡Nuevo rey, don Fernando es nuestro nuevo rey! —exclamaban apasionados y eufóricos decenas de madrileños, que corrían por las calles gritando vivas a don Fernando VII el Deseado.

Por calles y plazas, cuadrillas de hombres ridículamente vestidos con las ropas del saqueo del día anterior, envueltos con cortinajes a modo de capas y ricas estolas cual turbantes moriscos, tocados con sombreros cargados de plumas y escarapelas, la mayoría con resaca y muchos todavía borrachos, coreaban las consignas de vivas al rey Fernando que los agentes del Deseado se encargaban de agitar con gran eficacia. En algunas plazas se organizaron bailes y desfiles de personas disfrazadas con turbantes, como si se celebrara la fiesta de la mojiganga, y se lanzaron bombas y fuegos de artificio.

Un grupo de exaltados, ebrios de vino y aguardiente, allanaron la iglesia de San Juan de Dios en la plaza de Antón Martín, donde sabían que se guardaba un retrato de Godoy, que sacaron a la calle y pasearon en alzas lanzándole todo tipo de insultos y rompiéndolo a pedradas y cuchilladas.

La guardia real, los guardias de corps y el resto de regimientos de Madrid recibieron órdenes de no intervenir salvo que la muchedumbre intentara asaltar el palacio real y los Reales Sitios y fábricas; hubo una especial protección para la de porcelana del Buen Retiro, donde se elaboraban excelentes piezas gracias al empleo de una fórmula secreta en la mezcla de la pasta de arcilla, pero que se mantuvieran al margen si los edificios asaltados eran las residencias de los miembros del gobierno de Godoy.

Faria no sabía dónde podía estar su pariente, pero si nadie lo había visto salir de su casa de Aranjuez y nadie lo había encontrado dentro, tal vez todavía estuviera escondido en alguna estancia secreta que los asaltantes no habían podido descubrir. En el cuartel de la guardia formó una escolta de cuatro soldados y salió hacia la casa de Godoy.

Cuando entró en ella pudo ver los destrozos causados la noche anterior por la turbamulta enfurecida. No quedaba un solo mueble entero, las cortinas y tapices habían sido arrancados de cuajo, la mayoría de las lámparas rotas a bastonazos,

algunos cuadros estaban rasgados con cuchillos, otros habían desaparecido y un retrato pintado por Goya del rey Carlos IV tocando un violín estaba desgarrado en dos pedazos y clavado en la baranda de la escalera principal. A otra escala de destrucción, por supuesto, pero aquello le recordó a Faria la batalla de Trafalgar.

Varios hombres armados aparecieron de pronto por uno de los pasillos; los dos grupos se pusieron en prevención y estuvieron a punto de dispararse.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Faria.

—Soldados del rey, miembros de la guardia real. ¿Y vosotros?

—Guardias de corps.

Por un instante la situación fue muy tensa, algunos de los guardias de corps se habían echado el fusil al hombro y apuntaban a los guardias reales al otro lado del pasillo, quienes habían hecho lo mismo, aguardando tan sólo la orden de disparar.

—¿Quién manda ese destacamento? —volvió a preguntar Faria, que se había parapetado en un umbral del pasillo.

—El teniente Márquez, del regimiento de Saboya, cotí destino en la guardia real.

Entre la penumbra y la luz que se colaba por los balcones entreabiertos, Faria distinguió los uniformes de los guardias reales.

—¡Bajad las armas! —ordenó el conde de Castuera a sus hombres—. Teniente, soy el teniente coronel Francisco de Faria de la guardia de corps, ordene a sus hombres que bajen sus fusiles.

El teniente obedeció a Faria.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —les demandó Faria, acercándose a través del pasillo.

—Hemos cogido preso al Choricero.

—¿Es eso cierto? —demandó Faria.

—Traedlo —ordenó a sus hombres el teniente.

Al final del pasillo, en un recodo, aparecieron dos soldados que sostenían sujeto por los brazos al príncipe de la Paz.

—¿Dónde lo han apresado?

—Estaba oculto en una buhardilla, bajo el tejado de esta casona, enrollado dentro de una alfombra detrás de unas esteras. Tenemos orden del rey Fernando de revisar palmo a palmo este edificio y uno de mis hombres ha dado con él. Lo ha encontrado cuando salía de su escondite, tal vez en busca de agua y comida.

Faria se acercó a Godoy. El hasta hada dos días hombre más poderoso de España estaba sucio y desaliñado, con cara de hambre, sed y frío. Tenía los ojos apagados, habían perdido el brillo que tanto seducía a las mujeres, y su mirada vagaba errática de un sitio a otro.

—¿Está bien, excelencia? —le preguntó Faria.

—¿Eres tú, Francisco?, ¿has venido a rescatarme?

—Tenemos que irnos, teniente coronel —intervino el teniente.

—¿Adónde lo lleva?

—Ala prisión. Pero no se preocupe, señor, tenemos órdenes de los reyes de proteger la vida de don Manuel. Don Carlos se lo ha pedido expresamente a don Fernando.

—¿Me vas a rescatar, Francisco, me vas a rescatar? —siguió preguntando en vano un desconcertado Godoy al alejarse entre los guardias reales.

Al salir a la calle, un grupo de personas que se mantenía expectante cerca de la residencia identificó a Godoy y se acercó hasta él, increpándolo y pinchándole con agujas y golpeándole piernas y brazos con palos. Los escasos guardias reales que lo acompañaban no podían contener a tanta gente y estaban siendo desbordados. Godoy estaba a punto ser linchado en plena calle cuando apareció una compañía de guardias de corps. La mandaba un capitán y tenía órdenes directas de don Fernando VII de proteger la vida de Godoy y de conducirlo sano y salvo a prisión. Los revoltosos no estaban dispuestos a soltar a su presa pero no tuvieron más remedio que hacerlo cuando apareció Faria con sus cuatro soldados y al frente de los guardias de corps ordenó que prepararan sus fusiles. El capitán, al ver la contundente resolución de su teniente coronel, ordenó a los guardias que estuvieran listos para disparar si fuera necesario. A la vista de los cañones de los fusiles apuntando a sus rostros, los revoltosos soltaron a Godoy de muy mala gana y se dispersaron entre juramentos y maldiciones.

Con mucho tino, una vez lograda la destitución y detención de Godoy, la abdicación de Carlos IV, quien apareció en el balcón principal del palacio de Aranjuez para anunciar su renuncia al trono, y el reconocimiento de Fernando VII como nuevo rey, los agentes de don Fernando comenzaron a tranquilizar a la multitud y poco a poco, a lo largo de la tarde, la situación en Aranjuez y en Madrid se fue aplacando.

Una sensación de calma y tensa espera se apoderó de las calles de ambas ciudades.

3

Fernando VII, proclamado rey tras la abdicación de Carlos IV, realizó numerosos cambios en el gobierno, pero mantuvo en algunos puestos a miembros del anterior, incluso a parientes de Godoy, como el ministro Ceballos, a quien ratificó en su puesto de secretario de Estado. El duque del Infantado, de regreso del exilio, fue nombrado coronel de la guardia real y presidente del Consejo de Castilla, y el clérigo Escoiquiz, que había sido confinado por orden de Godoy en el monasterio de Tardón, fue llamado a la corte en Aranjuez. Algunos intelectuales que habían sido perseguidos y encarcelados, como Jovellanos, alcanzaron la libertad. Godoy fue

encarcelado en el castillo de Villaviciosa y todos sus bienes fueron confiscados.

Faria se trasladó a Madrid con las dos compañías de guardias de corps y le confesó a Moratín que se temía lo peor. Durante dos días apenas se atrevió a salir de su casa, esperando el momento en que una escuadra de guardias fuera a buscarlo para llevarlo preso, pero logró conservar su libertad y su posición merced al juramento de acatamiento al nuevo rey que había firmado ante el brigadier de la guardia de corps. Faria recibió un despacho urgente: el brigadier le ordenaba que se presentara de inmediato en su puesto y se pusiera al frente de su regimiento. Faria supuso que se trataba de una trampa; sin embargo, no podía hacer otra cosa. Se dirigió al cuartel resignado a ser apresado de inmediato, pero su sorpresa fue enorme cuando comprobó que no había prevista ninguna represalia contra él y que don Fernando había cumplido su palabra de mantener en su empleo a quienes se pusieran de su lado.

En los primeros días las disposiciones que fue dictando y proclamando Fernando VII fueron bastante proclives a las posiciones liberales, pero en cuanto llegó a Aranjuez el clérigo Escoiquiz, a quien se le impuso la gran cruz de Carlos III y se le otorgó un puesto en el Consejo de Estado, las cosas cambiaron por completo.

Escoiquiz y el duque del Infantado mantenían a Fernando VII prácticamente secuestrado, apenas le permitían salir del palacio real de Aranjuez, le filtraban y censuraban la información y seleccionaban con sumo cuidado todas las visitas del nuevo rey. Escoiquiz era un canónigo intrigante, astuto como pocos, servil para con Fernando VII y falto por completo de escrúpulos.

En tanto todo esto sucedía en Aranjuez y los recién nombrados consejeros de Fernando VII debatían sobre qué hacer con respecto a los sesenta mil soldados franceses acampados a las afueras de Madrid, el mariscal Murat, que había aguardado paciente el desenlace del motín, dio orden a sus divisiones de entrar en Madrid un día antes de que lo hiciera el propio rey Fernando. El ejército de Napoleón entró en la capital de la corte haciendo alarde, en un impresionante desfile, de poder y fuerza. Escuadrones de caballería de húsares y lanceros cubiertos con chacos y morriones, regimientos de artillería con pesados cañones de campaña sobre arzones tirados por reatas de mulas, compañías de fieros mamelucos armados con alfanjes curvos, tocados con turbantes y vestidos con uniformes morunos desfilaron orgullosos y desafiantes por las calles de Madrid el día veintitrés de marzo. Fernando VII había dejado su suerte en las manos de Napoleón.

Faria recibió orden de preparar a un batallón de guardias de corps para escoltar a Fernando VII, cuya entrada en Madrid se estaba preparando para el día veinticuatro. Los agentes del nuevo rey, alentados por Escoiquiz, incitaban a la población a que acudiera en masa a recibir al nuevo rey, a quien seguían llamando el Deseado.

Teresa de Prada yacía desmadejada y lasciva sobre la cama. Contemplaba a Francisco de Faria mientras se vestía con su uniforme de gala de teniente coronel para recibir a Fernando VII en su entrada triunfal en Madrid.

—¿Tienes que irte tan pronto? —le preguntó, mimosa, abriendo sus piernas desnudas y mostrando su sexo rosado y casi lampiño.

—Sí. Debo estar al frente de mi regimiento dentro de una hora. Hoy llega a Madrid el rey don Fernando y tenemos orden de protegerlo.

—Para eso están los soldados franceses —ironizó Teresa.

—Ayer entró el mariscal Murat al frente del ejército francés; lo ha hecho antes que el propio don Fernando, pero los franceses están al margen de esto.

—¿Al margen?, pero si han ocupado todos los cuarteles de la ciudad.

—Espero que sea por poco tiempo.

—Nunca se irán —afirmó rotunda Teresa.

—¿Eso crees?

—Conocí a Napoleón en París. Es el ser más ambicioso que puedas imaginar; cuando captura una presa no la suelta jamás. Te lo digo por experiencia propia.

—¿A qué te refieres? —se sorprendió Faria.

—Me has entendido bien.

—No, no te entiendo. ¿Te has acostado con él?

—Como amante no es gran cosa, pero quiere todo para él. Está convencido de que su misión en la historia es lograr que Francia se convierta en el mayor imperio que el mundo haya conocido; se cree una especie de nuevo Alejandro de Grecia o César de Roma reencarnado, pero es como un lobo de cacería; una vez clavadas sus fauces sobre el cuello de una presa, no la soltará hasta que ésta se rinda... o muera.

Faria se calzó las botas y se acercó a la cama; besó a Teresa y ésta le mordisqueó el labio con fruición.

—Parece que tienes hambre —ironizó Faria—, diré a los criados que te traigan algo de comer.

El conde de Castuera se colocó el gorro y salió de su casa camino del cuartel.

Cuando llegó, tres compañías de guardias de corps se estaban formando, con sus oficiales al frente, esperando a que el brigadier pasara revista.

—El rey entrará por la puerta de Atocha, ordene a sus oficiales que tengan controladas las calles adyacentes, que mantengan los ojos bien abiertos y que vigilen cualquier indicio de tumulto por parte de la población. El rey viene desde Aranjuez en una carroza, pero poco antes de entrar en Madrid montará a lomos de un caballo blanco.

Faria se sorprendió al ver la enorme cantidad de gente que se había arremolinado en torno a la puerta de Atocha y al camino de Vallecas; allí había agolpados desde poco después del amanecer varios miles de madrileños que aguardaban pacientes a su

nuevo rey. Faria ordenó a sus hombres que desenvainaran sus espadas y obligaran a retroceder a la gente hasta abrir un pasillo de al menos ocho pasos de ancho por el cual pudiera entrar Fernando VII en Madrid. Los guardias de corps, a lomos de sus caballos de altas grupas, fueron empujando al gentío, amenazándolo con sus sables de caballería para que se echaran hacia atrás y dejaran paso libre.

—¡Atrás, atrás!, abran paso —gritaba Faria dirigiendo a las tres compañías que tenía a su mando.

Varios jinetes se presentaron a todo galope ante la puerta de Atocha.

—¿Quién manda estas tropas? —demandó uno de ellos.

—Yo las mando.

El jinete que había preguntado, un capitán de la guardia real, se cuadró a la vista de los entorchados de teniente coronel de Faria.

—Teniente coronel, el rey está a media hora de aquí; me envía mi general para que compruebe que está todo bajo control.

—Ya lo ve usted mismo capitán. Doscientos guardias de corps, trescientos guardias reales y medio millar de soldados garantizan la seguridad del rey. Un muro de caballos, soldados y espadas lo protegerá desde que entre por esta puerta hasta que llegue al palacio real.

El capitán dio el visto bueno y regresó con su destacamento para cubrir los últimos pasos de Fernando VII. Las autoridades de Madrid, con el corregidor al frente, acababan de llegar a la puerta de Atocha y fueron formando a los lados del pasillo que habían abierto los guardias a caballo.

Tras casi una hora de espera, la comitiva real apareció en el recodo del camino de Vallecas. La encabezaba Fernando VII el Deseado y estaba formada por dos centenares de soldados de la guardia real, unas decenas de lacayos y criados y varios consejeros y secretarios.

Sobre un caballo blanco de largas crines y rizada cola, Fernando VII llegó a Madrid a media mañana. Vestía casaca y gorro azules con ribetes dorados. La puerta de Atocha y el paseo del Prado se habían engalanado con guirnaldas de yedra, cartones pintados y ramos de flores.

En cuanto vieron aparecer al joven rey, los madrileños comenzaron a agitar los pañuelos y los sombreros, gritando vivas a don Fernando y aullando como auténticos enloquecidos, como si aquel personaje lejano y frío encarnara todos los remedios de los males patrios; algunos incluso lloraban de emoción y rezaban al cielo dándole gracias por haberles permitido presenciar la llegada del nuevo rey. Estaban tan contentos y mostraban tal regocijo que cualquier espectador ajeno a lo que estaba sucediendo hubiera creído que estaba presenciando la entrada de un rey mago cargado de espléndidos regalos para todos.

Los jinetes de la guardia se afanaban por mantener a punta de sable a los

madrileños a una distancia prudencial del rey, y formaban un cordón protector a su alrededor para evitar que la enfervorecida multitud se acercara demasiado y llegara a poner en peligro la integridad del monarca.

Faria no comprendía a aquellas gentes. Sabía por su entrevista con don Fernando y por los informes que de él había recogido que era un hombre ambicioso y calculador, que poseía algunas cualidades, pero que sus defectos eran tantos y tan graves que no reunía la menor condición para ser un buen rey; claro que si su padre lo había sido, hasta el mayor imbécil del reino podía ejercer como monarca de España sin la menor dificultad. Pero don Fernando unía a su falta de lealtad, a su soberbia y a su ambición una cobardía extrema, una endeblez moral considerable y una absoluta falta de escrúpulos. Carecía de las mínimas virtudes que debían acompañar a un buen monarca y poseía todos los vicios de un hombre mezquino y ruin. En su afán por convertirse en rey cuanto antes, no había dudado en traicionar a su padre, en conspirar contra la corona y en calumniar y difamar a su propia madre la reina; era uno de esos tipos taimados y amorales que venderían su alma al mismísimo demonio con tal de lograr los objetivos que se proponen.

«Y a este cretino llaman “el Deseado”», pensó Faria mientras tiraba de las riendas de su caballo y se abría paso entre una multitud que seguía gritando y clamando vítores a su rey.

Seis horas, nada menos que seis horas tardó la comitiva real en cubrir los apenas dos kilómetros, milla y media o poco más de dos mil varas castellanas en las viejas medidas, desde la puerta de Atocha por la calle de Atocha, la plaza Mayor y la calle de San Juan hasta el palacio real. Nadie lo dijo, pero quienes presenciaron las dos entradas en apenas veinticuatro horas pudieron cotejarlas y deducir que la de don Fernando había sido poco más que un desfile de niños fámulos de un colegio de las Escuelas Pías, comparado con el enorme despliegue de poderío del ejército francés.

La noticia de la abdicación de Carlos IV en la persona de su hijo se conoció en París el veintisiete de marzo. Napoleón, al conocer la situación en España, se frotó las manos. Ese mismo día estalló en Madrid la primera gran trifulca entre franceses y españoles. Fue en la plaza de la Cebada; un soldado francés se mofó del rey Fernando en una taberna, y varios madrileños se lanzaron a por él. Soldados franceses y civiles madrileños se enzarzaron en una pelea que sólo la intervención de una compañía de la guardia de corps y varias escuadras de la policía militar francesa pudieron sofocar.

En Madrid, con Fernando VII recluido en el palacio real, corrían todo tipo de rumores. Se decía que los franceses no habían mostrado acatamiento al nuevo rey y que cuando se cruzaban con él o lo visitaban no le mostraban ningún respeto. En las tabernas se comentaba con rabia el hecho de que el rey hubiera entregado a los franceses la espada de Francisco I de Francia, que se conservaba en la Real Armería desde que el emperador Carlos la ganara en 1525 en la batalla de Pavía.

En cambio, algunas medidas del nuevo gobierno fueron acogidas con alegría, como el que se restableciera de nuevo la celebración de las corridas de toros, que se abonaran a los funcionarios y militares el salario atrasado de los últimos seis meses y que en pasquines y carteles el rey anunciara que en los próximos meses se iniciaría la construcción de grandes obras públicas que darían trabajo a los numerosos desempleados que vivían de los escasos ahorros, de las dádivas de los parientes o de la caridad.

El joven rey, todavía viudo desde la muerte de la princesa María Antonia, envió una carta a Napoleón en la que le solicitaba la mano de alguna princesa de la familia imperial para desposarse con ella y convertirla en reina de España.

Faria, que pasaba los días vegetando en el cuartel de la guardia de corps, atento tan sólo a evitar que estallaran reyertas entre los soldados franceses y los civiles madrileños, apenas podía soportar el sometimiento del gobierno español a la voluntad de Napoleón. En una ocasión había tenido ganas de lanzarse sobre el mismísimo Murat. El mariscal jefe de las tropas francesas se paseaba por Madrid con una ostentación ofensiva para los españoles, vestido con un excéntrico uniforme tan repleto de adornos que parecía la encarnación humana de un pavo real. Ante semejante cantidad de agravios, Faria lamentó no tener como aliados a los ingleses, que, aunque eran igual de avarientos que los franceses, al menos no se emperifollaban como los ufanos gabachos.

En los cuarteles y los monasterios donde se instalaron los soldados franceses se desplegó enseguida toda la parafernalia que acompañaba al ejército imperial. Enormes cuadros de Napoleón colgaban en los cuartos de banderas, carteles con proclamas sobre la grandeza del emperador y de su ejército empapelaban paredes y muros, enormes banderas tricolores ondeaban sobre tejados y azoteas. A la vista de los cuadros que mostraban a Napoleón en pie, con la mirada orgullosa y el rostro sereno, con la mano dentro del chaleco, los madrileños comentaban jocosos que esa pose suya tan característica era debido a que le dolía tanto el hígado que ni ante los retratistas podía evitarla.

Abril cubrió el paseo del Prado de flores. Francisco de Faria paseaba con Moratín por el Prado, donde los oficiales franceses eran tan abundantes que no era posible dar dos pasos sin toparse con un grupo de ellos.

—Mírelos, han ocupado nuestro país sin que nadie haya movido un dedo. Y yo me veo obligado a reprimir a los madrileños cuando se produce alguna algarada por causa de la arrogancia insultante de esos gabachos —le comentó Francisco a Moratín.

—Nunca se irán; consideran España como una finca de su propiedad y están ejerciendo los derechos que creen tener sobre ella.

—El rey Fernando desea entrevistarse con Napoleón; corre el rumor de que el

emperador está ya en España o que al menos ha salido de París hacia la frontera.

—Todo esto es indigno, el rey está aguardando a que Bonaparte lo reconozca como tal; ¡si el emperador don Carlos levantara la cabeza! Un emperador francés es quien decide ahora quién es el rey de España. Difícilmente puede caer un país más bajo.

—¿Qué estará pasando por la cabeza de Bonaparte? —se preguntó Faria.

—Mis amigos franceses dicen que Napoleón no puede permitir que España caiga en manos de Inglaterra, y por eso está planeando nombrar a uno de sus hermanos, tal vez a Luis, como nuevo rey de España, pero hay quien asegura que el mariscal Murat desea ser coronado como rey de nuestro país. Algunos mariscales creen que el modelo político europeo debería ser cercano al del imperio de Alejandro Magno; para ellos, Napoleón es el nuevo Alejandro, en tanto sus mariscales serían los generales del macedonio. Son ellos los que lo han acompañado en sus triunfos por toda Europa, creen que es justo reclamar una buena compensación por ello.

—¿Conoce usted a Murat, don Leandro?

—Me lo presentaron hace un par de días. Es un personaje que parece sacado de una de esas obras de teatro que tanto aborrezco. Basta mirar sus ojos altivos y crueles o su cabello rizado y largo, como si fuera una peluca del siglo pasado, sus rasgos orgullosos, su mentón redondeado y sus labios sensuales para entrever que se trata de un hombre enormemente ambicioso y carente de escrúpulos.

—¿Y qué pasará con Carlos IV y con Fernando VII? La gente no admitirá que Bonaparte acabe con la dinastía de los Borbones para colocar a un francés en el trono del palacio de Oriente.

—Olvida usted, Faria, que los Borbones proceden de Francia. Se trata de cambiar una dinastía por otra y eso ya ha ocurrido varias veces en la historia de este país. Hace apenas cien años que llegaron los Borbones desde el extranjero y fueron de inmediato asimilados por los españoles como sus monarcas, ¿por qué no va a suceder lo mismo con los Bonaparte? —reflexionó en voz alta Moratín.

4

Murat, a quien Napoleón había ordenado que repusiera a Carlos IV en El Escorial, escribió una carta a su emperador en la que le señalaba que sólo él podía hacerse cargo del gobierno de España. Le comunicaba que las relaciones entre los dos reyes, padre e hijo, eran muy tensas y que Carlos IV y su esposa María Luisa le estaban suplicando que salvara la vida de Godoy. Murat descalificaba a Fernando VII como rey, y todas sus intenciones iban dirigidas a lograr que el emperador depusiera a los Borbones y lo nombrara rey de España.

Aquellos primeros días de abril todos parecían haberse vuelto locos. Murat esperaba ansioso una respuesta de Napoleón y ya se veía coronado como nuevo rey;

Carlos IV, crecido porque Murat no reconocía como rey a Fernando VII, denunció que su abdicación había sido hecha bajo presión y que por tanto no era válida, por lo que reclamaba de nuevo sus derechos al trono, en tanto Fernando VII reaccionó escribiendo a Napoleón para que lo recibiera y lo ratificara como monarca legítimo. Dos comisiones de españoles y un enviado de Murat viajaron a Francia con las peticiones de los tres aspirantes para que Napoleón hiciera rey a uno de ellos.

Napoleón ya había decidido en aquellos primeros días de abril entregar la corona a su hermano José, pero para dilatar un poco más la cuestión y jugar con la ambigüedad a su favor, envió al hábil general Savary a Madrid con el encargo de que comunicara a Fernando VII que el emperador iba a venir a España enseguida y que vería con muy buenos ojos que el rey de España acudiera a recibirlo a la frontera en Bayona. Murat, que no reconocía como rey a Fernando VII, no recibió ninguna información y mantuvo sus esperanzas de alcanzar el trono.

Al amanecer del día diez de abril de 1808, Fernando VII, rey de España por abdicación de su padre Carlos IV, salió de Madrid rumbo a Bayona al encuentro con Napoleón. Lo acompañaban el propio Savary y todos los miembros de su consejo privado, entre ellos el duque del Infantado, el ministro Ceballos y el clérigo Escoiquiz. Faria había sido nombrado jefe de la guardia de escolta del rey, y como pago a su cambio de lealtad fue ascendido a coronel.

Faria y Teresa de Prada habían pasado la tarde juntos; el coronel había recibido la orden de partir hacia Bayona con la escolta de Fernando VII, y apenas había tenido tiempo para llamar a su amante y despedirse de ella. Tenía la sensación de que tardaría mucho tiempo en volver a verla.

—Cuando regreses, estaré preparada para celebrar nuestra boda; lo que más deseo es que pidas mi mano a mi padre a tu vuelta.

Faria no contestó; se limitó a decirle que hablarían de ello a su regreso.

Se había levantado poco antes de amanecer y vestido con su uniforme de campaña. En el cuartel de la guardia real pasó revista a la compañía que escoltaría a la comitiva real hasta Bayona. Tan sólo había tenido dos días para preparar el viaje, que partiendo de Madrid discurriría por Burgos y Vitoria camino de Bayona. Un poco antes había salido el infante don Carlos con una comitiva para organizar el paso del rey por las distintas ciudades y aldeas del recorrido.

Faria cabalgaba por los soleados páramos del norte de Burgos camino de Vitoria. Fernando VII había ordenado forzar la marcha para llegar cuanto antes a Bayona, porque le habían llegado noticias de que Napoleón estaba ya en Burdeos. Cuando entró en Vitoria, unos espías españoles que regresaban de Francia le aconsejaron que no continuara adelante, pues se habían enterado de que Napoleón no lo quería como rey. Le aconsejaron que huyera cuanto antes, pero Escoiquiz, que estaba presente en la entrevista del rey con los espías, le aconsejó que siguiera adelante con el plan

previsto, convencido de que Napoleón lo ratificaría como rey de España.

Faria cumplía con su trabajo como jefe de escolta, pero la actitud de su rey corriendo hacia Bayona al encuentro de Napoleón le avergonzaba. ¡Qué lejos de aquello quedaban sus sueños juveniles, su idea de la realeza, su infantil imagen de los reyes como caballeros nobles siempre atentos a resolver los problemas de su pueblo y a defender a sus súbditos!

Aquella noche del dieciocho de abril, en Vitoria, donde estaban acantonadas las fuerzas más numerosas del ejército francés, Fernando VII recibió la noticia de que Murat reclamaba para sí el trono de España y que el mariscal francés había llamado a Carlos IV para llegar con él a algún acuerdo.

Todo estaba muy confuso, y Fernando VII, que debatía con sus consejeros qué hacer ante la llamada de Murat a Carlos IV, ordenó a Faria que avisara al general Savary.

Poco después, el enviado personal de Napoleón se presentó ante el rey de España en el palacio donde éste estaba alojado.

—Nos habéis engañado, general. Nos asegurasteis hace irnos días en Madrid que Napoleón estaba de nuestra parte y que nos apoyaría si acudíamos a recibirlo a Bayona. Y nos acaban de informar nuestros agentes que Murat está negociando con nuestro padre a nuestras espaldas.

—Perdonad, majestad, pero Murat tiene orden expresa del emperador de no hacer nada hasta que sea su majestad imperial quien decida en última instancia —dijo Savary.

—Pero me prometió usted...

—Yo os dije que sería para su majestad muy conveniente acudir a Bayona a cumplimentar al emperador y que con ello vos ganaríais muchos enteros ante él. Y creo que es lo que debéis hacer sin demora. Olvidaos de lo que os dicen que hace o deja de hacer Murat, ya sabéis cuántos conspiradores están en estos días profiriendo todo tipo de bulos sobre cualquier cosa que afecte a la corona de España, y dedicaos tan sólo a conseguir que el emperador os ratifique en vuestros derechos al trono de España. Francia necesita aliados leales y fieles, y espero que con vos al frente de vuestra nación los halle.

La situación de Fernando VII era estremecedora. El rey de España había perdido toda su dignidad y se arrastraba suplicante ante un general francés que lo trataba como si estuviera aconsejando a un niño sobre cómo comportarse en público.

—Nosotros deseamos ser fieles amigos de su majestad imperial —balbució Fernando VII.

—Si partís mañana mismo hacia Bayona por el camino de Irún, estaréis en apenas dos días en presencia del emperador. Vos, majestad, dejaos llevar, que él decidirá como siempre en justicia.

En Madrid, donde en ausencia de don Fernando gobernaba una Junta Suprema presidida por su tío el infante don Antonio (el segundo hijo de Carlos III, tan inepto e inútil como ineficaz), Carlos IV y la reina María Luisa continuaban bajo la custodia del ejército francés de Murat. Ambos reales esposos parecían estar viviendo un pesado sueño; no acababan de despertar de una especie de pesadilla que los había llevado en apenas unos días del trono a la abdicación. Sin Godoy a su lado para aconsejarlos, los monarcas no sabían qué hacer ni qué decisiones tomar, pero el que Murat no reconociera a Fernando VII como rey le dio a Carlos IV nuevas esperanzas, y ratificó que revocaba su decisión de abdicar y que se consideraba de nuevo como el rey legítimo de España. La situación de Godoy era peor; seguía en prisión bajo custodia de la guardia real fiel a Fernando VII, pero Carlos IV reclamaba insistentemente a Murat que mediara por su liberación. El mariscal francés consiguió que se suspendiera el proceso que contra el príncipe de la Paz se había incoado.

Los madrileños contemplaban avergonzados cómo el rey Fernando salía hacia Bayona para rogar a Napoleón por sus derechos y como padre e hijo, Carlos IV y Fernando VII, se disputaban arderamente una corona que ninguno de los dos tenía la dignidad suficiente para merecer. Por toda la ciudad corrían rumores contradictorios; se decía que Napoleón había decidido apoyar a Carlos IV, declarar nula su abdicación y reponerlo en el trono. La ira popular excitada por el anuncio de que Godoy no sería procesado y de que había salido libre hacia Bayona, fue en aumento y estallaron algunos incidentes en Madrid, Toledo y Burgos; la tensión comenzaba a incrementarse de tal modo que en todas las ciudades de España parecía que algo estaba a punto de reventar.

Fernando VII cruzó el Bidasoa poco después de amanecer el día veinte de abril. Cuando la comitiva real atravesaba el puente sobre el río que separaba a Francia de España, Francisco de Faria oyó a Escoiquiz pronunciar una serie de latinajos y decir que aquel paso era como el que dos milenios atrás diera Julio César, cuando cruzó el Rubicón camino de Roma. Faria pensó que sólo un imbécil podía hallar elementos de comparación entre esos dos acontecimientos.

Ya en Bayona, la comitiva española se dirigió al castillo de Marrac, un construcción de planta cuadrada con torreones circulares en las esquinas que había sido un fortín en tiempos pasados, pero que ahora se había convertido en un palacete con grandes ventanales que rasgaban los muros de piedra, donde un general francés anunció a Fernando VII que el emperador comería con él ese mismo día.

Durante el almuerzo, Napoleón se mostró amable con Fernando VII, y aunque éste le reclamaba que lo reconociera como rey, el emperador de los franceses se mostraba reservado y cauto, diciendo que había tiempo para decidir y que él, como soberano de Francia, deseaba lo mejor para sus buenos vecinos los españoles.

Acabada la comida, Fernando VII se reunió con sus consejeros y pasaron toda la

tarde debatiendo la situación. El rey de España se mostró esperanzado y no dudó en afirmar que estaba seguro de que Napoleón acabaría reconociéndolo como rey. Algunos consejeros mostraban ciertas reticencias, pues la política que el emperador de Francia había seguido hasta entonces en otros países ocupados, y España lo estaba de hecho por tropas francesas, era la de sustituir a las dinastías reinantes por miembros de la familia Bonaparte.

Durante toda la tarde hubo idas y venidas desde la residencia de Napoleón a la residencia de Fernando VII. Escoiquiz era el más activo y el encargado de llevar el peso de las negociaciones. Esa misma tarde se entrevistó en dos ocasiones con el mismo Napoleón.

Entrada ya la noche, en la delegación española estaban aguardando impacientes una decisión de Bonaparte. Eran poco más de las nueve cuando se presentó el general Savary, el astuto militar que había convencido a Fernando VII para viajar hasta Bayona.

—Buenas noches, majestad —saludó Savary inclinándose levemente ante Fernando VII.

—Me alegro de verlo, Savary. ¿Trae alguna noticia importante?

—Pues sí, majestad, sí. El emperador ya ha decidido.

Fernando VII se turbó como una damisela a la que un buhonero borracho le hubiera propuesto matrimonio.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Savary.

—Por supuesto.

El rey de España, Savary, Escoiquiz y varios consejeros más tomaron asiento en la sala más amplia de la residencia donde se alojaban.

—¿Y bien, general? —le demandó Escoiquiz, pues | el soberano español parecía que había perdido la voz.

Savary carraspeó, puso un semblante serio y circunspecto, se estiró la casaca, se ajustó los puños y dijo:

—Su majestad imperial Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, me ha encargado que os transmita oficialmente que ha decidido... —Savary hizo una pausa para mirar a todos los presentes, que aguardaban expectantes sus palabras—, que ha decidido sustituir a la dinastía de Borbón al frente de los destinos de España.

—¡Pero qué dice usted! —clamó el ministro Ceballos.

—Es una decisión en firme de su majestad imperial. En los próximos días negociaremos las condiciones para la abdicación de su majestad don Fernando. Les ruego que entiendan que es la mejor decisión para los españoles.

Sin dar tiempo a ninguna réplica más, Savary salió de la sala seguido por sus acompañantes.

Esa misma noche, en Madrid, Murat consiguió la custodia del preso más valioso

de España; Godoy ya estaba en manos de los franceses. Y al día siguiente decidió enviar a Bayona a Godoy, a quien acompañaban su hija Carlota y su amante Pepita Tudó, con Carlos IV y con María Luisa, a fin de consumar la decisión de Napoleón. Murat, que sabía de antemano lo que su emperador iba a hacer, creyó que su nombramiento como nuevo rey de España estaba hecho.

Durante los cuatro días siguientes a la comunicación de Savary, y mientras Carlos IV, Godoy y el resto de la segunda comitiva española se dirigían a Bayona, Napoleón se reunió varias veces con el consejero Escoiquiz y con el ministro Ceballos. En una de las conversaciones, Ceballos se opuso con energía a la abdicación de Fernando VII. Napoleón, que siempre permanecía sentado, con la mano dentro de la casaca para mitigar el dolor de su hígado, le respondió con contundencia:

—Señor ministro, no es usted el más indicado para decir eso.

—Yo defiendo a mi país, majestad —dijo Ceballos.

—Usted defiende su puesto.

—Yo soy leal a mi rey, majestad.

Napoleón se levantó, irritado, y gritó:

—¡Usted es un traidor que ha servido a padre e hijo sin otros intereses que defender su cargo de ministro! Ha estado en el gobierno con los dos reyes y le da lo mismo quién ocupe el trono, siempre que usted pueda mantenerse al frente de un ministerio. Estoy seguro de que si yo le ofreciera un puesto en el futuro gobierno de España, aceptaría encantado. Yo a eso lo llamo traición.

Durante dos días se celebraron nuevas reuniones y conversaciones, todas ellas sin éxito.

Los consejeros de Fernando VII se reunieron formalmente en sesión extraordinaria el día veintitrés. A propuesta de Escoiquiz y de Ceballos, se decidió no aceptar la renuncia de Fernando VII y se facultó a que fuera el duque del Infantado quien acudiera ante el emperador a transmitirle dicho acuerdo.

Napoleón respondió ofreciendo un pacto de nueve puntos mediante el cual Fernando VII debería renunciar al trono de España y de América, pero a cambio recibiría el reino de Etruria y podría seguir ostentando la dignidad real. El emperador de Francia se comprometía a mantener la independencia de España con sus colonias americanas, pero instaurando una nueva dinastía cuyo primer monarca sería uno de sus hermanos. Esta propuesta la hizo Napoleón por boca de Champagny, una de las personas de su confianza, pero no iba acompañada de ningún escrito. Aquella nueva propuesta abrió otro debate en el Consejo, pero ante las diversas posturas se acordó pedir a Napoleón que reiterara esa proposición por escrito.

Los delegados españoles esperaron en vano la respuesta de Napoleón, aunque tuvieron tiempo para eliminar al ministro Ceballos de la comisión negociadora, pues el emperador francés se irritaba profundamente tan sólo con la presencia del ministro

en la mesa de negociación. Sucesivamente, el consejero Labrador, el sustituto de Ceballos, y el propio Escoiquiz hicieron sendos esfuerzos por convencer a Napoleón de que cambiara su decisión y cediera para reconocer a Fernando VII como rey legítimo, pero fue en vano.

Un correo anunció a Bonaparte que Carlos IV y Godoy estaban apenas a un día de distancia de Bayona. Napoleón envió entonces un ultimátum a Escoiquiz: le dijo que estaba harto de las dilaciones que pretendían los españoles y le daba seis horas de plazo para recibir la abdicación al trono de España firmada por Fernando VII.

Napoleón también pretendía ganar tiempo; esperaba la llegada de Carlos IV, pues su plan consistía en lograr la abdicación de Fernando VII, la recuperación del trono para Carlos IV y, una vez reinstaurado su reinado, que volviera a abdicar ahora en beneficio de Napoleón. Se haría todo de forma legítima, recurriendo a la legalidad formal como la mejor manera para que cambiara de dinastía la corona de España. Para mantener la tranquilidad en España, había ordenado a Murat que se apoderara de los periódicos y se encargara de utilizar todos los medios para influir en la opinión de los españoles sobre la bondad de la presencia francesa.

5

El día treinta de abril llegaron a Bayona Godoy, Carlos IV, la reina María Luisa y el resto de la familia real. La tarde anterior Escoiquiz se había negado ante Napoleón a admitir la abdicación de Fernando VII. Entonces, el emperador buscó ganarse la voluntad de Carlos IV y le ofreció reinstaurarlo en el trono, declarando su abdicación como no válida.

En Bayona apareció Francisco Domingo Badía, el espía que cuatro años antes Godoy había enviado a Marruecos y que, disfrazado de musulmán y con el nombre ficticio de Alí Bey, hijo de un imaginado príncipe de Abasida, había recorrido el norte de África, Arabia y Siria. Nadie podía creerlo, pero el espía catalán allí estaba, como un verdadero broche a la farsa que en Bayona se estaba escenificando.

Faria se topó con Godoy en uno de los encuentros que miembros de las dos delegaciones españolas celebraron el mismo día treinta.

—Mira a quién tenemos aquí, a mi sobrino, el teniente coronel... ¡vaya!, te han ascendido a coronel —exclamó Godoy al ver los galones de su sobrino—. ¿Quién ha sido, Escoiquiz o el «príncipe» Fernando en persona? —Godoy remarcó la palabra «príncipe», al no querer calificarlo de rey—. No esperaba esto de ti, sobrino, me juraste lealtad, me debes cuanto eres. Si no hubiera sido por mí, ahora estarías muriéndote de asco en tu hacienda, si es que merced a tu filantropía te quedaba todavía algo de ella.

—Soy fiel a mi país...

—No eres más que un maldito traidor y un rufián embustero. ¿Recuerdas?, hace

apenas dos meses me juraste que jamás estarías a las órdenes de un «pataco cejijunto», así llamaste a don Fernando.

—Lo que importa es mi país.

—¿Tu país? Eres un iluso, Francisco, o un hipócrita. En cualquiera de los dos supuestos, te compadezco. Bien, al menos tienes el buen gusto de portar el sable que te regalé —dijo Godoy señalando el arma que pendía del cinturón de Faria.

—¡Napoleón desea que don Carlos recupere el trono de España! —gritó alguien, interrumpiendo la tensa conversación de los dos parientes.

—¡Jamás, Fernando VII no abdicará jamás! —clamó Escoiquiz con contundencia.

—Carlos IV debe recuperar su corona, su abdicación fue impuesta por un acto de fuerza y por tanto no es legítima —intervino otro consejero de Carlos IV.

Y se armó una trifulca entre partidarios de Carlos IV y seguidores de Fernando VII. Los delegados franceses, entre tanto, sonreían, pues creían estar ante el principio del fin de la dinastía Borbón en España.

—Ha logrado lo que pretendía. Napoleón lo ha conseguido. Fíjate, sobrino, en qué nos hemos convertido, en fieras: en lobos que se destrozan por quedarse con el mejor bocado —lamentó Godoy.

Faria contempló apenado los insultos que se intercambiaban los españoles y el odio con que unos y otros se increpaban.

Amaneció el primero de mayo con un viento húmedo del oeste que presagiaba lluvia sobre las costas del Cantábrico. Napoleón acababa de conversar con Escoiquiz el duque del Infantado y Ceballos, que para gracia del emperador se había reintegrado a la comisión negociadora.

—Don Carlos desea recuperar su corona —les anunció el emperador.

—Abdicó en favor de su hijo —intervino Escoiquiz.

—Usted sabe mejor que nadie que esa abdicación fue una farsa —asentó Napoleón.

—No podemos permitir... —quiso intervenir el duque del Infantado.

—Claro que pueden —le cortó tajante Napoleón—. Se trata de restañar un error, de volver a la legitimidad perdida.

—Pero su majestad imperial nos dijo que pretendía acabar con la dinastía de Borbón en España.

—Bueno, si se restaura la legitimidad tal vez no sea necesario.

—¿Estáis diciendo, señor, que con Carlos IV de nuevo al frente del reino, España seguiría...?

—Estoy diciendo que acabéis con la ilegalidad de esta situación, señor Escoiquiz, y juréis de nuevo a don Carlos IV como rey de España.

Escoiquiz se restregó los ojos, inspiró hondo, irguió el cuello y dijo:

—Debo hablar con los demás consejeros; nuestra postura es la de no admitir la renuncia de don Fernando, pero si se trata de que vuelva la corona a las sienes de don Carlos, no sé, tal vez...

—Usted es un hombre ecuánime y sereno —mintió Napoleón—, sé que intentará conseguir lo mejor para su país.

—Reuniré al Consejo de inmediato.

Esa misma tarde Escoiquiz presentó a sus colegas del Consejo Supremo la nueva oferta de Napoleón. No tardaron demasiado tiempo en ponerse de acuerdo en aceptar la oferta del emperador de Francia. Las alarmantes noticias que llegaban de España y la presión de los generales y delegados franceses sobre cada uno de los consejeros estaban siendo insoportables.

Escoiquiz dijo que reconocer a Carlos IV era la única manera de evitar una guerra civil en España, de mantener la dinastía de Borbón y de que las tropas napoleónicas no intervinieran. Ceballos comunicó que la situación en Madrid era muy tensa y un nuevo y virulento motín estaba a punto de estallar. Señaló que la renuncia al trono de Fernando VII y una nueva proclamación de Carlos IV podría alterar los ánimos de tal modo que la revuelta popular fuera muy violenta.

Tras el debate, se decidió aceptar la propuesta de Napoleón, pedir a Fernando VII que renunciara al trono y reconocer a Carlos IV como el legítimo rey, declarando nula de pleno derecho su abdicación. El cambio de rey, ahora en sentido contrario a lo ocurrido tras el motín de Aranjuez, se realizaría en las semanas siguientes en Madrid de manera solemne y ante los tribunales y diputados del reino.

Francisco de Faria estaba avergonzado. Nada, absolutamente nada permanecía en pie de aquellos tiempos gloriosos en que los reyes de España eran dueños y señores del mundo. Carlos IV era un anciano inútil que babeaba ante Napoleón y que renegaba de su hijo, y Fernando VII un indigno egoísta que anteponía sus intereses particulares al bien general de la nación. Todo lo que estaba ocurriendo aquellos días en Bayona no tenía nada que ver con lo que su padre le había enseñado desde niño: que la monarquía era la garantía de continuidad de la patria, que la nobleza estaba en la sangre y en el linaje y que el valor y la honradez eran patrimonio de los hombres nobles.

Cualquier rústico inculto de la aldea más recóndita de las montañas del norte de Extremadura hubiera hecho mejor papel ante Napoleón que aquellos dos reyes sumisos y entregados a la voluntad del emperador de Francia.

—¿Qué ha sido de los grandes hombres de la patria?, ¿qué ha sido de aquellos tiempos en los que el orgullo y la nobleza regían la pauta de comportamiento de los gobernantes? —le preguntaba Faria a Morales, a la vista de los lamentables espectáculos que protagonizaban Carlos IV, Fernando VII y los consejeros ante los ojos serenos y displicentes del emperador de los franceses.

El día dos de mayo Carlos IV, que ya había sido informado de la voluntad del Consejo de reconocerlo como rey, escribió un memorial en el que afirmaba que su abdicación en Aranjuez no era válida, por haber sido hecha a la fuerza, y que por tanto seguía siendo el rey legítimo por el derecho que había recibido de su padre el rey don Carlos III. Carlos IV se negó por tanto a recibir de nuevo el trono de manos de su hijo, a quien no reconocía como rey sino como usurpador, y lo rechazó como heredero al trono. Finalmente anunció la firma de un tratado con Napoleón en el cual le cedía sus derechos históricos al trono de España y de las Indias.

—¡Maldita sea! —exclamó Faria al enterarse de la decisión de Carlos IV—, se han vuelto todos locos. ¡Estúpidos cobardes! Napoleón los ha engañado como a conejos y los ha conducido como obedientes corderos al degolladero.

—¿Qué podemos hacer, coronel? —le preguntó angustiado el sargento mayor Morales.

—Somos soldados y nos debemos a nuestro rey, pero ¿a qué rey? Esta situación es una farsa. Nunca llegué a imaginarlo, pero es probable que en España triunfe una revolución y se instaure una república. Cuando el pueblo español sepa lo que ha pasado aquí, en Bayona, no admitirá ni un segundo más a ninguno de estos dos borricos coronados. Jamás he visto tamaña bajeza moral.

Con Carlos IV sometido a Napoleón, Fernando VII se mantenía firme en su decisión de no renunciar al trono. Sostenía que la abdicación de su padre había sido legal y que no había marcha atrás posible. Durante dos días, Escoiquiz y Ceballos intentaron convencerlo para que renunciara, pero el que Carlos IV reconociera a Napoleón como su heredero le dio fuerzas para mantener su posición.

No obstante, las presiones de Napoleón fueron tremendas. El emperador de los franceses le prometió otros reinos y nuevas tierras, muchas riquezas y ricos señoríos a cambio de aceptar la renuncia al trono de España y la voluntad de su padre.

La noticia llegó a Bayona el día cuatro de mayo a media tarde: «En Madrid, el pueblo se ha alzado en armas; hay cientos de muertos por las calles». Los detalles eran todavía confusos. Se decía que el mariscal Murat había intentado enviar a Francia al infante don Francisco de Paula, uno de los pocos miembros de la familia real que quedaban en España, y el pueblo, enterado de ello, lo había tratado de impedir a la fuerza. A las ocho de la mañana la reina María Luisa de Etruria, hija de Carlos IV, había salido desde el palacio real de Madrid rumbo a Bayona en una calesa. La agitación se había extendido por todas las calles y un maestro cerrajero, al grito de «¡traición!», había desatado la furia de medio centenar de personas que irrumpieron en palacio y buscaron al infante, al cual mostraron desde el balcón de palacio ante el regocijo del pueblo.

El general Lagrange, uno de los ayudantes de campo de Murat, había acudido a

sofocar la revuelta y estuvo a punto de ser linchado por el pueblo si no lo hubiesen defendido unos oficiales de la guardia real. Enterado de esto, Murat envió a un batallón de granaderos para dispersar a la multitud y rescatar al general a cañonazos. La noticia de que los franceses habían disparado contra los españoles en las inmediaciones de palacio se extendió deprisa por Madrid, y miles de madrileños se echaron a las calles clamando contra la ocupación francesa. El alzamiento se extendió en un par de horas por todo Madrid. Se levantaron barricadas y se colocaron piquetes junto a los cuarteles para evitar que las tropas francesas se desplegaran por las calles.

Murat, un hombre cruel y sanguinario, ordenó tomar todas las entradas y salidas de la capital y los puentes, y dio orden de que más de treinta mil hombres acantonados en las cercanías de la ciudad se pusieran en marcha hacia Madrid. Hubo sangrientos enfrentamientos en la Puerta del Sol, en el parque de Monteleón y en otras partes de la ciudad. Murieron hombres, mujeres y niños y también muchos soldados franceses que fueron atacados desde los balcones y desde las azoteas.

Con la promesa de respetar a todos los que habían participado en la revuelta y de restablecer la paz y la seguridad en Madrid, el alzamiento fue sofocado y, aunque en la noche del dos de mayo la Junta Suprema de gobierno, reunida en Madrid en sesión urgente y extraordinaria, debatió sobre la conveniencia de declarar la guerra a Francia, tras un acalorado debate se optó por no hacerlo. Evaluaron las tropas disponibles, que eran muy escasas, y al no disponer de una Armada, desmadejada tras el desastre de Trafalgar, con las tripulaciones deshechas y los barcos sin aparejar y pudriéndose en los puertos, España no podía enfrentarse a Napoleón.

Sólo el alcalde del pueblo de Móstoles, donde llegaron enseguida las noticias del levantamiento de los madrileños, declaró por su cuenta la guerra a Francia.

El sanguinario Murat, pacificados los ánimos, aprovechó la calma de esa misma noche para iniciar una represión terrible. Casa por casa, los soldados franceses capturaron a centenares de hombres que fueron fusilados en las tapias de los conventos; todo aquél que era sorprendido con un arma, aunque se tratara de una simple navaja, fue ejecutado en el acto. Murat convirtió Madrid en una auténtica carnicería.

6

Napoleón había convocado a media mañana a padre e hijo para darles una torcida e interesada versión de lo ocurrido en Madrid tres días antes. Faria acababa de desayunar y estaba preparándose para escoltar a Fernando VII hasta donde estaba citado por el emperador.

—Coronel —le avisó el sargento mayor Morales—, aquí hay una persona que desea verlo.

—¿De quién se trata? —preguntó Faria.

En ese momento, una figura conocida entró en el despacho que Faria ocupaba en uno de los edificios donde estaba hospedada la delegación española.

—¿Eres tú?! —preguntó sorprendido Faria, tan asombrado como si acabara de ver a un fantasma.

—Sí.

—¿Estás... estás bien? —balbució el conde de Castuera.

—Muy bien. Tu dinero me ayudó mucho, con una bolsa llena de oro el exilio es más fácil.

—¿Pero qué haces aquí, cómo has sabido...?

—Tanto tiempo en la cárcel ayuda mucho a aguzar el ingenio.

»Supe que venías con el rey, ¿es el rey don Fernando?, a Bayona, y no puede evitar volver a verte. El sargento Morales me ha...

—¿Ha sido usted, sargento?

—Señor, mi coronel, yo creí...

—Está bien, está bien, retírese ahora.

—A sus órdenes.

Morales dio un taconazo y, tras saludar al coronel Faria y a Cayetana Miranda, salió del despacho.

—Estás igual que...

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Más de dos años.

—A mí me han parecido dos siglos —dijo Cayetana.

Cayetana Miranda estaba tan bella como aquellos días de septiembre de 1805 en Cádiz.

—Dime, ¿qué has hecho? —le preguntó Faria.

—Pues, aparte de pensar en ti todo el tiempo, salí de España por la frontera de Irún y me establecí en San Juan de Luz. Con el dinero que me dio Morales de tu parte alquilé una casita y me puse a trabajar en una posada, sirviendo mesas, guisando potajes...

—Pero si no sabes cocinar.

—He aprendido. A los franceses les encanta la olla podrida, los guisados de carne y los potajes de verduras, y sobre todo los dulces postres de España. ¿Y tú?, ¿qué ha sido estos años de ti?

—Heredé el condado de Castuera tras la muerte de mi padre, compré una casa en Madrid y ascendí a coronel.

—¿Y de aquella mujer? Me dijeron en la prisión que era una condesa y que te ibas a casar con ella.

—Teresa, se llama Teresa y es hija del conde de Prada. He salido con ella varias veces...

—¿Te has casado?

—No, no; ella me lo pidió, su padre y Godoy aprobaban el enlace, pero yo...

—No me digas ahora que no te has casado por pensar en mí.

—Pues sí, es probable que así sea.

Cayetana se acercó unos pasos hasta colocarse justo frente a Faria. Sus rostros estaban tan cercanos que casi se rozaban.

—Te he echado mucho de menos —dijo Cayetana.

Francisco de Faria cogió a la muchacha por la cintura, la estrechó entre sus brazos y la besó larga y profundamente.

—Mi amor, mi amor... —suspiró el joven coronel.

Napoleón esperaba tranquilo a los dos soberanos que se disputaban la corona de España. En el salón central del palacio donde se iba a celebrar la entrevista se había colocado una mesa de patas labradas en madera sobredorada que se cubría con un mantel de terciopelo púrpura. El emperador estaba de pie, de espaldas a un gran balcón que enmarcaban dos enormes cortinas rojas. A ambos lados de la mesa se colocaron Carlos IV, a la derecha de Napoleón, y Fernando VII, a su izquierda. Los dos borbones llevaban la cabeza descubierta y vestían sendas levitas con banda y numerosas e innecesarias condecoraciones. Fernando VII portaba en sus manos la corona real de España, que depositó sobre una almohada en su lado de la mesa. Bonaparte, vestido con uniforme imperial de gala, se tocaba con su famoso gorro de tres picos. En las cuatro esquinas del gran salón, cuatro piquetes de fusileros, cada uno de ellos formado por una docena de soldados y un oficial, custodiaban a los congregados.

El primero que entró fue Fernando VII, delante de sus guardias de escolta dirigidos por Faria, e inmediatamente después lo hizo don Carlos, protegido por una escuadra de dragones franceses y con un andar desganado y altivo a la vez.

Napoleón saludó a ambos, colocó sus manos sobre la mesa y dijo:

—Madrid arde en llamas a causa de vuestras rencillas familiares. Partidarios de uno y otro están alzados en armas, luchan en las calles y se matan entre sí. Esto es lo que habéis logrado con vuestra incapacidad para gobernar España: sangre y muerte. Mi ejército ha tenido que intervenir para evitar una mayor masacre.

Napoleón mentía. Secuestrados como estaban, custodiados por el ejército napoleónico, el emperador había presentado el levantamiento popular en Madrid contra la presencia francesa como una revuelta fratricida entre partidarios de Fernando VII y de Carlos IV. Faria, que había intentado enterarse de lo que estaba pasando en Madrid por otras vías, no creía la versión de Napoleón y estaba seguro de que la causa del levantamiento había sido la presencia asfixiante del ejército francés en las calles de Madrid.

—Tú eres el culpable de lo que ha pasado en Madrid —estalló Carlos IV rojo de ira, amenazando con el dedo a su hijo.

—El único culpable sois sólo vos, un viejo inútil incapaz de regir los destinos del poderoso reino que heredasteis de Carlos III y que junto a vuestro valido Godoy habéis llevado a la ruina —repuso Fernando VII.

—Maldito renegado, hijo desagradecido, traidor. No mereces ni una sola de las gotas de sangre que corren por tus venas —gritó Carlos IV.

—El pueblo quiere que yo sea su rey, soy su Deseado, me aman y a vos os odian y os desprecian.

—Tu ambición desmedida, la traición a tu padre, a tu rey y a tu país han provocado esta desgracia sobre España.

—No os preocupaba otra cosa que la caza, la carpintería y la molicie, ¿qué esperabais de un pueblo a quien su rey desdeña?

—Yo te maldigo y proclamo que ojalá no fueras mi hijo.

—Alguien como vos no merece el nombre de padre —replicó don Fernando.

—Te ordeno que devuelvas esa corona que con tanto descaro usurpas, o en caso contrario serás acusado de felón y perseguido como conspirador —chilló Carlos IV ante la sonrisa artera de Napoleón.

Fernando VII, habituado al carácter de su padre, tranquilo y bonachón, más interesado en la caza que en los asuntos del gobierno del Estado, se sobresaltó al fijar sus ojos en los de su padre; los de Carlos IV brillaban de odio, algo que el Deseado jamás había visto en su progenitor.

—Vuestro padre reniega de vos, vuestros consejeros os han abandonado y vuestra cerrazón ha provocado centenares de muertos en Madrid, ¿qué otros desastres y desgracias esperáis desencadenar? No tenéis otra salida que renunciar a ella, Fernando —terció Napoleón, señalando con su mano a la corona de España que yacía recostada en la almohada sobre la mesa.

Faria encabezaba un piquete de seis guardas apostados en una esquina detrás de Fernando VII. El coronel de la guardia de corps había adoptado una postura displicente, con la pierna derecha ligeramente adelantada, la mano izquierda sobre la cadera y la derecha en la empuñadura de la espada.

—Yo soy el rey, soy el rey... —balbució Fernando VII, amilanado ante la toma de postura de Napoleón y a la vista de su fulminante mirada.

—No tenéis ningún derecho a esa corona —sentenció Napoleón contundente.

—Soy el rey... —insistió quejoso don Fernando.

Fernando VII apoyó las dos manos sobre la mesa e inclinó su cabeza hacia delante, ocultándola entre sus brazos. Abatido por la deslegitimación de Napoleón, estaba sollozando.

—Ni derecho ni dignidad para ser rey —insistió Napoleón, al darse cuenta de que

la resistencia de Fernando VII había terminado y de que se derrumbaba ante sus ojos. Bonaparte hizo una señal a uno de sus edecanes y éste se acercó portando una carpeta de cuero que contenía varios documentos—. Estos acuerdos han sido redactados con el beneplácito de vuestros consejeros. Se trata de dos decretos. En el primero delegáis el poder ejecutivo y el ejercicio de la soberanía en la Junta Suprema en Madrid, y en el segundo encargáis a las Cortes la defensa del reino. Mañana renunciaréis a la corona y abdicaréis como rey de España. Eso es todo.

Faria asistió avergonzado al cruce de mutuas acusaciones, a los reproches y a los insultos que aquellos dos imbéciles acababan de protagonizar ante Napoleón, ante los consejeros del reino y ante los generales y diplomáticos de ambas naciones. No le cupo duda de que había sido testigo de uno de los más vergonzosos episodios de la historia de España.

Al día siguiente, en un acto tan formal como poco relevante, Fernando VII abdicó como rey de España y renunció a sus derechos al trono en favor de Napoleón. Y sólo un día después el emperador propuso a su hermano José como nuevo rey de España. Varios miembros de la Junta y del Consejo, entre ellos el duque del Infantado, reconocieron de inmediato a José I Bonaparte como rey de los españoles.

—Mañana salen para el exilio —le dijo Faria a Cayetana.

—¿Adónde van? —preguntó la muchacha.

—El emperador desea que toda la familia real permanezca en Francia, donde pueda controlarlos con facilidad. Varios nobles ya se han ofrecido a acoger a todos sus miembros en sus palacios; serán rehenes en jaulas de oro.

—¿Se ha acabado la monarquía en España? —demandó Cayetana.

—La de los Borbones parece que sí, pero no el reino, pues Napoleón va a nombrar a su hermano José rey de España.

—¿Puede hacer eso?

—Creo que sí; tanto don Carlos como don Fernando le han transmitido con su abdicación los derechos al trono. Ahora la corona de España está en manos de Napoleón, y puede colocársela a quien desee.

—Pero y los españoles, ¿no vamos a hacer nada? —Imagino que el emperador tendrá todo previsto. La Junta Suprema que asume la soberanía en Madrid ratificará a José Bonaparte como rey de España, y se acabó.

—Pero ¿y la guerra?, esa guerra que dicen que ha estallado en España.

—Las noticias que han llegado hasta aquí son muy confusas y contradictorias. Napoleón las ha manipulado en su interés propio y ha engañado a don Carlos y a don Fernando. Lo cierto es que, al parecer, por toda España se han alzado en armas gentes del pueblo para defender la independencia de la nación. Francia ha dejado de ser nuestra aliada para convertirse en nuestra enemiga.

—¿Y qué puede pasar ahora? —inquirió Cayetana asustada.

—En España hay desplegados más de cien mil soldados franceses, suficientes para controlar todo el país, o al menos las plazas más estratégicas. Tal vez tuviera razón don Leandro Fernández de Moratín y acabemos siendo una parte de Francia.

—¿Y tú qué vas a hacer? —Cayetana no hubiera querido pronunciar esta pregunta, porque sabía que su respuesta podía significar perder de nuevo a Francisco.

—He pasado muchos años soñando victorias que jamás llegaron, sirviendo a ministros corruptos, a reyes haraganes y a monarcas envilecidos y sin escrúpulos. Es hora de acabar con esto. Regreso a España, me uniré a los que luchan contra los franceses.

—¿Para ayudar a devolver la corona a uno de esos dos reyes a los que aborreces?

—No, para pagar mis deudas.

—¿Con tu pueblo? —Con mi conciencia.

Francisco de Faria y Cayetana vieron alejarse los carruajes que transportaban a la familia real española al exilio. Los dos soberanos habían llegado unos días antes a Bayona como monarcas, ambos reclamando su derecho a ser el rey de España, y ahora marchaban al destierro como vagos recuerdos de espectros, deshonorados, abatidos y humillados. Carlos IV y María Luisa partieron acompañados de su inseparable Godoy, con su hija y su ayudante, y un centenar de cortesanos y criados hacia Fontainebleau, y de allí a Compiègne, en tanto Fernando VII lo hizo con apenas un puñado de fieles hacia Valencey. El duque del Infantado, su gran valedor hasta una semana antes, lo había abandonado y se había puesto a las órdenes de Napoleón, prometiéndole que se encargaría de que la Junta Suprema de gobierno aceptara en Madrid a José Bonaparte como nuevo rey de España.

—Ojalá nunca regresen; desde el exilio no podrán hacerle daño a España —deseó Faria con rabia.

—Vamos, te acompañaré hasta la frontera —se ofreció Cayetana.

—No es necesario, quédate en San Juan de Luz.

—Déjame que te acompañe, al menos hasta la frontera.

Tras una jornada de marcha, Cayetana, Francisco y el sargento mayor Morales llegaron a orillas del Bidasoa. Las verdes montañas del extremo occidental del Pirineo caían arrumbadas entre una tenue bruma hasta hundir sus laderas en el Cantábrico. Atardecía sobre el valle y unas pesadas sombras comenzaban a ennegrecerlo todo.

Faria abrazó a Cayetana con fuerza durante un buen rato y después la besó despacio y muy dulcemente.

—Buscaré un regimiento que desee combatir contra los franceses y que necesite un coronel al que no le importe demasiado morir. Yo combatí en Trafalgar, creo que será suficiente carta de presentación.

—¿Hacia dónde vas?

—A Zaragoza. Es una de las plazas estratégicas del norte; desde allí se puede acudir enseguida a Cataluña, a Levante, a las costas del Cantábrico o al mismo Madrid. Espero llegar en cinco o seis días; confío en que no esté ocupada por los franceses y en que haya unos cuantos hombres dispuestos a empuñar las armas para defender nuestra independencia.

—Piensa en ti antes de cruzar ese río. España estallará en guerra y puedes morir. Aquí podrías solicitar asilo, eres un conde, te lo concederían enseguida. Podríamos vivir juntos, en una casita cerca del mar, tranquilos, envejecer...

—Nada deseo más en estos momentos, pero mi lugar está ahora en España.

—¿Pero qué esperas encontrar allí?

—Mi destino.

Faria volvió a besar a Cayetana.

—Te esperaré siempre —le dijo la muchacha.

—Cuando todo esto acabe, si continúo vivo, volveré a buscarte.

—Estaré en La Manzana Verde, la mejor posada de San Juan de Luz. Cuídelo —le pidió Cayetana a Morales.

—Haré cuanto pueda, señorita —respondió el sargento mayor.

Faria arreó a su montura, tras él lo hizo Morales y al trote cruzaron el viejo puente de piedra sobre el Bidasoa, aquél sobre el que Cayetana había imaginado que se reuniría con Francisco de Faria para no volver a separarse jamás. Al otro lado, ya sobre el suelo español, Francisco detuvo a su caballo, giró la cabeza hacía atrás y se quedó un buen rato mirando a Cayetana.

—¿Sabes? —gritó al fin—, ojalá pudiéramos derrotar al tiempo.

Anexos

Barcos que combatieron en Trafalgar el 21 de octubre de 1805

FORMACIÓN EN LÍNEA DE LA COMBINADA HISPANO FRANCESA

Franceses (F): 18 navíos, 1527 cañones, 14184 hombres, 2218 muertos, 1155 heridos

Españoles (E): 15 navíos, 1330 cañones, 11817 hombres, 1025 muertos, 1383 heridos

VANGUARDIA: contralmirante Dumanoir

Neptuno (E) (80 c.): brigadier Cayetano Valdés; hundido

Scipion (F) (74 c.): capitán Beranger; huido, capturado el 3 de noviembre

Rayo (E) (100 c.): brigadier Enrique MacDonneil; hundido

Formidable (F) (80 c.): contralmirante Dumanoir; huido, capturado el 3 de noviembre

Dugay-Troum (F) (74 c.): capitán Touffet; huido, capturado el 3 de noviembre

Mont-Blanc (F) (74 c.): capitán Villegris; huido, capturado el 3 de noviembre.

San Francisco de Asís (E) (74 c.): capitán de navío Antonio Flores; hundido

CENTRO: almirante Villeneuve

San Agustín (E) (80 c.): brigadier Felipe Cajigal; hundido

Héros (F) (74 c.): capitán Poulain; huido

Santísima Trinidad (E) (140 c.): brigadier Francisco de Uñarte; hundido

Bucentaure (F) (80 c.): almirante Villeneuve y capitán Magendie; hundido

Neptune (F) (84 c.): capitán Mistral; huido

Redoutable (F) (74 c.): capitán Lucas; hundido

Intrépide (F) (74 c.): capitán Infernet; hundido

San Leandro (E) (64 c.): capitán de navío José Quevedo; regresa a Cádiz

RETAGUARDIA: teniente general Álava

San Justo (E) (76 c.): capitán de navío Francisco Javier Gastón; regresa a Cádiz

Indomptable (F) (80 c.): capitán Hubert; hundido

Santa Ana (E) (120 c.): general Álava y capitán de navío José Gardoqui; regresa a Cádiz

Fougueux (F) (74 c.): capitán Boudouin; hundido

Monarca (E) (74 c.): capitán de navío Teodoro de Argumosa; hundido

Pluton (F) (74 c.): capitán Cosmao; huido

RESERVA: almirante Gravina y contralmirante Magon

Bahama (E) (74 c.): brigadier Dionisio Alcalá Galiano; capturado

Aigle (F) (74 c.): capitán Courrége; huido

Montañés (E) (80 c.): capitán de navío Francisco Alcedo; regresa a Cádiz

Algésiras (F): contralmirante Magon y capitán Letourneur; huido

Argonauta (E) (92 c.): capitán de navío Antonio Pareja; hundido

Swift-Sure (F) (74 c.): capitán Villemandrin; huido

Argonaute (F) (74 c.): capitán Epron; huido

San Ildefonso (E) (74 c.): brigadier José de Vargas; capturado

Achilles (F) (74 c.): capitán Newport; hundido

Príncipe de Asturias (E) (118 c.): almirante Gravina y brigadier Rafael Hore; regresa a Cádiz

Berwich (F) (74 c.): capitán Camas; hundido

San Juan Nepomuceno (E) (74 c.): brigadier Cosme Damián Churruca; capturado

Fragatas (F): *Rhin* (40 c.), *Hortense* (40 c.), *Cornélie* (40 c.), *Thémis* (40 c.) y *Hermione* (40 c.)

Bergantín (F): *Furet* (18 c)

Corbeta (F): *Argus* (16 c.)

FORMACIÓN DE LA ARMADA INGLESA

Ingleses: 27 navíos, 2148 cañones, 23 309 hombres, 449 muertos, 1241 heridos

COLUMNA DE NELSON

Victory (100 cañones): vicealmirante Nelson y capitán Hardy

Téméraire (98 c.): capitán Eliab Harvey

Neptune (98 c.): capitán Thomas Fremande

Leviathan (74 c.): capitán Henry William Bayntun

Conqueror (74 c.): capitán Israel Pellew

Britannia (100 c.): contralmirante duque de Northesk y capitán Bullen

Africa (74 c.): capitán Henry Digby

Agamemnon (64 c.): capitán Edward Berry
Ajax (74 c.): capitán John Pilford
Orion (74 c.): capitán Edward Codrington
Minotaur (74 c.): capitán Charles Mansfield
Spartiate (74 c.): capitán Francis Laforrey

COLUMNA DE COLLINGWOOD

Royal Sovereign (100 cañones): vicealmirante Cuthbert Collingwood y capitán Rotheram
Belleisle (74 c.): capitán William Hargood
Mars (74 c.): capitán George Duff
Tonnant (80 c.): capitán Charles Tyler
Colossus (74 c.): capitán James Nicoll Morris
Bellerophon (74 c.): capitán John Cooke
Achilles (74 c.): capitán Richard King
Polyphemus (64 c.): capitán Robert Redmill
Revenge (74 c.): capitán Robert Moorsom
Swiftsure (74 c.): capitán William Ruthefurd
Defence (74 c.): capitán George Hope
Prince (98 c.): capitán Richard Grindall
Thunderer (74 c.): capitán John Stockham
Defiance (74 c.): capitán Philip Durham
Dreadnought (98 c.): capitán John Conn

Fragatas: *Euryalus* (36 c.), *Natad* (38 c.), *Phoebe* (36 c.) y *Sirius* (36 c.)
Bergantines: *Pickle* (10 c.) y *Entreprenante* (8 c.)

Glosario básico de términos navales

- Ala*: vela que con buen viento se larga por las bandas.
- Alcázar*: espacio entre la cubierta superior de los barcos, donde suele estar el puente de mando.
- Amura*: zona del costado donde comienza la curva de la proa.
- Amurada*: parte interior del costado de un barco.
- Andana*: fila de cañones de una batería.
- Aparejar*: equipar con velas y jarcias a un barco.
- Aparejo*: conjunto que forman las jarcias, velas y mástiles de los barcos.
- Arboladura*: conjunto de vergas y palos de un barco.
- Arbolar*: colocar los palos de un barco.
- Arfar*: levantar la proa el barco a causa del choque con las olas.
- Armada*: conjunto de barcos de un país.
- Babor*: lado izquierdo de un barco mirando de popa a proa.
- Barbiquejos*: cabo que sujeta el bauprés al tajamar.
- Barloventear*: avanzar en dirección de donde viene el viento.
- Barlovento*: dirección de donde viene el viento.
- Batayola*: barandilla que se coloca sobre la borda de los buques.
- Bauprés*: palo grueso que sale de la proa hacia delante con gran inclinación.
- Bergantín*: barco de dos palos con velas cuadradas.
- Bichero*: pértiga larga con un gancho de hierro en la punta que sirve para atracar.
- Bolina*: forma de navegar el barco ciñendo el viento.
- Bordada*: distancia que recorre un barco entre virada y virada.
- Botalón*: percha que prolonga las vergas en los lados del barco.
- Botavara*: palo en la popa que sostiene la vela cangreja.
- Cabecear*: bajar la proa el barco tras romper una ola.
- Cable*: décima parte de una milla (185 metros aproximadamente).
- Calado*: altura desde la línea de flotación a la parte más baja de la quilla.
- Cangreja*: vela trapezoidal que se iza en el palo de mesana.
- Carroñada*: cañón corto de gran calibre.
- Castillo*: construcción muy resaltada en popa y a veces también en proa.
- Cebadera*: Vela ubicada bajo el bauprés, colgada fuera del barco.
- Ceñir*: navegar en contra de la dirección del viento con el menor ángulo posible.
- Combés*: distancia entre el palo trinquete y el mayor.
- Corbeta*: barco de guerra de tres palos y con menos de 32 cañones.
- Corredera*: cordel que sirve para medir la distancia que avanza el barco.
- Cuaderna*: piezas curvas que forman la armadura del barco.
- Cureña*: armazón con ruedas sobre el que se monta un cañón.

Derivar: caer el barco al lado de sotavento.

Derrota: rumbo que sigue un barco entre los puertos de salida y de destino.

Escorar, inclinarse un barco hacia una de las dos bandas.

Estay: cabo que sujeta los mástiles para evitar que caiga sobre cubierta.

Estribor: lado derecho de un barco mirando de popa a proa.

Fachear: tener a un barco casi parado jugando con la posición de las velas.

Foque: vela triangular que se larga entre el trinquete y el bauprés.

Fragata: buque de guerra de tres palos con una sola cubierta y una batería de 40 a 60 cañones.

Gambota: madero curvo que forma el armazón de la popa.

Gavia: vela del mastelero mayor de un barco.

Guindola: salvavidas que cuelga de un cabo en el costado del barco.

Jarcia: cabos de un barco.

Juanete: la vela superior de las tres de cada uno de los tres palos.

Largar: aflojar o soltar una vela o un cabo.

Largo: viento que sopla desde la dirección perpendicular al rumbo que lleva el barco hasta la popa.

Lastre: peso de hierro y piedra que va en el fondo del barco para aumentar su estabilidad.

Mastelero: palo menor sobre los palos machos desde la cofa.

Mayor, palo: palo central y principal en los barcos de tres mástiles.

Mayor, vela: vela inferior del palo mayor y la más baja de cada palo.

Mesana: palo más próximo a la popa en un barco de tres.

Milla: unidad de distancia marina, equivale a 1852 metros.

Navío: barco de tres palos y más de 60 cañones en dos o tres baterías y con dos o tres puentes.

Obenque: cable que sujeta un palo desde su cabecera a la cubierta.

Orzar: girar el buque de sotavento a barlovento.

Pescante: pieza saliente de madera o hierro para colgar algo en los buques.

Popa: parte trasera del barco.

Proa: parte delantera del barco.

Quilla: pieza longitudinal en la parte inferior del casco.

Rastrera: Vela baja del trinquete.

Rizar: reducir la superficie de la vela recogiendo su superficie.

Roda: pieza de madera que forma la proa del barco.

Rostral: remate en la proa del barco.

Santabárbara: cámara donde se guarda la pólvora en un barco.

Sentina: zona interior y más profunda del barco donde van a parar los líquidos residuales.

Sobrejuanete: vela colocada sobre los juanetes.

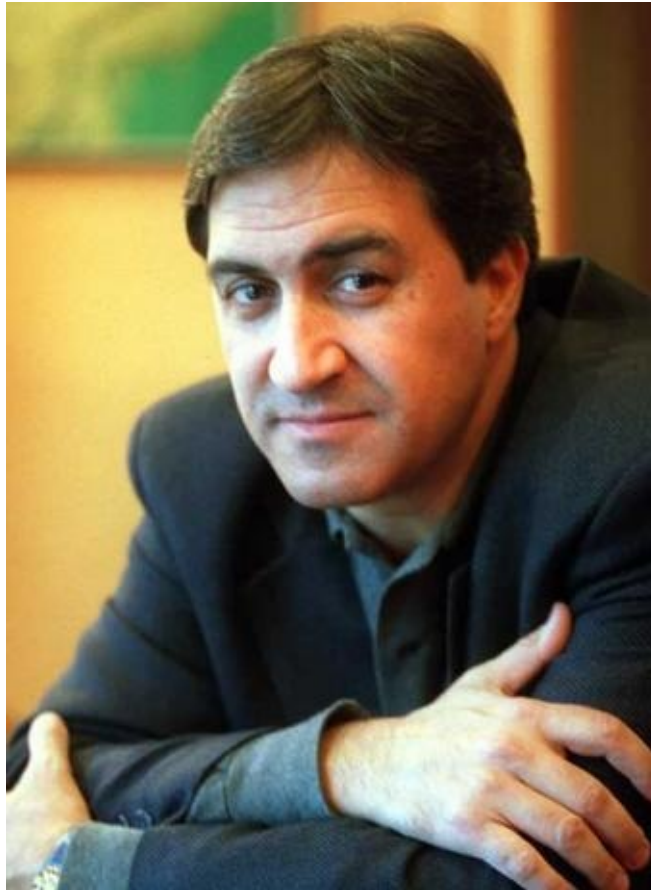
Sotaventan: inclinarse hacia el lado de sotavento.

Tajamar: pieza de madera colocada en la parte exterior de la roda.

Trinquete: palo más cercano a la proa en un barco de tres.

Verga: palo colocado horizontalmente que sostiene las velas.

Virar: cambiar el rumbo por el lado donde se recibe el viento.



JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE (Daroca, Provincia de Zaragoza, 13 de julio de 1957) es un historiador y escritor español. Profesor de Historia Medieval y director del Taller de Historia en la Universidad de Zaragoza (España), es el historiador aragonés de mayor éxito en el género de la novela. Ha dirigido diversos programas de radio y televisión de divulgación histórica. Ha centrado su labor investigadora en la Edad Media en España, y producto de este trabajo es una extensísima obra historiográfica.

Autor de novelas históricas, ha publicado numerosos artículos y colaborado en programas de radio y televisión. Ha sido asesor histórico de la película 1492: La conquista del paraíso de Ridley Scott.

En 1992 obtuvo la medalla de plata en el xxxiv Festival Internacional de Vídeo y Televisión de Nueva York como director histórico de la serie Historia de Aragón en vídeo.